

ANDREA TOMÉ

LA LUNA EN LA PUERTA



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Antes
Ahora
Enfado
Negociación
Depresión
Aceptación
Agradecimientos
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Judith Salazar tiene diecisiete años y prestigio en las calles como la mejor rapera de Santa Ana, el barrio obrero, duro y asfixiante en el que siempre ha vivido con sus padres y su hermano Saulo. Pero un día Judith se queda sin palabras y sin rimas: el día en que su hermano decide suicidarse.

Ahora solo le queda el hombro de Chaim y una enorme necesidad de entender los motivos que llevaron a su hermano a quitarse la vida. Los graffitti, tatuajes y unas cartas del desaparecido serán las pistas; la amistad y amor con Chaim, su refugio, y la poesía, su razón por vivir. Pero ¿puede el arte salvar a una persona?

LA LUNA EN LA PUERTA

Andrea Tomé



A los que ahora gritan

porque durante mucho tiempo

han estado callados.

las tres de la mañana es cuando
te escribo cartas
la tinta dice todas
las palabras que jamás pronunciaré
las cartas sangran
verdad y por lo demás
mi cabeza y mi corazón
acuerdan que a las tres de la mañana
es cuando cariño
solo te hablo a ti
cuando estás soñando

vibha r. shukla,
eleven of november

La primera carta de Judith a Saulo

Que yo recuerde, en la familia se nos ha dado bien desaparecer. Por orden cronológico: el abuelo, papá y tú. ¿La desaparición más inusual? La tuya. Te fuiste como los magos, en medio de una cortina de humo.

Medianoche. Una pequeña explosión. Por lo demás, supongo que te esfumaste en silencio. Nunca fuiste una persona que hablase demasiado, a fin de cuentas. Recuerdo que, cuando éramos pequeños, nos repartimos un par de cosas (lo más importante: a mí me tocaron las palabras y a ti, las imágenes).

Apuesto que pensaste mucho en la fecha (el 23 de septiembre) y la hora (las once, cuando mamá todavía estaba en la tienda, papá abasteciendo sus reservas de alcohol y yo en aquella fiesta).

Aquí en Santa Ana nadie se apunta a sí mismo con una pistola. Tampoco nadie habla de los muertos si no es para rezar por ellos en la iglesia, y nadie abandona el barrio si no es con los pies por delante.

No sé. En realidad, solo quiero pedirte perdón por coger tu chaqueta sin permiso. A veces robo cosas que no necesito. Es fácil. A veces veo una puerta abierta, me cuelo en la habitación de otra persona y cojo el primer objeto pequeño que puedo alcanzar. No me preguntes por qué. No sé por qué.

Perdóname por haber cogido la chaqueta, en primer lugar, y por no haberte escuchado. Ante todo eso. Perdóname por no haberte escuchado cuando, al fin, me pediste que lo hiciera. Perdóname también por no haberte creído. Me dijiste que abandonarías Santa Ana y yo solo supe poner los ojos en blanco.

No sé cómo es la vida fuera del barrio (si la gente piensa en los muertos o si puede simplemente irse o cosas así), pero la vida aquí sin ti es la misma que la vida aquí contigo, y eso es tan terriblemente frustrante que me hace querer gritar.

Supongo que aquí nadie (ni yo ni mamá ni papá) te conocía de verdad: el Saulo que creía en las supersticiones y en los milagros, el Saulo que se escondía en las iglesias y en las bibliotecas, el Saulo que se suicidó.

Para nosotros siempre fuiste el Saulo que iba a irse, porque eras demasiado inteligente. Y, bueno, no nos equivocamos: te fuiste, solo que no de la manera que todos esperábamos.

Con cariño y remordimiento,

JUDITH SALAZAR

ANTES

Suavemente

nos
perdimos en las
cosas que
nos quitarían
y nunca
volvimos a
ellas de nuevo.

Para nosotros: eso fue
el uno al otro.

CHRISTOPHER POINDEXTER

Judith

48 horas antes

En la oscuridad de la calle Alma solo podía ver dos cosas: los cigarrillos encendidos y el pelo de Reyes Álvarez.

Estábamos hablando de todo y de nada al mismo tiempo.

—Nena, Carlos Ferrán no va a querer estar a menos de diez metros de ti jamás.

Reyes se agachó para ajustar la tira de mi sujetador, que acababa de enroscarse y se me clavaba en el hombro. Sonreí.

—Oh, eso espero. Mira, si no sabe calcular la distancia aceptable entre dos personas, yo tampoco. Estaba encendiéndome un cigarrillo; no fue mi culpa que él estuviese tan cerca.

—Para ser justos, le hiciste un favor. Esa era una camisa insultantemente fea.

—¿Qué te apuestas a que la sigue llevando, agujero de cigarrillo y todo? —Di una calada larga que hizo temblar las aletas de mi nariz—. Dios, no sé qué ve Saulo en él. ¿Cómo pueden ser amigos? No estoy diciendo que mi hermano sea un tío de puta madre, pero... —Di un paso atrás, acercándome a la parada del tranvía—. No es Carlos Ferrán.

Reyes ya no me estaba haciendo caso. Estaba mirando las puntas destrozadas de sus zapatos, que aquella noche tenían ese olor tan característico de la cerveza mala que servían en el Momo. Debió de darse cuenta de que la miraba, porque enseguida se llevó una mano a la cabeza, apartó el mechón que le tapaba los ojos y dijo:

—Jesús, ¿crees que estoy demasiado borracha?

—Sí.

—Vete a la mierda, rica.

Le di un golpecito en el hombro.

—¿Qué más da? Puedes quedarte a dormir en mi casa. Mi madre... —Me mordí el labio inferior—. Bueno, mi madre estará tan cansada que no creo ni que se dé cuenta, y Saulo sabe Dios por dónde andará. Últimamente no se le ve el pelo. Y mi padre... En fin, dudo que le importe mucho.

A Reyes no le dio tiempo a contestar. El zumbido que supuse que era un efecto secundario del volumen de la música en el Momo se convirtió en un par de risotadas, que se volvieron en el tipo de conversación agitada en el que varias personas hablan al mismo tiempo. Al volvernos vimos al fondo de la calle, por orden de aparición, a:

- a. El alto y gafudo Jacobo Herrero, que siempre llevaba el pelo cortado a trasquilones y que, a

- juzgar por cómo extendía el cuello en dirección a la carretera, aquella noche estaba particularmente ansioso por la llegada del último tranvía.
- b. El bajo y harapiento Andy Estévez, que tenía toda la pinta de estar esforzándose, y mucho, por no estallar en una carcajada otra vez.
 - c. Un muy acalorado Chaim Péntek, que simplemente se encogía de hombros y miraba alrededor como preguntándose dónde estaba el maldito tranvía.

La figura A (Jacobo Herrero) se detuvo. Hizo bocina con las manos. Dios, no, ahí iba.

—¿Esperando el último tranvía, chicas?

Reyes puso los ojos en blanco.

—No, vigilando las farolas.

—Un trabajo honrado que no criticaré.

Los chicos ya estaban a nuestra altura, Jacobo y Chaim a dos pasos de no respetar los espacios personales y Andy intentando, en vano, que retrocedieran.

Jacobo, Chaim y Andy me caían bien. Aunque no fuesen de la pandilla, había algo tremendamente de Santa Ana sobre ellos, algo en la manera de caminar y la forma de hablar que hacía que me resultase imposible imaginármelos en cualquier otro lugar. Una vez que escribí sobre el barrio los llamé la pandilla de los soñadores

porque
pese a todo
parecían moverse
a distinta velocidad
que los demás.

—¿Qué hay, chicas? —Chaim se sentó a nuestro lado—. ¿Habéis hecho algo interesante hoy?

Cogí dos de los pitillos que nos ofrecía y le pasé uno a Reyes.

—Prender fuego a una camisa.

—¡Iniciativa! Por eso me caes bien. ¿Fuisteis a la batalla de gallos del Momo?

—Sí.

—¿Pusiste mucho en ridículo al otro rapero?

Le di un codazo en el brazo.

—¿Cómo sabes que gané?

—Me lo imaginé. Tengo fe en ti, Salazar. Te he visto discutiendo con gente y no creo que a nadie le guste que le hablen así, y mucho menos en verso. ¿Te lo pasaste bien?

—Bueno, después de escuchar cuatro o cinco raps sobre tus tetas y tu culo y lo zorra que eres, la cosa empieza a volverse cansina. Estoy intentando buscar otro local. Con más de tres chicas, espero.

Chaim ladeó la cabeza.

—Entonces, supongo que el de la camisa se lo merecía.

—Sí. ¿Qué hicisteis vosotros?

—Oh, ¿quieres saberlo? —dijo Chaim, dándose una palmada en las pantorrillas.

—Por favor.

—¿De verdad quieres saberlo? Bueno, robar una cámara. ¿Y sabes de quién fue idea? —Ya estaba mirando o, más bien, asesinando a Jacobo con la mirada—. Fue idea suya. Es un genio.

Jacobo, que hasta entonces había fingido estar muy interesado en el escaparate de la mercería, se volvió hacia nosotros.

—Sí, Jacobo —insistió Andy—, cuéntales la magnífica idea que has tenido.

Jacobo dio un paso atrás, la mano en el pecho, como si nadie jamás lo hubiese ofendido de semejante manera.

—Disculpa, fue una idea que tú —señaló a Chaim— seguiste, y tú —señaló a Andy— no intentaste detener. Hace diez años que nos conocemos. La culpa es vuestra por no tener más juicio.

La luz de los faros del tranvía bañó la calle Alma de dorado. Me cegó por un momento. Cuando recuperé la visión, Jacobo ya tenía una pierna dentro del vagón y la otra colgando en el aire; nos miraba por encima del hombro.

—Disculpadle —dijo Andy—. Es que tiene mal perder, pero suele pasársele pronto. Normalmente después de acomodar el culo en algún asiento.

En el tranvía me di cuenta de la verdad que había detrás de aquellas palabras. Su humor no solo había mejorado, sino que además Jacobo parecía haber encontrado un nuevo interés en contarnos *él* la historia del robo de la cámara. Claro que se iba tanto por las ramas que al final lo único que sacamos en limpio fue que Chaim había ido a pedir trabajo a un local en el que, al parecer, todo está decorado como en los años ochenta. El dueño había sido un auténtico cretino, y los chicos estaban bastante aburridos ya, de modo que Jacobo, que sabía que a Chaim le gusta la fotografía, les propuso robar una de las Polaroids de exposición.

Y lo hicieron. Dios, si lo hicieron.

—Andy, eres un tipo inteligente, ¿cómo no se te ocurrió que cualquier idea de Jacobo es por definición una idea pésima?

Jacobo levantó la cabeza de las pantorrillas de Andy.

—Vaya, chica, muchas gracias. No te cortes, eh. No es como si estuviera *aquí mismo*.

—Vamos, tío, pero si tú dijiste lo mismo hace dos segundos. —Andy se encogió de hombros—. Tenía curiosidad.

El tranvía se paró en mi calle. Le di un último golpecito en el hombro a Reyes.

—¿Estás segura de que no quieres quedarte a dormir?

—Segura. No creo que a mi padre le moleste demasiado. Como mucho, dirá lo de siempre, que debería ser mi hermano el que llegase así y no yo.

Chaim repantigó los pies en el asiento que yo acababa de dejar vacío.

—Tienes suerte. Si volviese a casa borracho... Bueno, digamos que entraría por esa puerta y no volvería a salir hasta cumplir los treinta y cinco.

Y pronunció la primera frase del intercambio típico de las doce de la noche.

PREGUNTA DE CHAIM:

—¿Sabe tu padre que vienes de rapear con una docena de tíos a estas horas?

MI RESPUESTA (QUE TAMBIÉN CUENTA COMO PREGUNTA):

—¿Sabe tu madre que vienes de hostiarte con una docena de tíos a estas horas?

Este intercambio normalmente finaliza con una carcajada, dos manos que se agitan en una despedida y una mirada cargada de significado. Después de todo, ¿qué puede unir a dos chicas como nosotras con tres chicos como ellos más que un secreto en común?

Judith

47 horas antes

Mis entradas en casa tienen la costumbre de ser verbales, además de físicas, pero no cuando me cuelo a hurtadillas en mitad de la noche con la cazadora apestando a tabaco. Decidí que lo más sensato sería dejarla en la habitación de Saulo, en primer lugar porque Saulo no solía llegar a casa hasta la hora en la que mucha gente sale para ir a trabajar, y en segundo lugar porque, si conocías de verdad a Saulo, sabías que era una persona que estaba siempre dispuesta a cubrirte las espaldas.

Cuando entré, sin embargo, él estaba sentado en la repisa de la ventana, los pies descalzos y mugrientos, la camisa abierta y los pantalones remangados hasta las rodillas. Le dio tiempo a apartarse los rizos de los ojos mientras yo me abría paso a través de revistas de tatuajes antiguas y una cantidad maravillosamente enorme de bolitas de papel arrugadas.

—¿Y tus zapatos?

—Digamos que tuve que poner pies en polvorosa y dejarlos en un pub.

—¿Y por qué estabas descalzo en un pub, si puede saberse?

Saulo se concedió un par de segundos antes de contestar.

—Pues porque... En fin, digamos que me metí en líos, simple y llanamente.

Levanté la vista.

—¿Qué clase de líos?

Saulo saltó de la repisa, dio un par de pasos hasta quedar frente a la cama, se dejó caer en ella y se tapó los ojos con el antebrazo derecho.

Me mordí la cara interna de las mejillas hasta que me dolió.

—Dios, odio cuando haces eso.

Saulo apartó el brazo.

—¿Cuándo hago qué?

—Lo sabes muy bien. ¿Tus amigotes y tú vais a aparecer mañana en las noticias?

—No ha pasado nada de lo que estás pensando, te lo prometo. Sabes que ya no me meto en líos.

Se incorporó y extendió un brazo hacia mí; me dio un golpecito en la muñeca y señaló la cama con una sacudida de la cabeza, pero no encontré las fuerzas necesarias para sentarme a su lado.

—Eh, Jud, estoy intentando hacer las cosas bien, ¿vale? De verdad que lo estoy intentando. Tal vez me lleve un tiempo, pero... —Se humedeció los labios—. ¿Sabes qué? Voy a irme de Santa

Ana. Voy a irme de Santa Ana de una puta vez y voy a empezar una nueva vida y voy a llevarte conmigo.

Asentí.

Si mi hermano fuese un santo, sería el patrón de las promesas de boquilla.

—Estás borracho, Saulo.

Cogí aire, me adecenté un poco la ropa y salí de la habitación.

Algo oscuro y pegajoso vivía en mis pulmones y me impedía respirar.

Chaim

8 horas antes

Jacobo, con su considerable altura, se encontraba en el patio para fumadores que había tras el gimnasio, sosteniendo un cartón de leche en una mano y su móvil en la otra. A decir verdad, no *sostenía* el móvil simplemente, sino que lo utilizaba para señalarnos a Andy y a mí, que estábamos sentados en el suelo y con las espaldas apoyadas en nuestras bicis.

—¿Seguro que no quieres entrar, Estévez?

Andy puso los ojos en blanco.

—¿Y que me hostien por nada? No, gracias.

—Podrás ver cómo le parten la cara a Jacobo —canturreé, dándole un golpecito en el brazo.

La sonrisa de Andy fue cansada y ojerosa.

—Tentador, pero tengo que ir a trabajar. —Se incorporó y se subió a la bici, pero todavía no había empezado a pedalear cuando se volvió de nuevo hacia nosotros—. No os metáis en líos, ¿vale?

Ahugué una risotada.

—¿Nosotros? Me sorprende que no nos hayamos metido en líos en esos cinco segundos que nos has dado la espalda.

—Cuidaos, ¿vale?

Alcé la mirada. El sol, enorme y rosa como un pomelo, me cegó por un segundo. Después, Andy ya no estaba.

—No sé cómo sobreviviremos dos minutos sin él, mucho menos una mañana entera —dijo Jacobo, y tiró el cartón de leche vacío al contenedor de la basura.

Saulo Salazar estaba sentado en el banquillo del vestuario cuando entramos, los vaqueros aún puestos y los pantalones del chándal apretujados entre sus manos, como si todavía estuviese decidiendo si entrar o no.

Jacobo fue el que lo saludó primero. Por regla general, Jacobo es el tipo de persona a la que le gusta llamar la atención cuando entra en un sitio, sí, señor.

—¡Saulo Salazar, benditos los ojos! ¿Qué te trae por aquí?

Saulo dio un respingo, pero luego echó a un lado sus pantalones de deporte y nos sonrió.

—¡Herrero, Péntek! Venid aquí, cabronazos. —Extendió un brazo hacia nosotros—. ¿Qué? ¿Qué le habéis hecho a mi honorable gimnasio? Esto da más pena de lo que recordaba, chicos.

Tomé el taburete junto a las duchas y me senté frente a Saulo.

—Te fuiste y la cosa empezó a decaer. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Saulo se encogió de hombros.

—Aquí y allá. Hay que dar paso a las nuevas generaciones. Además, perdí interés por el boxeo hace tiempo. He estado trabajando en mis tatuajes.

—Y en darle un poco de color a Santa Ana, no te olvides —dije, quitándome la camiseta—. Mi madre cree que eres un vándalo. No le acaba de convencer el grafiti que hiciste en la azotea de nuestro edificio.

Jacobo, que hasta entonces había permanecido de pie, observando, se dejó caer junto a Saulo.

—Y tiene razón. Lo he visto, y es la mierda más fea que mis ojos han tenido la desgracia de contemplar. Saulo, tío, estoy decepcionado.

—Bueno, yo también —dijo él, inclinándose hacia nosotros, y fue entonces cuando debió de reparar en el tatuaje que él me había hecho en el hombro dos veranos atrás, porque arrugó la nariz y lo señaló—. Eh, Chaim, ¿qué te ha pasado?

Parpadeé.

—¿Qué me ha pasado de qué?

Claro que yo miraba a mi propio hombro, al que ya estaba bastante acostumbrado, y tuve que admitir que tenía un aspecto incluso más escamoso y rosado de lo normal.

—Ah, ya. Mi piel es así. Creo que no le gusto al sol.

—¿Te has echado alguna crema o algo?

—Solo las que tenía mi madre por casa.

—A lo mejor no le van bien a tu tipo de piel. Te retocaría esto —le dio dos golpecitos a mi tatuaje con el índice—, pero tienes la piel fatal. ¡En fin! —Recogió su camiseta del banquillo y empezó a ponérsela—. Ven a mi casa esta tarde. Te daré un par de cosas que puedes echarte.

Había dicho eso con la cabeza todavía metida en la camiseta y su voz sonó algo ahogada, pero perfectamente clara. Jacobo arqueó una ceja, y por un segundo pensé que arremetería con uno de sus habituales ataques verbales, pero de sus labios solo salió una pregunta.

—¿Te piras?

Saulo se puso de pie.

—Mis días de boxeo están en el pasado, donde deben quedarse. Partid muchas narices por mí, chavales.

No habían pasado ni dos minutos desde que se había ido cuando, empujado por las miraditas de Jacobo, *tuve* que precisar:

—Me cae bien. Es un tipo de primera.

—Péntek, a ti todo el mundo te parece un tipo de primera. En mi caso no te equivocas, naturalmente, pero yo no me fiaría mucho de un tipejo que se codea con gente como —contrajo el

gesto, como si solo nombrarlo le provocase náuseas— Carlos Ferrán, para empezar.

La habitación de Saulo estaba cubierta de humo, por lo que Jacobo y yo tuvimos que abrírnos paso a través de la nube gris que emanaban los cigarrillos. En cierto modo, la presencia del tabaco no podía desligarse de la de Saulo. Él, que siempre llevaba cigarrillos encima, y los tenía de todas las clases además. A veces, si se sentía especialmente generoso, les ofrecía uno a los chicos del gimnasio.

—¡Cof! Saulo... ¡Cof, cof!

Saulo, que estaba sentado frente a su escritorio, no hizo amago de ponerse de pie, pero dio una sonora palmada que disipó parte de las volutas de humo.

—¡Herrero, Péntek! ¿Qué tal el ring esta mañana?

Jacobo irrumpió en una de sus risitas punzantes.

—No tan appestoso como esto. Jesús, ¿no puedes abrir la ventana?

Saulo, de hecho, estaba sentado *en* la ventana, o más específicamente en la repisa. Por qué no la había abierto era un misterio, ya que resultaba evidente que estaba pasando tanto calor como nosotros: tenía los pies descalzos y sudorosos, la camisa abierta y los pantalones remangados hasta las rodillas.

—Claro. —La abrió—. Me gusta el olor del tabaco. Creo que es bueno para la concentración.

Jacobo arrugó la nariz.

—Objeto.

Gruesas gotas de sudor resbalaban por mi frente. En cuanto vi mi oportunidad, saqué la cabeza por la ventana.

—Eh, Saulo, ¿lo has pintado tú?

Señalé el grafiti del edificio de enfrente. Era... ¿Cómo explicarlo? Era como un laberinto desquiciantemente complicado, una explosión de colores que bailaban y gruñían y saltaban, la sensación de estar rodeado de gente en un concierto tatuada en una pared.

Saulo miró por encima de su hombro.

—Ah, sí. He estado trabajando mucho en mi arte. Quiero... —Se mordió el labio inferior—. Quiero tomármelo en serio.

Se levantó.

Dio un par de pasos por la habitación.

Se volvió a sentar.

—Quiero... tomarme... algo... en... serio... por... una... vez —dijo, masticando cada palabra, y sus ojos pasaban de Jacobo a sus manos y a mí a máxima velocidad.

No sabía muy bien cómo reaccionar, así que simplemente seguí mirando a aquel edificio hasta que todos los colores se fusionaron en uno solo, y musité:

—Bueno, yo creo que ya has hecho bastante. Es decir, tus tatuajes... No es porque tenga uno en el hombro ni nada, pero creo que son... —extendí ambos brazos— tremendos.

Escuché un crujido y, cuando me volví, descubrí que Saulo ya se había vuelto a levantar y estaba dando vueltas en círculos otra vez.

—Me gustaría abrir mi propio estudio. Lejos..., ¿sabes? Lejos de Santa Ana.

Di un paso atrás. ¡Lejos de Santa Ana! Esa sí que era buena. Para empezar, no conocía a nadie que se hubiese *ido* de Santa Ana. Bueno, quizá a un par de tíos, sí, pero el caso es que acababan volviendo. Siempre acababan volviendo. La ciudad los consumía como una cerilla. Además, con todas sus cosas, en Santa Ana estábamos de maravilla, sí, señor.

Estaba a punto de soltarle todo esto cuando me fijé en la expresión de Jacobo. Tenía los ojos fijos en el suelo, en algún punto entre sus pies, y apretaba tanto los dientes que sus labios tenían el mismo color que la leche cortada.

—*Eso* —susurró— estaría de puta madre.

Saulo se encendió otro cigarrillo. Abrió la boca para decir algo más, pero no le dio tiempo.

La puerta se abrió con un chirrido (seguido de una serie de pasos acelerados), y Saulo permaneció callado.

Lo primero que vi fue una cantidad considerable de tela dorada, después una chupa de cuero demasiado ceñida y una diadema sobre una confusión de rizos. Por último, reparé en la chica que llevaba todas estas cosas y que caminaba hacia Saulo.

—¡Saulo! Pensaba que no estabas en casa. O sea, últimamente no se puede decir que pases mucho tiempo por aquí.

—Tengo un par de cosas en la cabeza, pajarito, pero lo solucionaré pronto.

Judith Salazar soltó un bufido que tenía un cincuenta por ciento de irónico y un cincuenta por ciento de escéptico. Había una cosa que me gustaba mucho de Judith Salazar, y es que era una chica que siempre causaba impresión. Había algo en la bajada de párpados y en la sonrisa y en la manera de balancear el pie y, sobre todo, en el hecho de que era muy consciente del efecto que causaba. El mundo era como una enorme broma para Judith Salazar, y yo, por mi parte, no me pierdo ninguna broma.

—Llevas un vestido muy interesante, Jud. ¿Se lo has robado a la reina Isabel?

Judith me dirigió una sonrisita.

—A la duquesa de York. Cumple mis dos objetivos en la vida: intimidar a los hombres y que me admiren las mujeres.

Jacobo y yo, que tenemos más o menos el autocontrol de un gánster borracho, estallamos en el tipo de carcajadas que harían levantar muchas cejas en una iglesia.

Saulo, por su parte, aprovechó que Judith estaba distraída para coger su diadema y empezar a jugar con ella.

—¿Alguna ocasión especial para cumplir esos dos objetivos?

Entonces fue Judith la que rio, y se trató de una explosión tan repentina que Jacobo y yo dimos

un respingo.

—¡Estás de coña!

El movimiento de su cabeza y, ante todo, el modo en el que le temblaban las manos lo delataron.

La sonrisa quedó congelada en el rostro de Judith.

—Saulo, es mi cumpleaños.

Fue como si alguien hubiese cogido un embudo y hubiese aspirado todo el oxígeno de la habitación.

A Saulo le resbaló la diadema de entre los dedos.

—¿Ho... hoy? Jesús, ¿es...? —Dio un paso hacia su hermana, a lo que ella respondió dando dos hacia atrás—. Dios, Jud, lo siento, no me... no me di cuenta.

Pero Judith ya había empezado a caminar hacia la puerta de nuevo.

—No sé por qué me sigo esforzando —dijo, y agarró el pomo—. Paso. Ni siquiera sé por qué me sigue importando.

Dios, quería decirle muchas cosas, cientos de cosas, pero en aquel momento lo único que se me ocurría era felicitarle el cumpleaños, y soy tonto, pero no tanto como para hacer algo así.

El problema son las palabras. Las palabras y yo no nos llevamos bien. Pero nada me habría gustado más aquel día que poder tejer un jersey de palabras y echárselo a Judith sobre los hombros.

—¡Jud, espera! —dijo Saulo, saliendo al pasillo, y el efecto de aquella simple frase la hizo detenerse—. Te juro que estoy intentando hacer las cosas bien. Voy a irme de Santa Ana.

Una sonrisa cansada se deslizó por los labios de Judith.

—Siempre dices lo mismo. Todos los años. Y sigues aquí.

—Jud...

Dos bocinazos desde la calle lo interrumpieron. Judith dio un último paso hacia atrás.

—Néstor viene a recogerme. —Se volvió hacia Jacobo y hacia mí—. Reyes, Néstor, un par de chicos del barrio y yo iremos al Viper después de cenar. Quizá nos veamos allí.

—Claro —dijimos, y ella se fue antes de que a Saulo le diese tiempo de añadir algo más.

Se quedó un rato allí, en el pasillo, mirando la puerta que acababa de cerrarse. Cuando al fin comprendió que ya no había mucho que pudiera hacer, volvió a la habitación y se dejó caer sobre la cama como un globo muy viejo y desinflado.

—La he cagado.

Intercambié una mirada con Jacobo. Tenía que decir algo. Al fin y al cabo, las cagadas *son* mi especialidad.

—Yo... Bueno, yo lo hago todo el tiempo. Te perdonaré, tío, ya verás. Te ha perdonado siempre, ¿no? Si le demuestras que...

—Soy un mierda. Eso es todo.

—Vamos, tío...

Pero Saulo solo se levantó, cogió una bolsa de papel de la estantería y me la tendió.

—Échate esto en ese hombro. Y no dejes mucho rato la piel expuesta al sol.

En cuanto cogí la bolsa, Jacobo tiró de mí hacia la puerta.

—Nos vemos por ahí, Saulo.

—Dale saludos a tu hermano de mi parte, Péntek. Es un buen tío.

Mi mano resbaló por el marco de la puerta. No sé por qué, de repente no podía mirar a Saulo.

—Sí, claro. El jueves es día de visita.

Cuando salí de la habitación solo quería largarme de allí enseguida. Y, ahora que lo pienso, aquella fue después de todo la última vez que vi a Saulo Salazar con vida.

Judith

1 hora después

El teléfono sonó mientras llegaba a casa de la fiesta.

La persona al otro lado de la línea pronunció cada palabra con mucho cuidado, con mucho cariño, porque esas eran las palabras más importantes que iban a decirme. Cada una de ellas tenía más fuerza que la anterior, cada una era más devastadora, y todas ellas partían el aire a mi alrededor

y
así
te
arrancaron
de nuestras vidas.

Tan simple y tan complicado como eso.

Papá seguía en el salón cuando mamá y yo volvimos del tanatorio. La cara enterrada en sus manos, nubes plateadas ascendiendo desde el cigarrillo entre sus dedos. Solo por decir algo (por no pensar en el coche, en la pistola, en las manos que ya deberían estar frías y no lo estaban), le pregunté a papá si había llamado a la abuela. No me contestó, pero habló de otra cosa. Desde que mamá y yo habíamos llegado, no había hecho más que hablar, siempre sobre lo mismo.

—El pobre idiota..., pobre idiota...

Me senté en el sofá, mis rodillas todavía temblando.

Papá me miró. Solo eso. Me miró sin verme realmente, su cara roja y brillante.

Estaba muy cansada. Imperialmente cansada. Mi cara estaba seca. Solo podía pensar en dónde estaban el pánico y los gritos y el fin del mundo, y en que te quedaban dos pantallas para pasarte el *Uncharted 4*, y en que tu sudadera estaba en mi silla, y tu yogur favorito en la nevera y tu copia de *El club de la lucha* ahí mismo, en el reposabrazos del sofá.

AHORA

Negación

Nada termina de manera poética.
Termina, y lo convertimos en poesía.
Toda esa sangre nunca fue bonita.
Solo fue roja.

KAIT ROKOWSKI

Judith

Es un buen día y un mal día, como lo han sido todos desde que te fuiste. Santa Ana sigue igual que siempre. No he salido de casa desde el funeral, excepto para ir al bazar al otro lado de la calle, y nada indica que te hayas ido.

Reyes y yo estamos caminando hacia el instituto, sus hombros chocando contra los míos porque mi auricular izquierdo está en mi oreja izquierda y mi auricular derecho está en su oreja derecha.

—Rap francés. —Reyes le da una patada a una lata de Coca-Cola—. ¿Quién mierda escucha rap francés?

Me vuelvo hacia ella, de modo que el auricular casi se suelta y Reyes tiene que sostenerlo con dos dedos.

—Creo que la tienes delante. *Valjean*, de «Verre de lait». —Le doy dos toquecitos a mi móvil—. Son unos genios.

—¿Entiendes dos palabras de lo que dicen?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Quién mierda habla francés? Lo que importa es la actitud, tía, cómo escupen las palabras.

Como si solo fuesen sonido sin significado.

Como si pudieran diseccionarse.

Como que le echo un vistazo a mis mensajes de WhatsApp aunque Néstor no me haya escrito desde el funeral. Como que abro la aplicación de Instagram cada dos minutos aunque, naturalmente, no has vuelto a conectarte desde aquella noche.

(Como que Néstor me escriba parece tan posible como que tú te conectes.)

Sacudo la cabeza y le subo el volumen a la canción.

—*Croissant, croissant, baguette, baguette, liberté, fraternité, anxiété* —digo al ritmo de la música.

Reyes se muerde el labio inferior. Estamos a la altura de la calle Miguel Hernández y el sol se asoma por encima de los tejados de los edificios.

—Creo que el cantante acaba de ladrar —dice.

—Pues claro que acaba de ladrar. Es francés. Los franceses ladran a todas horas. Así es como se comunican.

Y no sé si es Reyes o si soy yo la primera que acaba con la espalda contra el escaparate de la panadería, riendo con la fuerza de todos los soles del mundo. Riendo como si hubiese tiempo para todo. Riendo como si nada importase demasiado.

—Hablando de rap, ¿has escrito algo nuevo últimamente?

Me saco tu mechero del bolsillo de la sudadera y lo enciendo, porque por un momento mis manos huelen a las tuyas y por un momento ese clic me hace pensar que estás al final de la calle.

—No. —Vuelvo a guardarme el mechero—. Lo he intentado, pero... No sé, no consigo que rime nada. No sé, tía, creo que estoy oxidada. —Chasco la lengua—. No sé.

Reyes me coge de la muñeca.

—A lo mejor es normal. A lo mejor solo necesitas tiempo. ¿Qué es el rap, de todos modos? Siempre lo estás diciendo.

—Soltar verdades a los poderosos.

Solo que no hay verdades después de la muerte. No he aprendido absolutamente nada de tu suicidio, excepto que es mejor estar vivo.

Reyes arquea una comisura de los labios.

—Además, siempre puedes ladrar.

Chaim

—Un puñetazo después de que acabase el combate. Ese hijoputa no lo va a dejar pasar.

Jacobo se sorbe los mocos (siempre tiene la nariz atascada), se da dos toquecitos en la sien derecha y camina marcha atrás clavando los ojos en mí, todo al mismo tiempo.

Me encojo de hombros.

—Bueno, ¿qué quieres? No lo pude evitar.

Jacobo se detiene como siempre hace antes de empezar a perorar, solo que ahora únicamente parece utilizar el momento para coger aire.

—No me malinterpretes, Péntek. Cualquier puñetazo dado a ese capullo es, en mi humilde opinión, un buen puñetazo. Solo estoy diciendo que Carlos Ferrán no va a dejar que le hosties a un amigo suyo y que, además, te vayas de rositas. Pero, tranqui. —Se señala con dos pulgares—. Aquí está un menda para cubrirte las espaldas.

Andy, que hasta ahora había estado muy ocupado ignorándonos, se detiene en la esquina de la calle Miguel Hernández para atarse el cordón de las deportivas y, de paso, aprovecha para fulminar a Jacobo con la mirada.

—¿Quieres ayudarlo o hundirlo más?

Jacobo hace bocina con las manos aunque Andy solo está a un par de pasos de nosotros.

—¡Sé que me quieres, Estévez!

A mi parecer, las siete y media de la mañana es muy temprano para discutir, así que me saco el paquete de cigarrillos del bolsillo de los vaqueros y lanzo dos, a Jacobo y a Andy. Me reservo un tercero para mí, y camino así, peleándome con mi mechero, hasta que un par de risas me detienen.

Judith Salazar y Reyes Álvarez están apoyadas en el escaparate de la panadería, auriculares en los oídos y lágrimas en los ojos. Al principio intento desviar la vista y seguir con lo mío, en primer lugar porque no me han visto, y en segundo lugar porque no sé muy bien qué demonios decirle a Judith, pero entonces son ellas las que se fijan en nosotros tres y no nos queda otra que saludarlas.

—¿Tranvía? —les pregunto, lo que es bastante estúpido porque la parada está a dos calles.

Reyes es la que responde primero, apartándose un largo mechón rojo de la mejilla.

—El coche de San Fernando.

Jacobo da un paso adelante que lo acerca más a ellas.

—Ya somos cinco —señala en nuestra dirección—. Claro que antes tenemos que hacer una parada en el veinticuatro horas. Una mañana no es una mañana para estos dos bellacos —nos echa una mirada rápida a Andy y a mí— si no empieza con un cruasán de chocolate.

—Y un cigarrillo —apunta Judith porque, claro, todavía sigo peleándome con el mechero.

Un resplandor amarillo. Judith sacude su propio encendedor amarillo frente a mis ojos. Sonriendo, me agacho (es considerablemente más baja que yo) y dejo que me encienda el pitillo. Una vez encendido, arqueo las cejas, doy una calada larga y digo:

—Gracias por acelerarme el cáncer. Me has salvado la vida.

Me doy cuenta inmediatamente de lo estúpido que ha sonado, incluso más que en mi propia cabeza, y mis mejillas y mis orejas y el puente de mi nariz enrojecen. Empiezo a caminar calle arriba.

—¡Ya nos veremos en clase! —les digo a los chicos. Después me dirijo a Judith—: Me alegro de verte otra vez, Salazar.

Judith

No hace ni cinco minutos que hemos abandonado la calle Miguel Hernández cuando un coche se acerca despacio a nosotras. Un viejo Vauxhall de finales de los ochenta, rojo (o al menos en su día lo fue) y con el capó ligeramente destrozado.

Sonrío, me guardo el móvil en el bolsillo trasero de los vaqueros (todavía no he cerrado la aplicación de WhatsApp) y me acerco a él. Cuando se detiene, abro la puerta del conductor y digo:

—¿Has estado siguiéndonos desde mi calle?

Una sonrisa, muy parecida a la que me esperaba pero no exactamente igual. Hay un deje de violencia y agresividad en ella.

Pongo los ojos en blanco.

—Oh, eres tú.

Carlos Ferrán tamborilea el volante.

—Lo que cualquier persona quiere escuchar. Ya sabes que a mi hermano le cuestan las mañanas. —Estira el cuello para mirar a Reyes, que todavía sigue en la acera—. ¿Te vienes? Os acerco al insti. —Clava los ojos de nuevo en mí—. Para tu información, no os he estado siguiendo desde tu calle. Salí tarde del gimnasio y no llegué a tiempo. He tenido que correr hasta encontraros.

Reyes resopla, aunque eso no le impide abrir la puerta trasera y arrojar su mochila dentro, sobre los asientos.

—Eres todo un caballero de los barrios bajos.

—Se hace lo que se puede. —Un golpe de cabeza—. ¿Cómo estás?

—Estoy.

Nunca he dicho una verdad más grande en mi vida.

La mañana después no hubo explosiones. No me encerré en mí misma ni el suelo tembló ni el tiempo se dividió en dos. Simplemente fue una mañana más en la que no sentí ni mucho ni poco.

La culpa es un cuchillo en mi estómago.

—Intenta no meter mucha zapatilla ahora —digo, sentándome junto a Reyes—. Tengo el estómago revuelto.

Entrar en el instituto es un poco como abrirse paso a través del mar Rojo. Las mismas personas

con las que había compartido fiestas, botellones y apuntes de física son las que se apartan para verme pasar, y sus ojos dicen mucho más que los susurros que intentan acallar.

Estiro los puños de tu sudadera naranja. Es como si te llevase tatuado en la piel y por qué lo hiciste, y por qué de esa manera, y por qué *ese* día y dijiste que ibas a irte de todas maneras, pero *no así*.

Cierro los ojos con la fuerza necesaria para que estrellas y constelaciones brillen en mi oscuridad. Sigo caminando. Para cuando levanto los párpados, una vez que me acostumbro a la claridad, los chicos de la pandilla están junto a mí, algunos de pie, otros sentados en los bancos y, finalmente, uno apoyado en el radiador.

Néstor.

Da un paso hacia mí. Sus brazos se balancean como si estuviese pensando en tocarme, pero en el último momento lo único que hace con sus manos es guardárselas en los bolsillos.

—¿Cómo... cómo estás?

—Bien.

Lo digo sin pensar, y cada letra gotea de mi lengua como veneno. Toda la pandilla contiene la respiración.

Néstor asiente despacio, casi calculando cada movimiento, y solo puedo pensar en sus manos y en cómo me gustaría que las dejase caer sobre mis hombros, o que las utilizase para acercarme más a su cuerpo, o que simplemente las pasase por mis brazos con mucha delicadeza.

—Eres fuerte.

Sacudo la cabeza.

Nosoyfuertenosoyfuertenosoyfuerte.

Y no he llorado desde esa noche, y tu habitación todavía es tu habitación, y tu armario huele a ti, y la pintura de tus grafitis no se ha apagado y tus blocs de dibujo siguen tirados por el salón. No puedes romperte por alguien que sigue ahí, de alguna manera.

—Fue tan de repente... —dice Esme, una chica bajita de nuestro grupo que siempre lleva camisetas de viejas leyendas del rock y el par de Doc Martens más maravillosamente extravagante que he visto nunca—. Lo estás llevando de puta madre. Si le pasase a mi hermano... O sea, que Saulo era muy atlético y todo eso. O sea, que no tiene sentido. O sea, que no debería ser así. Joder, Judith, te ha tocado una baraja muy jodida.

Muerte súbita. Eso es lo que papá dijo cuando le preguntaron qué te había pasado. Muerte súbita, como los futbolistas o los jugadores de hockey. Tú en tu coche, vivo un segundo y muerto el siguiente.

El funeral fue con el ataúd cerrado, por lo que solo un par de personas saben la verdad. La dirección. Algunos miembros de nuestra familia. Reyes. Néstor. Y Carlos, que ahora clava sus ojos oscuros en la pared sin fijarlos en ningún punto en concreto.

—Sí, y ya no se puede hacer nada —dice—, así que deja el puto tema. —Se alisa los vaqueros con las manos—. ¿Nos piramos a historia del arte o queréis salir de palique? Que aquí los Curie

—nos señala a Néstor y a mí con un golpe de cabeza— deberían largarse a estudiar algo útil.

Carlos suelta verdades como puños, y a todo el mundo. Es lo peor y lo mejor del barrio, encarnado, y quizá por eso todos se levantan y lo siguen. Incluso Reyes tras darme un último abrazo, que me deja envuelta en su colonia de manzana.

Néstor y yo nos quedamos solos, él todavía apoyado en el radiador y yo con la espalda contra la pared, mirando a la gente que pasa a nuestro alrededor.

—Se me había olvidado que nadie más lo sabe —susurra despacio.

Hundo más las manos en el bolsillo de tu sudadera, mi pulgar acariciando tu mechero amarillo.

—Da igual. Es decir, que no tengo muchas ganas de hablar de eso.

De lo último que te dije. De lo último que me dijiste. De todas las cosas importantes que nunca pensé que lo eran.

—Solo quiero que sepas que te admiro mucho. En serio.

—Para.

Y me pasé dos semanas llorando porque Néstor no me llamó ni se pasó a verme, pero no por ti. ¿Y por qué no puedo llorar? ¿Y por qué el vacío que dejaste atrás no puede llenarse con desesperación

y gritos,

todo el dolor del mundo,

lo suficiente para hacerme sentir un poco humana?

—O sea, que no quiero que te sientas culpable ni nada parecido. O sea, que ya sabes que me cuesta... hablar, que hablar no es lo mío..., pero Saulo no era como tú, ese es el problema.

—Por favor, Néstor, cállate.

Intento moverme, pero no puedo porque el linóleo del instituto no es el linóleo del instituto.

Es el suelo de nuestro salón. Es papá inmóvil en el sofá, un reguero de lágrimas descendiendo por sus mejillas. Son las huellas de tus zapatillas todavía tan visibles.

—Pero quiero que lo sepas. No sé si te lo había dicho alguna vez. Eres muy fuerte, y Saulo... Bueno, él se rindió y...

Yeslapistolayeselcocheyestucuerpoyson todos los segundos después.

Todas las veces que me pediste ayuda y no supe escucharte.

—¡Que te calles, joder!

Primero escucho mi propio grito y luego siento la mejilla de Néstor, tan cálida, tan suave, contra mi puño. No, mi puño contra su mejilla.

Nunca le había pegado a nadie. Nunca había tenido ganas de pegarle a nadie.

La marabunta del pasillo vuelve a separarse como el mar Rojo y yo sigo sin sentir demasiado.

Chaim

No me planteaba romperle la nariz a Carlos Ferrán. Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza, al menos recientemente. Muchas veces he sentido ganas de hacerlo, naturalmente, pero la poca sensatez que me queda (léase: mi amigo Andy Estévez) siempre me lo ha impedido. Pero esta mañana lo he hecho, y me están expulsando por ello.

Hace más calor en el claustrofóbico despacho de la vicedirectora Muñoz que en el pasillo. Todo está en su sitio o, en otras palabras, en un completo desorden. Lo último que ha cambiado desde la última vez que estuve aquí es la sensación de opresión. Sencillamente, cinco personas son demasiadas para una habitación tan pequeña.

—Chaim Péntek, me esperaba de ti una conducta mucho más sensata —dice la señorita Muñoz, que carga con una montaña de libros tan arrugados y grises como ella.

—Señorita, su signo es acuario —responde Jacobo—. Es rebelde por naturaleza.

No puedo contener una risita. La herida de mi labio inferior (que no deja de escocer, la muy cabrona) vuelve a abrirse y sangrar.

La señorita Muñoz suspira, hundiendo la cara en la montaña de libros sobre su escritorio.

—Chaim, sabes que te juegas la expulsión, ¿verdad? Pegarse en mitad del patio, como auténticos animales. Sinceramente, creí que te había enseñado mejor.

—Tengo una baja tolerancia a los idiotas.

—Espero más sensatez de ti... —ahora la señorita Muñoz mira primero a Jacobo y después a Andy también—, *de los tres* la próxima vez. Andy...

—No puedo controlar a ninguno de estos dos mejor que usted, señorita.

Muñoz sonrío.

—Jacobo, Andy, os recomiendo que volváis a clase. No sé a qué santo os habéis encomendado, pero por una vez solo uno de vosotros, y no los tres, se ha metido en líos.

Jacobo aprieta la mandíbula.

—Oh, no fue por falta de ganas, se lo aseguro. Si vuelvo a ver a ese hijop... —La señorita Muñoz arquea una ceja—. Bueno, ya sabe, que si Carlos Ferrán vuelve a... —alza dos dedos— a hacer uso de un lenguaje en contra de la ética de este instituto, voy a tener que enseñarle un par de cosas, ya lo creo yo que sí.

La señorita Muñoz le dirige una de esas miradas tan raras que es capaz de hacer que Jacobo recoja sus cosas y se vaya. Desde el marco de la puerta, mientras Andy tira de la capucha de su sudadera, aún le da tiempo de recordarme una frase que leyó en un libro hace mucho tiempo y que se ha convertido en su lema, más o menos:

—Chaim, ¡abajo esa moral y no pierdas la desesperanza!

Cierra la puerta. Los ojos de la señorita Muñoz ya están de nuevo sobre mí, pero ahora que nadie está hablando yo solo puedo fijarme en la tercera persona del despacho. Judith Salazar está sentada en uno de los dos sillones de cuero, con las piernas cruzadas y la cara iluminada por la luz azulada de la pantalla de su móvil.

Quiero decirle algo, no sé el qué. Todas las frases que se me pasan por la cabeza son obscenamente estúpidas hasta para un cabeza hueca como yo, así que solo dejo mi mochila en el suelo y me siento a su lado mientras la señorita Muñoz se ausenta para ir a buscar nuestros expedientes.

Pensando en eso, y en lo perdido y solo y asustado que estaría yo si mi hermano Ira se muriese, le doy un golpecito a Judith en la muñeca. Cuando levanta la vista, señalo sus nudillos (hinchados y enrojecidos como solo puede dejártelos una improvisada pelea a puñetazos) con un gesto de la cabeza.

—¿El otro acabó peor?

—El otro no me devolvió el golpe. —Me mira—. ¿El otro acabó peor?

—Bueno, te costará creerme, pero sí. Eso, claro, si una nariz rota es peor que un labio cortado. Personalmente, no creo que mi nariz sea una maravilla, pero aprecio que todos los huesos estén en su sitio, muchas gracias.

Judith sonrío (una sonrisa sincera, pero también algo cansada; normal) y enseguida vuelve a centrar toda su atención en el móvil. Todavía sigo pensando que debería decirle algo sobre Saulo, y todavía siguen dándome una vergüenza monumental todas las opciones que se me pasan por la cabeza. Además, me acuerdo de lo que mamá siempre me dice, que para hablar tanto nunca digo nada, así que también me quedo callado.

Al menos, esa era la intención.

El calor me asfixia y la señorita Muñoz sigue sin venir. Hace tanto calor que las palabras de los libros se resbalan de sus páginas, e incluso los ojos de Judith parecen derretirse hasta formar un charco plateado en el suelo.

No soy muy listo, y eso no es nada comparado con cómo me pongo cuando tengo que estar simplemente sentado en un sitio sin hacer nada (especialmente si ese sitio, como el despacho de la señorita Muñoz, tiene un clima que podríamos describir como subtropical). No podría explicarlo, pero solo sé que cuando tengo que estar quieto y callado algo dentro de mí *explota* y no puedo evitar hacer el tonto. Sé que suena a algo de locos, pero es verdad, y es lo que me empuja a volver a molestar a Judith otra vez.

—*Esa* —arqueo las cejas en dirección a su chaqueta tejana— sí que es una chupa de fábula.

Judith baja la mirada hacia la chaqueta. Sus labios y sus cejas tiemblan, como si no se hubiese fijado en lo que lleva puesto hasta ahora.

—Es... —aprieta los párpados— era de Saulo. Se le había metido en la cabeza llenarla de pines de los sitios guais que había visitado.

—¿Como un mapa?

—Como un mapa.

Le doy dos toquecitos al pin que tengo más cerca de mí, uno diminuto y brillante en forma de carita sonriente.

—Pues iba por buen camino. ¿Vas a seguir?

Por las arruguitas que se forman en la frente de Judith sé que no, y que además he vuelto a meter la pata, así que cambio inmediatamente de tema antes de que vuelva la señorita Muñoz. No quiero que, además de tener que pasarse la mañana en el despacho de la vicedirectora, encima Judith tenga que quedarse pensando en Saulo y en los pines de su chupa por mi culpa.

—Así que Néstor Ferrán, ¿eh? —Señalo sus nudillos hechos polvo—. Carlos Ferrán. —Me doy un golpecito en el labio—. ¡Jo, a ver cómo hacemos para convencer a Muñoz de que no hemos estado compinchados ni nada por el estilo! Que menudos dos, eso ya te lo digo ahora. A juzgar por su tamaño, seguro que se cayeron de cabeza cuando nacieron. Al menos Carlos. Néstor, como por lo general no abre mucho la boca...

Judith suelta una carcajada y enseguida vuelve a hundir la barbilla en el cuello de su sudadera.

—Pero, bueno, dime, ¿qué idea tan sesuda ha tenido para que tu puño acabase en su pómulo?

—Nada. —Se muerde el labio inferior—. Solo..., no sé. Solo estoy un poco al límite, nada más.

Asiento. Al otro lado del pasillo se oyen unos pasos. Me doy cuenta de que tengo que contarle algo muy importante a Judith, de modo que, solo por si acaso, bajo la voz e inclino la cara un poquito más hacia ella.

—Oye, ¿fue algo sexista o algo sí? No es por meterme en tu vida ni nada, pero si te pegas con alguien porque te ha dicho algo sexista o racista o cosas por el estilo..., vamos, que si te pegas con alguien porque te están discriminando, la señorita Muñoz lo entiende perfectamente y, bueno, que no te metes en líos porque fue solo en defensa propia, ¿sabes?

Judith aprieta los labios. Sus ojos están fijos en las uñas de su mano izquierda, como si nunca hubiese visto algo tan magnífico en su vida.

—No fue nada de eso, pero gracias. De verdad. —Coge aire—. ¿Carlos te dijo algo racista? Lo conozco y sé que puede ser... bastante capullo.

Me doy perfecta cuenta de que Judith está evitando mirarme a los ojos. La mitad inferior de su cara sigue escondida en el interior de su sudadera, y no puedo estar muy seguro, pero me da la sensación de que está avergonzada por algo. No quiero que se sienta culpable ni nada parecido, mucho menos ahora, de modo que me apresuro a aclarar:

—Más o menos.

Judith arruga la nariz.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, pues eso, más o menos. Es que es difícil de explicar, ¿sabes?

Es muy racista cuando lo digo en voz alta. Cuando me lo repito un par de veces en mi cabeza,

en cambio, pierde parte de su fuerza.

Judith lo tiene más claro que yo.

—Seguro que dijo una barbaridad. ¿Por qué no se lo cuentas a Muñoz? Te ahorrarías la expulsión.

—No puedo.

—¿Cómo que no?

—Pues eso, que no puedo. Es que... Bueno, mírame. Es decir, si eres judío, no puedes llamar racismo a cualquier cosa tan alegremente. Nada de lo que estoy diciendo tiene ningún sentido, me estoy dando cuenta. No puedo explicar por qué, pero es así.

Es el hecho de que Gal Gadot sea judía pero Wonder Woman no, pero también es el Holocausto y las estrellas amarillas y que no podamos hablar de ello sin pedir antes perdón por Palestina. Es no poder saludar diciendo *shalom* para que no desconfíen de ti, y es tener que reírte cuando alguien dice judío cuando en realidad quiere decir ladrón. Es todas las cosas que entristecen a Ira y que enfurecen a Jacobo, porque Jacobo siempre tiene energías para enfurecerse hasta por los asuntos que no le afectan personalmente. Es ser blanco, pero no el tipo correcto de blanco, y por eso tienes que elegir muy cuidadosamente las cosas que consideras racismo, porque de algún modo hay un límite que no debes superar.

Y me gustaría decirle todo esto a Judith, pero, en primer lugar, eso supondría quejarse, para lo cual también hay un límite, y en segundo lugar, en cuanto abriese la boca tantas palabras querrían salir al mismo tiempo que se me haría un nudo en la lengua y no sabría muy bien cómo continuar. Además, es el tipo de cosas que solo entiendes una vez que las vives, y no tiene mucho sentido angustiarse por ello. De todos modos, la señorita Muñoz ya está entrando en el despacho.

Judith

La señorita Muñoz no está satisfecha. O, mejor dicho, lo está, pero no por la razón que a Chaim le habría gustado, estoy segura.

—Intento ayudarte, Chaim, de verdad —dice, y él se acomoda en el sillón y mira por la ventana.

Sus mejillas están encendidas, aunque, para ser justos, la cara de Chaim siempre lo está.

—No se haga mala sangre, señorita, soy un caso perdido.

—Chaim, si no me equivoco, y no acostumbro a equivocarme, no eres un caso perdido en absoluto. Eres cabezota, irresponsable y alborotador, pero no un caso perdido. Aunque me temo que esta vez te has pasado de la raya.

Los dedos de Chaim resbalan por las esquinas redondeadas y algo estropeadas del sillón.

—Señorita, de verdad, no se preocupe. A estas alturas de la vida... pues no creo que ya pueda hacerse mucho.

La señorita Muñoz apoya ambos brazos sobre el escritorio antes de contestar.

—Nos conocemos desde hace tiempo, así que voy a ser directa: ¿estás teniendo algún problema?

Chaim aparta la vista de la mancha de humedad del techo.

—Bueno, señorita, para empezar, «problema» es una palabra muy gorda. Yo diría más bien...

—Chaim, lo que estamos discutiendo aquí no es la precisión de mi vocabulario. Lo que, por cierto, no te recomendaría hacer, porque sinceramente llevarías todas las de perder.

Suspiro, suspiro.

—Bah, seño, es que...

—Te estás jugando la expulsión, y estoy hablando muy en serio. Dime, ¿estás pasando por algún problema o...?

Recupero la voz. Es como en una batalla de gallos, cuando te viene a la cabeza la rima perfecta y simplemente sabes que nadie va a vencerte ahora. Como mirar al miedo a los ojos sin que te tiemblen las rodillas.

—No fue culpa suya.

El efecto que estas cuatro palabras tienen en Chaim y en la señorita Muñoz es formidable. Ella deja a un lado su bolígrafo, y algo en el modo en el que sus labios tiemblan o quizá en el relajamiento de los músculos de su cara me dice que tal vez sonreiría si las circunstancias fuesen diferentes. Chaim, sin embargo, solo abre la boca, sus mofletes están incluso más rojos que antes.

—No fue culpa suya —repito—. Carlos hizo un comentario... ofensivo. —Chaim asiente muy

muy levemente y muy muy despacio—. Intolerante, en realidad.

La señorita Muñoz se pasa los dedos por el pelo.

—¿Es eso cierto, Chaim?

Él echa una mirada fortuita a la ventana. Al reloj de la pared.

—Bueno, sí y no.

—Sí —insisto, y la señorita Muñoz deja sus gafas a un lado.

—¿Y lo escuchaste aun estando en otra planta?

Cojo aire. La Judith de antes de Saulo habría dicho algo conciso e insolente. «Tengo un buen oído.» La Judith de después de Saulo, en cambio, arrastra demasiadas palabras pesadas.

Otro suspiro. El tercero de esta sesión.

—Supongo —dice la señorita Muñoz— que en ese caso, y habiendo testigos —me fulmina con la mirada— como Judith y, si no me equivoco, también Jacobo y Andy, las circunstancias son distintas. Se lo comunicaré al director Sotomayor y entre los dos veremos qué hacer contigo. Mientras tanto, te recomiendo que te tomes la mañana libre. Ve a algún sitio en el que si te metes en líos no paralice tus estudios o, mejor aún, a casa a ponerte al día. Quiero que todos mis chicos se gradúen, Chaim, y tú no vas a ser menos. Anda, puedes irte.

El tono de su voz implica una orden y no una sugerencia, y a Chaim lo posee un ansia insaciable. Recoge su mochila del suelo, coloca bien el sillón y ya está en el umbral de la puerta cuando se vuelve hacia mí, se apoya y sonrío.

—Ya nos veremos por ahí, Salazar.

Sonrío yo también.

—Claro.

Se queda ahí un ratito más, apoyado en el umbral, mirándonos. Después señala al pasillo con el pulgar, se muerde el labio inferior y dice:

—Bueno, voy a... a dar una vuelta e intentar no meterme en líos, supongo.

Cierra la puerta tras de sí. La señorita Muñoz estira el brazo y me coge la mano; la aprieta, solo lo suficiente para que sienta el calor de su piel contra la mía. Estira los labios.

—¿Estás bien, Judith?

Sí. No.

Me siento como si no pudiese respirar. Me siento vacía y, al mismo tiempo, esa pesadez helada bajo mi diafragma es tan real que podría llamarla por su nombre.

La mayoría de los días tengo la sensación de no poder levantarme de la cama, pero luego acabo haciéndolo. Estoy tan cansada y soñolienta que prefiero imaginarme que tengo alergia estacional. Mejor convencerme de cualquier cosa que pensar en *eso*, pero al final los recuerdos siempre vuelven, y son densos y vertiginosos y mortíferos como el aire espeso de aquella noche de septiembre.

—Sí —digo, y la rojez de mis labios y el picor de mi nariz no tardan en contradecirme—. Estoy bien.

La señorita Muñoz no encuentra las fuerzas para reprocharme nada. Vuelve a apretarme la mano y aparta mi expediente; en su lugar me tiende dos galletas de mantequilla de su lata roja.

—Come; no tienes buena cara.

Solo para no decepcionar a la señorita Muñoz, muerdo una galleta.

Verme comer parece tranquilizarla, porque continúa:

—No quiero que tus circunstancias te definan, pero tampoco podemos hacer como que el suicidio de tu hermano no ha sucedido. Comprendo que estás pasando por un momento muy duro y que estás recibiendo la ayuda que mereces.

Su voz se eleva un poco al añadir esto último, como si estuviese debatiéndose entre afirmar o preguntar. Le aseguro que sí, aunque lo cierto es que esto es lo más parecido a ayuda que he recibido. En mi casa, por lo menos, el silencio es la tirita que tapa todas las heridas.

—Entonces, solo por esta vez, tómate la mañana libre.

Algo con garras se aferra a mi pecho.

—No.

—Tienes derecho a descansar, Judith. Relájate. Tómate tu tiempo. Sé paciente contigo misma.

—No, señorita, de verdad que prefiero quedarme. Prefiero estar ocupada y...

Muñoz hace resbalar sus gafas en forma de media luna por el puente de su nariz.

—No hablaba a la ligera cuando le dije a Chaim que quiero que todos mis chicos se gradúen. Llevarte al límite no va a ayudarte. Tu salud es importante, Judith, y creo que no estás preparada aún para volver a las clases. Hoy no, por lo menos. Quizá mañana, eso espero, pero no hoy.

Chaim

Al llegar a la calle pensé en que, por lo menos, tengo la mañana libre para ir al club de boxeo. Luego me di cuenta de que para eso tendría que pasar por la peor zona del barrio, y no es una buena idea cuando solo llevas una camiseta fina, los vaqueros harapientos que ya había llevado tu hermano (y que, por lo tanto, te van bastante cortos) y las zapatillas llenas de agujeros. Leo Montiel, el mejor amigo de Ira, que siempre insiste en ocuparse de nuestra mierda, se pondría hecho una furia si me viese aparecer por las profundidades de Santa Ana sin una chupa o un calzado adecuado para participar en las posibles peleas que podrían tener lugar...

Total, que estoy pensando en esto y en cuánto dinero me queda exactamente para el tranvía cuando escucho el crujido de la puerta principal y, al volverme, veo a Judith Salazar caminando en mi dirección.

Me doy una palmadita en las pantorrillas.

—¡No me digas que te han expulsado por pegarle a Néstor Ferrán!

—Me han invitado a tomarme el día libre —dice, y se deja caer en el banco de la parada.

Por hacer algo, apoyo el culo en el respaldo y le ofrezco a Judith un cigarrillo, que acepta.

—A mí nadie me espera en casa —le explico—. De hecho, mi madre se pondrá hecha una furia como me vea llegar a casa antes de la comida y, encima, con el labio partido.

Con extrema lentitud, Judith deja caer la mano por la barandilla, su cigarrillo espolvoreándonos los pies de cenizas.

—Oye, Salazar, ¿vas a coger el tranvía hasta tu casa?

Se encoge de hombros.

—Claro.

—La línea seis, ¿no? Puedo acompañarte.

Arruga la nariz.

—Pero ¿no decías que no querías volver a casa?

—Ya, y no voy a hacerlo. Al principio pensé en pasarme por el gimnasio pero, claro, para empezar no sé ni cómo me las arreglaría para coger la bolsa sin que se enterase mi madre. Así que, no sé, supongo que iré a pasar el rato en el bar Szputnyik, y resulta que queda en la misma línea de tranvía.

—¿Szputnyik? ¿Qué es, ruso?

Sonrío. Ampliamente.

—Nah, húngaro.

Judith se vuelve.

—¿Qué?

—Hún-ga-ro. Como el goulash, el cubo de Rubik y Béla Lugosi y, bueno, como yo. Húngaro.

Chaim

Durante el viaje en tranvía pego la boca al cristal y, soplando, creo un lienzo de vaho. Me gusta dibujar cosas: un caos tras otro, ninguno con una forma que se pueda identificar, y todos enredados y punzantes. Cuando alguien repara en mí, y si ese alguien arquea una ceja o carraspea o algo por el estilo, me encargo de escribir burradas como diciendo «sí, soy de *ese* barrio».

—Tía, me pregunto cómo será la vida de la gente ahí fuera —suelto, solo por decir algo.

Judith acerca aún más la cara a la ventanilla, su respiración deja una huella en forma de pulmones en el cristal.

Ya os he comentado que, para no tener mucho que decir, abro la boca de lo lindo, y mi limitada información sobre Judith no supone un problema.

Lista de cosas que sé sobre Judith Salazar:

1. Va a rapear al pub Momo los fines de semana.
2. No coincidimos en muchas clases porque estudia bachillerato científico, pero en las que vamos juntos se caracteriza por tener una de esas risas fuertes y burlonas que no intentan disimular que son «auténticas carcajadas».
3. Anda con Reyes Álvarez, pero también con Carlos Ferrán y compañía.
4. Es posible, de hecho, que esté saliendo con Néstor Ferrán.
5. Al que, inexplicablemente, le ha partido la nariz.
6. Su madre trabaja en el mismo supermercado que la madre de Jacobo.
7. Hasta el verano pasado, su padre trabajaba arreglando coches.
8. Tenía un hermano, Saulo, posiblemente el mejor grafitero que Santa Ana haya tenido jamás.
9. Saulo murió el mes pasado.
10. Eso es todo.

—¿Carlos y Néstor Ferrán? Si me preguntas, esa fue una sincronización jodidamente perfecta. O sea, ¿qué posibilidades había de que *los dos* nos metiéramos en una pelea con *dos gemelos* en sitios distintos y *al mismo tiempo*?

Judith apoya la espalda en la barandilla.

—¿Enfatizas cada dos palabras por algo o tienes un tic verbal?

—Que te jodan, Salazar, pero somos buenos. Muy buenos. Deberíamos convertirnos en justicieros. Deberíamos trabajar juntos, como la agente Peggy Carter y Capitán América.

Arquea una ceja.

—Oye, justiciero, sabes que Peggy Carter es la superior de Capitán América, ¿no?

Levanto las palmas de las manos.

—Yo solo te sigo a ti. ¿Pegarme con Carlos Ferrán? Bueno, vale, se lo merece, y por varios motivos. Pero ¿Néstor? No sé, debes de tener tus razones para haberle hostiado, y eso es algo que puedo admirar.

Ahora es Judith la que se acerca más a la ventanilla, dándome la espalda.

—Ya. Bueno.

En aquel punto mi (patético) intento de conversación se vuelve demasiado incómodo para seguir. Durante el resto del trayecto cada uno escucha su música, y solo abro la boca de nuevo cuando llegamos a su parada y ella se levanta.

—¡Eh, Jud! —Se quita un auricular—. Nada, que si te apetecía venir al Szputnyik conmigo. A lo mejor no te lo he vendido muy bien, pero te aseguro que es un local de primera.

Judith sonrío (undécima cosa que sé sobre ella: tiene una sonrisa de fábula, dientes torcidos y hoyuelos y todo).

—Gracias, pero creo que me voy a ir ya a casa.

—¿Segura?

—Segura.

—Bueno... Nos vemos por ahí, supongo.

Y se baja del tranvía.

CÓMO HABRÍAN IDO LAS COSAS SI ESTO FUESE UNA PELI DE LOS OCHENTA: Judith y yo habríamos tenido al menos dos (2) aventuras memorables a lo «Ferris Bueller». Después habríamos aprendido «algo profundo» del otro, como en *El club de los cinco*.

CÓMO FUERON LAS COSAS REALMENTE: la situación se volvió ultraincómoda y ni siquiera a mí se me ocurrió un tema de conversación, porque mi cabeza no paraba de repetir Saulosaulosaulosaulo. Después, ella se fue a su casa y yo al bar Szputnyik, donde le pedí trabajo por quinta (5.^a) vez a Bandi alegando nuestra nacionalidad común. Él me repitió que soy menor por quinta (5.^a) vez. Al llegar a casa, mamá se puso, efectivamente, hecha una furia (su humor desde luego no mejoró cuando el instituto la llamó para decirle que me habían expulsado y yo no me digné a aparecer hasta las ocho de la tarde).

Judith

Cuando llego no hay nadie en casa. Sabía que mamá estaría trabajando, pero con papá siempre es como jugar a la ruleta rusa.

A veces está en casa, una sonrisa de anuncio de dentífrico iluminando su cara. «Ven, te enseñaré a jugar a las cartas», te dice, o quizá «¿Te he contado aquella historia de cuando mis colegas y yo dormimos en una funeraria tras una noche de juerga?».

A veces está en casa y no te dirige la palabra.

A veces, directamente, no está.

Pienso en ir a casa de la abuela, pero eso habría supuesto un esfuerzo hercúleo, de modo que solo me arrellano en mi cama, cojo el portátil y abro Netflix (tu cuenta sigue ahí, la temporada de *Better Call Saul* sin terminar y todas esas películas *indies* empezadas).

Intento escribir. Antes era fácil. Antes era como respirar. Antes sangraba sobre el papel y todas las palabras eran verdaderas, cada una más poderosa y afilada que la anterior.

Tengo rimas en la manga, naturalmente. Todos los raperos las tienen. El problema es que ninguna parece la correcta; intento juntarlas en un verso, y suena infantil y estúpido, el tipo de bazofia que saldría de unos deberes de lengua de primaria.

Intento concentrarme en las luces de Navidad del cabecero de mi cama. En las polaroids de la pared. En el escritorio repleto de libros que he empezado pero no terminado. En los cactus de la repisa de la ventana (decías que eran la única planta que podría mantener con vida).

Nada. Seca.

Dejo el boli y la libreta en la mesilla, junto a mi botella de agua y una taza de café sin limpiar.

Abro la aplicación de Instagram en mi móvil mientras Serena Van der Woodsen y Blair Waldorf vuelven a pelearse por rollos de chicos en la pantalla de mi ordenador. Me deslizo a través de las fotografías de fiestas y de parejas, a través de las *selfies* normales y las *selfies* con filtros de animales, a través de las instantáneas del barrio y a través de las publicaciones de los famosos que sigo hasta que llego al punto en el que lo dejé anoche. Abro tu perfil.

Todo sigue igual, todo en perfecto orden. Cada foto tiene el mismo filtro, con la fecha y la hora en una esquina, como las instantáneas analógicas de los noventa. Sobre todo veo tus grafitis y tus tatuajes, pero a veces también sales tú. Con tus guantes de boxeo, gotitas de sudor brillando plateadas en tu espalda. Con los chicos de la pandilla, botellines de Estrella Galicia en la mano. Conmigo y con Reyes, en aquella fiesta que diste el verano pasado. Y, si me deslizo un poco más, con Héctor, en el parque de *skate*.

Héctor.

Cierro tu perfil y abro mi bandeja de entrada. Por descontado, todo el mundo está en clase, de modo que tengo que bajar por varios mensajes hasta encontrar una persona conectada: «chaim.pentek».

La última vez que me escribió fue la primavera pasada, para mandarme un meme con el que nos pasamos toda la clase de lengua riendo.

Judith: Ey,
¿todavía estás en el bar comosellame?

Empieza a escribir, borra el mensaje y luego lo retoma.

Chaim: Szputnyik ^^
y no,
castigado :/
¿Por?

Judith: Curiosidad (:

Chaim: ^^ ¿Qué haces?

Judith: Ver Gossip Girl 😂
no me juzgues,
es buena

Chaim: No te juzgo ^^
Yo estoy viendo Iron Fist.
Es..., uhhhhh..., no tan buena :/

Dejo el índice ahí, sobre la pantalla, antes de volver a escribir. Cuando lo hago puedo ver una huellita de sudor sobre mis mensajes.

Judith: Vale, ahora me apetecía muchísimo ir al Szputnyik
aunque lo hayas vendido de pena,
que conste 😊

Chaim: ^^ ¿A lo mejor podemos ir otro día
la semana que viene?

Judith: La semana que viene hay pelea de gallos en el Momo
:/
Voy a tener que practicar mucho,
¿por qué no este finde?

Chaim: Castigado 😞
De verdad no conoces a mi madre lol
¿Qué tal el próximo jueves entre las 19.32 y las 19.48?

Judith: ¿Planificas tu vida al minuto?

Chaim: Wooooow, no, jaja

Solo era una broma ^^

Y a lo mejor la pillaste e hiciste otra broma y ahora me siento muy estúpido ^^

Judith: A lo mejor (:

No tenemos mucho más que decirnos, de modo que la conversación termina ahí.

Chaim

A mamá no le importa en absoluto que solo me hayan echado por un día ni, mucho menos, que fuese en defensa propia, porque «no puedes cambiar lo que piensa la gente intolerante, Chaim, y la violencia no va a llevarte a ninguna parte, si no mira tu hermano». Técnicamente estoy castigado, aunque papá y mamá todavía no se han puesto de acuerdo en el castigo en sí. De hecho, están discutiendo sobre eso ahora mismo. Yo me he puesto los cascos tan altos que solo puedo escuchar a Tupac, y luego a Saul Williams, y luego a Marvin Gayes, y luego un poquito a papá y a mamá porque la canción de Eminem tarda una eternidad en empezar.

El tío Vili, que vive con nosotros, no para de levantar la vista de su libro para mirarme como si acabase de decapitar a un osito de peluche delante de un bebé, y en este momento detesto que vivamos en una casa tan pequeña, y que mi tío y yo tengamos que compartir habitación, y que su escritorio esté prácticamente pegado a mi cama y que no pueda escapar de sus miradas ni de los gritos de papá y mamá.

Cambio de canción. Una y otra y otra vez, pero siempre pasa eso de que los instrumentos empiezan a sonar en *off* y no puedo subir más el volumen, por lo que oigo perfectamente la discusión al otro lado de la puerta. Va más o menos así:

Mamá: ¿Qué vamos a hacer con él?

Papá: Es un buen chico.

Mamá: Con la de sacrificios que hemos hecho por él.

Papá: Es...

Mamá: ¿Qué le pasa por la cabeza? *No le pido* que traiga buenas notas a casa, Dios lo sabe bien, pero si al menos no se metiera en líos día sí y día también...

Papá: Mara...

Mamá: A este paso va a acabar como Ira. Ya te dije yo que no teníamos que habernos ido de Hungría, pero claro, tú...

Me pongo en pie. No sé por qué lo hago, pero de repente estoy así, frente al tío Vili, que arquea las cejas.

—¿Puedo ir a fumar a la terraza?

Vuelve a volcar toda su atención en el libro.

—Chico, soy rabbi, no gurú espiritual. No tienes que pedirme permiso hasta para mear. Además, técnicamente no estás saliendo del edificio, así que supongo que sí puedes.

Estoy arriba en la terraza, fumando y mirando el grafiti de Saulo. Intento concentrarme en esta cosa que hago a veces, que es imaginarme que soy el último hombre en la tierra. En días como hoy es muy fácil: basta con caminar por la cornisa y echarle un vistazo a la calle, tan desierta y silenciosa. El grafiti de Saulo hace el resto; si te fijas lo suficientemente en él (en los tonos azul neón y en cómo todo parece tan confuso y enredado), es como si estuvieses en una peli de ciencia ficción, como *Tron*, o *Blade Runner*, o *El quinto elemento* o algo así.

Estoy pensando en eso y en el momento en el que esas películas se estrenaron (yo aún no había nacido), cuando de repente lo veo. Está ahí, enrollado, en el huequito de uno de los ladrillos expuestos que Saulo pintó. Al principio pienso que es un porro (una idea terrible porque, ¿quién iba a dejar un porro ahí?), pero luego lo cojo, lo desenrosco y me doy cuenta de que es una hoja de una libreta, y reconozco la letra porque si no la he visto al menos cien veces, no la he visto ninguna. Es un papel de libreta que ha escrito Saulo.

Papá estaba sentado a la mesa de la cocina cuando llegué...

Dejo de leer, la doblo de nuevo y me la guardo en el bolsillo. Con la mano que tengo libre (y que no es muy útil, por lo sudorosa y temblorosa que está) cojo el móvil y lo desbloqueo. Solo cuando abro la agenda me doy cuenta de que en realidad no tengo el número de Judith.

—Mierda.

Me meto en Instagram. Le envío un mensaje.

Chaim: ¿¿Estás conectada de verdad??
¿¿o en plan
estoy en la ducha y dejé el insta abierto??

Nada. Oigo a papá desde la cocina, gritándome que ningún cigarrillo dura tanto y que baje de una vez antes de que mamá suba a por mí.

En la pantalla del móvil, una burbuja con puntos suspensivos se agita junto a la foto de Judith.

Judith: De verdad, ¿por?

Tecleo mientras bajo la escalera de incendios.

Chaim: ¿¿Estás en casa??

Judith: ¿¿¿¿Por????

Chaim: Bueno,
es un poco difícil de explicar por aquí
(te prometo que no soy un asesino en serie)
(no sé por qué he dicho eso)

Abro la puerta y mamá empieza a gritarme que deje ese teléfono y que la ayude a poner la

mesa.

Chaim: Básicamente he encontrado algo que es tuyo
y puedo dártelo mañana en clase,
pero creo que es algo importante y que lo preferirías tener
hoy,
y sé que todo esto suena muy raro
pero te juro que es verdad.
¿Estás en casa?

Judith: Sí

Prácticamente puedo ver a mamá echando humo por la cabeza, pero solo puedo pensar en cómo me sentiría yo si Ira se hubiese muerto, y en que leer algo suyo después de que se hubiera ido me haría sentir mejor y en que más vale que me invente una buena excusa enseguida.

Chaim: Bueno, en realidad es de Saulo

Judith tarda una eternidad en contestar. Borra y empieza a escribir su mensaje, borra y escribe de nuevo. Cuando al fin puedo leerlo (y ahora mamá sí que está a punto de estallar) es solo una palabra:

Judith: Vale

Y después:

Judith: Gracias

Judith

Chaim llega a casa exactamente a las nueve y media. Me fijo, por orden de aparición, en:

1. Los rizos, que se le salen del moño y se pegan a su frente sudorosa.
2. La cara, de un rojo demasiado intenso incluso para él.
3. Las paletas torcidas, que se clavan en el labio inferior intentando detener el paso de más sudor.

—Le he dicho a mi madre que me he quedado sin desodorante y que si podía bajar a la tienda a comprar uno —coge aire—, así que no tengo mucho tiempo. Toma. —Me entrega un papel doblado en cuatro partes—. La encontré en... Bueno, ¿sabes ese grafiti que Saulo hizo en mi edificio? Ahí. —Apoya las manos en las rodillas—. No la he leído. No soy así. Y, bueno, supuse que te haría feliz. O que te ayudaría. No sé. No se me da muy bien hablar, lo que suena de locos porque mira que es difícil hacer que cierre la boca.

—Está bien. A mí últimamente tampoco se me da muy bien hablar.

Asiente, y ya se está dando la vuelta hacia el portal cuando doy un paso adelante y extendiendo el brazo hacia él. No logro atrapar su capucha, pero mantengo el brazo ahí.

—Oye, ¿quieres un vaso de agua o algo?

Chaim se vuelve hacia mí.

—De verdad que debería comprar ese desodorante. No sabes cómo es mi madre.

Un paso atrás.

—Espera un momento.

Papá, que lee en el sofá, clava la mirada en mí. No dice nada. Simplemente, sus ojos (fríos como balas) me recorren de arriba abajo mientras entro en el baño y cojo un frasco de desodorante nuevo. Todo parece normal

excepto

porque tus toallas

y tu albornoz

no están

en ninguna parte.

Entro en la cocina y saco una lata de Sprite de la nevera intentando no pensar en la pizarrita sobre la encimera y en el «último mensaje» que escribiste en ella.

TE HE PASADO ESA PANTALLA DEL DARK SOULS :)

Y cómo puede alguien suicidarse después de eso. No he vuelto a acercarme a una consola. Y ese papel está ardiendo en mi bolsillo.

Trago saliva.

Chaim sigue ahí, en el marco de la puerta, mordiéndose la cara interna de las mejillas.

—Es de chica —digo, tendiéndole el desodorante.

Se encoje de hombros.

—No creo en los géneros de los frascos de desodorante.

—Ya somos dos —digo, porque solo hablar en el portal sabe y huele a «antes».

—El algodón de azúcar es un olor perfectamente respetable y no descansaré hasta que el mundo sepa apreciarlo.

Le lanzo la lata de Sprite.

—¡Joder, Salazar, gracias! Podría darte un beso ahora mismo. —Se para—. Ya sabes, en plan «gracias, tío». Tía.

Pongo los ojos en blanco. Chaim hace el gesto de las pistolas con los dedos y enseguida debe de arrepentirse de ello porque todo él se pone colorado, incluidas las orejas.

Prácticamente puedo verme el cerebro.

—En fin... Si no me mata mi madre antes, nos vemos mañana en clase y eso.

La primera carta de Saulo

Papá estaba sentado a la mesa de la cocina cuando llegué. Nuestra casa es como él: un gigante blanco y robusto con grietas en las paredes. Mamá es diferente; cuando era pequeño me gustaba ir a su cama por las mañanas para meternos debajo de las sábanas y hablar muy bajito en portugués. Me parecía mágico que tuviésemos un idioma en común que papá desconocía. Me gustaba cuando hablaba de São Paulo y de la desaparición del abuelo, y de cómo la memoria de la abuela se convirtió en un puzle sin ordenar después de aquello.

Sin embargo, cuando está papá presente, mamá rara vez dice nada. Aquella noche de viernes no abrió la boca. Cuando papá puso la mano en mi hombro derecho y me arrinconó contra la nevera, mamá miró hacia otro lado, como buscando algún rinconcito en aquella cocina en el que papá no bebiese y yo no fuese como soy.

—¿Se puede saber dónde estabas? —me preguntó papá, y yo también bajé la mirada hacia aquel punto del que mamá no apartaba la vista.

—Dando una vuelta.

—¿Dando una vuelta? ¡¿Dando una vuelta?! ¡Son las dos de la mañana, Saulo!

—Lo sé.

—¿Cómo has dicho? —La otra mano de papá cayó sobre mi hombro izquierdo como un murciélago muerto—. Soy tu padre, ¿me oyes? ¡Tu padre! ¿Crees que se le puede hablar así a un padre? ¿Eh? ¿Lo crees?

No aparté la vista de aquel punto. Agarré las mangas del anorak y recé para que papá se muriese y para que mamá fuese una artista famosa en São Paulo. Y cuando se me nubló la vista recé para no llorar, porque los hombres no lloran y yo tengo que ser un HOMBRE con mayúsculas.

—¿No tienes nada que decirle a tu padre? —insistió, y por el rabillo del ojo lo vi como un agitado bulto rojo.

—Lo-lo siento, papá..., es que...

—¡Mira a tu padre cuando le hablas! —ordenó y, por si acaso, me levantó la barbilla con dos dedos—. ¿Qué excusa tienes, eh? ¿Con quién andabas?

—Pu-pues... estaba con...

—¿Con quién, eh? ¿Con Héctor Montoya? ¿Estabas con ese bastardo de Héctor Montoya otra vez?

—Es un buen chico —dijo mamá, levantando los ojos de aquel lugar sagrado en el suelo.

Papá se volvió hacia ella; la miró por encima del hombro.

—Vete a la cama, Consuelo, estás cansada. Ese Héctor Montoya es un criminal. Toda su familia es gentuza. ¡Por Cristo crucificado, su padre ha estado en la cárcel! —Se dirigió de nuevo hacia mí, su cara tan cerca de la mía que podía oler el alcohol, y el tabaco y el odio—. Tu madre está cansada, Saulo. ¿Ves lo que le has hecho? No apareces, te llamamos a ese cacharro que llevas en el bolsillo y no contestas, te esperamos levantados hasta las dos de la mañana... Le has roto el corazón a tu madre, Saulo. Después de todo lo que ha hecho por ti, ¿qué haces tú? Darle un disgusto tras otro.

—Lo-lo sé, lo sé... Lo siento, mamá.

—No te preocupes, Saulo —me susurró mamá—. Estás aquí y estás bien. Eso es lo que importa.

Sus palabras, pronunciadas a media voz, cayeron sobre mí como una roca. Sentí en mi interior cómo algo pegajoso y repugnante crecía hasta cortarme la respiración. Sentí que yo también era pegajoso, repugnante, pequeño, insignificante.

—Lo siento mucho, mamá. Mamá, mamá, lo siento mucho...

Entonces sí lloré. Notaba las mejillas húmedas, ardiendo con la intensidad de todos los soles del mundo. No podía llorar. No debía llorar.

Vi a papá apartando a mamá, suavemente, y arrinconándome de nuevo contra la nevera, ambas manos apretando mis brazos y su nariz contra la mía.

—¿Cuál es tu puto problema, chico? ¿Se puede saber por qué lloras?

—Lo siento...

—¡Déjate de «lo siento»! ¿Tienes algún motivo para llorar? Dime, ¿tienes algún motivo? ¿Tu madre y yo te hemos dado algún motivo para llorar?

—Déjalo ya, Jorge —dijo mamá, pero papá la apartó de nuevo.

—Si quiere llorar —bramó— ¡al menos que tenga una jodida buena razón para hacerlo! ¿Eh?

Su piel estaba aceitosa sobre la mía cuando pasó sus dedos por detrás de mi nuca, obligándome a alzar la cabeza.

—Mira a tu padre cuando te habla, joder. ¡Me he desvivido por ti! ¿Y cómo me lo pagas? ¿Se le hace esto a un padre?

Pude verlo todo al mismo tiempo: mamá tragándose las lágrimas en su rincón de la cocina, las luces de las ventanas de los vecinos que se asomaban alarmados y a mi padre gritando.

—¡Contéstame, Saulo! —otro empujón; mis omóplatos golpearon la nevera—. ¿Se le hace esto a un padre? Dime, ¿se le hace esto a un padre?

Las palabras abandonaron mi boca como artillería pesada.

—¡Tú no eres mi padre! ¡Te odio! ¡Tú no eres mi padre!

Los músculos de papá se relajaron. Solo un segundo. Sus brazos cayeron junto a sus

pantorrillas y yo eché a correr.

Oí a mamá sollozar y a papá dando tumbos detrás de mí, y creo que sentí su mano en la espalda y al mismo tiempo no sentí nada en absoluto.

—¡Sí, vete con ese delincuente! ¡Su padre le pega palizas, Saulo! ¡Yo nunca le he puesto la mano encima a mis hijos! ¿Me oyes? ¡Nunca!

La voz de papá iba perdiendo intensidad; se oía lejana y ahogada.

—¡No te atrevas a volver! ¿Me oyes? ¡Puedes pudrirte con los Montoya si quieres, pero aquí no te atrevas a volver!

Corrí, corrí, corrí; los pulmones colapsados, la sangre bombeando tan cerca de mis oídos, cada músculo tembloroso e inútil.

Correr siempre se me ha dado bien. Especialmente cuando huyo de mi padre.

Y lo cierto es que le mentí. No había estado con Héctor aquella noche. De hecho, hacía semanas que no lo veía o que fingía no verlo si nos cruzábamos por la calle. Estaba contigo, Ira, aunque en un rincón de mi cabeza prefería creer la versión que se había inventado mi padre: que, simplemente, había visto las horas pasar con Héctor Montoya.

Lo siento muchísimo. Espero que puedas perdonarme. Sé que técnicamente no te he mentado a ti, pero todo esto llevaba meses quemándome por dentro. He intentado decírtelo a la cara, pero nunca me devuelves las llamadas y no voy a utilizar a tu hermano para ponerme en contacto contigo.

Eso es todo, supongo.

Te deseo lo mejor,

SAULO SALAZAR

Judith

Me quedo quieta mucho tiempo, tumbada en la cama, mirando a las estrellas fosforescentes que pegué en el techo hace mucho tiempo, tu carta abrasándome la mano derecha.

Me saco el móvil del bolsillo. Ahí todavía está la última conversación en Instagram que he tenido con Chaim. Tecleo sin pensar.

Judith: Gracias

No contesta. Hago clic en su foto de perfil: Jacobo, Andy y él en lo que parece ser el gimnasio de Santa Ana. Sigo pasando por sus fotos (la mayoría de ellos tres, unas cuantas de Chaim boxeando, muchos gatos callejeros y un par de *selfies* en el espejo del gimnasio) hasta encontrar lo que busco: Chaim y su hermano Ira en lo que tiene toda la pinta de ser una cena de Hanukkah. Chaim e Ira tienen facciones muy similares: la confusión de rizos rubios, los hoyuelos, las arruguitas bajo los ojos y las paletas prominentes. Intento encontrar en Ira algo que me lleve hasta ti, pero la pantalla del móvil se apaga y yo sigo igual que antes.

El bolígrafo ha hecho un charquito de tinta en la libreta. Lo tomo entre los dedos, respiro, y empiezo a escribir sin pensar.

13 de octubre de 2018

Saulo:

Todo solía ser mucho más fácil, como el tutorial de un videojuego. De algún modo, siempre estabas aquí. Mientras yo componía un rap o cuando me encerraba porque Néstor pasaba de mí; agobiándome por los exámenes finales o tramando una escapada al Momo sin que mamá y papá se enterasen. Siempre tenías las palabras correctas.

«Encontrarás la salida», dirías; si no eso, algo parecido, y entonces me arrastrarías a la heladería frente a la playa. Uno de limón para ti y otro de menta y chocolate para mí.

Nunca te pregunté si tú también te sentías atrapado ni por qué Héctor Montoya y tú dejasteis de hablaros, aunque podía imaginarme los motivos (aquel día, la pintura seca en el muro, cómo te vestiste de silencio desde entonces).

Te gustaba escuchar a Leonard Cohen y citar a Orwell; decías que rapear es como recitar a Shakespeare en voz alta y que los chicos de Santa Ana podrían darles mil vueltas a cualquier estudiante de Harvard o de Oxford si alguien les diese una oportunidad.

Y te gustaba poner filtros retro a tus fotos de Instagram porque pensabas que así eran más reales. Tampoco querías tirar el viejo televisor de tu habitación, porque te gustaba esa

sensación de cuando lo apagas, y acercas tu brazo a la pantalla y los pelillos se te erizan con la electricidad.

«Esto me está causando veinte cánceres distintos —dijiste un día—, pero merece la pena. Como cuando éramos pequeños.»

¿Sabes qué? Me estoy dando cuenta ahora de que quizá no quisiste hacerlo. El forense dijo que aquella noche habías estado bebiendo. Cuatro botellines de cerveza y una botella de vino, lo suficiente para que dejases de ser tú.

Lo suficiente para que el dolor fuese insoportable.

Con cariño y arrepentimiento,

JUDITH

Desde la calle, una cola de luz tiñe mi habitación de plateado y yo pongo una de tus listas de reproducción en Spotify.

*There is a crack in everything
That's how the light gets in. ¹*

Pero las grietas no se vuelven más pequeñas.

Y recuerdo

que Héctor Montoya

era él,

también,

todo grietas

y bordes

rugosos.

Le gustaba colarse contigo en las universidades, en las clases de bellas artes y trabajar en bocetos como dos estudiantes más. Hasta que dejasteis de hacerlo, y Héctor me pidió a mí que lo acompañase.

Lo miré fijamente a los ojos (verdes, como los tuyos, como los míos en ciertos tipos de luces) y le pregunté:

—¿Hay clases de física?

Se frotó los ojos. Era algo que siempre hacía cuando pensaba.

—Bueno, sí. La Facultad de Física no está lejos de la de Bellas Artes. ¿Por qué?

—No voy a ir a pintar desnudos sin que me des algo a cambio. Te acompaño a bellas artes si tú me acompañas a mí a física.

Puso esa sonrisa torcida que me recordaba a aquella vez, en mi quinceañera, cuando apareció por detrás de mi espalda, me dio un beso en la mejilla y dijo «tu hermano me desprecia».

—Solo que no vas a pintar desnudos, ¿eh...?

No hablamos mucho en el camino a la facultad. No teníamos dinero para el tranvía, de modo

que fuimos andando, saltando charcos y pensando cada uno en nuestras cosas. Solo cuando ya estábamos llegando al aparcamiento se detuvo, se mordió el labio inferior y soltó:

—Mira, lo que no entiendo es todo eso de la clase de física. Literatura, vale. Escritura creativa, también. Pero ¿física?

Me volví hacia él pero seguí caminando así, de espaldas.

—No sé cuál es el problema con la física.

—Vamos, Jud, sabes que no es sobre eso. Es solo que... No sé, tienes tanto talento... Si solo tuvieras una oportunidad, ¿escogerías física y no algo, no sé, que tuviese que ver con lo que haces?

—Naturalmente —dije, dando otra vuelta—. Mueve el culo o llegarás tarde a tu adorada clase de arte.

Sus pasos sonaron fuertes a mis espaldas.

—Pero ¿por qué física?

Lo miré por encima del hombro.

—Porque siempre ponéis esa cara cuando lo digo.

Solo que no era cierto. No del todo.

Hay algo en el hecho de que el universo se está expandiendo hasta que deje de hacerlo.

En las moléculas que nos forman y en cómo su origen se remonta a millones de años atrás, cuando una estrella colapsó y murió.

En cómo el mundo está escrito en tinta invisible y en cómo descubrimos o inventamos las matemáticas para aprender a leerlo.

Si solo tuviese una oportunidad, por supuesto que escogería física. Astrofísica, para ser más exactos. Y aunque tuviese que trabajar el doble para obtener la mitad de reconocimiento no me importaría. Se me dan bien los números. En realidad, no son tan diferentes de las palabras; la belleza de ambos reside en las leyes invisibles que tan poca gente se molesta en aprender

pero que mantienen

el universo

en orden.

Claro que estas no son cosas de las que puedas hablar en Santa Ana, así que me pasé toda la hora sentada, garabateando poemas en las últimas páginas de mi agenda.

—Pon más cara de universitaria, mujer —me decía Héctor cada poco tiempo—. Así como si quisieras morirte.

—Como si estuviese encerrada contigo en una clase que huele a pies, entonces.

—Más o menos.

Bajé la vista hacia su dibujo. Todas las obras de Héctor parecían un enorme caos del que uno no puede apartar la vista. La magia residía en las líneas torcidas y en las líneas que chocaban las unas con las otras hasta que al final, con un poco de esfuerzo, acababas viendo la imagen que trataban de formar.

Aquel día vi:

unas uñas,

unos nudillos,

unas muñecas huesudas

que conocía muy bien.

Bajé la mirada hacia mis vaqueros.

—Hace tiempo que no vienes a casa.

Cogió aire, sus pupilas fijas en las diapositivas que pasaba el profesor.

—Sí.

—¿Ha pasado algo entre Saulo y tú?

Apretó su lámina. Tensó los músculos y los destensó. Parpadeó hasta que sus ojos dejaron de brillar.

—Bueno, no. Solo... —Se humedeció los labios—. Bueno, solo que me di cuenta de que no es el tipo de persona que pensaba. —Se volvió hacia mí—. Lo siento.

Ahora era yo la que miraba aquellas diapositivas.

—No lo sientas. Sé lo que quieres decir.

No volví a verlo después de aquel día. Unas dos semanas después ocurrió «aquello», y después Héctor se fue de Santa Ana, y tú dejaste de hablar y el universo dejó de estar en expansión durante unos meses.

Judith

Néstor viene a buscarme por la mañana con la marca de mi puñetazo como una nebulosa azul en su mejilla, un vaso de café humeante en una mano y un cruasán envuelto en una bolsa de papel.

—Espero que no hayas desayunado aún.

—Acabo de ducharme —digo, y tanteo el perchero de la entrada, pasando la mano por cada uno de los abrigos hasta encontrar tu anorak.

Porque no hay manera
de que salga por esa puerta
sin él.

Puesto que todavía tenemos cuarenta minutos antes de que empiece la primera clase, Néstor me lleva al parque detrás de mi edificio. Es uno de esos sitios raros de Santa Ana; dudo que existan parques como ese fuera del barrio. Hay algo en el hecho de que no cambie nunca, de que esté recluido entre los bloques de edificios, una especie de esplendor decadente.

—Quería pedirte perdón por lo que te dije ayer. —Néstor hace girar su columpio apoyando los pies en el barro—. A veces no me doy cuenta de... mis palabras... Bueno, del efecto que pueden tener.

—Creo que *yo* debería pedir perdón.

Evito mirar el moratón en su cara.

Néstor se ha acordado de que los cruasanes son mi desayuno favorito y de lo dulce que tomo el café.

Sacude la cabeza.

—Está bien. No... no conocía muy bien a Saulo, pero por cómo mi hermano y tú habláis de él... Bueno, sé que era de todo menos un cobarde. Siento haber dicho...

—Está bien. Ya lo he olvidado.

Quiero preguntarle por qué no me llamó y por qué esperó hasta que volví a clase para hablar conmigo, pero ya se está acercando a mí, sus brazos alrededor de los míos, dándome uno de *esos* abrazos. No puedes describirlos porque no son simplemente físicos; son como esa noche de fin de año en la que nadaste en champán, y el jarrón de cristal que rompisteis bailando, y aquella noche tranquila en la que oísteis las campanas de la iglesia del Oeste doblar y fumasteis vuestro primer cigarrillo.

—Siento haber llamado cobarde a Saulo —susurra en mi oído—. Yo sí que soy cobarde.

—De verdad. Eso ya no importa.

Es una mentira tan hercúlea, tan improbable, que siento amperios enteros ardiendo en mis

mejillas.

Porque,
en cierto modo,
aquel puñetazo
también fue
por mí.

Y mientras Néstor sigue hablándome, saco el móvil del bolsillo y le escribo a Chaim:

Judith: Tengo que decirte una cosa.
¿Quedamos en los contenedores a la hora del recreo?

Judith

—Sabes que mucha gente se toma «quedamos en los contenedores» como una invitación a una pelea, ¿verdad?

Aunque tengo los cascos puestos, escucho la voz burlona de Chaim Péntek con toda claridad. Suspirando, pauso la música y me pongo de pie.

—¿Por qué?, ¿quieres que te dé una paliza? Podría acostumbrarme.

Chaim sacude la cabeza, sentándose al estilo indio sobre el suelo y apoyando la espalda en los contenedores. Bajo la luz del mediodía, las pecas y los lunares alrededor de su nariz son más visibles que nunca.

—Nah, Peggy Carter y el Capitán América no pelean entre sí. —Desenvuelve su sándwich—. Salami, ¿quieres?

Alzo los restos de la pizza de ayer en el aire.

—Estoy servida, gracias. —Me siento junto a él—. Oye, quería... quería devolverte esto.

Y dejo caer tu carta sobre su rodilla.

El efecto que este pequeño gesto tiene sobre él es notable. Primero tuerce los labios. Después, con mucho cuidado, recoge el papel, sus dedos temblando. Por último, trata de devolvérmelo, su brazo en constante agitación.

Intento concentrarme en mi pizza.

—No era para mí. Es... es una carta. Para tu hermano.

Chaim se queda muy callado. Muy callado y muy quieto. Su único movimiento es el de sus dedos, que atan y desatan los cordones de sus deportivas como si fuera

una tarea

imposible.

Le cojo la mano. No sé por qué lo hago, pero enseguida tengo mi pulgar sobre su índice, tan cálido, y él deja los cordones en paz.

—Lo siento mucho, Chaim.

—No pasa nada. Mañana es día de visita, ¿sabes? Aunque, bueno, no creo que pueda darle la carta hasta el vis a vis del día 17. Está bien. —Se seca los ojos—. Lo siento. No quiero... salpicarte con mi mierda ni nada parecido.

Lo miro de arriba abajo. Así, casi hecho un ovillo sobre él mismo, parece mucho más pequeño y asustado, como uno de los niños perdidos de Peter Pan. «Si fuese un santo —pienso—, Chaim sería, de hecho, el patrón de los niños perdidos.»

—¿Quieres un poco de mi pizza? Por mi experiencia, la pizza lo soluciona casi todo.

Sonríe. Sus labios están rojos e hinchados, pero los hoyuelos siguen ahí, sobre las arruguitas de las comisuras.

—Solo te robaré esta aceituna, Peggy Carter. —La coge—. Cuando era pequeño pensaba que eran cabezas de ovnis, ¿sabes?

Cojo una aceituna.

—¿De verdad? A mí siempre me recordaron más a la cabeza de Pepito Grillo.

Se ríe.

—Gracias, Salazar, por una imagen mental que nunca podré superar.

—Para eso estamos, Péntek.

Y así,

entre bromas,

a veces se me olvida

que ya no estás.

Chaim

Vamos a visitar a Ira por la tarde, antes de que se ponga el sol. Es una hora muy agitada y despreocupada que siempre se espera con ansiedad, entre la comida y el atardecer del viernes, claro, para que no coincida con el Sabbath, lo que lógicamente supone un problema en los meses de invierno.

La cárcel, en cambio, está tranquila a estas horas. Como los locutorios solo están disponibles los viernes, sábados y domingos, y puesto que, naturalmente, la mayoría de los visitantes escogen los domingos, la sala está casi vacía cuando vamos a hablar con Ira.

No me gustan mucho los locutorios semanales. Para ser honestos, los detesto. Si no fuese por mis padres y, claro, por el pobre de Ira, no vendría jamás. Los vis a vis mensuales aún son algo normales. Es decir, que estamos todos con Ira en una habitación y, si te concentras lo suficiente, puedes olvidar que estás en una cárcel y todo eso. Por ejemplo, a mí me gusta pensar que estamos en una de esas películas norteamericanas, como *El club de los poetas muertos*, y que Ira solo vive en un internado o en una universidad chula o algo así. En los locutorios es imposible imaginarte nada parecido. En los locutorios es evidente que estás en una cárcel.

La imagen es más o menos así:

- a. Una cabina como de teléfonos en la que a duras penas cabemos los tres (mamá, papá y yo) y que se convierte en una auténtica lata de sardinas cuando también se nos une el grueso tío Vili.
- b. Un cristal que separa a Ira de nosotros.
- c. Un telefonillo (como el de los porteros automáticos) a través del cual podemos escuchar la voz de Ira.

Debido al tamaño de la cabina y al hecho de que todos estamos un poco nerviosos por hablar con Ira, lo que solía ocurrir al principio era que todos nos abalanzábamos sobre el telefonillo, y mantener una conversación normal era una tarea imposible. Ahora hablamos por turnos, más o menos, lo cual es bastante difícil cuando te das cuenta de que solo tenemos unos diez minutos cada uno si venimos los cuatro.

Hoy la cosa es más o menos así:

Ira: Así que te han expulsado, ¿verdad?

Yo: Bueno, solo por un día, eh...

Ira: No te metas en líos, ¿vale? Eso no te lleva a ninguna parte.

YO COMPRENDIENDO LO QUE SIGNIFICA «NINGUNA PARTE» A LA PERFECCIÓN: Lo sé. ¡Jo, si lo sé!

Ira: ¿Y cómo van las clases?

Yo: Bien, bien. Bueno, como siempre. Estamos leyendo el *Romancero gitano*.

Ira: Buen libro. Yo también tuve que leerlo en bachillerato y me gustó mucho.

Yo: Sí, sí... No entiendo dos palabras de lo que dice, pero supongo que sí.

Diez minutos parecen muy poco tiempo para sustituir a todas las conversaciones que pueden tener lugar en una semana entera, pero para mí lo más difícil es, precisamente, llenar esos diez minutos con palabras. Supongo que si mamá y papá no pudiesen oírme tendría más temas de los que hablar, como lo cabronazo que está siendo Bandi, el dueño del Szputnyik, o la paliza que le di a aquel tipo tan irritante en el club de boxeo y que no, no, mamá todavía no sabe nada al respecto, ¿estás loco? O que Carlos Ferrán se merecía esa nariz rota y mucho más, ¿y sabes a quién me encontré en el despacho de la señorita Muñoz?

—Oye, Ira, ¿te acuerdas de Saulo Salazar?

No sé por qué digo eso, ni mucho menos por qué lo expreso de esa manera, pero la pregunta ya se está escapando de mi boca y mamá me echa ese tipo de miradas que sé que significan que tendremos «mucho de lo que hablar» cuando llegemos a casa. Hay una regla no escrita de los locutorios y es que nunca hablas de las cosas tristes o malas que pasan ahí fuera, en el barrio, y aunque Ira, naturalmente, se enteró del suicidio de Saulo, eso no hace el tema más fácil de digerir.

—Sí. Iba a mi clase. Sí, sí, claro que me acuerdo de él.

Se humedece los labios. Me parece que sus ojos están algo más brillantes, pero también podría ser un reflejo del cristal que nos separa.

—No sé, es que últimamente he estado pensando mucho en él. Su hermana Judith ha vuelto a clase y, no sé, he estado pensando en él. Solo eso. Era un buen tipo.

—Sí. Sí que lo era. —Le tiemblan las cejas—. Me habría gustado ir a su funeral.

—No, en realidad no. Fue bastante triste.

Recuerdo al señor Salazar llorando *ruidosamente* en la primera fila, y a Judith muy callada hasta que el cura empezó a dar el sermón sobre la volatilidad de la vida, y recuerdo que se levantó y que nunca había visto a nadie tan pálido y con una mirada tan vacía, y recuerdo que uno de los gemelos fue detrás de ella y al principio, claro, pensé que era Néstor porque están saliendo juntos, más o menos, solo que estoy bastante seguro de que fue Carlos en realidad.

No sé. La peor parte fue cuando metieron el ataúd en el nicho, los golpes con las palas que dieron los enterradores para sellar la placa. Nunca he oído un sonido como ese en mi vida y, si tengo suerte, no tendré que volver a oírlo en mucho tiempo.

Ira no dice nada.

—Siento haber sacado el tema. No sé por qué se me pasan estas ideas por la cabeza, de verdad.

—No, no pasa nada. Estaba pensando... En fin, ¿has dicho que Judith ha vuelto a clase? Dale... dale las condolencias de mi parte.

—¡Claro! Claro. Oye, ¿y...?

El funcionario de la cárcel se acerca a nosotros.

—Son las cuatro —dice.

Ya hemos agotado nuestros cuarenta minutos.

Mamá se pone de pie.

—Quedan tres minutos.

El funcionario aparta la mirada.

—Tiempo suficiente para despedirse.

Y ya vuelve la agitación, y el abalanzarse sobre el telefonillo y ese vacío bajo el diafragma cada vez que nos vamos. Si después no cogiésemos dos tranvías para ir al centro y si no tuviese que pasarme una hora en la sinagoga escuchando al tío Vili hablando en hebreo, creo que me volvería loco.

Si lleno el tiempo con otras cosas no tengo que pensar en que las cárceles no son como en las películas, ni en que la mayoría de los chicos que están aquí no han hecho nada terrible, ni mucho menos, sino que casi todos siempre acaban entre rejas por rollos de drogas, o por peleas entre bandas, o por hurtos menores o cosas así. Tampoco tengo que pensar en lo temible que suena el nombre de Ira en español, pero que, como todo, esconde un secreto. Ira no está en español, sino en hebreo, y significa «vigilante».

Y eso es exactamente Ira, si alguien me pregunta.

Mamá espera exactamente diez minutos (los que tardamos desde la cárcel hasta el coche) hasta soltarme un sermón sobre cómo el ambiente de una prisión es distinto, y que Ira es una persona muy sensible y que cómo se me ocurre mencionar la muerte de su amigo Saulo.

—Lo siento. Se me olvidó.

Mamá se vuelve tan violentamente que algunos mechones de pelo oscuro se sueltan de su moño.

—¿Que se te olvidó?

—Bueno, no es precisamente fácil encontrar un puñetero...

—¡Lenguaje! —grita papá sin separar los ojos de la carretera.

—... tema de conversación cuando... —Me vuelvo hacia la ventanilla—. En fin, que lo siento, ¿vale? Ya sé que la estoy cagando todo el día, pero sería un detalle que no me lo recordaseis día sí y día también.

—¡Esa actitud! —insiste papá, esta vez coreado por el tío Vili, que por lo general prefiere mantenerse al margen de los rapapolvos dirigidos a su sobrino más joven e incorregible.

Mamá, que sigue con el cuello vuelto hacia mí, mirándome con mucha intensidad, baja la voz dos octavas.

—No empieces, Chaim.

—No estoy empezando nada.

Papá enciende la radio, no sé por qué, y, tras un silencio particularmente pesado, mamá, que no ha cambiado de postura en absoluto, me pregunta:

—¿Qué tal esa chica?

—¿Qué chica?

—Judith Salazar, la hermana de Saulo. Dijiste que ha vuelto a clase.

—¡Ah! Ah, bueno, sí. Ha vuelto a clase y está..., uh..., empezando a hacer cosas otra vez, supongo. La semana que viene tiene una pel... —me doy cuenta enseguida de que no tengo ganas de explicarle a mi madre lo que es una pelea de gallos, de modo que me retracto— un concierto.

—¿Un concierto?

—Es rapera. —Mamá parpadea—. Ya sabes, música rap. Como Tupac o Eminem.

Por su expresión deduzco que los nombres de Tupac y Eminem no le suenan particularmente familiares a mi madre, que suspira, volviendo la mirada por fin a la carretera frente a nosotros.

—Bueno, creo que deberías ir a apoyarla.

Arrugo la nariz.

—Creía que estaba castigado.

—*Estás* castigado, pero la *tzedaká* es más importante.

Tzedaká, claro, la justicia y la caridad. Para nosotros es algo que está por encima de todo; algo, como el tío Vili nos recuerda siempre, *obligatorio* para cualquier judío.

Judith

Los viernes siempre me quedo a dormir en casa de la abuela.

Porque su cabeza a veces es un puzle sin ordenar.

Porque me gustan sus historias.

Porque mis palabras nunca son tan poderosas como cuando estoy tumbada en la alfombra de su salón, escuchando vinilos de los sesenta.

Y por eso, porque era viernes, aquella noche que describiste en tu carta a Ira yo no estaba en casa y no pude ver cómo los silencios de papá se transformaban en tormenta.

—Mira cuánto nos parecemos. —La abuela señala la imagen que la película diapositiva refleja en la pared: una chica menuda de mi edad, con minifalda amarilla y los brazos cubiertos de pintura, bailando en un jardín.

El médico dice que ver fotografías o películas de su pasado podría ayudarla, pero el problema de la abuela nunca han sido los recuerdos. Lo que ocurre es que o bien todas esas imágenes llegan juntas, amontonándose las unas sobre las otras, desordenadas, o bien no llegan en absoluto durante unos meses.

—La misma piel oscura, los rizos apretados... Como dos gotas de agua, cariño.

La imagen cambia. Ya no es la abuela bailando en el jardín, sino el abuelo con una guitarra entre los brazos, tocando *Dearest*, de Buddy Holly.

Imposiblemente joven.

Con tu nariz y con mis labios.

Corte de pelo a lo Beatle.

Hombros huesudos y descarnados.

Y la voz amable.

Sonriéndole a la cámara.

—Era un niño —dice la abuela, una mano sobre la boca—. Veintiún años. Solo me gustaría saber qué pasó con él. Un día llegó la policía y se lo llevaron para interrogarlo, y eso fue lo último que supimos de él. Ni una carta ni un cuerpo ni un lugar al que ir... Como si se lo hubiese tragado el océano. Pero bueno... —Coge aire—. Eran otros tiempos. Si al menos supiese por qué...

Come home— keep me from these sleepless nights

Try my love again

I'm gonna treat you right

I'm gonna treat you right

Mis ojos se empañan y la imagen del abuelo Davi se deforma hasta desaparecer.

«¿Por qué?» es una buena forma de expresarlo.

Por qué esa noche.

Por qué en el coche.

Por qué con una pistola.

Por qué sin pedir ayuda antes.

Por qué sin decirnos lo mal que estabas.

Por qué, por qué, por qué.

No sé cómo puedo seguir viviendo con todas estas preguntas ardiendo dentro de mí, y no sé con qué fuerzas me levanto y me seco la cara.

—Voy a llamar un momentito a un amigo. Cuando regrese prepararemos la cena juntas, ¿vale, abuela?

—Pues claro, cariño. ¿Cómo podría hacer mi famosa *feijoada* sin mi pinche de cocina favorita?

Salgo al patio y llamo a Héctor. No lo pienso mucho. Simplemente cojo el teléfono, me siento en el escalón, marco su número y espero.

Muchas mañanas me despertaba y Héctor estaba en el sofá del salón, durmiendo, como un animal extraviado que encontró por casualidad el calor de mi casa.

—¿Diga?

Una voz de hombre responde, pero no es la de Héctor. Podría reconocerla en cualquier momento, en cualquier lugar. Estaba *muy* unido a nosotros.

—¿Está Héctor? Héctor Montoya. Espero no haberme equivocado de número.

—Este es su número. Ahora está trabajando, ¿quieres dejarle algún recado?

—No. Solo... solo dile que su amiga Judith de Santa Ana ha llamado.

No sé por qué he dicho «su amiga». No merezco considerarme su amiga.

Hay un silencio mortalmente largo al otro lado de la línea.

—Lo haré.

—Gracias. Y dile que... dile que siento mucho todo lo que pasó aquí.

El hombre al otro lado respira con mucha pesadez.

—Sí. Tengo que dejarte. Adiós.

—Adiós —respondo, pero él ya ha colgado

y me quedo

mirando

mi teléfono

(la foto de Héctor en la pantalla)

durante

mucho
tiempo.

—El mate siempre me alegra —dice la abuela, sentándose en el bordillo junto a mí y ofreciéndome una taza—. También me pone triste, por los recuerdos, pero es una melancolía agradable. Si los recuerdos son felices, estar triste es un privilegio.

Señala su jardín lunar con un movimiento de la cabeza.

—Las flores están creciendo muy bonitas, ¿verdad? ¡Y pensar que el señor de la tienda creyó que estaba loca! Pero las flores nocturnas son las más bonitas, ¿sabes por qué?

Me sorbo los mocos.

—No, abuela, ¿por qué?

—Porque son fuertes. Necesitan poquísima luz para crecer, ¿ves? Florecen a pesar de la oscuridad. Tú y yo somos un poco como ellas. Tenemos pétalos, pero sacamos siempre las espinas.

Con el pulgar me seca una lágrima que descendía por el puente de mi nariz.

—Creo que voy a volver a escribir, abuela.

—Oh, ¿en serio? ¡Eso es fabuloso!

—Quizá tú deberías volver a pintar también.

—Ah, ya lo hago, pequeña. El problema es que nunca termino mis cuadros, no sé por qué. ¿Crees que alguna galería de arte estaría interesada en los cuadros sin terminar de esta vieja loca?

Estallamos en carcajadas.

Mi parte favorita de la semana es esta: al anochecer, con mate calentándome las manos, sentada junto a mi abuela y hablando como si la diferencia de edad no fuese un impedimento en absoluto.

Al acostarme le envió un mensaje a Néstor.

Judith: Voy a volver a rapear.

Néstor: ¡Eso es magnífico, Jud!

Judith: Mañana, en el Momo.
¿Quieres venir?

Néstor: Suena fantástico.

De verdad.

Néstor: Pero tenemos examen de física y necesito repasar.

Judith: Te ayudo si quieres.
¿Quedamos el viernes en la biblio?

Néstor: Claro :)

Y haré lo que pueda mañana.

Espero hasta que la pantalla se oscurece y Néstor sigue sin decir nada. Alguna parte de mí

piensa que quizá lo haga después, por lo que pongo un documental sobre un crimen en Netflix, comprobando cada diez segundos si está conectado (lo está) y si me está escribiendo (no lo está).

Abro Instagram y ahí está, esa flechita azul en la esquina derecha que me indica que he recibido un mensaje privado.

chaim.pentek: Ey.
iiiPUEDO LA SMANA QUE VIENE!!!
ORTOGRAFÍA PÉSIMA.
¿POR QUÉ ESTOY GRITANDO?
Puedo ir la semana que viene al Momo 😊

Judith: Guay, guay :)
¿Tu madre te ha levantado el castigo?

Chaim: Eh... Digamos que ser judío
tiene sus ventajas ^^

Judith: ¿Que te dejen ir a una batalla de gallos
una noche por semana?

Chaim: Shushhhhhh.
Después puedes conocer la maravillosa
genialidad del Szputnyik
si quieres ^^

Judith: ¿Bromeas?
No he pensado en otra cosa toda la semana (:

Me aparto el pelo de la cara, pensando en la carta y en Ira, y en todo el infinito y todas las posibilidades que también vivían dentro de ti.

Judith: Por cierto, ¿cómo está tu hermano?

Chaim: Está... está bien, supongo, no sé.
A veces pienso que solo ciertos tipos de personas
pueden ir a la cárcel y salir enteros,
y creo que todo el mundo se espera que sean los tipos duros,
pero yo creo que son los tipos como Ira,
no sé,
de repente eso ha sonado terrible.
Lo siento, creo que he tomado demasiadas cervezas 😞

Judith: No lo sientas,
fue honesto, y creo que tienes razón,
pero que los tipos como Ira son tipos durísimos,
solo que no de la manera que todo el mundo se espera.

Chaim: 😊

iiiPerdona por sacar siempre temas tan deprimentes!!!

Judith: Creo que me estoy acostumbrando a los temas deprimentes 😂

Aunque no llamaría deprimente al Szputnyik ni a la superioridad de Peggy Carter sobre el Capitán América, ni, por supuesto, a las similitudes entre las naves espaciales y las aceitunas

Chaim: ^^

Hablamos toda la noche, pero de nada importante. De las películas que adoramos y las que dan asco (Chaim tiene opiniones muy contundentes al respecto), de los mejores rincones del barrio y por qué lo son, de lo que hace que un buen bar sea un «buen bar», y de cómo será la vida ahí fuera, más allá de Santa Ana.

Chaim

Jacobo Herrera, Andy Estévez y yo estamos en la barra del Szputnyik, esperando a que el dueño del local, el calvo, bajito, escuálido y desdentado Bandi Köves, se digne a hacernos caso.

¿Cómo describir el Szputnyik? Veamos, es como un santuario, especialmente para la gente como mis padres, que se criaron en el comunismo *goulash* de Hungría, y para gente como Ira y yo, que nos criamos oyendo historias del comunismo *goulash* de Hungría. Es difícil captar la esencia del Szputnyik en palabras, pero sería como pensar en un local laberíntico y prácticamente en ruinas en el que perfectamente podría haberse muerto un miembro de los Sex Pistols.

Ranking de las mayores rarezas del Szputnyik:

1. La bañera volcada que, casualmente, también resulta ser el banco improvisado frente a la mesa número tres.
2. Los cientos de pósts que cubren cada centímetro (y me refiero a *cada centímetro*) de las paredes.
3. El santuario erigido en honor de cosmonautas soviéticos (también conocido como la estantería detrás de la barra, repleta de fotografías y artilugios ochenteros).
4. Ya que estamos, la increíblemente amplia variedad de cervezas soviéticas.
5. Las luces de Navidad que constituyen el setenta por ciento de la iluminación del local (el treinta por ciento restante viene de las dos únicas ventanas).

La cara de Bandi se arruga cuando él al fin repara en nosotros. Adopta la misma expresión que mucha gente que no es de Santa Ana pone al vernos. Solo que él también es del barrio.

—¿Péntek? ¿Chaim Péntek? ¿Tú otra vez por aquí?

—Otra vez.

—¿Otra vez por lo mismo?

—Exactamente lo mismo.

Jacobo no puede ahogar una carcajada. El sonido que sale de su boca suena como un lechón, pero también como un motor que no termina de arrancar.

Bandi acerca su cara a la mía.

—La respuesta es no.

—Va, tío, ¿por qué no?

Bandi se vuelve para reorganizar la increíblemente amplia variedad de cervezas soviéticas, pero solo va por la tercera cuando se detiene, deja caer el brazo y me mira por encima del hombro.

—Conozco a tu hermano, listillo. Sé de qué rollo va. He oído que está en la trena.

—¿Acaso soy el guardián de mi hermano? Mira, tío, yo solo vengo aquí a buscar trabajo, ¿sabes? Yo me gasto otro rollo, no me parezco a Ira. Tengo mi propia personalidad, tío, eso es lo que soy.

Aquel ataque verbal desarma a Bandi.

—¿Cuántos años decías que tienes?

—Diecisiete. Dieciocho en febrero. Es legal. Mis padres firmarán el formulario de consentimiento. —Sí, en una realidad alternativa—. Están encantados de que me ponga a currar, te lo aseguro.

Bandi tuerce la boca. Tiene la mirada volcada en las copas y no en nosotros.

—Eres un crío. Lo siento, chaval, no tengo nada contra ti, pero no puedo contratarte, ¿lo entiendes? ¿Qué pensarían los tíos que vienen por aquí? De ninguna manera. No estaría bien, ¿sabes?

Doy un paso atrás, pero la parte superior de mi cuerpo se inclina más hacia Bandi.

—Estás lleno de mierda, tío, me largo de aquí.

—¡Chaim, espera!

Andy corre tras de mí. Jacobo sigue ahí, frente a la barra, fulminando a Bandi con la mirada y, aparentemente, buscando la mejor arma arrojadiza.

—¿Vas a joder esto? —Andy baja la voz—. Bandi *está* lleno de mierda, pero quizá cambie de opinión. No sé. Haciendo el gilipollas no arreglas nada.

Jacobo, que ha desistido y camina hacia nosotros, se muerde el labio inferior. Su piel se tiñe de color hueso.

—*Está* lleno de mierda —dice—. Y tú no tienes que tragar con las movidas de Ira. No eres él. Anda, vámonos al Momo.

Judith

El rapero frente a mí escupe verdad con sus rimas. Veo su boca abrirse y cerrarse, y ese brillo conocido que viene a significar «¿Quieres pelear? Te daré guerra». Arqueo una ceja.

Silencio.

El chico, con la piel cuajada de marcas de varicela y ojeras como anillos de café sobre sus pómulos, baja del escenario y me tiende el micrófono.

—Eres la hermana de Saulo, ¿verdad?

Saulo. Tu nombre siempre suena como un navajazo en el estómago.

Cojo el micrófono.

—Judith.

Y estoy sola, en el escenario, y los recuerdos van llegando de golpe, todos juntos, sin pedir permiso.

Carlos llorando en tu funeral, honesto y vulnerable, temblando como un niño.

Papá negándose a salir de tu habitación durante tres días.

Mamá recogiendo tus cosas.

Las noches que se convertían en madrugadas en la pista. Reyes y tú encestando triples y yo improvisando rimas en las gradas.

Los veranos perdidos entre grafitis y rapeando en batallas de gallos.

Todas tus sesiones como tatuador.

~~El final: tú desapareciendo entre una nube de humo, la policía al otro lado de la línea, papá abrazándome muy fuerte, tú convertido en un braille humano, la historia dividiéndose en dos de una única estacada.~~

*No
hay
palabras
que
puedan
encerrar
estas
imágenes*

No soy consciente de cuánto tiempo llevo temblando frente al micrófono hasta que alguien me

abuchea desde una mesa.

—¿*T'has quedao* en blanco, muñeca?

Reyes se pone en pie.

—¿Quieres que te parta las piernas, desgraciado?

—Pero ¿quién ha subido a esa niña al escenario?

Una sombra cruza el Momo. Es tan sencillo como eso. Una sombra cruza el Momo, una mano se agarra al micrófono y ya puedo escuchar la voz nasal y, de algún modo, rasgada de Jacobo Herrero.

—¿Algún problema, jefe? —Silencio—. Ya me parecía.

Se humedece los labios; carraspea. Le basta extender un poco las piernas, y el escenario ya es todo suyo.

Huir no es mi estilo. No salgo del Momo cuando bajo del escenario, sino que busco contacto visual con todas las personas que han dicho algo mientras yo estaba ahí arriba, temblando y callada, y no aparto la mirada hasta que estoy sentada junto a Reyes en la mesa contra la ventana.

—La próxima vez será más fácil —dice, y me aprieta la mano derecha.

—¿Y si me he quedado sin palabras?

Reyes le da un sorbo a su Pepsi.

—Imposible. Eres tú. A Saulo y a mí nos tocaron las imágenes, y a ti las palabras, ¿recuerdas? Así son las cosas, nena.

Judith: Hola, Néstor.
La noche no ha ido como pensaba :(
¿Al final vas a venir?

Chaim

—¿Esta silla está ocupada?

Reyes se vuelve hacia Judith, y Judith se vuelve hacia Reyes, los labios temblando como conteniendo una risotada.

—Sí —dice Judith, dándole un sorbo a su café—. Por mi vacío existencial.

Me vuelvo hacia la silla.

—En ese caso, encantado de conocerle, señor.

Bajo la vista a mis Chuck Taylor, a las punteras desgastadas, notando cómo mis orejas se ponen más y más rojas mientras Reyes apostilla:

—Tú sí puedes sentarte, Andy. Me caes bien.

—Bueno, lo haría, pero verás —se inclina hacia ella—, la cosa es que Chaim y yo somos una especie de pack indivisible, ¿sabes? Y, mira, no me fío de lo que pueda hacer sin mi supervisión.

Me inclino y apoyo un codo en la mesa. Miro fijamente a Judith.

—¿Puedo sentarme a tu lado?

—Adelante.

—No quiero aplastar tu vacío existencial.

Judith

—¡Deja de mirarme así y siéntate ya! No voy a tirarte una bebida caliente encima.

El sonido de mi risa ahoga todos los demás.

Y es

como vestir

de amarillo

en un

funeral.

Trago saliva, aferrándome al refresco de Reyes, mientras los chicos acercan unas sillas a nuestra mesa.

—Pero puede que una fría sí.

Andy Estévez sacude la cabeza.

—Es justo.

Chaim se humedece los labios. Cuando vuelve a hablar, su voz suena tranquila, algo más baja, como si estuviese diseccionando las palabras una a una.

—Ahora en serio, no os molesta que nos sentemos aquí, ¿verdad? A veces podemos ser un poco... bromistas.

—Eso quiere decir pesados —aclara Andy mientras Chaim rebusca algo en el bolsillo de sus pantalones.

—Sí, vale, pesados. Vaya, que si os sentís incómodas o algo... —Gesticula vagamente hacia la parte trasera del Momo.

Reyes le da un codazo.

—Te echaremos a patadas.

Algo brilla entre los dedos de Chaim. Me lo acerca. Es un pin de esmalte con los bordes redondeados, el fondo rojo y un osito haciendo gimnasia en su interior.

—Del Szputnyik para tu colección. Es de los Juegos Olímpicos de la Unión Soviética. El dueño del Szputnyik está obsesionado con la Unión Soviética. —Se inclina hacia mí y señala mi chaqueta con un gesto de la cabeza—. ¿Puedo?

—Claro —digo sin pensar, porque es más fácil

que visualizar

lo que está a punto

de romper,

y cómo tú

no volverás
a pisar un sitio guay
ni llevarte un pin
de recuerdo.

Las luces de neón del Momo dibujan una estela azul sobre la nariz torcida de Chaim y sobre sus labios, rodeando las arruguitas y los hoyuelos a ambos lados de las comisuras.

—Creo que al lado del pin de *Space Jam* quedará muy bien, ¿no? Para mantener el tema deportivo, ya sabes...

Se vuelve a sentar.

—Por cierto, lo de esta noche... ni te preocupes. Todos los buenos raperos se quedan en blanco a veces. Si no, mira a Eminem en *8 mile*. La próxima vez será brutal.

Bajo los ojos hacia la taza de café. Mis uñas. Los vaqueros destrozados que cogí prestados de tu armario.

—No estoy segura de que haya una próxima vez. No tiene mucho sentido. Además, tendría que empezar a estudiar para la selectividad.

Un golpe. Jacobo acaba de bajar del escenario y se ha acercado a nosotros, y, al escucharme, abofetea la mesa con ambas palmas.

—¡Eh! No vas a dejarlo.

Andy tira de los cordones de su sudadera, alejándolo de mí.

—No seas capullo, Jacobo.

—Estoy siendo sincero. Jud, estás de luto y no voy a decirte que lo utilices para escribir, porque sería un consejo de mierda, pero no me vengas con que vas a dejarlo. Vale, puedes aparcarlo por unas semanas, meses, años..., lo que necesites. Pero ¿dejarlo para siempre? ¡Venga ya!

Bufo.

—No sé por qué te importa tanto.

—¿Por qué? Porque sí tiene sentido, y porque dejarlo es un insulto hacia todo lo que has trabajado, hacia ti y hacia él.

Separo los labios, pero es Chaim el que se levanta, recoge su chaqueta y se saca el paquete de cigarrillos del bolsillo.

—Tendrás toda la razón que quieras, Jaco, pero sí que estás siendo un gilipollas. Me voy a fumar. ¿Alguien quiere? —Sacude la cajetilla—. Yo invito.

Chaim

Llevo tres minutos en cuclillas ante un Ford muy viejo cuando oigo las puertas del Momo que se abren y el sonidito tan característico de unas zapatillas caminando hacia mí.

—Por un momento pensé que ibas a aprovechar la ocasión para huir.

Me pongo en pie.

—Me lo planteé, pero acabé optando por esconderme. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—El humo del pitillo te ha delatado. —Cabecea hacia mi mano—. Nunca he oído hablar de un coche que fume.

—Oh, entonces deberías conocer a mi abuelo. Fuma tanto que el humo se escapa por las ventanillas. Así.

Hago un anillo con el humo.

—¿Fuma mientras conduce? —dice ella, rompiéndolo con un dedo.

—El desdén hacia las normas me viene de familia. Estamos ahorrando para que se venga a vivir a España, el pobre, pero no sé si aguantará tres horas de avión sin poder fumar...

—Más la hora esperando en el aeropuerto, no te olvides —dice ella, dirigiéndome una de esas sonrisas de hoyuelos y dientes torcidos que, ahora que lo pienso, mi abuelo describiría como la «sonrisa de un millón de dólares».

Le da dos golpecitos a su cigarrillo.

—Oye, Chaim, quería... Bueno, quería darte las gracias otra vez por darme la carta de Saulo. Y por no leerla, aunque en realidad tampoco era para mí. —Se humedece los labios—. La encontraste en el grafiti de tu azotea, ¿verdad?

Asiento.

Judith se aparta el pelo de la cara.

—¿Te acuerdas de Héctor Montoya?

—Claro. Tu hermano y él siempre estaban dando fiestas en tu casa. ¿Sabes a quiénes me recordaban? A esos dos tipos de esa película de Audrey Hepburn, *Sabrina*, a esos me recordaban.

—Eran muy amigos. Ahora que lo pienso, Saulo empezó a cambiar después de lo que le pasó a Héctor.

No le hace falta decir nada más. Todos en el barrio sabemos lo que le pasó a Héctor Montoya. Y por qué, más o menos. Durante semanas no se habló de otra cosa. Luego, él se fue, algo más le pasó a otro chico o tal vez alguien se largó del barrio para luego volver, y el nombre de Héctor poco a poco abandonó nuestras bocas.

—Ayer lo llamé, pero no estaba en casa. —Se pasa una mano por la mejilla—. Quiero hacer

las cosas bien por una vez. Quiero... quiero saber qué le pasó a Saulo y cómo lo podría haber ayudado... para pasar página, ¿sabes? Y seguir con mi vida.

Tras soltar todo eso inspira, tira su cigarrillo al suelo y da una sonora palmada.

—¡Pero no sé ni por dónde empezar! En fin, yo tampoco quiero salpicarte a ti con mi mierda. Gracias por lo de la carta, de verdad. Y dale las gracias a Jacobo de mi parte por salvarme el culo en el escenario.

Me paso una mano por el pelo.

—¿Por qué no se las das tú? Podemos ir a dar una vuelta los cinco. Te juro que Jaco no es tan cabronazo cuando lo conoces.

Baja los párpados y ahí está otra vez la sonrisa del millón de dólares.

—No te preocupes, si al final acaba siendo un pelma, Reyes estará encantada de patearle el culo. —Alza una comisura de los labios—. Y, quién sabe, a lo mejor sí me acabo aficionando a eso de partir narices. ¿En qué estabas pensando? Porque el Momo está más muerto cada día que pasa.

—Mmmm... Recuerdo muy claramente que me dijiste algo del Szputnyik.

Judith

Chaim tenía razón en una cosa: me había vendido el Szputnyik de pena. No sabría cómo describirlo en realidad. No creo que *pueda* describirse con palabras, y quizá lo que más se le acerque sería pensar en la clase de imágenes descabelladas que podrían haberle pasado por la cabeza a David Bowie en la época de «Ziggy Stardust».

—¿Por qué no os sentáis? —nos dice Chaim, señalando con un gesto vago la bañera volcada (compruebo que, efectivamente, es una bañera) frente a una de las mesas del fondo.

Reyes arquea una ceja.

—No es como si esto fuese a llenarse de un momento a otro.

Solo hay otros dos grupitos de gente aparte de nosotros, y ahora es Jacobo el que alza el pecho, una sonrisa burlona en sus labios.

—Bueno, no es como si fuésemos a dejar que pagaseis.

Chaim debe de leer algo en nuestra expresión, la subida de cejas sobre todo, porque enseguida extiende los brazos, nos guiña el ojo y dice:

—¡Es una cita!

—Una cita entre amigos —apostilla Jacobo, dándome un golpecito en el hombro—, que es, en mi opinión, el mejor tipo de cita que se puede tener.

—Podéis ir eligiendo una canción en la *jukebox*... Eso sí que puede correr de vuestro bolsillo.

Es la primera vez que Andy abre la boca desde que hemos llegado, y por algún motivo eso nos empuja a hacerle caso. Caminamos hasta la esquina junto a la puerta (no es fácil, porque las sillas y las mesas están unas junto a otras en un caos muy complicado), metemos una moneda de dos euros en la máquina y buscamos una canción.

Los dedos de Reyes acarician las teclas.

—¿Cuál es la mayor bazofia con la que podemos torturar a la gente aquí? —pregunta.

—No sé, hay muchas canciones en húngaro.

—No puedo creerme que tengan una máquina de discos húngara.

—Estoy por jurar que es *soviética*. —Le indico las letras del alfabeto cirílico a ambos lados de la máquina.

Pero encontramos una canción que ni es húngara ni soviética ni, mucho menos, una bazofia.

This Charming Man, de los Smiths.

—¡Eh, adoro esta canción! —dice Chaim, acercándose a nosotras con dos botellines de Leffe—. Yo he ido por la belga, Jacobo ha pillado Guinness y Andy Estrella Galicia. Bueno, técnicamente, Jacobo lo ha cogido todo, porque es el único mayor de edad, pero ya me entendéis.

—No mucho.

Se deja caer sobre la bañera.

—Tenéis una *amplísima* variedad para elegir.

Cojo el taburete a su lado, y Reyes se sienta junto a mí mientras Jacobo, naturalmente, se arrellana en el lado libre de la bañera y Andy opta por el tercer taburete, junto a él.

Arrugo la nariz.

—¿Qué me dices de la cerveza húngara?

Chaim pone los ojos en blanco.

—¿Por qué quieres hacerte daño a ti misma?

Al decir eso deja caer el brazo, y estamos tan cerca que sus nudillos acarician los míos. No me coge la mano, pero tampoco aparta la suya, y yo he decidido que esto es una competición, así que ni aparto mi mano ni cojo la suya. Solo lo miro, fijamente, y reparo en el cerco más oscuro que rodea su iris, y en cómo su nariz está ligeramente ladeada a la derecha y en la manera en la que su pelo se riza con la electricidad estática.

Arquea una ceja.

—Puedo pasarme así toda la noche, no te creas.

Por mi mirada periférica veo a Jacobo suspirar e inclinarse tanto que su cabeza acaba apoyada en el hombro de Andy.

—No puede.

Andy sonrío.

—En absoluto. Siempre pierde.

La comisura derecha de Chaim tiembla. Solo eso. Luego sus mejillas y el puente de su nariz se ponen más y más rojos, hasta que aparta la mirada y se cubre la cara con las manos.

—¡Siempre pierdo! —dice, su voz ahogada, y me mira a través de los espacios entre sus dedos—. Pero eres buena. Muy buena. Recuérdame que te llame si alguna vez acabo envuelto en una partida de póker.

—Oh, lo haré.

Nos pasamos toda la noche hablando y bebiendo, y no te mencionamos ni una sola vez. Tampoco hablamos del barrio. Es como si, durante un par de horas, estuviésemos en otro lugar, aunque no sé muy bien en cuál.

Chaim

Son las tres y media de la mañana. Siempre son las tres y media de la mañana, como aquella llamada que nos dijo que Ira estaba en comisaría, y que no era bueno y que deberíamos prepararnos (lo hicimos, pero no para *eso*).

Vamos de vuelta a casa a pie, en primer lugar porque no nos queda un duro para el tranvía, en segundo lugar porque, aunque nos quedase algo, no habríamos llegado a tiempo, y en tercer lugar porque acompañamos a las chicas a casa.

Estoy un poco mareado en el mejor de los sentidos, el que te hace ver la calle como acuarelas y que todo te parezca obscenamente ingenioso. El tipo de mareo que hace que mi brazo no deje de chocar contra el de Judith, y que mis nudillos siempre acaben rozando los suyos.

Estamos pasando por la calle de la tienda de mis padres (Reyes vive solo a un par de metros) cuando la veo.

Una pintada grande en trazos negros.

Tres palabras.

IRA PÉNTEK, CHIVATO

Y no sé por qué me afecta tanto, pero algo oscuro se remueve en mi estómago y no puedo respirar. Porque prácticamente puedo ver a mi padre por la mañana intentando limpiarla. Porque sé lo que pasará por la cabeza de mi madre. Porque Ira no está aquí para verlo y de alguna manera me parece injusto que hayan puesto una pintada sobre él, como una especie de traición.

Por algo más profundo que no sé expresar muy bien, pero que es como un tatuaje en la piel que te hicieran al nacer. Para algunos de nosotros, la historia tiene bordes demasiado afilados.

Una risotada bravucona.

—Un mulato, un judío y un latino entran en un bar...

Las figuras cada vez más claras de Carlos Ferrán y su particular grupito de matones emergen del pasadizo entre el edificio de la tienda y el contiguo.

Con pasos tambaleantes y el pelo revuelto, Carlos se abre paso hasta colocarse entre Jacobo (que aprieta los dientes), Andy (que tira de Jacobo hacia atrás) y yo.

—¡Un chiste! —gruñe Jacobo—. Yo también tengo uno para ti: un antisemita y un judío se pelean...

Pero Carlos ya no le está haciendo caso. Se ha vuelto hacia Reyes y Judith.

—¿Qué hacen dos buenas chicas como vosotras con semejante escoria?

Judith tiene la mirada fija sobre Néstor.

Reyes es la primera en hablar. Tiene el pelo sobre los ojos y los labios muy tirantes.

—No sé, dime qué hace una buena mujer como tu madre teniendo un hijo como tú.

Carlos no le contesta. Ahora está tan cerca de mí que podría contar los distintos tonos de marrón de su iris si quisiera.

Pienso en las ganas que tengo de volver a partirle esa cara de gallito. Pienso en Ira, y en que esto es lo que quieren ellos y en que por una vez no debería meterme en líos.

Judith da un paso al frente. Todavía mirando de reojo a Néstor, susurra:

—¿Por qué no eres *tú* un buen chico y te vas a casa?

Jacobo tensa los músculos.

—Judith, pensar que este cabronazo es lo suficientemente listo para obedecer órdenes sencillas es mucho suponer.

Carlos, sus ojos más brillantes y febriles que nunca, se vuelve hacia Jacobo.

—¿Qué? ¿Te atreves a hablar conmigo, bastardo? Yo pienso, y creo que es lo que todos estamos pensando, que deberías rebajar un poco los humos. Al menos hasta que sepas qué clase de hijo de puta que no tenía dónde caerse muerto se folló a tu madre. Claro que candidatos no deben de faltarte. Apuesto a que tu madre podría chupársela hasta a un tubo de escape. Y no digamos ya...

—¡Retira eso!

Estoy temblando, de la cabeza a los pies. Y pienso «mira, es una suerte que las peleas a puñetazos se me den bien, porque esta rata no va a quedar de pie».

Pero entonces es Carlos el que duda, y eso hace que me fije en Judith.

Tan pálida, con los ojos fijos en los botes de pintura que Carlos tiene en las manos.

—¿Eso es de mi hermano?

Una sombra, no sé si de miedo o nerviosismo, cruza la cara de Carlos. No dice nada, pero me fijo en el gesto que hace con los brazos. Sus amigos se echan atrás.

—Jud...

—Eres un hijo de puta, Carlos. —Judith se sorbe los mocos y señala la pared con un gesto de la cabeza, solo que a mí la pared ya no me importa demasiado—. ¿Otra vez? ¿No tenéis suficiente con lo que le hicisteis a Héctor o qué?

Carlos se muerde el labio inferior.

—Ya sabes cómo son las cosas en el barrio. Aquí nos cubrimos las espaldas. —Clava sus ojos oscuros en mí—. Algo que tu hermano no hizo, Péntek. Ya que habláis de Héctor Montoya, Ira no supo mantener la boca cerrada y le fue a la pasma con lo de la pintada. Como si a la pasma eso le fuese a importar mucho. —Da un paso hacia mí—. Métete en los asuntos de los demás y espera una respuesta, Péntek.

Se vuelve hacia sus amigos, pero en el último momento duda y se dirige a Reyes y a Judith por última vez.

—Os acompaño a casa.

Reyes chasca la lengua.

—¡Ni harta de vino!

Carlos se encoge de hombros.

—Bueno, es vuestra decisión. —Nos mira a Andy, a Jacobo y a mí con mucha intensidad—. Ahora ya sabéis cómo son las cosas por el barrio.

Espero a que se vayan porque no quiero que sepan cuánto me afecta, y lo siguiente que noto es que estoy temblando, que estoy buscando *algo* desesperadamente hasta que Judith, que sigue palidísima, me da un frasco de desinfectante para las manos. No es gran cosa pero la pintura todavía está fresca.

Me quito el jersey, porque es lo único que tengo cerca, lo empapo con el desinfectante y empiezo a frotar. Pase lo que pase, no voy a dejar que mis padres vean esto.

Enfado

Ghetto es solo creatividad
que todavía no ha sido
robada.

NEZARIAL SCOTT

Judith

22 de octubre de 2018

Saulo:

Recuerdo perfectamente el día en el que empecé a odiarte. La playa, el verano de mis dieciséis años. Estábamos Héctor, los gemelos, tú y yo.

Recuerdo el momento exacto, de hecho. Héctor Montoya había tirado su toalla sobre mí. Estaba sentada en la arena, hecha un ovillo, y os oía a Carlos Ferrán y a ti riendo detrás de mí.

—¿Todo bien, hermanita? —me preguntaste, pasándome un brazo por detrás de la espalda.

Héctor os señaló a los dos, a Carlos y a ti.

—¡Estáis locos! ¿Cómo se os ocurre tirarla al agua?

Me apartaste el pelo de la cara.

—Néstor y tú estabais allí. Sabía que no le iba a pasar nada.

—No sabe nadar.

—Bueno, tiene que aprender.

—Y tú tienes que sacar la cabeza de tu propio culo.

Se fue. Entonces yo me puse en pie y me encogí de hombros. Te miré muy fijamente.

—Aparta —te dije, y empecé a caminar en la dirección contraria.

Carlos seguía riendo como la hiena que es. Lo miré con desdén.

—La próxima vez que quieras tirar a alguien al agua, tírate tú y asegúrate de que esté el mar bien revuelto.

Ahogó una risotada.

—¡La gatita tiene uñas! ¿Ni siquiera irías a mi funeral?

Sonreí.

—Por favor. Me pondría mi ropa de gala.

Al mismo tiempo, Héctor caminaba hacia nosotros, la cara muy roja y brillante, con un helado rosa chillón en la mano.

—Pedí un helado Pink Lady para la chica de rosa —dijo, y lo colocó ante mí—, pero me sirvieron esta cosa verde.

Los otros tres estallamos en una carcajada.

—Oh, no, este es un Pink Lady y yo soy la chica de verde. Sigues confundiendo los

colores, ¿eh?

Héctor se dio una palmada en las pantorrillas.

—¿Qué quieres que te diga? Dios no puso mucho empeño al hacerme.

Había esta cosa que decías a todas horas: «Soy un mierda. Eso es todo lo que soy». No te equivocabas en el fondo. Héctor siempre fue mejor persona que tú, y ahí empezaron los problemas.

Existen varios motivos por los que Carlos y tú erais amigos. ¿El primero? Podríaís ayunar un mes sin sentir hambre por la comida pero con sed de violencia. Y eso es todo lo que sé.

Con arrepentimiento,

JUDITH

Chaim

No me queda otro remedio que volver a casa. Son las doce de la noche, una hora que mi madre definitivamente cataloga de muy tarde, más aún tratándose de un día entre semana. Aunque hace algo de calor, se ha levantado una brisa muy suave, casi imperceptible a no ser que tu ropa, como la mía ahora, deje un reguero de agua tras de sí.

Nada más abrir la puerta me recibe la voz serena de mi madre. Le da tiempo a preguntarme qué se supone que hago en la calle a estas horas sin suficiente ropa de abrigo y, además, teniendo clase mañana por la mañana. Luego se fija en mis manos rojas y descarnadas.

—Pero ¿qué te ha pasado?

Sus manos me acarician el pelo, y mis mejillas, y mis hombros y mis brazos, y creo que no me oye muy bien cuando le contesto, porque ya le está pidiendo a mi padre que prepare una bañera de agua caliente y al tío Vili que me prepare una taza de té con menta.

—Me he metido en líos —repito, pero ella no me hace mucho caso, porque ya está cogiendo mi pijama del montón de la ropa limpia y lo está calentando en la estufa.

—Bueno, eso ya lo veo. Anda, pasa a la ducha, que no quiero oír ni cómo empieza.

—No ha sido una pelea.

—¡Ni cómo empieza, Chaim!

Por la mañana, el tío Vili no me despierta al vociferar el *Modé Aní*, la oración que rezamos por la mañana para agradecerle al Señor que devuelva nuestra alma a nuestro cuerpo tras la minimuerte del sueño. Me reincorpo, pensando en que he metido aún más la pata y que mamá no verá con buenos ojos que utilice a mi tío como despertador, ni mucho menos que llegue tarde a clase, cuando siento la cabeza tan pesada que la dejo caer otra vez sobre la almohada. Al desperezarme me encuentro con tres sorpresas:

1. Las sábanas empapadas de sudor.
2. La tiritera.
3. A Andy (sentado al estilo indio sobre la cama del tío Vili) y a Jacobo (repantigado y con la cabeza sobre las piernas de Andy).

Frunzo el ceño.

—¿Qué mierda...?

Jacobo alza el cuello.

—No te acuerdas de nada. —Se vuelve hacia Andy—. No se acuerda de nada.

Me frotó los ojos.

—¿Y qué se supone...?

Jacobo se sienta.

—Vinimos a buscarte para ir a clase y, ¿cómo decirlo? Casi te desmayas en el pasillo.

—Tu madre te dio un ibuprofeno —interviene Andy—. Y como tus padres tenían que ir a la tienda, y tu tío a la sinagoga y nosotros no teníamos nada mejor que hacer, aparte de ir a clase, claro...

—Le dijimos a tu madre que te llevaríamos al médico cuando te despertaras.

Hundo la cabeza entre las manos.

—¿Y a mi madre le pareció bien?

Andy y Jacobo intercambian una mirada.

—Tío, tenías cuarenta de fiebre.

—Prácticamente tuvimos que convencerla de que no era necesario llamar a una ambulancia.

Judith

*Descubrirás por qué
la guerra
tiene nombre
de mujer.
Imperios enteros podrían
arder
bajo estas venas.*

*Podría morderte
si me haces sentir
pequeña.
Quédate con tu
costilla.
El odio es
una manzana
en mis labios.*

—¡JUDITH! ¡Judith, aquí hay dos chicos que quieren verte, y como no salgas ahora te sacaré yo en volandas!

La voz de papá, y los golpes de sus nudillos contra la puerta, hacen que el lápiz se me caiga al suelo.

He estado escribiendo desde que me desperté. Bueno, no, escribiendo no; sangrando sobre el papel, sin preocuparme de las rimas que antes vivían en un rinconcito de mi cerebro.

Oigo, muy tenues, las voces de Néstor y Carlos Ferrán en el pasillo. Me subo las mantas hasta las orejas.

—No me encuentro bien.

—¡Ridículo! Has desayunado. Me niego a pensar que una persona con apetito esté enferma. — La voz de papá se aleja—. Las mujeres son una calamidad.

—Por lo menos una vez al mes —dice Carlos y, no sé cómo, reúno las fuerzas para coger la taza y lanzarla contra la puerta.

Veo cómo se rompe, pedazo a pedazo.

Un caos a pequeña escala.

—¡JUDITH! —grita papá—. ¡Te doy tres segundos!

—Me da igual lo que quieran esos dos, no voy a salir y no vas a obligarme.

—¡UNO!

Cojo aire.

—¡DOS!

—Pierdes el tiempo.

—¡Y TRES!

Antes de que pueda protestar se abre la puerta y papá me saca de la cama, me carga sobre sus hombros, me conduce hasta el salón y me deja caer sobre el sofá.

—¡Estás loco!

Carlos y Néstor están justo aquí, entre la mesita de café y el televisor, frente a mí, y juro que podría matarlos si tuviese las fuerzas suficientes para hacerlo.

Papá agita su índice frente a mí.

—Vas a atender a Carlos y a Néstor como una buena chica y después vas a vestirte. —«Vamos, Judith, son *familia*. Tú hazle caso a Carlos, ¿eh? Hazle caso a Carlos.»

«Hazle caso a Saulo —solía decir antes—. Hazle caso a Saulo», hasta que la frase perdió su significado. Hasta que *tú* empezaste a perder cosas y papá abandonó la frasecita.

Ahora que lo pienso

te perdimos

mucho antes

de perderte.

—No...

—Comprenderás que no puedes ir a clase en pijama. —Papá me da la espalda; comienza a caminar hacia la cocina—. Si hay algo que no permitiré es tener una hija cobarde.

Nos deja solos.

—Lo siento —susurra Néstor, que apoya las palmas en sus rodillas y se sienta a mi lado.

Subo los pies al sofá, apoyo mi pecho en las pantorrillas y me inclino cuanto puedo hacia el reposabrazos, lejos de él. Mis ojos están fijos en Carlos.

Se pasa una mano por el pelo, que le cae en chorretones sobre los ojos.

—Ayer me pasé de la raya. Quería ver cómo estabas.

No rompo el contacto visual.

—Perfectamente. Ahora que me has visto, ¿por qué no te vas?

Mis palabras tardan un poco en llegar a Carlos. Primero baja las cejas y después arruga la nariz, como analizando todo lo que le acabo de decir. Finalmente, con un esfuerzo hercúleo, va encogiéndose, con extrema lentitud, hasta quedar sentado a la mesa de café.

—Vamos, Jud, soy yo. Somos... somos como hermanos, ¿no? Así son las cosas en el barrio. A veces hago gilipolleces, y tú me perdonas porque somos como familia, ¿no? —Se vuelve hacia su hermano en busca de apoyo—. ¿No es así?

—Jodida suerte tendrías si te perdono —digo, pero en mi cabeza suena más parecido a «hay cosas que me cansé de perdonarle a mi hermano, así que ni te molestes».

Todavía no he terminado de pronunciar mi frase cuando siento la mano de Néstor sobre la mía. Sé que debería odiarlo porque estuvo con Carlos ayer y no hizo *nada*, pero también pienso en todas aquellas veces que me escuchó cuando lo necesitaba, y en cómo bailó conmigo en mi quinceañera, y en que es probablemente el mejor de todos tus amigos, y en que fue el primero que me hizo sentir que merezco la pena y en que tal vez cambie después de todo.

Carlos suspira. Hunde la cara entre sus manos nudosas.

—Vamos, Jud, ya sabes cómo son las cosas. Un chivato es un chivato, y eso es lo peor que te puede caer por aquí.

—Lo que no sé es por qué tuviste que ser tan capullo ayer.

Se enciende un Raleigh.

—Esos tres no son del barrio.

—¿Ah, no? Porque la última vez que lo comprobé solo vivían a un par de calles.

Carlos, el rostro naranja bajo la llama de su cigarrillo, se limita a mirar a otro lado.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Pero quiero que lo digas. En voz alta.

Es Néstor el que reacciona primero. Inspira fuertemente, todo su cuerpo temblando, y luego lo dice:

—No son como nosotros.

Aparto la mano.

Judith

Mamá se ofrece a llevarnos al instituto en su coche. Dice que de todos modos tiene que ir al supermercado y le queda de camino. Cuando llegamos, sin embargo, les pide a Carlos y a Néstor (con los que no he vuelto a cruzar palabra) que se bajen y vuelve a arrancar el coche.

—No tienes que ir a clase si estás triste —dice, y cambia de emisora—. Eso no te hace cobarde. Dios, me gustaría haberle dicho eso a tu hermano. —Se sorbe los mocos—. Estar triste no te hace cobarde, ¿vale? Te hace humana, y no hay nada malo en eso.

—Ya.

No dejo de tirar de los bajos de mi falda vaquera. Antes de irme, papá me lanzó una montañita de ropa encima y me pidió que volviese a vestirme como una chica «de una maldita vez». Solo que mi ropa de antes me hace sentir incómoda.

Como si perteneciese a otra persona.

Como si fuese un disfraz de Halloween que no me puedo quitar.

Como si todo lo que tú significaste hubiera desaparecido de la faz de la Tierra para siempre.

—Antes era un buen hombre, ¿sabes? —Fuerza una sonrisa—. Cuando me enamoré de él. Cuando nos casamos. A veces sigue siéndolo. Pero la desesperación cambia a la gente, y tu padre es muchas cosas, pero si hay algo que nunca ha sido es un hombre fuerte.

Para el coche.

Frente a nosotras, en la pared marrón del supermercado cubierta de grafitis (ninguno tuyo), está apoyada la madre de Jacobo, que apura su cigarrillo. Nos saluda, el viento removiendo su confusión de rizos pelirrojos.

Mamá le devuelve el saludo. Después se estira, coge su bolso, saca un billete de veinte euros de la cartera y me lo pone entre las manos.

—Tómate el día libre. Llama a Reyes y..., no sé, id al cine o algo. —Salimos del coche—. Madre mía, ni siquiera sé qué hacéis las chicas hoy en día.

Sonrío, colgándome la mochila de los hombros. Ella ya está caminando hacia la madre de Jacobo, su piel teñida del verde del neón, cuando la llamo:

—¡Mamá! —Se vuelve—. Nada, solo quería decirte que eres muy guay.

Una carcajada.

—Lo era. Antes era la chica más guay de por aquí. Ahora solo soy una vieja. —Abre la puerta, pero todavía no entra—. No te olvides de lo mucho que vales, ¿de acuerdo? Y te espero para cenar, señorita. Hay un episodio de *Anatomía de Grey* que tenemos que ver, no te olvides.

Reyes

Saulo Salazar no era mala persona. O eso creo, al menos. Lo conocía de toda la vida, al igual que a Judith. Al principio era solo el hermano de mi amiga, pero luego, con el tiempo, en mi cabeza acabó convirtiéndose en su propia persona.

Y lo admiraba muchísimo. Como artista especialmente, aunque, de algún modo, me gustaba todo de él. Estoy harta de escuchar que las mujeres solo tenemos dos sentimientos fuertes hacia los hombres (amor y odio), así que lo diré solo una vez: adoraba a Saulo tremendamente, en el sentido menos romántico posible.

Admiraba su concentración y su silencio. Admiraba su dedicación y su tranquilidad. Admiraba que fuese todas las cosas que yo no soy, y que todo eso se plasmara en su arte.

Por eso le enseñé mis dibujos a él antes que a nadie, antes que a Judith, y ahora que lo pienso eso fue algo un poco íntimo, pero él no se aprovechó. No me trató con paternalismos ni aprovechó la ocasión para tirarme los trastos o algo peor. Solo me miró como si algo hubiese cambiado y, a partir de entonces, a veces dibujábamos juntos.

—Yo también lo echo de menos —susurro en la oscuridad de la sala de cine, y entrelazo mis dedos con los de Judith.

—Yo a veces —dice—. Y a veces siento alivio.

Apoya la cabeza en mi hombro.

—Está bien. No creo que tengas que echarlo todo de menos.

—No. Pero sí lo echo de menos. Y echo de menos cuando quedábamos los tres.

Judith

27 de octubre de 2018

Saulo:

Ya sabes lo que la abuela dice, que papá siempre quiso una niña, y no un niño, hasta que tuvo una y no supo qué hacer con ella. Quizá a ti te doliese haber venido al mundo como una decepción, pero a mí me quemó haber crecido siendo una decepción.

Porque papá, a su manera, te adoraba. A su modo obsesivo y afilado, y sé que esto no es algo bueno, pero aun así yo sentía envidia de ti. Porque, aunque nunca quiso un niño, cuando tú naciste te convertiste en el hijo que siempre quiso. O en la persona que siempre quiso tener a su lado. De hecho, creo que papá siempre te consideró más un amigo que un hijo. Quizá ahí empezaron los problemas.

Quizá sacó lo peor de sí mismo contigo porque estaba celoso de que, en el momento de la verdad, siempre escogías a Héctor antes que a él.

O quizá no hay excusas ni explicaciones. Quizá papá no puede evitar ser como es, y a ti, sin que yo lo supiera, te tocó la peor carta.

Con cariño y arrepentimiento,

JUDITH

Me paso toda la mañana del sábado en el tranvía número 6. Había pensado en ir a correr al parque Vall, porque hacer ejercicio físico siempre está en las listas de cómo llevar el duelo, pero al final me subo en uno de los vagones amarillos, me siento, me pongo los cascos, saco mi libreta y empiezo a escribir. Y no paro. Termino el recorrido (es una línea circular) y lo vuelvo a empezar, y a eso de las once le envío un mensaje a Chaim y le pregunto cómo está, porque no puedo dejar de sentirme algo culpable por lo que Carlos escribió en el escaparate de la tienda de sus padres.

Chaim: Al parecer
ENFERMO :(
pero están Jacobo y Andy aquí
para darme mimitos :)

Cada vez que el tranvía pasa por su calle me digo que voy a bajar a ver cómo se encuentra, pero al final nunca reúno las fuerzas necesarias para hacerlo y solo me bajo a la hora de comer,

cuando me compro un bocadillo de tortilla en el bar de Paco.

Judith: ¿Vas a pasarte por la biblioteca hoy?
Porque voy a ir a estudiar y puedo echarte una mano con la
física.

Dios, odio cómo lo perdono una y otra vez.

Cuando era pequeña, la Biblioteca Ana Frank era mi refugio secreto. Se trata, lo mires como lo mires, de uno de esos rarísimos rincones de Santa Ana. Según dicen, en los años ochenta un inversor —al parecer una de las pocas personas que ha salido del barrio y ha hecho algo interesante con su vida— donó una escandalosa cantidad de dinero para salvar la biblioteca, a la que rebautizó con el nombre de la famosa diarista.

Me gusta la Biblioteca Ana Frank por lo laberíntica que es, por cómo parece que todas las palabras de los libros caerán sobre ti como la lluvia, y por el roble sauce que tiñe de amarillo las ventanas del último piso.

No le hablaría a mucha gente de la Biblioteca Ana Frank porque me gusta que sea secreta. Tú eras uno de los pocos elegidos. Reyes también, claro. Y Néstor, que ahora me mira por encima de su archivador y sonrío.

—Nunca entenderé la Física.

Muevo mi silla para quedar más cerca de él, y desde esta posición puedo ver tanto sus ejercicios como el brillo dorado de sus ojos.

—Es fácil. Puedo ayudarte. No es como... la Química, por ejemplo.

—La Química *es* fácil. La entiendo.

—La Química es un horror. O a lo mejor soy muy impaciente. Villares no me deja hacer ningún experimento desde que se me cayó aquella solución.

—Para ser sinceros, aquella solución agujereó tus vaqueros.

—Tuve que hacer un *striptease* en clase, Néstor, la peor parte me la llevé yo.

Ambos levantamos la mano al mismo tiempo para coger el lápiz y contestar a la pregunta, y nuestros dedos se rozan. Es dolorosamente ridículo y sé que la Judith de «antes» me odiaría por esto, pero hace tanto tiempo que Néstor y yo no tenemos contacto físico que vuelvo a sentir todo eso.

Esa sensación como si alguien estuviese haciéndote cosquillas en el estómago.

El rubor en las mejillas.

Las manos sudorosas.

Me aparto.

—Perdón —decimos a la vez, y no sé si esto significa que ya no somos nada.

Néstor vuelve a concentrarse en sus ejercicios.

—¿Qué querías decir con eso de que Chaim, Andy y Jacobo no son como nosotros?

Sus ojos siguen fijos en el papel cuadriculado. Traga saliva.

—Va, Judith, que ya lo sabes.

Siento sus ojos en mi mejilla como una bofetada, pero ahora soy yo la que de pronto parece estar ensimismada en su calculadora.

—Lo único que sé es que fuisteis unos capullos. Pensaba que no eras así. Podías haberles parado los pies. Sobre todo a Carlos. Que es tu hermano, tío.

—Bueno, los chicos de la pandilla... Ya sabes cómo son. No es fácil...

Odio ser esa persona, pero lo interrumpo. Me pican los ojos y la nariz, y mi labio inferior está temblando, y lo interrumpo porque sé que si no digo algo ahora, lloraré tanto que tendrán que sacarme de la Biblioteca Ana Frank en una camilla.

—¿No es fácil plantarles cara? Porque, hasta donde yo sé, yo lo hice.

Néstor se acomoda en su silla, de pronto tiritando. No me mira, pero no importa, porque yo sigo con los ojos fijos en la calculadora.

—Ira Péntek lo hizo, y mira cómo acabó. —Aprieta los párpados—. Siempre has sido más valiente que yo, Judith. Y más fuerte.

Solo copio la respuesta de mi ejercicio y digo:

—Claro.

Aunque puedo *notar* cómo los fragmentos que componían mi universo tiemblan bajo mis pies.

Levanto la vista. Ahí está el roble sauce con sus majestuosas hojas amarillas, que parecen golpear la ventana, llamándome. Me concentro en ellas, y en cómo parecen bailar con el viento, y de repente lo veo. Está en la fachada del edificio frente a la biblioteca, prácticamente escondido tras el árbol: uno de tus grafitis.

Como el de la azotea del bloque de Chaim.

El lápiz se me cae al suelo.

Me levanto, mi silla chirriando contra el pavimento.

Néstor fija toda su atención en mí.

—Acabo de acordarme de que tengo que hacer una cosa. Nos vemos el lunes en clase.

No doy más explicaciones, pero ya estoy llegando al ascensor cuando Néstor me pregunta:

—¿Una cosa? ¿El qué?

—Visitar a Chaim Péntek. Está enfermo.

Nos mandan callar y me meto en el ascensor.

Llego jadeando, con las manos en las rodillas y el jersey pegado a la espalda sudorosa. Tu grafiti está frente a mí, con su fondo blanco, sus gruesas líneas negras y los pocos detalles en una pintura

plateada que brilla con todos los colores del arcoíris cuando recibe la luz del sol. Recorro la pared con las manos y las lágrimas corren por mis mejillas

porque es
como descubrir
un santuario
en la piedra.

Y es como si leyese la pared en braille. Como si estuvieses aquí a mi lado. Y cuando mis dedos se topan con un papelito doblado dentro de la tubería es como si fuese tu mano la que acaricia la mía.

La segunda carta de Saulo

Héctor:

Esta tarde he pasado por el puerto y me he acordado de ti. Hace tiempo que no lo hacía, en realidad. He estado intentando olvidarme de ti y hacerte justicia. Siempre fuiste mejor hombre que yo. A fin de cuentas, ya sabes que soy un cobarde. Nunca soñaría con enviarte esta carta, porque no tiene sentido recordar viejas cosas del pasado que no volverán.

Pero he estado por el puerto (uno de los tíos a los que tengo que tatuar vive en una de esas casas grises frente a la playa, y no lo pude evitar) y de pronto todos esos días pasados volvieron a mi mente y sentí que no podía respirar.

Solo sé que soy un egoísta y que las cosas iban mucho mejor cuando tú estabas aquí.

Estúpido, estúpido, Héctor.

No sé por qué, desde lo del puerto he estado acordándome constantemente de una de aquellas veces que me pediste que te tatuara.

—Ícaro —dijiste— volando muy cerca del sol.

No me diste más detalles. Ni el tamaño ni el lugar ni el estilo ni los colores. Habría dicho que no a una petición tan absurda si no hubiese venido de ti. Sabía que no sentías remordimientos por nada. Sabía que vivías en un absurdo interminable y eso me parecía justo.

—¿Por qué Ícaro? —te pregunté, y tú respondiste que te sentías identificado con él.

Riendo. Siempre riendo.

—Espero que sepas cómo termina la historia —te dije.

No te tomaba muy en serio por aquel entonces. No empecé a hacerlo hasta que fue demasiado tarde.

Cuando le dijiste a mi hermana que te despreciaba tenías razón. Pero también te admiraba en cierto modo.

Tu problema fue pensar que yo era el sol, y el mío fue dejártelo creer.

Te gustaba el puerto. Íbamos siempre por las mañanas, antes de ir a clase primero y antes del curro en la gasolinera Shell después. Te gustaba sentarte en los bancos con tu café (un brebaje negruzco, espeso y amargo que solo se podría describir como no potable) y mirar los barcos pasar. Te gustaba sacar tu bloc de dibujo, a veces, y, casi siempre, molestar a las chicas que pasaban.

Después de mi café (con sus razonables cantidades de leche y azúcar, muchas gracias), yo siempre sacaba mi caja metálica, cogía uno de los pitillos que guardaba en ella y fumaba,

preferiblemente en silencio.

La caja, de latón y muy gastada, es de Sutton's Seeds, una marca de semillas originaria de Reading y que mucho tiempo atrás había pertenecido a mi abuelo. Sé que te gustaba, así que me la dejé en el hospital con la esperanza de que la cogieras, no sé si lo habrás hecho.

Pero, como he dicho, te gustaba el puerto y te gustaba mirar y dibujar a la gente.

—Ahí fuera sí que tiene que ser bonito, ¿eh, Montoya? —dije un día, mirando muy fijamente al océano y a las olas—. Más allá de todo esto.

Levantaste los ojos de tu bloc de dibujo.

—Ni que soñases con dejar el barrio... —dijiste, tú siempre envuelto de escepticismo—. No aguantarías ni dos minutos ahí fuera, y no es un insulto. No tardarías nada en echar de menos a todo y a todos. Además —sonreíste, volviendo a tu bloc—, hay suficientes cosas bonitas que mirar por aquí.

Es extraño. Tu problema fue idealizarme, pero hay ciertas cosas en mí que siempre supiste leer con total claridad. El barrio era una de ellas.

Lo último que me dijiste antes de irte fue precisamente eso. Me dijiste que, en el momento de la verdad, yo siempre escogería el barrio. Y, mira, no te equivocabas. Por eso, en parte, he estado pensando tanto en ti. En el pobre de Ira Péntek y en ti.

Ira. Hoy ingresaba en la cárcel. Si no hoy, ayer, o uno de estos días. Últimamente ni siquiera le presto atención a cosas como esa.

Ira y tú siempre fuisteis mejores hombres que yo, y yo ahora debería estar en el lugar de Ira.

Fue él quien se enfrentó a Carlos Ferrán después de aquella pintada en tu edificio. Y eso dice mucho a su favor, porque no es un hombre violento. Y dice muy poco a mi favor, porque sé que si hubiera sido yo el que le hubiese plantado cara, las cosas habrían acabado de otra manera.

Yo no habría terminado en la trena. Porque lo que pasa en el barrio se queda en el barrio y, con todo, los chicos somos una pandilla. Sin chivatos.

Claro que yo no habría sido capaz de hacerle daño a Carlos. Sé que no me crearás, pero en el fondo es un buen chico. Siente demasiado intensamente las cosas, es cierto, pero a fin de cuentas a mí me pasa lo mismo. Los dos lo sentimos todo con demasiada violencia, y todavía me acuerdo de aquella noche de hace ya años.

Yo tenía dieciséis, creo, y él unos trece o catorce, no me acuerdo bien. Mi padre había bebido más de la cuenta o tal vez yo había sido un poco más irritante de lo normal, y los dos acabamos discutiendo y yo rompí un cristal con el puño (no uno de los cristales de casa, desde luego, sino el de la carnicería de la calle Marzo).

—¿Tu viejo? —me había preguntado Carlos al verme, señalando mi puño lacerado con un gesto de la cabeza.

—El escaparate de la carnicería. Pero ojalá hubiese sido mi viejo.

Se encogió de hombros.

—Yo también prefiero cuando mi viejo me pega. Por lo menos así sé que le importo algo. El muy capullo no deja de repetirme que debería parecerme más a mi hermano.

—Dímelo a mí, mi padre ni siquiera quería tener niños. Una niña sí, pero no un niño. — Le di un trago a mi cerveza—. De todos modos, que les den. No conozco muy bien a tu hermano, pero tú vales diez veces más que el cabronazo de tu padre.

Para mí aquella fue una noche como cualquier otra, pero luego me enteré de que, cuando la policía se puso a investigar, Carlos aseguró que el que había machacado el escaparate de la carnicería había sido él. Todo porque yo le había dicho que valía diez veces más que su padre.

Su problema, ¿ves?, es que es leal hasta el extremo con los suyos. Y el problema de Ira fue que no se adaptó a nuestro mundo; nunca lo consideramos uno de los nuestros.

No sé por qué estoy escribiendo todo esto. Sé que no voy a mandarlo. Probablemente lo quemé o algo peor. Solo sé que tengo demasiadas cosas en la cabeza, y todo está muy enredado aquí arriba y escribir me hace sentir en paz, aunque sea durante un minuto o dos.

Voy a irme del barrio, Héctor, y me da igual hacerlo por mi propio pie o con los pies por delante.

Judith

En cuanto leo tu carta sé que tengo que enseñársela a Chaim, porque si un trozo de papel o unas cuantas palabras me explicasen por qué hiciste algunas de las cosas que hiciste, podría vivir mejor con tu ausencia.

Camino hasta su casa (en el barrio todos sabemos dónde vive todo el mundo, más o menos). El portal ya está abierto, por lo que no me molesto en llamar y subo al cuarto piso. Al llamar a la puerta me recibe el tío de Chaim, que es muy gordo, está completamente calvo y tiene unos labios gruesos y húmedos que parecen dos babosas. No se separa del umbral de la puerta, de modo que le digo que me llamo Judith, que voy a clase con Chaim y que me gustaría verlo.

—Si no se encuentra muy mal.

El tío ladea la cabeza. Su acento, cuando habla, es espeso como la miel.

—Ese niño nunca se encuentra mal. Es fuerte como un toro. —Por fin se separa del marco y empieza a caminar a lo largo del estrecho pasillo, así que lo sigo—. ¡Le viene de familia! —Alza los brazos como un campeón de halterofilia—. Ira no. Ira siempre está enfermo, y su madre siempre está preocupada, ¿sabes? —Se detiene en mitad del pasillo, se vuelve hacia mí y acerca su enorme cabeza a la mía—. ¿Quieres tomar algo? ¿Tostadas con mantequilla y pimentón?

—Pues...

—Te prepararé unas tostadas con mantequilla y pimentón. ¡Preparo las mejores tostadas con mantequilla y pimentón a este lado del Danubio! —Hace un gesto con la cabeza—. Sea cual sea.

En su camino a la cocina se detiene ante una de las dos puertas del pasillo, da un par de toques y grita:

—¡Chaval, tienes visita!

Del interior nos llega una voz ahogada y medio gangosa.

—Si es ese petardo de Jacobo Herrero, puedes decirle que acaba de irse hace solo vein...

No se calla, simplemente su voz va perdiendo tono y desapareciendo cuando el tío abre la puerta y Chaim me ve en el pasillo.

—¡Jud! —exclama, sus orejas y sus mejillas se ponen rojísimas.

Me muerdo el labio inferior.

—Venía a ver cómo estabas, pero, por lo visto, Jacobo se me ha adelantado.

Aprieta los dientes.

—A veces parece que vive aquí. ¡Pero pasa! Por favor.

En la habitación de Chaim reina una calma tan profunda que podría deslizarme en ella si quisiera. Casi todo el espacio lo ocupan las dos camas, idénticas y separadas por una única

mesilla rebosante de cómics de Marvel y montañas y más montañas de pañuelos de papel.

—Seguro que tengo un aspecto de mierda —dice Chaim, que se sube la colcha de Spiderman hasta las orejas.

Tiene la piel de un rosa muy pálido, como acuarela, con un par de salpicaduras más oscuras en las mejillas y el puente de la nariz.

—De hecho, sí. ¿Y quién tiene todavía colchas de Spiderman a los diecisiete años?

Pone los ojos en blanco.

—Las personas con buen gusto, Peggy Carter. ¿Por qué iba a tener una colcha de cualquier otro superhéroe cuando Spiderman es el mejor de todos?

—¿Mejor que Wonder Woman?

Chaim alza dos dedos.

—Creo recordar que dije «superhéroe», no «superheroína».

A pesar de poder recorrer la habitación con un par de pasos, me detengo en cada detalle. El póster de la película *Arsénico por compasión* sobre el abarrotado escritorio. Los libros escritos en hebreo, uno de los cuales hojeo aunque, naturalmente, no comprendo ni dos palabras.

—La Mishná. Mi tío Vili es rabbi.

En la pared hay un mapa de Budapest y, junto a él, los destrozados guantes de boxeo de Chaim. En la mesa, una bola del mundo y, junto a ella, una bola de menor tamaño que muestra la esfera celeste.

Me vuelvo hacia Chaim.

El póster. La bola. El mapa.

—Increíble. —Se me escapa una risita—. Increíble, Capitán América.

—¿Qué?

Me siento en el escritorio y abro otro de los libros sobre mis rodillas.

—No sé. Esto. Me gusta tu habitación. Es la primera vez que estoy aquí. —Me encojo de hombros—. Normalmente las habitaciones de los chicos son un aburrimiento, pero la tuya tiene personalidad. Me gusta.

Bajo la vista a mis deportivas, al caos de papeles bajo la mesa y a lo ordenado que, en comparación, parece el espacio alrededor de la cama de Chaim.

—Quería pedirte perdón por lo que pasó ayer. Carlos, Néstor y el resto de los chicos de la pandilla fueron unos capullos.

Chaim vuelve a bajar la colcha, de modo que ahora puedo ver su cara con total claridad.

—¿Por qué? Tú no tuviste nada que ver.

—Siempre supe cómo son y nunca hice nada. —Fuerzo una sonrisa—. ¿Sabes, en cambio, quién es muy valiente? Tu hermano —digo, y cojo aire—. ¿Sabes por qué se pegó con Carlos?

Chaim, sus ojos ahora fijos en sus nudillos, estira la comisura izquierda. Sus cejas tiemblan.

—Nunca se lo pregunté.

Meto la mano en mi bolsillo, saco tu carta y la dejo sobre el bultito bajo las sábanas que son

las piernas de Chaim.

—Encontré esto en uno de los grafitis de Saulo. Es otra carta. Creo... Bueno, creo que deberías leerla.

Cuando termina, Chaim deja reposar la carta sobre sus rodillas y simplemente mira al frente. Unas lágrimas silenciosas descienden por sus mejillas, y no hace nada ni por esconderlas ni por secárselas. Simplemente mira al frente y, cuando deja de temblar, susurra:

—No lo sabía. —Se tapa la cara con las manos—. Joder, no lo sabía. Nunca le pregunté a Ira por qué lo hizo. Debí haberme imaginado que tenía una buena razón, pero no lo hice.

Le doy un par de golpecitos en la espalda.

Me siento como si estuviese saldando una deuda.

Chaim se limpia la cara con la manga de su jersey.

—No dijo nada. En el juicio pudo haber dicho que estaba defendiendo a ese tipo, a Héctor Montoya, pero no dijo nada.

Cruzo las piernas.

—¿Sabes que nunca supimos por qué hicieron esa pintada en el edificio de Héctor? No tiene sentido. Fue Carlos. No tiene ningún sentido. Siempre, desde que era una niña, se nos enseñó que los chicos del barrio eran como nuestros hermanos. Que eran nuestra familia. —Me humedezco el labio inferior—. Saulo estaba en casa cuando Héctor lo llamó. Y no sé qué le dijo, pero de repente se levantó, cogió sus cosas y se fue. Nunca vi a nadie correr tanto. Cuando cerró la puerta del salón, lo hizo con tanta fuerza que rompió los cristales. Y yo no sabía qué estaba pasando, así que le grité que estaba loco.

Chaim ha sacado su paquete de cigarrillos, pero no se enciende ninguno. Solo juega con ellos y con el encendedor, y en algún punto me mira de reojo y dice, muy bajito:

—¿Puedo contarte algo?

—Pues claro.

—Prométeme que no me juzgarás.

—Sinceramente, Chaim, no creo que esté en posición de juzgar a nadie.

Asiente.

—Está bien. No me gusta mucho mi hermano. O sea, lo quiero, naturalmente, pero..., bueno, mis padres..., bueno, es que Ira es tan... Es un gran tipo, ¿vale? Inteligente, trabajador, amable..., y mis padres siempre me decían que por qué no era un poco más como él y un poco menos como yo. Hasta que le dio esa paliza a Carlos Ferrán, y hasta aquel día ni siquiera habíamos oído hablar mucho de ese tipo, y... No sé, antes de saber lo chungo que iba a ser todo... —se muerde la cara interna de las mejillas— creo que me alegré un poco de que Ira al fin hiciese algo mal.

Me masajeo las sienes. Sé que no debería decir esto, y mucho menos en voz alta, porque no se puede hablar mal de los muertos, pero una parte de mí piensa que tal vez las cosas que nos callamos se convierten en fantasmas que nos acechan.

—Mi hermano bebía mucho. —Cojo aire—. Y, a veces, si bebía demasiado..., en fin, perdía

los estribos. Un día yo estaba preparando mate y él llegó borracho como una cuba, gritando y tirándolo todo. Yo no quería que mis padres lo viesen así, de modo que intenté que no pasase de la cocina. Él, claro, no me hizo ni caso, así estaba, y quiso apartarme. —Alzo las cejas—. Y cogí el agua, que estaba a punto de hervir, y se la tiré encima.

Alzo el brazo izquierdo. Me remango. Aunque casi no se nota, ahí, en mi muñeca, la piel está más blanca, más lisa y más abultada.

—Yo también me quemé un poquito, pero no me importó. Solo... No quería que mi madre lo viese así, porque sabía que iba a destrozarla, y podía permitirle muchas cosas a Saulo porque es... —cierro los ojos— *era* mi hermano y lo quiero, pero esa no era una de esas cosas. Pero ahora pienso mucho en eso y..., no sé, a lo mejor debí haberlo escuchado más.

Siento la mano de Chaim sobre la mía.

—Creo que hay veces en las que se puede ayudar a los demás y otras que no, y creo que esta es una de las veces que no se puede. No sé, tía —extiende los brazos, que se bañan de dorado bajo la luz del atardecer que entra por su ventana—, a veces hay cosas que son mucho más grandes que nosotros.

—Tampoco me siento mal por haberle dado un puñetazo a Néstor.

Se ríe.

—Bueno, ¿qué quieres que te diga? Yo tampoco me siento precisamente mal por haberle partido la nariz a Carlos. De hecho, diría que me siento muy bien al respecto. Es más, diría incluso que es una de las mejores cosas que he hecho últimamente, además de conocerte mejor.

—Conocerte mejor también es una de las mejores cosas que he hecho últimamente. —Me subo la sudadera hasta la nariz—. Por detrás, naturalmente, del puñetazo. Ese puñetazo fue la cúspide de mi existencia.

—Fue tu desarrollo de personaje. Como cuando Hermione le pega a Malfoy en la tercera peli de Harry Potter. Dios, cómo disfruté de ese puñetazo. Creo que grité en la sala de cine y todo.

El tío entra enseguida con dos tazas de café y dos platos de tostadas con mantequilla espolvoreadas con pimentón rojo y decoradas con rodajas de cebolla.

—Espero que sepas apreciar el café de verdad, señorita —me dice, tendiéndomelo todo—. ¡Solo y con un poco de azúcar!

—¿Francamente? El café me apasiona de cualquier manera.

Chaim coge dos rodajas de cebolla de su tostada.

—Bueno, hay leche en la cocina si quieres. A veces mi tío se olvida de que no estamos en la Hungría de los años cincuenta.

Ninguno de los dos vuelve a mencionar la carta. Y eso está bien.

Judith

—¿Sabes lo que haces mucho? —le digo cuando su tío se va—. Hablar de películas.

Chaim le da un mordisco a su rebanada de pan.

—Me gustan las películas —explica, tapándose la boca con la mano—. Sobre todo las antiguas. En las de ahora a veces pasan muchas cosas a la vez. —Se encoge de hombros—. ¡Bueno! Ya te he dicho que no soy precisamente una lumbrera, así que...

—Oh, corta el rollo. Eres tan listo como cualquiera. —Me llevo una rodaja de cebolla a la boca—. Algún día tienes que recordarme un par de películas, porque no he visto muchas. Ni siquiera he visto *Sabrina*.

Deja de comer.

—¿Has visto *Desayuno con diamantes*?

—¿Quién no ha visto *Desayuno con diamantes*?

Chaim no me contesta. En su lugar me da un toquecito en el hombro y luego señala la ventana al fondo de la habitación. Tengo que admitir que, sin contar la decoración, la ventana es probablemente lo mejor de la habitación. Cubre toda la pared a lo ancho y es bastante alta también, por lo que al asomarte a ella parece que estés flotando sobre el cielo de Santa Ana.

—Ve ahí y asómate.

Lo hago.

—Ahora levanta la tostada, que se vea desde aquí, y finge que estás comiendo o algo.

Levanto la tostada y finjo que me la como.

—¿Ahora qué?

—Espera...

Un fogonazo de luz tras mi espalda ilumina el cristal de azul y plateado. Parpadeo y, cuando vuelvo a abrir los ojos, puedo ver al reflejo de Chaim haciendo el signo de OK con la mano.

—Ya te puedes dar la vuelta.

Cuando lo hago él se está inclinando hacia mí, con su móvil en la mano.

—*Desayuno con diamantes* —dice, y me enseña una foto en la que parezco Audrey Hepburn y yo misma a la vez.

—¡Pero si no estoy delante de un escaparate! Y estoy comiendo una tostada en vez de un bollo.

Chaim estira los labios, y un único hoyuelo se forma sobre su comisura izquierda.

—Esa es la magia. Coges un momento cualquiera, lo cambias un poco para que se parezca a la escena de una película, haces clic y ya está. Magia.

—¿Y qué haces con todas esas fotos?

Baja los párpados.

Una sonrisa retadora.

—Lo sabrías si me siguieses en Instagram.

Me siento en la cama para quedar a su altura.

—¡Eh! *Tú* tampoco me sigues *a mí*.

—¿Lo has comprobado?

—No, pero lo podría jurar. Apuesto a que me mandas mensajes a todas horas pero no te has pasado por mi perfil ni una sola vez.

Se ríe.

—Podemos solucionarlo ahora mismo.

Me da su móvil y yo le doy el mío, y mientras me meto en su perfil para seguirle no puedo evitar detenerme en todas esas fotos. Hay escenas que no reconozco en absoluto y otras que sí: Jacobo con el puño al aire como John Bender de *El club de los cinco*, Andy marcándose el paso de baile de Travolta en *Fiebre del sábado noche* y el propio Chaim levantando un gatito en el aire como en la primera escena de *El rey león*.

—Chaim, esto es una pasada.

—¡Eh, algo de valor tenía que haber aquí dentro después de todo!

Y se da dos toquecitos en la sien.

Judith

Si tuviese que describir a Jacobo Herrero con pocas palabras diría que es un tipo escuálido y especialmente alto, con unas rodillas huesudas que sobresalen por los agujeros de sus pantalones, el pelo mucho más largo y grasiento de lo socialmente aceptable y con unas gafas de montura de carey que pasan más tiempo sobre su cabeza que ante sus ojos. Tiene el hábito, además, de extender los brazos y dar un paso atrás antes de empezar a hablar, como un actor que tantea el escenario al ensayar sus líneas, y eso mismo es lo que está haciendo ahora.

Tras escuchar —e interrumpir— lo que Reyes y yo tenemos que decirle, asegura que irá a buscar a Carlos para darle una paliza.

—No voy a dejar pasar esto. —Apoya las manos en la encimera de la cocina de Chaim—. Voy a ir a buscarle y voy a partirle la boca a ese gilipollas, con vuestra ayuda o solo. —Nos señala a Reyes y a mí con dos dedos y se concede cinco segundos de silencio para darle más dramatismo—. Pero será más fácil si me ayudáis.

Reyes coge una de las chocolatinas que Andy nos trajo de la tienda.

—¿Qué quieres saber?

—Dónde y cuándo encontrarlo. Y, preferiblemente, solo —dice, y se vuelve hacia mí—. No me malinterpretes, su hermano me parece tan mierda como él, pero sé que estáis saliendo y voy a respetarlo.

Arqueo una ceja.

—No estamos saliendo. Jacobo, de verdad, no me importa lo que hagas.

Hay lava en vez de sangre en estas venas.

Jacobo se detiene un momento.

—De acuerdo..., de acuerdo. ¿Qué tengo que hacer?

—¿Sabéis la iglesia abandonada de la calle San Pedro? Les gusta ir a beber allí.

Asiente, se termina su Fanta de un trago y se seca la boca con la manga de la sudadera.

—Está bien. Iré. Iré y le demostraré lo que vale este bastardo. —Da dos pasos hacia Andy—. ¿Te quedas con Chaim? Es una pesadilla de enfermo, pero para algo están los amigos.

Andy, que hasta ahora había estado sentado sobre la lavadora y comiendo en silencio, baja de un salto y fulmina a Jacobo con la mirada.

—Iré a donde tú vayas.

—No...

Pero Andy ya ha empezado a caminar y, mientras se pone su chaqueta tejana, refunfuña:

—No podrías pegarle ni a un gato, Jacobo Herrero. Vas a necesitar ayuda.

Jacobo

Si hay dos cosas que se deberían saber de mí son las siguientes: número uno, soy un bastardo en el sentido más literal de la palabra, y a mucha honra; número dos, hazle daño a uno de mis amigos y ya puedes ir encomendándote a un buen santo porque va a ser el día del juicio final para ti.

—Todavía estás a tiempo de irte —digo.

Estamos en mi coche, parados ante la tienda de veinticuatro horas de la calle San Pedro. Uno de los gemelos (no podría decir cuál) ha entrado hará cosa de cinco minutos y saldrá enseguida.

Andy, su rostro azulado en la penumbra, cruza las piernas.

—Gastas saliva. Ya te he dicho que no iba a dejarte solo.

Chasco la lengua.

—Por favor.

Sería perfectamente capaz de matar si le hicieran daño.

—No tienes que preocuparte por mí. Además, Ferrán ya está saliendo por esa puerta.

Así que hago lo que me corresponde: bajar la ventanilla y soltar uno de esos silbidos penetrantes que, por supuesto, hace que Ferrán, que ya está cruzando la carretera, dé un respingo.

—¡Eh, amigo, ven!

Se para ahí mismo, con una bolsa de alcohol en la mano, y me mira como preguntándose qué voy a hacer a continuación.

Me humedezco los labios.

—Si no vienes, iré yo a por ti, y adivina cuál de los dos será más rápido.

Mira a los lados (no hay más coches aparte del mío) y da un paso tras otro, todos dolorosamente lentos, hasta que llega a mi ventanilla.

Lo miro de arriba abajo. Juraría que es Néstor.

—Ya veo que sabes obedecer órdenes sencillas. Ahora métete en el coche.

Un temblor recorre su rostro.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque no vamos a hacerte nada —dice Andy, detrás de mí, muy suavemente—. Solo queremos hablar.

—¿Y tengo que creerte?

—Te doy mi palabra.

Néstor vuelve a mirar a la carretera, que sigue estando desierta y silenciosa.

Cojo aire.

—Mira, capullo, no tienes muchas opciones. O te subes o te subo yo.

No sé si es mi amenaza o la promesa de Andy, pero tras echar un último vistazo abre la puerta trasera y se arrellana en el asiento central.

—Extiendo mi brazo hacia él.

—Ahora dame tu móvil.

—¿Por qué?

—Porque no me fío de ti, por eso.

Solo por si acaso, bloqueo también las puertas. Néstor no se mueve.

Andy se vuelve hacia él.

—Si me das tu móvil, te daré yo el mío —dice, y se lo tiende.

Néstor se queda con ambos teléfonos en las manos durante un tiempo que parece eterno. Yo, mientras tanto, he empezado a conducir en dirección a la playa. Lo único que va a rozar los labios de este cabrón hoy será su propia medicina.

—Está bien. —Deja su móvil sobre la palma todavía extendida de Andy.

—Gracias. Mi móvil está bloqueado, por cierto, y tengo configurado el teléfono de mi padre como número de emergencia. No creo que os interese mucho probar a llamar.

Ninguno de los tres dice gran cosa hasta que llegamos a la playa. Una vez allí, lo único que se oye es el viento y mis normas: «Néstor, camina hasta la orilla», «Néstor, no te quites los zapatos», «Néstor, métete en el agua», «Néstor, no dejes de caminar hasta que yo te lo diga».

Me duele la cabeza y no tengo demasiadas ganas de hacer esto, pero es lo que toca. La Biblia dice ojo por ojo y diente por diente, y me gustaría añadir algo más: compórtate como un gusano y tendrás que responsabilizarte de tus actos.

Cuando Néstor se detiene y nos mira, como preguntándose por qué diablos sigue haciéndonos caso, Andy se saca la navaja del bolsillo y suspira.

—No quieres saber qué hacemos con los racistas por aquí.

No hay más preguntas. Néstor sigue caminando hasta que le pido que pare.

—Ponte de rodillas.

Se pone de rodillas.

Camino hacia él y le subo la cabeza, de modo que sus ojos queden clavados en los míos. Andy acerca el filo de la navaja a su cuello.

—He dicho que no iba a hacerte daño y voy a cumplir con mi palabra, así que no te muevas o te harás daño tú solo.

Néstor traga saliva.

Me agacho, acercando mi cara a la suya.

—Te crees que porque no hayas dicho o hecho nada no tienes nada que ver, pero las cosas no son así. Te quedaste quieto mientras tu hermano intentaba ahogar a mi amigo, ¿sabes dónde está ahora? En su casa con cuarenta de fiebre, y si le pasa algo, esa navaja que tienes en el cuello va a acabar en una bolsa de plástico en una comisaría de policía, ¿entiendes lo que quiero decir?

Sus cejas tiemblan.

—S-sí.

—Muy bien. Tus amigotes y tú vais a disculparos con Chaim y con sus padres. —Lo señalo con un gesto de la cabeza—. Y también vais a disculparos con vuestras propias madres por la vergüenza que les estáis haciendo pasar, ¿me oyes, rata?

—S-sí.

—Es hora de que os laven la boca a todos, ¿eh? Y no me importa hacerlo yo mismo. Con lejía, no sé si lo pillas. ¿Os divertís siendo unos racistas de mierda? Pues esperad a ver lo que me divierte a mí.

Por mi propia iniciativa me incorporo y lo dejo ahí. Andy, sin mediar palabra, agarra a Néstor por el pelo, alza la navaja y empieza a cortar mechón a mechón.

—Que todo el mundo vea lo orgulloso que estás de ser un chico blanco —dice.

Y vuelve a intercambiar los móviles, y se guarda la navaja en el bolsillo y se va.

No volvemos a hablar hasta que ya estamos en el coche y bien alejados de la playa. Empiezo yo, naturalmente, porque Andy tiene la particularidad de coger el silencio y hacerlo su casa.

—Tenías que haberme dejado partirle la cara a ese gusano.

—¿Y después qué? Eres mayor de edad, y a la poli no le iban a importar tus motivos ni el color de la piel de tu madre. Ya sabes lo que iban a ver: a un chaval negro pegándole la paliza de su vida a un chico blanco.

Me concentro en la carretera porque no puedo soportar mirarle a los ojos ahora.

—No me importa.

—Pero a mí sí. Me importas, Jacobo. A ver si se te mete en esa cabeza de chorlito.

Chaim

Lo primero que hago cuando me baja la fiebre es maldecir a Jacobo y tomarme uno de los míticos chocolates calientes con chili de Andy.

—¿Habéis ido a pegarle una paliza a Carlos Ferrán?

Jacobo, de pie en el umbral, asiente con un ansia febril. No deja de remover los brazos y las piernas, y su labio inferior tiembla como si no pudiese contener las palabras un segundo más.

Andy, a su lado y más o menos igual de agitado, masculla entre dientes:

—Técnicamente no fue una paliza y técnicamente fue a Néstor. Fue el único Ferrán que encontramos.

—¡Sin mí!

Andy se vuelve hacia Jacobo.

—Te dije que tenía que digerir la noticia con chocolate.

Jacobo se lleva una mano a la frente.

—Eras prácticamente un zombi, Péntek.

—¿Y ahora qué?

—Ahora nada. Ahora las cosas han quedado claras con esos tipejos. De todos modos, ya te pondremos al día después de clase. Me muero por volver a ver el corte de pelo que Andy le dejó a esa rata.

Con los ojos en blanco y una risotada, Andy tira de la capucha de la sudadera de Jacobo.

—Lo que me recuerda que probablemente ya estamos llegando tarde. —Me guiña el ojo—. Nos vemos dentro de un par de horas, punk.

Alzo mi generosa cantidad de cómics de Marvel para ilustrar su observación.

—Buscaré *Malditos bastardos* para que la veamos esta noche, Apache.

Judith

Carlos Ferrán está vagabundeando delante de la casa de los Estévez. Aunque quisiera, ignorarlo habría resultado difícil. Carlos tiene la particularidad de imitar todo lo que haces, incluso ahora que ya no estás, y precisamente dar vueltas alrededor del edificio de cualquiera al que quisieses amenazar era uno de tus deportes olímpicos favoritos.

En cuanto lo veo se me olvida que papá ha donado toda tu ropa (excepto la chupa, que mamá consiguió salvar), que tengo que ir a clase y que he quedado con Reyes, Jacobo y Andy en el patio. Me acerco a él (está apoyado en la verja, bebiendo un Red Bull) y tiro del cuello de su camisa.

—¿Te lo pasas bien?

—De lujo.

No aparta la mirada de la casa para hablar conmigo. Tiene la vista fija en la ventana con la luz encendida del piso de Andy.

Chasco la lengua.

—¿No tuviste suficiente el otro día?

—Bueno, ya sabes lo que se dice: ojo por ojo y diente por diente.

—Y tú ya sabes que yo no creo en esas cosas, así que olvídale.

Se vuelve hacia mí y emite un silbido corto y tosco.

—Ya veo que no tienes ni idea de lo que pasó ayer. Porque ese sud...

—Lo sé. Fui yo la que les dije dónde pasáis las noches. Ojalá hubiesen dado contigo y no con tu hermano, porque eres el peor de todos.

Una risotada ahogada. Bajo la luz de la mañana, la sonrisa de Carlos es muy clara. Su carcajada termina tan abruptamente como ha empezado. Se tapa la cara con las manos.

—Joder, Jud. ¡Joder! ¿Se puede saber qué te pasa? Pensaba que éramos amigos.

Me empuja contra la verja, que hace un ruido metálico. Después se deja caer, se sienta en el suelo y hunde la cabeza entre sus piernas flexionadas.

—Mierda, lo siento. No sé qué me...

Me aparto de él.

—Me da igual, ¿vale? Paso. Paso de ti, y paso de la pandilla y paso de todas vuestras mierdas.

—Eh, Jud, vamos...

Le doy la espalda.

—¿Te acuerdas de Héctor Montoya? Le jodiste la vida, tío. ¿Y por qué? ¿Porque no te gustan los lunes?

—No sabes nada, Jud. Si no fuera por tu hermano...

Mi espalda se crispa, pero solo un segundo.

Mi pelo son llamas. Mis manos están manchadas de ceniza. Mis ojos son verdes como los tuyos y los de papá, y puedo dejar que la maldad se escape de ellos si quiero. Si pudiese bautizarme de nuevo, mi nombre sería Rabia.

—Deja a mi hermano en paz. Si no fuese por el barrio y por la gente como tú, a lo mejor aún seguiría aquí, así que, ¡por favor!, no vuelvas a hablarme de él y lárgate.

El sol brilla sobre la camisa blanca de Carlos. Desde una distancia prudencial, esta figura de vaqueros andrajosos y pelo revuelto no se diferencia mucho del chico que venía a nuestras fiestas y que mataba las horas contigo. Del chico que lloró hasta romperse en tu funeral. Un par de pasos adelante, como los que doy, revelan la verdad. La piel seca y cenicienta. Las clavículas que sobresalen del cuello abierto de la camisa. Los ojos acuosos y la mirada ardiente.

—Tú no lo conocías, Judith.

Le echo un último vistazo.

—Apuesto a que tú tampoco, después de todo.

Judith

*Veo un niño
que sabía un poco
de todo
y nada
realmente útil
ahí fuera.*

*Veo santos
barriobajeros
patrones de boquilla
de la sangre
oxidada roja
en el asfalto.*

*Y veo ofrendas
que no sirven
para nada,
dioses ciegos,
y oraciones
que son batallas.*

2 de noviembre de 2018

Saulo:

Quizá quisiste a Carlos más que al resto (más incluso que a Héctor, a veces) porque hablabais en el mismo idioma. La lealtad es un arma de doble filo y doblemente afilada en vuestras manos.

A vosotros os gustan los grandes actos, la justicia teñida de rojo sangre. O quizá sea que Carlos aceptó cómo eras y nunca pidió explicaciones. Quizá, incluso, sentías que debías protegerlo, porque a pesar de toda la lucha que lleva dentro, Carlos es solo nueve meses mayor que yo.

O quizá es otra cosa completamente distinta. Tengo tantas, tantas preguntas que te haría ahora y para las que no tengo respuesta, para las que no tendría respuesta por muchas horas que pasase intentando memorizar tus perfiles en las redes sociales.

Siempre hay algo escondido en el interior de las personas. Siempre hay algo que muere contigo cuando te vas, y estoy empezando a darme cuenta de que eso es lo peor de todo. Llegará un momento en el que descubra todo lo que cualquier persona en esta tierra podría haber sabido de ti, y eso será todo. No volverás a hacer cosas. No volverás a cambiar. No volverás, y solo este verbo sabe a pesadilla en la boca de mi estómago.

Con cariño y arrepentimiento,

JUDITH

Judith

De camino a clase me detengo en una puerta conocida. Toco al timbre y sale una mujer de cara redonda, con bata y pantuflas, a la que reconozco enseguida. Es la madre de Héctor.

Da un paso atrás.

—¿Judith?

—Pasaba por aquí y se me ocurrió venir a saludar —digo, y ella no me pregunta por lo obvio (cómo es que no estoy en clase a estas horas y en un día como hoy), sino que simplemente se aparta y me indica con un gesto que entre.

La sala de estar me recibe como un abrazo. Aquí nada, y al mismo tiempo todo, parece estar en su sitio. Es como si cada uno de los objetos de la habitación se hubiesen pintado de un color distinto —e igualmente estridente— a propósito. Desde la puerta verde que conduce a la cocina hasta el mantel de flecos de color mostaza, pasando por las múltiples alfombras de hilo. Todo está dispuesto en un caos chillón perfectamente organizado.

—Hacia tiempo que no venías por aquí, ¿eh? —dice la madre, que enseguida me prepara un rincón en el sofá—. Pero todo sigue igual.

—Siento venir sin avisar.

Se vuelve hacia mí.

—No. Me gusta tenerte aquí. Quería verte, de hecho. —Se sienta y, qué remedio, yo hago lo mismo—. Quería decirte que siento mucho lo que le ha pasado a tu hermano. Quizá debería haber ido al funeral, pero —ladea la cabeza— la verdad es que no me gustan mucho.

—Tampoco a mí me entusiasman demasiado.

Siento la mano rugosa y pequeña de la madre de Héctor sobre la mía.

—Era un buen chico tu hermano. Siempre lo supe. En el fondo lo era —dice, y sonrío—. Héctor y él eran inseparables. Siempre andaban por ahí, el uno detrás del otro.

La madre me abraza tal como estoy, con la mochila, tu chupa, sudando. Cuando me suelta, le pregunto cómo está Héctor.

—Hace mucho que no lo veo.

—Bueno, ¿y por qué no vas a preguntárselo? Está fumando en la terraza. Suele venir a verme por las mañanas. No es un chico tan grande después de todo.

Por casualidad resulta que llego a la terraza mientras Héctor sale de ella. Al principio, como si no supiese muy bien qué hacer frente a mí, retrocede. Después, muy lentamente, se quita la capucha.

—Judith...

—Hola.

No sé muy bien qué decir y me siento un poco tonta ahí de pie, mirándolo, de modo que saco mi propio paquete de cigarrillos y le ofrezco uno, que él acepta. Salimos, simplemente, sin decir nada más, y empezamos a fumar.

—Debería haberte devuelto la llamada —dice él, colgando el brazo del tendal—. Iba a hacerlo, pero..., no sé, ni siquiera me gusta mucho volver por el barrio.

Asiento. Desde aquí se puede ver el cielo, tan limpio y tan claro a estas horas, y también el puente que cruza al otro lado de la ciudad.

—¿Cómo te va todo ahí fuera?

—Bien, me va bien. Estoy trabajando en una cafetería. Ahorrando para pagarme la carrera de Bellas Artes, ya sabes.

Una sonrisa se desliza por mis labios.

—Ya veo que vas a dejar de colarte en la Facultad de Arte, ¿eh?

—Víctor pretende que deje de hacerlo, pero las malas costumbres no se pierden.

—Víctor es...

Parpadea.

—Oh, sí, mi..., bueno, mi pareja.

Sus mejillas, morenas y salpicadas de una barba que empieza a crecer, se tiñen poco a poco de rosa.

—El chico que me cogió el teléfono.

—Ese mismo.

Me vuelvo hacia él y enrosco mis dedos en su muñeca. No sé por qué lo hago, pero es un gesto muy íntimo, como si hubiésemos vuelto a la adolescencia, y a las clases furtivas y a los helados de fresa.

—¿Eres feliz?

Se me ocurren pocas personas que se lo merezcan más que él.

Me dirige una sonrisa cansada que huele a nicotina y café.

—Sí. Creo que sí. Dentro de lo que cabe... sí. ¿Tú?

Estiro los labios.

—Lo estaré. No ahora y probablemente no en el futuro cercano..., pero lo estaré.

El fantasma de aquella sonrisa se queda congelado en su cara. Cuando dejo caer mi brazo, él se sienta en el suelo, extiende los brazos y apoya la cabeza en ellos.

—Me arrepiento de muchas cosas, Jud. De no haber perdonado a tu hermano, por ejemplo. — Se humedece los labios—. De verdad quería arreglar las cosas al final, pero no quise escucharlo.

Me siento a su lado. Desde aquí solo puedo ver las nubes pasar y el humo de nuestros cigarrillos rizándose alrededor del sol.

—Te hizo mucho daño.

—Me hice más daño yo pensando que lo podía cambiar.

—Yo tampoco lo perdoné. Estaba tan cansada de que me decepcionase..., y ahora no puedo dejar de pensar en eso. Decía que iba a irse del barrio.

Héctor se incorpora.

—Eso era cierto. Quería abrir una tienda de tatuajes en el centro. Vino un día a mi casa a decírmelo, pero yo estaba tan cabreado con él que prácticamente lo eché a patadas. Pero quería irse de verdad. Incluso había pagado la señal del local...

Héctor todavía no ha dejado de hablar cuando empiezo a llorar. Es ese tipo de llanto feo y desesperado, el de la boca abierta, la garganta en carne viva y los ojos en llamas. Héctor pasa su mano por detrás de mi espalda y me abraza tan fuerte que solo puedo olerlo y verlo a él, y ese contacto me recuerda tanto a ti que lloro más fuerte.

—A veces creo que lo maté yo. Le dije cosas horribles, y yo fui horrible con él, y en ocasiones creo que se mató por mi culpa y...

Me tiemblan las manos, y la voz, y las rodillas y el diafragma. Toda yo tiemblo y no puedo respirar. Héctor me aferra más contra su pecho como si temiese que yo también fuese a desaparecer.

Su respiración vibra como si un animal salvaje viviese en sus costillas.

Me doy cuenta. Nadie le había dicho nada. Acabo de decirle que te fuiste por tu propia mano y lo ha aceptado sin parpadear.

Siempre te conoció más que los demás.

—No. No, no, no, no. Nadie tiene la culpa, ¿vale? Cuando estas cosas pasan nadie tiene la culpa. Tu hermano estaba muy mal desde hacía tiempo y... ya sabes cómo es este barrio. Aquí no puedes hablar de lo que te pasa por la cabeza a no ser que quieras que se rían de ti.

Quiero decirle que sí, que tiene razón, pero que las palabras que te espeté siguen quemándome la piel desde «aquel día». Sin embargo, cuando separo los labios lo único que sale de ellos es otro sollozo.

—Eh, vamos. —Me acaricia el cuello—. ¿No te acuerdas de lo que te decía cuando llorabas por Néstor Ferrán?

Me seco las lágrimas con el dorso de la mano.

—Néstor Ferrán, ese tonto...

—Sí, eso también, pero sobre todo te decía...

—Que no soportas ver a las chicas llorar y que ibas a empezar a llorar tú también enseguida.

—Y te lo decía de corazón, no creas —asegura, sus ojos más húmedos y brillantes que nunca—. No es tu culpa, ¿vale? Si tengo que perseguirte para que te lo creas, lo haré —dice, y vuelve a abrazarme—. Yo también lo echo de menos. Tanto que he seguido pagando el local que alquiló.

Me separo un poco, lo suficiente para verle bien la cara. La cicatriz en su pómulo. Su nariz torcida. La confusión de rizos oscuros que caen sobre sus ojos verdes.

Me sonrío.

—Guardo mis cuadros allí.

Alzo el cuello de la chupa de modo que pueda apreciarla.

—Yo todavía llevo su chaqueta.

—Es una chaqueta muy guay —dice, sus dedos salpicados de pintura recorriendo cada pin y cada remache como si estuviese leyéndolos con las manos.

Solo que lo que tú has dejado detrás es lo contrario al braille. Ausencia. Oscuridad.

—Somos un par de perturbados, ¿eh?

Sacude la cabeza.

—Bah, es normal. No es fácil dejar a la gente atrás.

Nos quedamos hablando mucho tiempo. Tanto que podemos ver los cambios en el cielo y todos esos coches cuyos dueños vuelven a casa del trabajo para almorzar. Hablamos de su vida ahora y de mi vida ahora, y sí, también hablamos de ti, pero ante todo hablamos de chorradas que los dos creíamos haber olvidado. De repente todo recobra vida otra vez. Todo está aquí, en mi interior, todo hasta los más mínimos detalles, y por un momento loco es como si hubiésemos hecho magia y nunca te hubieses ido.

Antes de marcharme saco tu carta de la mochila y se la entrego a Héctor, que se queda mirándola sin abrirla y con un terror voraz de descubrir lo que has escrito.

—Saulo la escribió para ti. Nunca se atrevió a mandártela. También escribió una para Ira Péntek.

—¿Ira Péntek? —Se muerde el labio inferior—. Claro. Es un gran chico.

—Lo sé. Últimamente he estado hablando con su hermano Chaim.

Moviendo la cabeza de arriba abajo, con un gesto de comprensión, Héctor desaparece en el laberíntico pasillo. Cuando vuelve de la que antes fue su habitación, tiene un pequeño bloc de dibujo entre las manos.

—Era suyo —me dice—. Quiero que ahora te lo quedes tú. Algún día te contaré todo lo que tu hermano significó para mí, de verdad, pero de momento puedes empezar por aquí. —Me abraza de nuevo, pero ahora es distinto; esta vez sí siento su piel como una despedida—. Cúdate mucho, ¿vale, pajarito? Y si alguna vez necesitas hablar conmigo para lo que sea, puedes darme un toque. Prometo que ya no seré tan cobarde y te devolveré la llamada. Oh, y si ves a ese chico, Chaim Péntek, dile... dile que le dé las gracias a Ira de mi parte.

Me despido de su madre y me voy.

No me acordaba de lo mucho que había echado de menos a Héctor hasta que lo he vuelto a ver. Ahora lo tengo muy claro: de entre todos, él sí que es como mi segundo hermano.

Judith

Ya estoy llegando tardísimo a clase, por lo que doy un rodeo y paro un momentito en la casa de Chaim. Su tío está ahí, otra vez, y es él quien me abre la puerta. No me hace demasiadas preguntas sobre por qué estoy aquí y no en el instituto, pero sí quiere saber si tengo hambre y si me han gustado las tostadas de mantequilla y pimentón.

—Han sido lo mejor que he comido este mes —respondo todo lo solemnemente que puedo.

Sonríe.

—¡No se hable más! Y pasa. Chaim se alegrará de verte.

Una vez dentro le cuento, con todo lujo de detalles, mi conversación con Héctor Montoya.

—Le está muy agradecido a Ira. Y con razón. Tu hermano hizo lo correcto.

Chaim asiente, su boca abierta en una media sonrisa.

—He solicitado un vis a vis con él este mes. Y ahora me siento un poco mal porque es la primera vez que tengo ganas de hablar con él. Pero bueno.

Saco el bloc de dibujo del bolsillo frontal de mi mochila.

Parece

arder

en mis manos.

—Me lo ha dado Héctor. Era de Saulo. Me..., bueno, me gustaría leerlo contigo. Si quieres.

Un respingo. Se reincorpora.

—Eh..., claro. Claro.

Me siento a su lado, en la mesilla, y abro el bloc sobre mis rodillas. Paso las páginas lentamente, con cuidado, como si no quisiese romper algo muy frágil y delicado en los espacios entre el cuerpo de Chaim y el mío.

Veo esbozos del barrio: la calle Nomeolvides, con sus edificios antiguos, los esqueletos de los árboles en invierno y el tranvía amarillo (el número 6) cruzando. Veo también muchos bocetos para sus tatuajes, claro, pero sobre todo dibujos de Santa Ana y de nosotros. Ahí está Carlos Ferrán, o por lo menos ese ojo castaño parece absolutamente suyo, y la locura de los rizos cayendo sobre el tabique desviado de la nariz de Héctor. También está Ira: las arruguitas de su frente difuminadas con carboncillo, las pestañas de sus ojos cerrados espolvoreadas de dorado y un tenue brochazo de acuarela rosa sobre su nariz y sus mejillas.

Chaim posa su índice sobre la página y, pausadamente, recorre cada trazo de tu pluma.

Leyendo,

como Héctor,

tus ausencias

en braille.

—Es muy bueno...

—¿Lo quieres?

No le doy tiempo a contestar porque ya estoy arrancando la página. Lo hago rápido, sin pensar. Lo hago de manera que parezca real. Y algo dentro de mí se encoge, como si una mano fría apretase mi estómago, y los pelillos del antebrazo se me erizan pero

después

no ocurre

nada más.

La tierra no deja de girar y el suelo bajo nuestros pies no se divide en dos. No hay fracturas en las paredes ni yo caigo como fulminada por un rayo. Tú no estás, simplemente, y tu ropa ha desaparecido, y he arrancado una página de tu bloc de dibujo y estoy empezando a aprender que el cambio no tiene por qué ser algo malo.

El olvido

no viene

con la ausencia.

Me veo a mí también, finalmente. Una chica sentada en la escalera de su portal, con un lápiz entre los dientes y un grueso libro sobre las piernas flexionadas, una cascada de rizos muy apretados cubriendo casi todo lo visible de mi cuerpo. A partir de uno de esos rizos rompiste «la norma» (las palabras son mías y las imágenes tuyas) y escribiste: «Las palabras salen de su boca mitad seda y mitad balas».

—El parecido es asombroso. —Chaim ríe, y le respondo con un codazo.

Paso la página.

Ya no hay dibujos, sino más y más palabras. Un cementerio de ellas.

La tercera carta de Saulo

Héctor:

Estás durmiendo y sé que cuando te despiertes no vas a querer escuchar ni dos palabras de lo que tengo que decir (mercidamente), así que quiero que te quedes con esto.

He visto decenas de horrores en Santa Ana. Viejos de veinte años, con la piel arrugándose como el cartón y la espalda combándose con el peso de los años en los reformatorios. Jóvenes de dieciséis o diecisiete, congelados con una sonrisa en los labios porque son jóvenes pero no lo suficiente como para no darse cuenta de que la vida aquí no lleva a ninguna parte.

He visto peleas antes. Muchas muchas peleas. Fuego. Risas que en realidad son gritos. Sangre que es solo sangre y no significa nada para los que la derraman. Un olor metálico que te atraviesa la nariz. Siempre huele así a partir de entonces. (Puedes probar a abrazar a tu persona favorita, a hundir el rostro en su cuello, y su colonia se transformará en violencia.)

Sí, he visto horrores, pero nada me ha roto como lo de ayer. Si te hubiese pasado algo peor, te juro que me habría matado o que, pese a todo, habría ido a buscar a Carlos y lo habría matado yo con mis propias manos.

Creía que era un secreto. Tan sencillo como eso. Un secreto, porque si se enteraba mi padre, lo que queda de nuestra relación se rompería, y porque si se enteraba tu padre, estarías tragando mierda por un tubo. Nunca pensé que podría tratarse de algo más; algo sagrado, algo tuyo y algo mío, algo que somos.

Ahora, de hecho, me parece algo incomprensiblemente antiguo. Incluso antes de que existiese la historia, estábamos predestinados a amar de esta manera. Y tenías derecho a compartirlo y a expresarlo con tus propios términos. Carlos te robó eso; te lo robó, además, sabiendo perfectamente lo que tu padre te haría después.

Una palabra, una sola palabra, puede tener consecuencias más violentas que cualquier paliza.

No sé. Últimamente me cuesta pensar con claridad y todo me parece un infierno. Sé que hace meses desde que todo acabó y que, más o menos, llevo evitándote desde entonces, pero sigues siendo mi persona favorita. No sé, no podría explicarlo. Creo que es el hecho de que, aun con todo, siempre supiste encontrar algo bueno dentro de mí.

¿Te acuerdas de la quinceañera de mi hermana? Le dijiste que yo te despreciaba. Estabas borracho como una cuba, te acercaste a mí y me gritaste al oído:

—¡Tienes un aspecto de primera, Adonis!

Puse los ojos en blanco. Voy a ser sincero: no estaba muy impresionado. De hecho, me irritabas de un modo indescriptible.

—¿Por qué no te vas a dormir la borrachera? —te propuse.

Tú solo te burlaste. Hasta hiciste una reverencia, creo recordar.

—A sus órdenes, Adonis.

—¡Héctor! —Te paraste—. *Llámame así otra vez y yo solo me referiré a ti como Baco —di un trago de mi propia copa—, el dios de las borracheras, las fiestas y la locura.*

A partir de ese día, durante semanas, te encargaste de estudiar las mitologías para ser capaz de llamarme con el nombre de un personaje diferente cada día.

Odiaba que nunca te tomaras nada en serio, pero, al mismo tiempo, eso era algo que podía admirar. Siempre fuiste más realista que yo. Yo me imagino cómo será la vida fuera, cómo de distinto habría sido todo si no hubiésemos nacido en Santa Ana, pero al final siempre vuelvo al barrio y a su gente. Tú no. Tú sabes lo que hay y no te permites soñar con otra cosa. Adoro tu cinismo a veces.

Ojalá nada hubiese sucedido de esta manera, pero espero que ahora lo cojas todo y te vayas. Este barrio no está hecho para personas como tú y como yo. Espero que seas feliz. Espero que te vayas lejos y que dejes de colarte en las clases de Bellas Artes, porque ya no te hará falta, y espero que te olvides de mí y de todos los de este barrio. Sé que algún día harás grandes cosas, y entonces diré que una vez conocí a un chico que podía pintar el mundo tal y como es y aun así hacerlo parecer bonito.

Si yo fuese más valiente, como tú, también me iría.

Ante todo quiero que sepas lo mucho que has significado para mí. Quiero que sepas que te estoy muy agradecido por intentar verme como a una buena persona incluso cuando te di todos los motivos para odiarme. De verdad que te quise muchísimo, aunque no supe demostrarlo. De todos modos, te mereces a alguien mejor que yo.

Con cariño y arrepentimiento,

SAULO

Chaim

En mi habitación, quince minutos después de leer la carta de Saulo...

Judith: No sabía que Saulo y Héctor habían sido pareja. Siempre creí que eran solo amigos.

Yo [TAPÁNDONOS CON LAS MANTAS]: Aquí..., bueno, aquí no se habla mucho de esas cosas.

Judith: No.

Yo: Ira nunca hablaba de eso, pero siempre supe que era gay. No sé. Simplemente lo supe.

Judith [DEJANDO LA CARTA SOBRE LA MESILLA]: Lo mismo con Héctor. Aunque él sí hablaba de eso. Todo el rato.

Yo: Como debería ser.

Judith: Como debería ser. Oye, ¿crees que fue por eso por lo que...?

Yo: ¿Que qué?

Judith [LOS OJOS FIJOS EN UN PUNTO DE MI PARED]: ¿Puedo contarte algo?

Yo: Pues claro.

Judith [COGIENDO AIRE MUY DESPACIO]: Saulo... Saulo se mató. No murió de repente y no murió porque estuviese como una cuba. Lo hizo él, y seguramente llevaba tiempo preparándolo y... y no pude ayudarlo, ¿vale? Nadie pudo ayudarlo.

Yo: Es una putada... Joder, Jud, es una putada, pero no es tu culpa. No es culpa de nadie. Esas cosas pasan. Es decir, es una putada, pero...

Judith: Lo es. Y odio que mis padres hayan mentido a todo el mundo. Como si se avergonzaran.

Yo [SUSPIRANDO]: Aquí no se habla de esas cosas.

Aquí de vez en cuando hay dos amigos que son tan íntimos que de vez en cuando desaparecen durante horas (y nadie dice nada). Aquí de vez en cuando hay dos amigos que hacen planes hasta que un día abandonan el barrio (y nadie dice nada). Aquí de vez en cuando hay chicos como Héctor Montoya cuya sexualidad acaba pintada en mayúsculas en un edificio (y todos apartan la vista). Aquí de vez en cuando hay chicos con estrellas en las venas como mi hermano y chicos que beben todas las cosas que se han estado callando durante tanto tiempo, como Saulo.

Y le cuento a Judith que yo también conozco a personas que se han quitado la vida (o, por lo menos, he oído hablar de ellas).

—Oye, ¿te he dicho alguna vez por qué me llamo Chaim?

Se seca las lágrimas con el dorso de la mano. Alza las cejas.

—Algo me dice que estás a punto de hacerlo.

—Bueno, mi abuelo, cuando era joven, tenía un buen amigo, David. Era, bueno, era prácticamente su hermano, ¿eh? La familia de David y la de mi abuelo siempre habían vivido en el

mismo sitio y se conocían desde que eran enanos, incluso compartían jardín...

Le digo a Judith que siempre he pensado que Tarantino, cuando escribió *Malditos bastardos*, debería haber escrito sobre personas como David. No tengo mucha idea de historia, pero sé esto: durante la segunda guerra mundial, Hungría fue uno de los últimos países en ser anexionados por los nazis, y los judíos húngaros, como mi abuelo y como David, estuvieron más a salvo que los demás hasta 1944.

Le cuento que David se aprovechó de esto. Hizo todo lo que pudo por largarse y se fue. Se fugó a Palestina antes de que los nazis entrasen en Budapest y se entrenó como paracaidista en el mandato británico. Volvió a Europa en la primavera del 44 con los dedos salpicados de pólvora y una sola idea en la mente: devolverles a los nazis cada golpe. Y lo hizo. Tras aterrizar en Yugoslavia se unió a un grupo de partisanos, gracias a los cuales se enteró de la ocupación de Hungría. Así que regresó a casa; su misión se había cancelado por ser demasiado peligrosa, pero él de todos modos intentó entrar en el país.

Le digo que sobrevivió cuatro días en Budapest hasta que lo capturaron. Cuatro días, los suficientes para saber que su familia y la mía habían sido deportadas a Auschwitz. Y esto es lo último que querrías escuchar en 1944. Basta decir que David no llegó a la cárcel. Después de que lo capturasen, en el primer descuido, se suicidó con una cápsula de cianuro.

Le explico que mi abuelo se enteró de todo tras la liberación de los campos, y por eso me llamo Chaim, el nombre en clave de David. Chaim, que significa «vida».

Y le sigo contando a Judith que no veo tantas diferencias entre las personas como David y las personas como Saulo, porque David se quitó la vida antes de que lo hiciese un nazi, pero ante todo creo que también lo hizo porque sabía que ya no quedaba nadie esperando por él en casa y porque estaba solo, asustado y desesperado. Y le digo, también, que el barrio o una enfermedad mental, por ejemplo, son tan buenos motivos para acabar con todo como una guerra o la soledad.

Aunque no deberían existir los motivos. Aunque es una putada. Aunque nadie debería morir *así*. Pero son cosas que pasan sin que sea culpa de nadie, y no van a dejar de pasar solo porque evitemos hablar de ellas. Eso le digo, y por una vez las palabras no se me enredan demasiado al salir de mi boca.

Negociación

(...) A la luna
no le importan sus propios
cráteres y moratones. Solo nosotros podemos arrepentirnos
de la muerte del lugar quemado.
Solo nosotros lo llamaríamos una herida.

MARGARET ATWOOD

Chaim

El primer sitio al que voy en cuanto puedo salir de la cama es la cárcel. Hoy es el día del vis a vis mensual con Ira. Cuando le pedí permiso a mamá para pasar los primeros quince minutos a solas con él, la pobre aceptó. Me siento un poco mal, puesto que probablemente debería haber tenido una iniciativa similar antes, y durante todo el trayecto en coche hasta la cárcel no digo una sola palabra. Creo que papá lo nota pero, gracias a Dios, no dice nada.

Al llegar, papá, mamá y el tío Vili se quedan comprando un par de cosas en el economato mientras que yo subo solo a la celda habilitada para el vis a vis.

Ira ya está sentado en una de las sillas cuando entro. Sonríe primero y luego, al comprobar que vengo solo, arruga la nariz.

—¿Ha pasado algo?

—Nada, que me apetecía hablar contigo. Los demás se han quedado en el economato. Ya sabes que mamá no descansará hasta ponerte gordito.

Para ilustrar mi observación dejo uno de los dos *kaves*, el café con huevo húngaro que el tío Vili ha preparado justo antes de salir. Después me siento y me llevo mi propio *kave* a los labios.

Ira pasa un brazo por detrás del respaldo de su silla.

—Hablando de eso, tienes mal aspecto. ¿Has adelgazado? ¿Es que has dejado el boxeo o qué? Me encojo de hombros.

—He cogido un resfriado. No todos podemos estar tan buenos como tú, hermanito. Alguien tenía que sacar los genes del tío Vili, y el afortunado he sido yo.

Sacude la cabeza.

—Mi hermano, el que nunca se pone enfermo...

—En algún momento se tiene que empezar.

No le digo nada de la pintada, claro, ¿para qué darle más cosas malas en las que pensar al pobre? Además, me doy perfecta cuenta de que estoy evitando hablar de todas esas cosas que realmente le quiero decir. Había pensado que aquí sería más fácil, a solas, pero hay ciertos temas que no se pueden tratar entre cuatro paredes blancas, una anticuada mesa de madera y una única ventana que da a la calle.

—Oye, Ira, quería darte esto. —Dejo la carta sin abrir junto a su puño cerrado—. Era de Saulo.

Sus músculos se destensan. Todas sus facciones, de hecho, cambian al oír eso; se vuelven más suaves, su boca entreabierta y sus cejas en constante temblor.

—¿De-de Saulo?

—Sí. La dejó para ti antes de morir.

Intento concentrarme en los puños de mi jersey, solo que, naturalmente, esa no es una tarea particularmente sencilla en un sitio como este.

No le digo nada del suicidio. Hay ciertas noticias, me doy cuenta, que es mejor no recibir en un lugar como este.

Ira coge aire. También ha desviado la vista, el blanco de sus ojos tan húmedo y brillante, su nariz más y más roja.

—Sé que a veces no lo parecía, pero era un buen chico. Muchas cosas del barrio lo habían endurecido, aunque... en el fondo era sensible. Y compasivo. Su problema es que interiorizaba toda su rabia. —Se frota los ojos—. Me dio mucha pena cuando me enteré de que había muerto, pero no me sorprendió. Solo me arrepiento de no haber pasado más tiempo con él. Nos llevamos muy bien durante algún tiempo.

—Lo sé.

Hay lenguajes secretos para describir la relación entre personas como Saulo e Ira, palabras invisibles que encierran un significado mucho más grande del que aparentan a primera vista.

Me aclaro la garganta.

—*Lo sé*. Todo. Y quiero que sepas que te admiro muchísimo y que ojalá fuese como tú, pero no como quieren mamá y papá, por las notas y todo eso, sino de verdad. Ojalá fuese tan valiente como tú.

Mi voz ya es un caos pastoso cuando digo eso, mi garganta *ardiendo* como Troya, pero Ira no hace ninguna referencia al respecto. Su estado, a fin de cuentas, no es muy distinto del mío.

—¿Valiente? No debería serlo por esto. Yo..., mira, yo solo soy honesto. Conmigo mismo y con el mundo también.

Niego con un gesto.

—Eso es ser valiente en un sitio como este. Héctor Montoya me pidió que te diese las gracias. —Ira separa los labios para añadir algo, pero yo soy más rápido—. Lo defendiste porque era lo correcto, y eso fue valentía.

—Tú habrías hecho lo mismo, enano. Lo llevamos en la sangre. Es como nos educó mamá. Hay que hacer lo correcto...

—Porque es lo correcto —terminamos la frase a la vez, y luego reímos.

Pero es una risa rara. Pesada. Como una nube llena de lluvia.

De pronto, Ira quiere saber un montón de cosas, todas ellas muy mundanas. ¿Todavía funciona el tranvía número 6? ¿Qué hay del Szputnyik, sigue ahí? ¿Y la plaza Alexandre y los cafés de la calle Alma?

Hablamos y hablamos y hablamos; tejemos palabras, podría decirse. Tanto que se me olvida comprobar la hora, y claro, antes de que me dé cuenta ya están papá, mamá y el tío Vili aquí, todos casi abalanzándose sobre Ira para charlar con él y hacerle un interrogatorio en toda regla.

La carta ahora está ahí, entre los libros que ha traído mamá y las revistas del tío Vili. Yo, por

mi parte, he cumplido.

Chaim

Carlos y los suyos nos la tienen jurada. Al menos eso es lo que asegura Leo Montiel, que de algún modo se entera de todo lo que ocurre en el barrio. Jacobo no se inmuta. Por lo general, Jacobo no es una persona a la que las expectativas de una pelea le causen una gran conmoción.

—¿Y qué? Esos capullos se merecían una buena lección. No nos dejan en paz desde que enchironaron a Ira.

—Bueno, y ya han tenido su lección —lo interrumpió Andy (posiblemente la única persona a la que Jacobo permite que lo interrumpa).

Así funcionan las cosas en nuestra pandilla: Jacobo tiene las ideas descabelladas, yo las sigo ciegamente y Andy es el tío más o menos normal que intenta (sin mucho entusiasmo) arrojar un mínimo de sensatez. Podrías pensar que Jacobo es el líder de los tres, y en cierto sentido no te equivocarías, pero al final Andy tiene la última palabra; si hay una idea que a Andy le parece auténticamente pésima, Jacobo acaba cediendo, porque si hay algo que Jacobo es incapaz de hacer es decirle que no a Andy.

Así que por un momento las cosas están tranquilas. No nos cruzamos mucho con los gemelos Ferrán, e incluso cuando el resto de los chavales de su pandilla nos dicen algo..., bueno, digamos que nos controlamos y los ignoramos.

Si voy tarde a clase pasa Jacobo a buscarme con el coche, pero por lo general intento levantarme temprano (incluso antes de que el tío Vili ande dando voces con el *Modé Ani*) ya que así me da tiempo a coger el tranvía y charlar un ratito con Judith.

Al principio me hacía el sorprendido en plan «¡Vaya! Hacía tanto tiempo que se me pegaban las sábanas que se me había olvidado que cogíamos la misma línea», pero al cabo de unas semanas Judith empieza a dejar su mochila en el asiento junto a ella, y a ofrecerme uno de sus auriculares y ya no tiene mucho sentido fingir.

A veces llevo mis cómics de Marvel y DC y leemos, pero otras veces simplemente hablamos. De boxeo, y de rap y de que ella solo ha escrito una vez desde que Saulo murió y que parece que las palabras la han abandonado.

—A lo mejor deberías escribir de todas las cosas que me cuentas —le digo un día, y ella solo se muerde la uña y responde:

—Quizá.

A veces hablamos de Ira y de Saulo, también, porque los dos llevamos a nuestros hermanos como un moratón en la piel.

—¿De qué tienes miedo? —me pregunta un día a la vuelta de clase.

Es esa hora en la que el sol se aplasta en el horizonte como una mandarina, y el vagón del tranvía está maravillosamente teñido de dorado y violeta.

Bajo esta luz se pueden ver los trazos de marrón de sus ojos, y su pelo se clarea hasta parecer oro y fuego.

Me llevo un cacahuete con miel a la boca.

—De que se dejen de vender mis productos para el pelo —digo—. Estos rizos no se hacen solos, ¿sabes?

Me da un empujón con la parte derecha de su cuerpo.

—En serio.

Cojo un cacahuete.

—De meter la pata. Tengo miedo de meter la pata y acabar como Ira. ¿Tú?

Entrelaza su pie con el mío.

—Yo tengo miedo... de ser una cobarde.

—¿Tienes miedo de tener miedo?

—Supongo.

—¿Eso no es de Harry Potter?

—Es una cita de Roosevelt. «Antes de comenzar —recita de memoria—, déjenme hacerles saber que tengo una firme creencia: lo único a lo que debemos tener miedo es al miedo en sí mismo.» Me encantan los documentales de historia. Mi madre y yo podemos pasarnos horas viéndolos. ¿De qué más tienes miedo?

Cojo dos cacahuets y los examino antes de llevármelos a la boca.

—De suspender la selectividad. O de suspender el curso y no llegar a la selectividad. Te toca.

Judith mueve los labios de lado a lado.

—A las expectativas. Tengo miedo de que la gente espere mucho de mí y tengo miedo de decepcionarlos. Tu turno.

Respondo rápido y sin pensar.

—Tengo miedo de que Jacobo no se dé cuenta de lo listo que es, y tengo miedo de que Andy no tenga dinero para ir a la universidad. Eso han sido dos.

—Tengo miedo de perder a la gente que quiero, y tengo miedo de estar sola.

—Eso es lo mismo.

Frunce el ceño.

—Claro que no. A veces estoy en una fiesta, rodeada de gente, y es cuando más sola me siento. ¿Te ha pasado alguna vez?

Suspiro.

—Sí. En casa. Todo el tiempo.

—Yo también. Odio mi casa.

Hemos bajado instintivamente la voz.

Trago saliva.

—¿Alguna vez has sentido que no eres la hija que tus padres quisieron tener? Es decir..., Ira..., hasta todo el lío de la cárcel era exactamente lo que mis padres esperaron de él. Pero yo no traigo más que disgustos. No sé, a veces creo que no soy suficiente. ¿Te has sentido alguna vez así?

—Todo el tiempo. —Baja la mirada—. Mi abuela dice que mi padre siempre quiso tener una niña, pero que cuando nació yo no supo qué hacer conmigo. Mi padre ni siquiera habla conmigo. Solo me prestaba atención cuando Saulo daba todas esas fiestas y la casa se llenaba de gente. Entonces él decía cosas como: «¿Veis lo guapa que se está poniendo Judith? Guapa como su madre».

Le cojo la mano y acaricio el hueso de su muñeca. No sé por qué lo hago, pero es una sensación agradable.

—Voy a confesarte una cosa: las fiestas de Héctor y tu hermano eran una puta mierda. —Se ríe—. No, no, de verdad. Jacobo, Andy y yo solo las utilizábamos para pillar alcohol gratis y levantar un poco el codo.

Ríe.

—Me caen bien. Bueno, Andy mejor que Jacobo, pero me caen bien.

—Son las mejores personas que he conocido —digo, y ahora hablo completamente en serio porque es completamente verdad—. Oye, ¿tienes ganas de volver ya a casa?

—¿Bromeas? Para nada. Mi madre cree que estoy con mi abuela, y mi padre..., bueno, ya te he dicho cómo es.

—¿Te apetece ir a alguna parte?

Se lleva una mano a la boca, que siempre tiene entreabierta, y coloca el índice entre los dos labios.

—Bueno, la verdad es que llevo unos días pensando... Por una parte me da un poco de miedo, pero por otra creo que tengo que saberlo. —Coge aire—. A lo mejor no fue casualidad que Saulo dejase esas dos cartas en los grafitis. A lo mejor ha dejado otras en otros sitios. Y, mira, quiero hacer las cosas bien por una vez. Quiero... quiero saber qué le pasó a Saulo y cómo pude haberlo ayudado... para poder pasar página, ¿sabes? Y seguir con mi vida.

Después de soltar todo eso inspira, coge el paquete de cacahuetes y empieza a jugar con él.

—Me doy cuenta de que no es el plan más apasionante del mundo y no tienes que venir conmigo, pero quería proponértelo igualmente. A fin de cuentas, también te afecta un poco a ti.

Pienso en Ira, y en lo claros que parecían sus ojos el otro día en la cárcel y en todas las conversaciones que tendría con él si siguiese en casa.

—Pues claro que quiero acompañarte. De verdad.

Judith

27 de noviembre de 2018

Saulo:

Escogí este lugar porque era el primero.

Una noche de verano. Yo tenía once años y tú catorce, casi quince. Yo empezaba a garabatear cosas en una libreta sin saber mucho de nada, pero consiguiendo el ritmo con la intuición. Tú sacaste tres botes de pintura en spray de tu mochila y empezaste a pintar.

—La ciudad será mi lienzo —dijiste, y yo te creí.

Antes era fácil creerte. No sé cuál de los dos cambió primero, si tú o yo.

Escogí este lugar porque era el primero, pero también porque yo estaba ahí cuando hiciste de la ciudad tu lienzo. ~~Y una parte de mí solo quiere encontrar una nota en la que expliques por qué te fuiste y qué debería haber hecho yo para evitarlo.~~

¿Cómo puede, simplemente, apagarse todo el infinito que llevabas dentro de ti? A veces me da la sensación de que puedo hacer que vuelvas. Si encuentro tus cartas. Si encuentro respuestas. Si hago todo lo que debería haber hecho cuando estabas aquí. Si me visto con tu ropa, y si escucho las notas de voz que me dejabas en WhatsApp y si echo un vistazo a tus cuentas en las redes sociales hasta que se me secan los ojos.

A veces me da la sensación de que volverás como un fantasma pálido, pero al final nunca lo haces y no sé si eso es mejor o peor.

Con cariño y arrepentimiento,

JUDITH

Chaim y yo llegamos al grafiti en las gradas de la pista de baloncesto y no decimos nada. Ni él ni yo. Solo paseamos, mirando las duras líneas negras y el interior verde, pretendiendo no buscar grietas donde esconder cartas, aunque en realidad eso es todo lo que hemos venido a hacer.

Esta gigantesca pared está frente a nosotros, y la tocamos, y la miramos y repasamos la silueta de los dibujos.

Y
no
hay
nada.

Solo pintura.

Fuerzo una sonrisa.

—No sé por qué pensé que Saulo habría dejado más mensajes.

Porque te conocía. Porque sé que coqueteabas con los grandes gestos, como aquella vez que Héctor Montoya y tú decidisteis ir a Barcelona solo porque queríais probar a viajar haciendo autostop. Porque después de tres días sin saber de vosotros llamaron a casa, y la voz al otro lado de la línea era gangosa.

—Jud..., querida...

El teléfono se me escurrió un poco de los dedos.

—¿Saulo?

—¿Saulo? —habías contestado—. ¿Quién es ese Saulo del que hablas? ¿No será un tal Saulo Salazar, un joven apuesto y *muy modesto* que ha vivido la pesadilla de su vida y que ahora vuelve a Santa Ana con su familia? ¿Es ese el Saulo del que hablas?

Y yo sonreí porque sí, y porque tú todavía eras tú, y porque ni siquiera el mal humor de papá o el silencio de Néstor podían estropear eso.

No me doy cuenta de que lo estoy diciendo en voz alta hasta que ya voy por la mitad de la historia. Chaim, que se ha subido a las gradas en busca de una nota tuya, balancea las piernas y se queda muy callado.

Bufo.

—Estoy diciendo tonterías.

Se pone de pie.

—Yo no creo que sean tonterías —asegura suavemente.

Meto las manos en los bolsillos de tu chaqueta.

—Es obvio que aquí no hay nada. Además, se está haciendo tarde. Deberíamos volver a casa.

—Deberíamos —coincide—, pero ¿tienes cinco minutos?

—¿Cinco minutos? ¿Para qué?

Extiende su brazo hacia mí y me dirige una de las sonrisas más amplias que he visto jamás.

—Para bailar, claro. Es el remedio que los chicos y yo tenemos cuando nos da el bajón. Y, si no funciona, por lo menos es divertido.

Estoy a punto de decirle que no me apetece, pero entonces recuerdo lo mucho que me gustaba bailar. En la discoteca, y en las orquestas del barrio, y en los conciertos, y en las míticas fiestas que Héctor y tú organizabais. Así que cojo su mano, subo a las gradas y espero mientras Chaim rebusca en la biblioteca multimedia de su teléfono.

Empieza con un violento *riff* de guitarra. Luego el redoble de batería.

—*Kill the Director* de The Wombats, es exactamente lo que necesitas —dice, y empieza a cantar a todo pulmón—. *I've met someone that makes me feel seasick. Oh, what a skill to have, oh, what a skill to have.*

Hace un intento muy pobre de unos pasos de claqué que no pegan en absoluto con la canción,

pero que son completamente Chaim Péntek. Salto de una grada a otra, moviendo las caderas y los pies.

—¡Como en *Grease*! —grita Chaim, haciendo bocina con las manos.

Le respondo cantando.

—*If this is a rom-com kill the director! If this is a rom-com kill the director! Please!*

Cuando la canción termina somos una confusión de risa. Y no de una risa cualquiera, sino de ese tipo de carcajadas que salpican las mejillas de lágrimas y que te hacen sentir como si estuvieses en la cima del mundo y debajo de él al mismo tiempo.

—Me gustan los pájaros —dice Chaim, entre risotada y risotada, tumbándose en las gradas con la mano sobre el estómago.

Señala los pájaros de tu grafiti que parecen volar hacia el cielo lila y violeta.

—Son jilgueros —le explico, dejándome caer a su lado—. Saulo conocía prácticamente todos los pájaros que existen y...

—¿Y?

Sacudo la cabeza. Pronunciar las palabras en voz alta suena demasiado parecido a romper un secreto entre nosotros, un secreto que nunca voy a poder preguntarte si otros tienen derecho a conocer, porque estás muerto. Un secreto del que Reyes y Héctor lo sabían todo, naturalmente, porque ellos dos lo saben todo de nosotros.

—Si te lo contase, no me creerías.

—Prueba a ver.

Tu silbido atraía a los pájaros autóctonos. No podría explicarlo y, la verdad, estoy bastante segura de que tú tampoco sabías cómo lo hacías. Un día te pedí que me enseñaras y tú me contestaste que solo silbara y probase suerte. Para ti no había magia, ni ángeles, ni milagros que explicasen por qué los pájaros venían a ti cuando los llamabas; era algo que ocurría y punto.

A veces yo también podía hacerlo, y entonces tú pintabas a ese pájaro que en ese momento descansaba en mi dedo o sobre mi antebrazo.

Pero estas son el tipo de cosas que no se pueden describir.

—Bueno, tú que sabes de pelis, has visto esa de *El hombre que susurraba a los caballos*, ¿verdad?

—Pues claro.

Me paso una mano por el pelo.

—Saulo hacía lo mismo con los pájaros. Y yo también, a veces. —Sonríó—. Algún día te lo enseñaré. Por ejemplo, eso es un azulejo. —Señalo un pájaro tan redondo que parece un diminuto globo azul—. Cuando éramos pequeños, Saulo y yo dejábamos un tarro de mantequilla de cacahuete en el jardín de la casa de nuestra abuela para atraerlos.

Chaim sonrío.

—¿Ah, sí?

—Pues claro. Siempre íbamos a ver cómo ponían las crías, en marzo. Y eso de ahí, ¿lo ves? —

He estirado el brazo y ahora mi índice señala un punto justo por encima de la línea del horizonte donde el gris se convierte en púrpura y plateado.

—¿El qué?

—¡Ahí! —insisto, agitando el brazo—. ¿Cómo puedes no verlo? Justo ahí, esa manchita negra que sube.

Para ilustrar mi afirmación tomo el mentón de Chaim y lo coloco de modo que adopte la posición precisa para verlo.

—Es un reyezuelo. Los antiguos griegos lo consideraban el pájaro más sagrado de todos; creían que lo habían enviado los propios dioses. Incluso se utilizaba para adivinar el futuro; se decía que, analizando su vuelo y su canto, podía interpretarse un mensaje del monte Olimpo...

Mi voz va descendiendo gradualmente el tono hasta desaparecer. Todavía tengo mis dedos sobre la cara de Chaim.

—No sé, no es fácil hablar de este tipo de cosas en el barrio.

Chaim arquea una ceja.

—Pues ahora estás hablando de eso conmigo.

—Bueno, ya, pero tú eres distinto.

El efecto que estas palabras tienen en él es innegable. Se separa de mí, para empezar, y después baja un escalón y se sienta ahí, los codos sobre las rodillas.

—Ya. Distinto.

Voy hacia él.

—Distinto en el buen sentido. Distinto en el sentido de que puedo hablar contigo de los pájaros, y de películas, y de libros y..., bueno, casi de cualquier cosa.

Una sonrisa se va deslizando por sus labios tan lentamente que es difícil de apreciar al principio.

—¡Va en serio! —insisto—. Ven, te lo enseñaré.

Chaim

La oscuridad se mueve. Resulta difícil de describir —y más aún de creer—, pero se mueve. Estamos en el parque de *skate*, rodeados de árboles, y a lo lejos se escucha el mar. La brisa remueve las hojas de los arbustos y las briznas de hierba del suelo. Distintos tonos de añil y violeta se solapan.

En esta confusión negruzca, la linterna de mi móvil nos delata. Las manos de dedos nudosos se convierten en nidos de pájaro; las capas y las guadañas, en tocones y troncos resacos. Lo único que la luz no cambia es el aire seco.

—Apágala ahora —me dice Judith.

—¿Qué?

—Ahuyentarás a todos los pájaros. Apaga la linterna.

Negro, en distintas capas distribuidas según su densidad. El movimiento mismo del agua parece más pesado, el crujir de las pisadas de Jud más atronador.

Un búho empieza a ulular.

Las estrellas caen sobre nosotros como innumerables ojos ciegos.

—¿Miedo? —Se ríe Judith.

Un sonido explosivo sale de mi nariz.

—¿Miedo? ¡Pfff! ¿Miedo? ¿Por qué iba a tener miedo?

—Te están sudando las manos.

Ha cerrado los ojos; la piel que cubre sus párpados se agita.

Acabo de encontrar un buen tema con el que desviar la atención, que se ha centrado sobre mí y el sudor de mis manos.

—¿Que apagues la linterna significa que además debas cerrar los ojos?

Sin estirar los brazos, Jud continúa caminando y guiando.

—Las sombras nos engañan. Si cierras los ojos, solo hay oscuridad y puedes concentrarte. Me oriento por los números. Cuántos pasos hay de un punto a otro, y de ese otro punto a un tercero. Después están los olores. —Alza el mentón, y el claro de luna baña su frente—. No huele igual en el centro del parque que donde están los árboles.

—¿Qué hay del tacto? —tanteo.

Judith, todavía con los ojos cerrados, todavía cogiéndome de la mano, asiente.

—Sirve de ayuda, naturalmente.

—¿Y el oído?

Damos un paso más largo para esquivar lo que parecen cacas de perro.

—Bah.

Seguimos de esa manera, avanzando, preguntando y contestando durante un par de minutos. Gradualmente, la marcha de Judith —y por consiguiente también la mía— se aminora; sus músculos poco a poco se tensan como los de un perro de caza que ha empezado a olisquear a su presa.

Entonces, cuando abro la boca para que me aclare un par de dudas acerca de las migraciones de los pájaros, ella alza dos dedos. Me suelta la mano y da dos pasos más hacia una parte del parque de un azul un poco más profundo, casi cobalto.

—Aquí.

Abre los ojos y sonrío. El triunfo se desliza por su cara y la hace brillar.

—¡Increíble! —exclamo, a pesar de que acaban de mandarme callar—. ¿Solo con...? ¡Increíble!

Sin dejar de sonreír, y haciendo caso omiso al súbito alzamiento de voz, Judith se acerca a mí.

—Quiero que veas una cosa.

Da una serie de pasos hacia atrás. Cuando la totalidad de su cuerpo queda a mi vista se detiene. Los rayos de la luna caen sobre ella y la iluminan. Tiene los labios entreabiertos y la mirada encendida.

Me da la sensación de que nunca ha tenido un aspecto semejante. No es exactamente más atractivo (de hecho, no tengo claro que *sea* atractivo), pero no cabe duda de que es extraordinario. Como si alguien hubiera perfilado los contornos de Judith.

Su pelo nunca se ha asemejado tanto a una llama como ahora.

—¿Has oído hablar de los encantadores de serpientes? —me pregunta.

Me acuclillo, apoyando el codo en mi rodilla y el mentón en la palma.

—En las películas de Hollywood.

—¿Y de los encantadores de pájaros?

No borra la sonrisa, pero esta queda oculta tras los dedos que acaba de llevarse a la boca. Enarca una ceja, extendiendo el brazo, y de sus labios sale un silbido grave, largo y penetrante, diferente de cualquier cosa que haya oído jamás.

Con aquel silbido se transforman los sonidos del parque. El agua sigue corriendo, naturalmente, pero ya no resulta perceptible. El búho ha callado. Desde el árbol se escucha un crujido, un pequeño estruendo similar a un revoloteo que pronto se extiende a otros árboles. La transformación principal viene del cielo, sin embargo. Allí donde antes reinaba el silencio ahora hay un crepitar casi imperial, otra especie de revoloteo mucho más agitado y más potente.

Después ese revoloteo casi imperial se convierte en una mancha, y esa mancha se convierte en un par de alas que crecen hasta adoptar la forma de un pájaro negro.

—Un cuervo —susurra Judith.

Como si esta fuese una singular invitación, el pájaro se posa sobre su brazo extendido.

Trago saliva.

—Ya lo veo...

Me arrastro, sin erguirme, hasta acercarme más a Judith y a su cuervo.

—Encantadora de pájaros.

Judith baja ligeramente la cabeza. El cuervo la imita.

Notando que las manos han dejado de sudarme, me apoyo en la tierra y me pongo en pie.

—Sí, eso es lo que eres, Judith Salazar, una encantadora de pájaros de primera. Y tal vez deberías escribir sobre esto si no encuentras inspiración.

—Tal vez.

—¿Vas a volver al Momo?

—Me lo estoy pensando.

—Deberías.

Y empezamos a caminar hacia la parada del tranvía.

Judith

*Llámallo cóndor.
Llámallo cambio.
Transformación.
Tirar una moneda,
y que esta caiga
sobre tu párpado.*

*Llámallo hablar
con los muertos.
Espiritismo.
Una extraña conversación
entre lo que respira
y lo que no.*

*Llámallo duelo,
hambre,
estar saciada.
Y siempre buscando
a esa persona
en los silencios.*

Judith

Néstor me mira como si nunca en su vida hubiese visto el fuego en los ojos de otra persona. Me mira y se enciende un cigarrillo, y su cara, naranja debido a la llama de su mechero, revela mucho más de lo que él podría decir con palabras.

—Sé que soy un cobarde —dice, sus palabras apilándose las unas sobre las otras

como en una
fosa común.

Observo mis botas, las manchas de tierra en las puntas y en las suelas.

—Sí.

—Nunca quise hacerte daño —continúa, obviando lo realmente importante y es que hoy no debería pedirme perdón a mí.

Estamos en la entrada del Momo, sentados en la repisa exterior de la ventana, fumando. Cada vez que alguien entra callamos, y entonces es el ruido de la música el que llena el espacio que dejan nuestras voces.

—Escucha, creo... creo que deberíamos hablar...

Me aparto de él, acercándome todo lo posible a la pared.

—¿De lo que le hicisteis a Chaim o de lo que le hicisteis a Héctor?

Néstor carraspea. Ahora que su pelo está tan corto, su rostro parece joven, sincero, humano.

—Sí. Perdón. Creo que deberíamos hablar de ello. De ambas cosas.

Aprieto los labios.

—Yo creo que no.

—Nunca quise hacerte daño.

—Pero me lo hiciste. Y no solo a mí, sino a más gente.

Inspira.

—Jud, sobre lo que dije, eso de que no son iguales que nosotros..., siento mucho haberte molestado...

—No me tienes que pedir perdón *a mí* —digo, y me pongo en pie—. Y tampoco me eches la culpa a mí por «molestarme». Échate la culpa a ti por no hacer nada.

—¿Y qué querías que hiciera? Vamos, Jud, ya hemos hablado de esto...

—Pararle los pies *a tu hermano*.

—Ah, sí, ¿pudiste parárselos tú al tuyo?

Encuentro las fuerzas para caminar y darle la espalda a Néstor.

Él también se levanta, pero se queda quieto en el mismo lugar, mirándome.

—Entonces, ¿ya no estamos juntos?

Me vuelvo hacia él y fuerzo una sonrisa que es toda lágrimas contenidas y cosquilleo en la punta de los dedos.

—Creo que tú nunca quisiste estar conmigo.

—Jud...

—Tenías miedo de estar solo, que es distinto. Y yo me merezco algo mejor. Me merezco a alguien que me quiera como soy, siempre, y no a alguien al que solo le guste la idea de tenerme a su lado. Además —lo miro de arriba abajo—, sí eres un cobarde, y podría perdonarte eso, pero no que te conformes con vivir así.

Abro la puerta. Entro. En el Momo me reciben la música, la sonrisa de Reyes y el temblor de mis rodillas.

Judith

Carlos y Néstor están frente a mí, sentados, dos cervezas Red Vintage en la mesa junto a sus puños cerrados. Ahora que Néstor tiene el pelo tan corto, sus caras son completamente iguales y completamente distintas al mismo tiempo.

Mismos ojos marrones, distinto brillo en ellos.

Mismos labios carnosos, distinta expresión.

Mismas mejillas hundidas, distinto color.

Doy un paso al micrófono, que chirría, y barro el Momo con la mirada.

Reyes lamiéndose el bigote de espuma de leche.

Chaim guiñándome el ojo y haciendo el gesto de las pistolas con las manos.

Jacobo y Andy muy cerca, poniendo muecas a la pantalla del móvil.

La pandilla bebiendo, sus ojos del frío metal de las balas.

Fijo mis pupilas en Néstor: las pecas que se difuminan en los pómulos salientes, la nariz afilada, el hoyuelo en mitad de la barbilla.

Y suelto:

Cuando te conocí

te llamé santuario.

Pero tu mano no era

la Biblia

en mis caderas.

Tus dedos,

uniendo los puntos

de mis pecas,

no eran un arbusto

en llamas.

Y tus labios,

presionando los míos,

no eran el sonido

de las trompetas.

Cuando te conocí

te llamé sagrado.

Pero no podías

derribar el templo

*ni hacer venir plagas
con un toque de tu dedo.
Te llamé Dios
y eras hombre.
En el sentido
más amplio y más terrible
de la palabra.*

Doy un paso atrás, todavía temblando pero sin miedo. He decidido que las rimas no pueden contener todas las palabras que llevo dentro. He decidido sangrar, con todas sus consecuencias.

Quito el micro del soporte y me lo acerco a los labios, mirando al mar de gente sin fijarme en nadie en concreto.

—Ya podéis ir buscándoos a otra chica, porque lo deajo.

Bajo del escenario mientras los chicos se levantan de la mesa, Reyes colocándose su chaqueta de aviador sobre los hombros y Jacobo alborotándose los rizos.

Néstor tiene la vista clavada en el suelo, en algún punto bajo el taburete en el que está sentado D’Abruzzio, otro de los chicos del barrio. Al pasar a su lado le dirijo un último vistazo, y en ese momento alza la mirada. Arqueo las cejas, rompo el contacto visual y me voy.

—¿Qué me decís de una de cuatro quesos en el argentino de la esquina? —dice Reyes, apoyando su cuerpo en la puerta para abrirla—. No sé vosotros, pero yo podría comerme un caballo.

Jacobo se sube las gafas.

—Solo si pedimos una de pepperoni también.

—Y una hawaiana.

—Solo a ti podría gustarte la pizza con piña, Péntek.

—Mejor, porque no la iba a compartir.

Judith

De camino a mi casa damos un rodeo y pasamos por la calle Nomeolvides. Solo quedamos Chaim y yo: Reyes vive cerca del argentino y la hemos dejado ya en su casa, y Andy y Jacobo, como he podido apreciar, pasan mucho tiempo a solas.

La Nomeolvides es una calle pequeña e insignificante cerca de la estación de tren. Las únicas luces que la iluminan ahora, además de las farolas, son las de los carteles del cine, los neones de la tienda de donuts y las ventanas del döner kebab.

Caminamos en silencio, escuchando el *Moon River*, de Frank Ocean, en bucle y fumando un cigarrillo tras otro, hasta que nos damos de bruces con uno de tus grafitis. Como he dicho, la calle no es muy grande, y no han debido de pasar ni cinco minutos entre que cruzamos y llegamos al número 59. Está allí mismo, donde la pintura amarilla del edificio se difumina hasta transformarse en un poderoso azul, que a su vez se transforma en una ballena gigantesca. El ojo de la ballena es una de las ventanas, claro, y en el interior (lo que sería la barriga) has dibujado una figura escuálida y oscura con cadenas en las muñecas.

—No creo que encontremos nada aquí —digo.

No hay ninguna tubería ni ningún saliente en el que hayas podido dejar nada, y debido a la disposición del grafiti (empieza en el tercero y termina en el quinto) sé que ha sido una de esas piezas que hacías a toda prisa, colgándote de las cornisas y rezándole a esos santos en los que solo tú creías para que te diera tiempo a terminar antes de que alguien llamase a la policía.

—No vas a necesitar más palabras que esas. —Chaim señala las líneas redondeadas que salen de la boca de la ballena y que hasta ahora yo había tomado por burbujas de agua.

Inclino la cabeza para leer.

—«Emito mi alarido por los tejados de este mundo.» —Me vuelvo hacia Chaim—. Es un verso de Walt Whitman, ¿no?

Arquea una ceja.

—Si tú lo dices...

—¡Sí! Deberías conocerlo, cinéfilo, sale en *El club de los poetas muertos*. Saulo adoraba esa película, y después de verla unas siete u ocho veces acabó por comprarse el poemario de Walt Whitman...

Una imagen cruza mi cabeza como un flash. Tú, sentado en la escalera vieja y maloliente de nuestro portal, un grueso volumen verde sobre tus pantorrillas, tu dedo índice rizando uno de los largos mechones de tu flequillo.

Sin pensarlo, saco el móvil, le hago una foto al grafiti y la subo a Instagram. Solo después de

hacerlo me doy cuenta de que la última foto que había subido era de mi cumpleaños: Reyes y yo tumbadas sobre uno de los sofás de terciopelo del Viper, riendo, las lentes de nuestros vestidos emitiendo fogonazos.

Vuelvo a guardarme el teléfono en el bolsillo trasero de mis vaqueros y le doy un codazo a Chaim en las costillas.

—¿Te apetece venir a mi casa hoy? Quiero comprobar una cosa.

Chaim

Frente al portal de Judith hay un vecino con pómulos marcados y nariz torcida que ha bajado a tirar la basura. Tiene dos pesadas bolsas en las manos, y ya estoy ofreciéndole mi ayuda (los contenedores están al final de la calle, al fin y al cabo) cuando se vuelve hacia Judith y suelta:

—¡Buena la has hecho, señorita! Todo el edificio ha oído a tu padre. ¡Todo! Al parecer ha venido tu novio a buscarte.

Judith alza las cejas.

—¿Mi novio?

—Uno de esos gemelos, un moreno alto de pelo largo.

—¡Carlos Ferrán! Ese capullo no es mi novio.

—Si no ese, el otro.

Pone los ojos en blanco.

—¡Tampoco! —Me coge de la mano y empieza a subir la escalera; sin embargo, el viejo no parece querer dejarlo pasar.

—¿Y tú quién eres?

Me encojo de hombros.

—Chaim Péntek. Vivo a un par de calles. Mis padres tienen una tienda por aquí cerca.

—¿Los húngaros o los judíos?

—Los húngaros judíos.

—¡Pues menudos! ¿Tú no estabas en la cárcel?

Estoy a punto de decirle que no, que ese es mi hermano Ira, y que tampoco es algo tan raro en Santa Ana, pero Judith tira de mí y le grita al viejo que muchas gracias y que buenas noches.

—Está un poco tocado del ala —me dice mientras subimos hasta el tercero—. Pero es legal. La mayor parte del tiempo, al menos.

La puerta de castaño del tercero B se abre antes de que Judith pueda introducir la llave en la cerradura. El señor Salazar está en la puerta (se parece mucho a un Saulo de cincuenta años y con problemas para dormir), el pelo revuelto, montado sobre el lado derecho de su cabeza, y con una bata de fieltro sobre el chándal.

—¡Cristo resucitado, mira quién se ha dignado a aparecer! —Su aliento huele a sueño y alcohol—. ¿Se puede saber dónde estabas?

Judith no cambia de postura.

—Ya lo sabes, en el Momo.

Dentro reina el caos. El abrigo del señor Salazar está arrugado junto a un sofá cubierto de

revistas de coches, lo que parece ser un libro de William Golding y un brick que no sé reconocer, pero que tiene toda la pinta de ser de vino.

No estoy muy seguro de qué decir (o de si debo decir algo en absoluto), de modo que solo asiento muy levemente y dirijo un buenas noches que el señor Salazar no me devuelve. Sus ojos verdes siguen fijos en Judith.

—Carlos Ferrán no me ha dicho lo mismo.

El señor Salazar, ajeno al estado de su casa, coge el brick (efectivamente, es de vino) y le da un trago.

Judith aprieta los labios. De pronto parece estar muy interesada en las suelas de sus deportivas rojas.

—¿Qué pasa? ¿Acaso Carlos Ferrán es mi guardián?

—Quizá debería —dice el señor Salazar y, para consternación de Judith, me ofrece su cartón de vino—. Tienes mal aspecto, chico.

—Estoy bien.

—¿No quieres nada? ¿Whisky, coñac? ¡Que no se diga que no soy un buen anfitrión!

—No suelo beber mucho —digo, y es la verdad. Efectos secundarios de que me haya criado Mara Péntek.

El señor Salazar no parece impresionado.

—¿No? ¿Qué clase de hombre no bebe mucho?

—La clase de hombre que es menor de edad —sisea Judith, sus mejillas aún más rosas que las mías.

Está temblando. No se dirige a su padre. Sus pupilas se mantienen fijas en las tablillas de madera del suelo.

El señor Salazar, con una seca risotada, da dos pasos que lo colocan junto a nosotros.

Siento una quemazón que me sube hasta el pecho y soy incapaz de moverme.

—Te crees mejor que nadie, ¿me equivoco? —El señor Salazar le aparta el pelo de los ojos a Judith—. Mejor que yo, mejor que Carlos, mejor que tu hermano... Mira que te he malcriado... La popular Judith, con sus chicos y sus fiestas. La inteligente Judith, que es demasiado lista para quedarse en este barrio. De verdad crees que eres mejor que nadie, ¿eh?

Siento mis puños agitarse en el interior de mis bolsillos. Judith, más blanca que nunca, da un paso que la aleja de su padre.

—Estás borracho.

Una carcajada. El señor Salazar agarra a Judith del brazo.

—¿Te parece normal hablarle así a tu padre? ¡Y delante de gente, además! Eres una maldita maleducada. No sabes cuánto me arrepiento de haberte consentido tanto.

Judith contrae el rostro y se estremece. Se escucha un golpe. Tengo un regusto metálico en la boca y la mirada borrosa, y me doy cuenta de lo mucho que me escuecen los nudillos cuando reparo en el señor Salazar, que parece una mancha beige sobre el suelo de madera.

La sangre mana de la nariz y los labios del señor Salazar, y me ha salpicado a mí en el puño y el antebrazo. He sido yo. Acabo de golpear al padre de Judith.

—*Bocsánat! Bocsánat! Bocsánat!*

Me estoy sacudiendo de arriba abajo y soy perfectamente consciente de que he empezado a hablar en húngaro, pero no encuentro las palabras en español para decir que lo siento. Es como si mi puñetazo también hubiese arrancado todo un idioma de mi interior.

—¡Canalla, cabrón!

Mientras su padre se incorpora, Judith me agarra por la manga del jersey y tira de mí hasta arrinconarme en el interior de una de las habitaciones con la puerta abierta. El señor Salazar se choca contra la mesita de café y da dos zancadas hacia el pasillo. Judith cierra la puerta detrás de nosotros y echa el pestillo mientras yo sigo en bucle con el *bocsánat*.

—¡Hijoputa, judío de mierda!

Desde el otro lado se oyen los alaridos del señor Salazar. Con cada palabra, la espalda de Judith se crispa más y más.

—Lo siento muchísimo, Chaim, de verdad. No te habría pedido que vinieras si hubiese sabido que se iba a poner así.

La puerta bate como si la estuviesen aporreando. En respuesta al ruido, doy un paso atrás y mi espalda choca contra la ventana cerrada.

—*Ne aggódj.* —Sacudo la cabeza—. No te preocupes. Ahora que sé cómo es, me alegro de haber venido.

Judith me sonríe. La pared, tras ella, está cubierta de dibujos. La cama está perfectamente hecha, además, y el escritorio vacío e impoluto. No hace falta que nadie me diga que estamos en la habitación de Saulo.

—Eres un chico de primera, Chaim. Ojalá nos hubiésemos hecho amigos antes.

Pum, pum, pum, pum. Los nudillos del señor Salazar azotando la puerta suenan como los pasos de un caballo fantasmal.

—¡Abre de una maldita vez, Judith!

Ella da un respingo, pero no contesta. Se sube a la cama y, poniéndose de puntillas, coge un pesado libro verde del estante.

—*Hojas de hierba*, de Walt Whitman —dice, su voz apenas un susurro débil—. Saulo cogió de aquí el verso del grafiti. Lo pilló en una tienda de segunda mano, ¿sabes? Aunque a él nunca le hicieron mucha gracia los libros usados. A mí sí.

Blam. La puerta se comba, pero la cerradura no cede. Judith, ahora también de espaldas a la ventana, hunde el rostro en su propio hombro; sus nudillos se aferran al libro con tanta fuerza que han perdido el color.

—¡Judith, abre ahora mismo o te juro por Dios que echaré la puerta abajo!

Trago saliva. Aquí está otra vez ese fervor que asciende de mi estómago a mi pecho. Mientras el señor Salazar sigue chillando, Judith levanta los postigos y abre la ventana. Me acerco a ella y

miro abajo. La escalera de incendios no puede estar a más de treinta o cuarenta centímetros, de modo que me siento sobre el alféizar y salto. Se escucha un crujido metálico. Extendiendo los brazos, cojo a Judith y la ayudo a ponerse sobre la rejilla oxidada.

El señor Salazar no deja de gritar ni de golpear. Poniéndome de puntillas, cierro de nuevo la ventana.

Debajo de nosotros corre el tráfico. El viento azota el pelo rizado de Judith. Los neones de los locales nos tiñen la piel de rosa y azul. Todo va bien.

—¿Por qué los libros usados? —le pregunto.

—¿Por qué los libros usados? —repite, su mirada fija en la ventana cerrada—. No sé. No sé. Supongo que porque me gustan. Los lomos agrietados, las páginas desprendidas, las notas en los márgenes... Todos dicen algo, todos cuentan historias de otros dueños y de otras vidas más allá del contenido del libro. Algo tan manoseado tiene que ser por fuerza maravilloso. Creo que ocurre lo mismo con las personas. Las que viven más y más intensamente, las que tocan más vidas —señala con la cabeza en dirección a la ventana— son las que tienen más cicatrices.

—Lo siento.

Tomo el libro y, al hacerlo, estrecho de nuevo las manos de Judith. Me fijo en lo ásperas que son, como si en su vida hubiese conocido muchas más cosas que los lomos y las páginas de las novelas.

—*Canción a mí mismo* —leo.

Judith recupera el libro (sus yemas acarician mis nudillos al hacerlo) y, abriéndolo por la mitad, recita:

—«El halcón sobre mí se abate, acusándome, lamentándose / De mi parloteo y de mi pereza / Yo también soy indomable, también yo soy intraducible / Yo emito mi alarido por los tejados de este mundo.»

Un clash. Un bam. Algo metálico rueda al otro lado de la ventana. Agarro la mano de Judith con más fuerza.

El mundo no se termina. La ventana solo se abre y la mitad del cuerpo del señor Salazar asoma por ella. Hay alaridos, pero no comprendo lo que quieren decir. Tanto Judith como yo ya corremos escalera abajo, solo deteniéndonos para apoyarnos en el pasamanos para no caer.

Chaim

No hay manera de saber si el señor Salazar nos sigue. Simplemente corremos, tan rápido que todos los colores de la ciudad se mezclan en uno solo. Oímos coches pitar y gente que se queja, pero no nos detenemos. Corremos y corremos, y no dejamos de hacerlo hasta que las calles se vuelven desconocidas y no se oye ruido a nuestro alrededor.

Estamos solos en una callejuela estrecha entre dos edificios, lo suficientemente cerca del puerto para oír el mar.

Mientras apoyo las palmas en las rodillas para recobrar el aliento, Judith se deja caer sobre el asfalto, abrazada a sus propias piernas. Aunque tiene los ojos húmedos, no llora.

Me siento a su lado, pero ella no levanta la vista del suelo.

—No siempre es así —dice, y su voz me recuerda al sonido que hace el cristal cuando se rompe—. Te juro que cuando no bebe no es así. Aunque últimamente eso es una rareza.

Esa última frase se escapa de sus labios rápida y certera como una bala. Paso un brazo por detrás de sus hombros, en constante temblor, y la acerco un poco más a mí.

—Bueno, yo te aseguro que tampoco suelo ir por ahí dando puñetazos a diestro y siniestro. Es decir, sí, en el ring, pero creo que eso es distinto.

Judith emite un ruido que podría ser un hipido, una risa o una combinación de ambos. Sigo abrazándola y acariciando su espalda porque sé que eso es lo único que funciona.

Funciona cuando me escapo a casa de Jacobo porque he discutido con mi madre. Funciona cuando Andy tiene un ataque de ansiedad y de repente todo está oscuro, y él no es bueno y su existencia no es necesaria para nadie. Funciona también cuando Jacobo se siente como un error imborrable y piensa en la vida que podría haber tenido su madre de no haber sido por él.

Es casi magia. El efecto terapéutico del calor de otra persona, de los abrazos y de las caricias que consiguen arrancar las lágrimas. Y, con las lágrimas, tarde o temprano acaba yéndose el dolor.

Parece funcionar también con Judith. Dos gruesos regueros descienden por sus mejillas, empapando el cuello de mi jersey.

—No quiero que noches como esta me dejen cicatriz.

Su espalda se crispa.

—Está bien, está bien —le digo, mis dedos acariciando sus vértebras—. Sshhh..., da asco, pero vas a estar bien, de verdad, te lo prometo. Estás aquí.

—Estoy aquí.

La beso, no en los labios pero cerca, en las comisuras. No sé por qué lo hago, pero cuando me doy cuenta la estoy besando por toda la cara: en los pómulos, y en los párpados, y en la frente y en

la barbilla, en cualquier sitio menos en los labios. Entonces caigo en la cuenta de lo que estoy haciendo *realmente* y me separo.

—Lo siento.

—Está bien. Es decir, me ha gustado... *y tú*. Tú también.

Está muy quieta. Sus pupilas se agitan en el centro del iris; me recorre con la mirada, de arriba abajo, como si fuese la primera vez que me ve. Baja los párpados. Inclina la barbilla lentamente. Sus labios rozan los míos.

Judith

Beso a Chaim Péntek. Al principio solo pongo mis labios sobre los suyos. Solo eso. No como si lo estuviera besando ni nada parecido, solo como una extraña caricia entre su boca y la mía, de modo que puedo sentir su aliento y el calor reconfortante que desprende su cuerpo.

—Jud... —susurra, y lo único que sé es que ahora nos estamos *besando* de verdad, sus manos en mis caderas y mis manos en su pecho, y todo lo demás.

Cuando me separo, las comisuras de los labios de Chaim están arqueadas. Apoyo la cabeza en su hombro.

Sonríe. Restriega la palma que tiene libre sobre mi brazo, tratando de que entre en calor, y después me besa otra vez en la mejilla.

—Oye, ¿quieres quedarte a dormir en mi casa? O podemos llamar a Reyes. O...

—No. Creo que voy a quedarme con mi abuela. Pero, antes, ¿te importa que pasemos por el veinticuatro horas donde trabaja mi madre? No quiero que duerma en casa tampoco si mi padre está así.

Me aprieta la mano.

—Claro. Claro, sin problema. ¿Quieres ir andando o le pido a Jacobo que nos venga a buscar? No le importará. Seguro que sigue despierto.

Lo beso y le digo que es demasiado bueno y que graciasgraciasgracias por estar ahí y no huir ni siquiera ahora.

Luego empezamos a caminar, la luna a nuestra espalda, los cascos puestos y Sia y Eminem cantando en nuestras orejas.

Depresión

En un campo
soy la ausencia
de campo.
Este es
siempre el caso.
Dondequiera que estoy
soy lo que falta.

Cuando camino
parto el aire
y siempre
el aire se mueve
para llenar los espacios
en los que mi cuerpo ha estado.

Todos tenemos razones
para movernos.
Yo me muevo
para mantener la integridad de las cosas.

MARK STRAND

La cuarta carta de Saulo

Judith:

Por naturaleza soy el mayor payaso que he conocido jamás. Sobrio soy una molestia; borracho, una pesadilla. Sacar de sus casillas a la gente es una de las pocas cosas que se me dan bien, junto con el arte, y en general soy algo terrible y difícil de controlar. Bueno, ya me conoces. Ahora estoy bastante lúcido y no quieres ni mirarme (mucho menos dirigirme la palabra), así que no me queda otro remedio que recurrir a la palabra escrita, lo que quizá te sorprenda.

Hasta anoche, la última vez que habíamos hablado fue aquella otra ocasión en la que estaba tan mal que pasaste el pestillo de mi puerta y me dejaste allí dentro. No recuerdo mucho de ello, pero sí cuánto grité, y quiero que sepas que me arrepiento mucho de ser así y que espero no haberte asustado.

Ayer pensaba en ir a pedirte perdón directamente, de verdad, pero no sé qué me poseyó y acabé tomándote el pelo. Hay cosas demasiado pesadas de las que me cuesta hablar; supongo, y soy tan bruto que mi mecanismo de defensa es gastar una broma tras otra, cada una peor y más pesada que la anterior.

—Ese vestido te queda pequeño —te dije al entrar en tu habitación.

Estabas de cara al espejo, de modo que pude ver cómo arqueabas la ceja, aunque no te dignaste a volverte.

—Ya ti los humos que te traes te quedan grandes.

—No te lo niego.

—No voy a disculparme si es para lo que has venido.

—No esperaba que lo hicieras. Para ser honesto, probablemente tuviste motivos de sobra para encerrarme en mi habitación y tirarme una taza de té a la cara.

Te mordiste el labio inferior.

—Estabas loco..., borracho —susurraste—. Fue en defensa propia.

—Lo sé, Jud. Joder si lo sé.

Intenté acercarme a ti, pero tú diste dos pasos atrás. Apretaste los labios.

—Está bien. Ya has hecho tus deberes como hermano mayor. Puedes irte en paz.

—Amén.

No solo no me fui, sino que además me tomé mi tiempo en recorrer tu habitación de cabo a rabo. Con cada paso que daba, tus músculos se tensaban más y más. Cuando empecé a toquetear tus cosas, resolviste el conflicto lanzándome un zapato a la cara.

—¡Oye! Que vas a quitarle un ojo a alguien, mujer.

Me reí ante mi propio chiste. Luego abrí el cajón superior de la mesita de noche y cogí un paquete de Raleigh, del que extraje dos cigarrillos. Uno me lo coloqué entre los dientes, el otro lo utilicé primordialmente para señalarte mientras decía:

—Dudoso gusto. Raleigh es la marca que menos nos piden en la gasolinera, ¿sabes? Yo diría que es el tipo de tabaco que compras cuando no tienes dinero para otro. ¡Pero bueno! ¿Un cigarrillo?

Y tú, que tenías toda la pinta de haber agotado tus energías en los últimos cinco minutos, te dejaste caer sobre la silla del escritorio y te tapaste los ojos con la palma de la mano derecha.

—¡Sí, por favor! Nada podría satisfacerme más ahora mismo que esta invitación a fumar mi propio tabaco. Sí, por favor, no te cortes.

Di dos zancadas hacia ti y te dejé el cigarrillo en el regazo.

—No emplees mi propio sarcasmo conmigo, jovencita —dije, señalándote con mi propio cigarrillo encendido—. En realidad, venía a hablar contigo.

—¡No me digas! Creía que dar por culo era tu nueva afición, eso y empinar el codo todo el día como un...

Ya me había alejado de ti. Caminaba, con la espalda muy erguida y sin dejar de fumar, hasta la ventana.

—Tengo que empezar a trabajar en estos cristales. Antes de que pasase tanto tiempo fuera de casa, todas las condenadas ventanas estaban negras de lo mucho que fumaba, ¿te acuerdas? Y cuando había visita, teníamos que abrirnos paso a aspavientos para separar todo el humo, ¿a que sí?

Dije todo esto con la frente pegada a la ventana. El vaho que expulsaba por la boca, que no era abundante, quedaba impregnado en forma de pulmones sobre el cristal.

—Me voy a ir. De Santa Ana, quiero decir.

No me separé de la ventana. Seguí mirando al vecino del cuarto y al cartero, y después al grupo de niños que pasaban por la acera.

—Se me ha acabado la suerte, hermanita. Este barrio acabará conmigo si no acabo yo antes con él.

Seguí hablando a tus espaldas y tú seguiste sin decir nada. A lo mejor estabas esperando a que dijera que era broma, eso yo no lo sé, o tal vez sencillamente te habías cansado de escucharme decir lo mismo una y otra vez sin que nada cambiase. No sé. Para ser sincero, había bebido un poco y no me hacía cargo del todo de lo que hacía o decía.

Sí sé que abrí la ventana, saqué la cabeza y le grité a los dos niños que se habían quedado rezagados en la acera:

—¡Eh, dejad de mirar mis geranios!

Luego aplasté mi cigarrillo en el alféizar y lo arrojé al vacío.

—¿Sigues ahí, hermanita? Lamentaría estarle hablando a las paredes ahora que estamos teniendo un *coeur à coeur*.

Tras llevarte el cigarrillo a los labios y darle una larga calada, dijiste:

—Ya te estás riendo de mí otra vez. ¿Cuántas copas has tomado?

—Dos —dije, sentándome en el alféizar—. Esa es la clave. Dos ahuyentan la resaca. Que sean tres y..., bueno, no quiero entrar en detalles escabrosos de mis borracheras que puedes imaginar perfectamente tú solita.

—Que he presenciado —precisaste, agitando el pitillo para apagarlo.

—Se me acaba el tiempo, pajarito. De verdad que he estado haciendo planes para irme. No sé. Cualquier sitio es mejor que esto.

Chascaste la lengua.

—Sabía que te estabas riendo de mí.

—De verdad que no. Le he vendido un par de cosas a algunos chicos del barrio, a Leo Montiel sobre todo, para ganar algo de pasta. Y ya sabes que he estado tatuando más, también para ahorrar. Después Carlos Ferrán...

—¡Carlos Ferrán! —bramaste, haciendo ademán de ponerte en pie.

Te disuadí colocando mi mano sobre tus rodillas.

—Sí, Carlos Ferrán, ese personaje. No perdamos más tiempo hablando de él. El caso es que intento decirte algo, aunque no lo parezca, y agradecería que estuviésemos a la misma altura para hacerlo. No te levantes, no te levantes.

Me arrodillé en el suelo.

—Agradezco lo que intentaste hacer conmigo el otro día, no creas. Y no voy a negar que no estoy bien, así que al menos tienes razón en una cosa. Después de lo que les pasó a Héctor Montoya y a Ira Péntek..., no sé, supongo que no he quedado con todas mis facultades intactas. Los apreciaba de verdad. Los aprecio de verdad, y este barrio saca lo peor de cualquiera, especialmente de mí, y no aguanto más.

Sacudiste la cabeza.

—Si me escucharas..., si dejases que te ayudasen...

—Lo he pensado —te interrumpí—. Me he planteado ir a terapia y..., no sé. No sé. A lo mejor es culpa mía. A lo mejor la vida no es para todo el mundo.

Volviste a sacudir la cabeza. Voy a decir a tu favor que no tratabas de ocultar que estabas llorando.

—Por favor, deja de decir esas cosas. Si no bebieses tanto y dejases que mamá y yo te ayudásemos, todo sería como antes.

—A veces creo que soy un caso perdido. No sé. Tengo que salir pitando de aquí y empezar una nueva vida, ¿entiendes? Si me quedo en Santa Ana me ahogaré, y voy completamente en serio.

Un sollozo me interrumpió. Llorabas con las manos en las rodillas y el rostro enterrado

en ellas.

—¿Y por qué iba a creerte ahora? Siempre dices que te vas y que lo tienes todo controlado, pero luego vuelves a emborracharte y te olvidas de tus planes.

—Luego volveré a por ti, pajarito. A por ti y a por mamá. Papá también me preocupa, naturalmente, pero a él es imposible sacarlo de Santa Ana. Se moriría si no tuviese a los chicos del barrio cerca. A veces creo que piensa que son como sus hijos.

—No te despidas más y deja que te ayude. Hoy estás bastante bien. Si me hicieras caso..., puedes pedir cita en la Seguridad Social y hablar de todo esto con un profesional.

—Oye, ahora solo necesito que me hagas un favor. Reza por mí, ¿vale? Los que menos se lo merecen son los que más lo necesitan, así que reza por mí.

—Ya sabes que no creo en esas cosas.

—Eso da igual. Yo sí, y estoy muerto de miedo.

—Aunque hubiese un dios y aunque escuchase las oraciones de la gente, ¿por qué iba a escucharme a mí?

—Tú solo hazlo. Por favor. Una oración pequeñita me basta, ¿prometido?

De repente no podía dejar pasar eso. No puedo explicarlo, pero sentía un ansia insaciable y me parecía que si no rezabas, todo se iría al garete. No sé. Estaba temblando de arriba abajo y tú llorabas, y empezaba a sentirme fatal porque no había podido explicarte nada de lo que quería contarte y además te había disgustado, de modo que añadí algo más y me fui. Así sin más.

Y mira ahora qué desperdicio de papel. No podría darte esto. Soy mala persona, pero no tanto como para hacerte leer esto y obligarte a pasar otra vez por lo mismo.

No sé. Últimamente la cabeza no me para y siento que tengo que derramar todo lo que llevo dentro o moriré.

Pero lo siento. De verdad que lo siento, pajarito. Lo siento tanto que creo arder por dentro. Nunca he tenido intención de hacer ni la mitad de las cosas horribles que he hecho, pero supongo que las intenciones no importan mucho cuando acabas haciendo tanto daño a la gente.

Sé que me detestas y que estás en tu derecho; te he dado motivos de sobra para hacerlo. Solo espero que algún día puedas ser feliz. No voy a pedirte que me perdones, porque sé que no me lo merezco, pero quiero que sepas que te quiero muchísimo y que me siento muy orgulloso de la persona en la que te has convertido.

Judith

Vuelvo a guardar tu carta en el libro de Walt Whitman y apoyo la cabeza en mis piernas flexionadas. Son las seis de la mañana, la abuela duerme (puedo oír sus ronquidos lejanos y suaves) y mamá ha pasado por casa antes de ir al trabajo para calmar a papá (mamá es la persona más valiente que conozco).

La oscuridad de la habitación de invitados es púrpura y me da dolor de cabeza.

2 de diciembre de 2018

Saulo:

Pude haber hecho más.

Pude haber hablado yo con tu médico de cabecera para pedirle que te derivara al psicólogo.

Pude haberles contado todo a Carlos y a los otros chicos de la pandilla, porque quizá a ellos los habrías escuchado.

Pude haberte creído.

Pude haber rezado por ti, aunque no tengo más fe ahora que antes.

Pude haberte dicho antes lo mucho que te quiero yo a ti también.

Pude haberte tomado en serio, sobre todo.

Pude haberte dicho que tu dolor era real y que, aunque te costase sudor y lágrimas, podría desaparecer con el tiempo.

Pude haberte dicho que las probabilidades de que hubieses nacido y hubieses sido tú son de una entre 102.685.000, así que por supuesto que la vida está hecha para todo el mundo; nuestros cuerpos están formados de la materia de las estrellas, y si eso no te convence de que tenemos derecho a estar en este universo, no sé qué lo hará.

O quizá solo pude haberte escuchado. Quizá lo último que necesitabas eran más palabras. Quizá solo necesitabas que alguien te escuchase de una vez por todas.

Con cariño y arrepentimiento,

JUDITH

Chaim

Estamos en la azotea de los recreativos, los chicos, Judith, Reyes y algunos de los primos de Andy. Los Estévez son una de esas familias raras, tan grande que no todos los miembros caben en Santa Ana.

Nico Arias, uno de los primos, el escuálido y bajito, está tocando la guitarra y todos los demás cantamos bastante desafinados, como si cada uno tuviera una canción distinta en la cabeza.

Yo soy como el chile verde, Llorona

Picante, pero sabroso

Yo soy como el chile verde, Llorona

Picante, pero sabroso

Hasta hace un rato estaba bastante nervioso porque las chicas hubieran venido, ya que los primos son casi tan cazurros como Andy, solo que más brutos y con menos autocontrol. Pero al final las cosas han ido bien y, de todos modos, estoy bastante seguro de que tanto Reyes como Judith pueden defenderse solitas de cualquier burrada.

No sé qué tienen las flores, Llorona

Las flores del camposanto

No sé qué tienen las flores, Llorona

Las flores del camposanto

Que cuando las mueve el viento, Llorona

Parece que están llorando

No he vuelto a hablar de *eso* con Judith. Hoy, cuando he ido a buscarla a casa de su abuela (sigue durmiendo allí, naturalmente, y es un milagro que a su padre de momento le parezca bien) nos hemos quedado mucho rato solos, en el jardín, fumando y hablando. Hubo un momento entre que yo terminé mi cigarrillo y ella apuraba el suyo en que nos quedamos muy callados, como no sabiendo qué decir, y apuesto lo que sea a que los dos teníamos lo mismo en la cabeza solo que, claro, ninguno se ha atrevido a decir nada.

Ay de mí, Llorona, Llorona, Llorona

Llévame al río

Ay de mí, Llorona, Llorona, Llorona

Llévame al río

Tápame con tu rebozo, Llorona

Porque me muero de frío

Enseguida estamos todos hablando. De Ira y de la poli (*a la mierda la poli*), y de Santa Ana y de la gente que escapó de sus garras. Solo Judith, Nico Arias y yo nos quedamos callados. Es un tipo gracioso ese Nico Arias; termina su canción y se va, así como lo cuento.

Judith y yo no paramos de mirarnos sin decir nada, como concentrados en nuestra propia charla silenciosa.

No me encuentro demasiado bien y no puedo seguir la conversación de los Estévez del todo de lo mareado que estoy. Es como si mi piel estuviese en llamas, así que me levanto, alzo mi paquete de cigarrillos en el aire y musito algo de ir a fumar uno rapidito, lo cual es estúpido porque ya estamos fuera y no hay ninguna razón para que me vaya.

Pasos. Jadeos. Me doy la vuelta y ahí está ella, toda rizos cobrizos, lunares y dientes torcidos.

—¿Te importa que fume contigo, Capitán América?

—Para nada, Peggy Carter. Oye, siento mucho lo del otro día.

Judith no me contesta o, mejor dicho, no le doy tiempo a hacerlo. Me estoy dando cuenta de lo mal que ha sonado eso y me apresuro a precisar:

—O sea, todo lo de tu padre. Lo otro..., bueno, lo otro me gustó.

Eso no suena mucho mejor, y me doy una palmada en la cara con la mano que no sujeta el cigarrillo (no soy *tan* tonto) mientras me pongo más y más rojo.

—Perdona, me estoy comportando como un idiota.

—Te estás comportando como Chaim Péntek —dice con una enorme sonrisa, y se muerde el labio inferior—. Y me gusta.

Asiento porque ahora soy yo el que está sonriendo como un bobo, que es más o menos como me siento.

—Pero sí que lamento mucho lo de tu padre. No sé. Me siento un poco mal. Siempre me estoy quejando de mis padres, que en realidad son de fábula, y..., bueno, eso. Es una putada.

—Sí.

Nos sentamos, y fumamos y miramos a los coches pasar. A veces decimos algo, no gran cosa, pero sobre todo fumamos un cigarrillo tras otro y nos miramos a los ojos.

Judith

Trago saliva. Me arde la nariz.

—Lo único que me está jodiendo es que tengo un miedo terrible a ser como él —digo, y no tengo que mencionar a papá porque sé que Chaim puede leer mis silencios a la perfección—. Saulo era como él a veces, en sus peores momentos. —Me humedezco los labios—. Cuando era pequeña, mi abuela decía que el problema eran los ojos verdes, que por ahí se nos escapaba el mal genio a papá, a Saulo y a mí. Joder, solo espero no ser nunca como él.

Me mira.

—No vas a ser como él. Nunca.

Sus palabras suenan como brujería, como un hechizo, y por un segundo o dos le creo.

—Seremos distintos —digo, y ahora estoy hablando del barrio entero.

—Tú sí, eso seguro. Yo no sé qué voy a hacer con mi vida. No soy bueno en nada.

—Dijo el mejor boxeador de Santa Ana.

Se ríe.

—Oh, sí, eso va a llevarme muy lejos. Al hospital, por ejemplo. O a la trena.

—Solo si sigues boxeando fuera del ring.

Sus cejas tiemblan.

—Sí, en cuanto a eso... Oye, siento muchísimo haber...

—No, no lo sientas. Yo no lo siento. Se lo merecía.

Las palabras gotean de mi lengua como la miel.

Se... lo... merecía.

Cojo la mano de Chaim. Solo puedo pensar en que ayer me besó y yo lo besé a él, y en que acaba de decirme que le gustó (más o menos) y en que la Judith de «antes» no habría tardado ni cinco segundos en morrearlo aquí y ahora. Un morreo salvaje, loco, de los que acabas con la espalda contra el asfalto y los dedos enredados en unos rizos que no son tuyos.

Esta Judith solo es capaz de cogerle la mano, acariciarle los nudillos y repetirle que es el mejor boxeador de Santa Ana y que, si no llega lejos con eso, lo hará con sus fotografías de cine clásico.

Andy

Verano o invierno, las noches en Santa Ana son siempre iguales. Empiezan con fuego: el sol ardiendo en el horizonte, las hogueras improvisadas en el parque o las colillas encendidas de los cigarrillos. Solo en Santa Ana la destrucción y la belleza podrían mezclarse como acuarelas de distinto color.

Mis primos han empezado a irse uno a uno (después de todo, la mayoría no vive en el barrio y son muy conscientes de que este no es el mejor lugar en el que uno puede encontrarse cuando anochece). Reyes ha cogido la guitarra y ha empezado a tocar una canción de Carole King (tiene una de esas voces graves y rasgadas que van de lujo para interpretar *Jazzman*). Judith y Chaim siguen juntos, un detalle que Jacobo, que tiene la cabeza apoyada en mis piernas, no deja de comentar con distintos grados de diversión.

—¡Me aburro! —suspira al fin—. Eres muy guapo, Estévez, ¿lo sabías?

—Sí.

Reyes emite una risotada vampírica.

Jacobo empieza a jugar con la cremallera de mi sudadera.

—Entretenme, Estévez, o te juro que me moriré.

—Pues muérete —digo, y me río—. Tengo que ir a hacerle la cena a mis hermanos. Hoy mis padres curran hasta tarde.

Jacobo se incorpora.

—¿Quieres que te acerque?

—Nah, ya sabes que vivo aquí al lado. Además, he traído la bici.

—Puedo meterla en el maletero.

—¿En *tu* maletero? Pero si no cabe ni un gato. Está bien, de verdad. No tardaré ni cinco minutos.

Reyes deja de tocar.

—¿Seguro que no quieres que te acompañemos al menos? —me pregunta.

—Segurísimo. Total, ¿pa qué? ¡Os veo mañana en clase!

—Hasta mañana, caraculo —me dice Jacobo, y me da un beso en la mejilla—. Si preparas enchiladas, guárdame unas pocas, que ya sabes que me vuelven loco.

Me vuelvo hacia él mientras camino.

—Lo haría, pero comes más que un lobo. A ti sí te guardo algunas, Reyes, que me caes bien.

Y le guiño un ojo, y me cuelgo la mochila al hombro y me voy.

Un flash. Ocurre casi como a cámara lenta, como en una película. Un coche acaba de doblar la esquina, que veo perfectamente desde mi portal, en el que estoy fumando, y ahora está aparcando.

—¡Eh, Estévez!

Mi reflejo en el cristal de la puerta se parece a un búho viejo y asustado. Bueno, dice mucho de la pandilla de Carlos Ferrán que hayan venido todos (cuento unos seis) a por mí.

Un largo silbido.

—¡Eh, Estévez, ven aquí, tío, ven aquí!

Rebusco mis llaves en el bolsillo de los vaqueros, pero no soy lo suficientemente rápido. Algo brusco y pesado cae sobre mi espalda, y lo siguiente que sé es que estoy en el suelo con un regusto metálico en la boca y las rodillas huesudas de Carlos Ferrán sobre mi pecho. Tirándome del pelo, hace que suba la cabeza. El filo plateado de una navaja brilla en su mano.

—Nadie le toca un pelo a mi hermano, Estévez.

Los otros chicos de la pandilla están acuclillados frente a nosotros, esperando. Uno de ellos, ese grandote con acné, tiene las rodillas sobre mis piernas, y el larguirucho pelirrojo me tiene agarrado de los brazos. No hay manera de que pueda escaparme de aquí.

Trago saliva.

—¿Qué pelo, Ferrán?

Hunde la punta de su navaja en mi cuello.

—Ojo por ojo y diente por diente, hijoputa. —Hace más presión con el filo contra mi piel—. ¿De izquierda a derecha o de derecha a izquierda?

Ojalá todavía tuviese las llaves en el bolsillo. Ojalá tuviese a mano una botella, o la cadena de mi bici o cualquier cosa que pudiese usar y rápido.

Ojalá acaben deprisa. Ojalá no hagan mucho ruido. Ojalá mis hermanos no salgan a la ventana y se den cuenta de lo que está pasando.

Contengo la respiración.

—Como te sea más cómodo, Ferrán. El resultado es el mismo.

Chaim

Benja, el mayor de los hermanos pequeños de Andy, me llama cuando ya estoy entrando en casa. Sus palabras se amontonan las unas sobre las otras, todas blancas y afiladas, y no puedo entender lo que me está diciendo y al mismo tiempo sé perfectamente lo que está pasando, y esto no puede ser real, y creo que es mi culpa y hace una hora le estaba tomando el pelo en los recreativos... Esto no es justo.

No me muevo hasta que llega mamá. Todavía sujeto el teléfono, mi mano caliente y sudorosa contra mi oreja. Mamá no me dice nada, y no sé si se ha enterado o si se lo he contado yo y no me he dado cuenta. Siento que me ahogo pero no lloro; la voz de papá, ahora aquí también, me llega muy lejana, y no soy completamente consciente de que estoy caminando hasta que llego a la calle de nuevo y el viento frío me golpea la cara.

~~Odio este barrio. Este es mi barrio.~~

~~Ojalá volviera a Budapest. No me iría nunca de aquí.~~

Cuando llegamos, todos están en la sala de espera. Benja, a sus quince años, con los ojos grises fríos y mucho más endurecidos que la mayoría de los adultos que conozco; Elisa, la hermana de trece, que no aparta la mirada de sus zapatos; Ernesto y Salo, los gemelos de nueve, que se dan turnos para jugar al Candy Crush en el móvil de Benja.

—¿Qué tal está el chaval? —dice alguien, no sé si papá o yo.

El padre, de pelo ralo y nariz aguileña, responde con un movimiento de la cabeza. No veo a la madre por ninguna parte, así que supongo que estará con Andy, y lo primero que me pasa por la cabeza es que eso está bien y significa que Andy está vivo.

Siento que voy a vomitar de un momento a otro.

También está aquí Jacobo, claro, los ojos rojos y húmedos, y los labios, apretados, tan colorados e hinchados que apenas se distingue el contorno.

—No tenemos ni puta idea —responde, su voz más nasal y ahogada que nunca—. Voy a partirle las piernas a ese cabrón. Te juro que voy a matar a ese hijoputa aunque sea lo último que haga.

Me siento a su lado y le paso una mano por la espalda, pero enseguida se encoge sobre sí mismo y llora de manera histérica, insaciable, como nunca he visto hacerlo a un hombre adulto en mi vida (solo que nosotros no somos adultos, ¿de qué estoy hablando?). Lloro de manera que pueda sentir el dolor. Luego se queda muy quieto, palidísimo, y me temo que se haya desmayado hasta que lo oigo maldecir y soltar tacos en voz baja.

No parece que nadie vaya a salir a decirnos nada pronto y no tiene mucho sentido quedarse aquí, de modo que levanto a Jacobo, no sé cómo, y me lo llevo a tomar algo a la cafetería.

Dentro resulta evidente que los camareros piensan que estamos aquí por algún lío de bandas y no nos molestan mucho ni les importa todo el ruido que estamos haciendo. A lo mejor están acostumbrados a ver escenas parecidas, eso yo no lo sé, pero por el momento estoy gastando todas mis fuerzas en mantener a Jacobo, con su más de metro noventa, sentado frente a la mesa y bebiendo su Cola-Cao.

—Voy a cargarme a ese cabrón.

Ahora sí que no puedo agarrarlo y se levanta, y al hacerlo la taza cae al suelo y una de las camareras hace acopio de valor y nos dice, no de muy buenas maneras, que esto es un hospital, no un club de boxeo.

«Ojalá fuese un club de boxeo», pienso. Ahí las peleas son nobles. Ahí no hay mala sangre. Ahí nadie te asalta por la espalda.

—Vamos, tío —le digo a Jacobo, arrastrándolo como puedo hasta la calle.

Él, temblando y con la cara cubierta de sudor, solo señala a los camareros y escupe:

—¡Sois unos mierdas! No sois mejores que nosotros por no ser del barrio, ¿eh? ¡Clasistas de los cojones!

—Vamos, tío, vamos —repito, sudando yo también.

Me sorprende lo fácil que es tirar de Jacobo ahora hasta que llegamos afuera y él empieza a caminar encogido, con las manos en los bolsillos y una mirada que le he visto muchas veces a muchos tipos del barrio, pero jamás a él.

—Eh, tío, pero ¿adónde vas?

Se vuelve hacia mí.

—¡Ya te lo he dicho, Péntek! Voy a matar a Carlos Ferrán y no me importa lo que me pase, así que ni se te ocurra venir conmigo, porque no pienso meteros en más problemas a ninguno de los dos.

Hablar de Andy duele.

Consigo correr hasta alcanzar a Jacobo y lo detengo con toda la fuerza de mi cuerpo, como un jugador de fútbol americano.

—Vale, muy bien, ¿es que quieres ir a la trena? Eres mayor de edad, tío, a ver si se te mete en la cabeza.

—¿Y qué?! —Me agarra los antebrazos y, cargando contra mí, trata de apartarme—. Me importa una puta mierda, a ver si se te mete eso a ti en la cabeza.

—¿Y qué? ¡Mucho! Eres mi mejor amigo, ¿crees que no me va a matar que te enchironen? ¿Y a tu madre qué, eh? ¿Y Andy? ¿Crees que no va a necesitarte ahora, cabezota de mierda?

No sé si son mis palabras, la fuerza que sigo ejerciendo sobre él o lo mucho que está llorando ya, pero Jacobo cae al suelo hecho un ovillo rojo y asustado.

—Le han hecho daño a Andy, Chaim —logra decir, y me acucillo junto a él, lo abrazo y lo aprieto contra mí.

—Ya lo sé, tío, ya lo sé.

—Fue culpa mía.

—No, creo que la culpa fue mía.

Sacude la cabeza.

—Vete a la mierda, Chaim, tú nunca has hecho nada malo en tu vida. Es mi puta culpa, joder. Soy un bocazas y un desgraciado. Si me hubiese quedado quietecito...

—Va, hiciste lo que tenías que hacer.

Vuelve a menear la cabeza de un lado a otro.

—¿Y eso qué importa ahora? —suelta un taco—. Andy es mejor que yo, tío. A mí no me habría importado hacerle cualquier cosa a Néstor Ferrán, pero fue él quien me convenció de no hacerle daño. Deberían haberme asaltado a mí. Yo me merezco todo lo que me pase, tío, pero Andy...

—No —digo—. No es verdad. No te mereces todo lo que te pase. Y Andy va a estar bien, te lo prometo. Andy va a estar bien y tú vas a estar bien también. Todos vamos a estar bien.

Judith

Cuando me entero ya estoy en pijama, de modo que no pierdo tiempo en cambiarme de ropa. Me pongo por encima el abrigo de cuadros que usa la abuela cuando cuida de su jardín lunar, me calzo las botas y le explico a mamá, como puedo, lo que ha pasado.

No me hace preguntas. Solo me acompaña al coche, pone la radio y me lleva al hospital.

Cuando llego Chaim está fuera, sentado en un banco y comiendo una chocolatina. Mamá le pregunta si quiere que lo lleve a algún sitio, pero él dice que no, que sus padres están dentro y que de todos modos aún no quiere volver a casa.

—Podemos acercar a Judith después —dice, y a mamá, que tiene que madrugar mañana, no cuesta mucho convencerla.

Me siento en el banco junto a Chaim. Lleva puesta la sudadera de Jacobo, que le viene tan larga que se la ha calado hasta las rodillas flexionadas, y visto así parece mucho más joven y asustado que sus diecisiete años.

—¿Cómo está Andy?

Hace una mueca.

—Mal. Jacobo está con él. Yo subí a verlo un ratito, pero tenía un aspecto..., no sé, no parecía él. No sé. Me dio un mal rollo tremendo, así que me bajé otra vez.

Hipa. Tiene los puños cerrados sobre las rodillas, y se ha estado rascando tanto que la piel en el dorso y alrededor de las uñas está en carne viva, roja e hinchada.

Muy lentamente, pongo mis manos en las suyas y da un respingo. Luego se encoge más y apoya la cabeza en mi hombro. Le digo que todo irá bien.

—Andy se pondrá bien. Tiene que hacerlo.

Tengo una fe inquebrantable en lo que estoy diciendo. Es la hora mágica, la hora especial. Cualquier cosa que digas a las dos de la madrugada tiene el poder de hacerse realidad. Es la hora de los locos, de los soñadores y de los desesperados.

Chaim se sorbe los mocos.

—¡No es justo! Andy no debería estar ahí arriba, en esa cama, y sus padres no deberían estar sentados con una crisis nerviosa, y Jacobo y yo no deberíamos estar aquí esperando a que nos encierren o a que nos maten o algo así.

Mi labio inferior tiembla. Pienso en tu mirada todas aquellas noches hasta que desapareciste, y pienso en la pandilla y en cómo todos habían sido unos chicos normales hasta que el barrio sacó lo peor de cada uno, y pienso en cómo todo este tiempo Chaim había sido distinto.

—Eh, venga, no hables así.

—Vamos, Jud, sabes que es verdad.

Paso la mano por su espalda, en constante temblor, y lo acaricio hasta que respira más pausadamente.

—No tiene por qué ser así. Chaim, mírame, puede ser diferente para ti..., para *nosotros*. Puede ser diferente para ti y para mí. Mírame, Chaim.

No lo hace. No puede. Tiembla como un niño pequeño, como yo aquella noche con el teléfono todavía entre las manos, como Carlos en tu funeral, como papá al darse cuenta de que no ibas a volver.

—Así son las cosas —logra decir—. No hay que hacerse mala sangre por ello.

Acerco mi cara a la suya. Desde esta distancia puedo ver todas sus imperfecciones: las arruguitas junto a las comisuras, el eccema sobre sus mejillas, la piel seca en el puente de la nariz y la pequeña cicatriz bajo la ceja derecha.

—No dejes que el mundo te endurezca, Chaim. Por favor. Solo hay un tú. Y siempre puedes hacer con tu vida lo que te dé la gana.

Me doy cuenta ahora. No pude ayudarte; en realidad, ni siquiera fui consciente de lo mucho que necesitabas que alguien te echase una mano. Pero puedo ayudar a Chaim, y a Jacobo y Andy. Puedo empezar a tener esperanza en que las cosas vayan a cambiar, pese a todo.

Cuando Chaim se calma un poco entramos en la capilla del hospital. Es una capilla católica, naturalmente, y Chaim es judío y yo no creo en nada en absoluto, ni en dioses, ni en vida más allá de la muerte, ni en milagros, ni en el alma, pero es todo lo que tenemos a mano y he de admitir que solo estar aquí trae algo de paz.

Me santiguo por costumbre. Chaim, con los ojos cerrados, se deja caer en uno de los bancos y se lleva su estrella de David a los labios. Reza en hebreo y en susurros, temblando de arriba abajo.

—*Mi Sheberakh. Avoiteniu: Avraham, Yitzhak, v'Yaakov, v'Imoteinu: Sarah, Rivka, Rachel v'Leah. Hu yivarekh virapei...*

Cuando termina, todavía aferrado a la estrella de David, me mira y dice:

—Es la oración a los enfermos.

—¿Me la enseñas?

No tengo más fe ahora que hace dos minutos, pero sí creo en el poder anestésico de las palabras. Creo que los lugares silenciosos en los que la gente reza, como este, quedan impregnados de algún tipo de paz.

Chaim sonrío, me coge la mano y asiente.

—Que aquel que bendijo a nuestros ancestros, los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, y las matriarcas Sara, Rebeca, Raquel y Lea, bendiga y cure al que está enfermo: Andy, hijo de Domingo. Que el Señor tenga compasión de él, lo reponga y lo cure, que le dé fuerzas, que lo llene de vida. Que el Señor le traiga una pronta recuperación del alma y del cuerpo, que se lleve a su

vez todas las enfermedades del pueblo de Israel y de toda la humanidad pronto, sin tardanza, y que nos permita decir a todos amén.

—Amén.

Reyes

Soy dura. Eso es lo que soy, la tipa dura del barrio, metro ochenta y tres de coraje y audacia. Yo soy la fuerte, el pegamento que mantiene unidos a los demás, así que conservo la calma.

Cuando Judith y yo llegamos a la iglesia abandonada de la calle San Pedro podemos oír, lejanas pero muy claras, las voces de los chicos de la pandilla. Gritos. No exactamente risas, pero algo parecido. Aunque el ambiente no es de celebración, nadie en la pandilla se comporta como si acabasen de mandar a un chico a urgencias.

Néstor es el único que no dice nada. Está sentado, los ojos fijos en las tablillas del suelo, su rostro iluminado por la lámpara que los chicos han improvisado con una lata llena de arena rociada con gasolina y una cuerda con mecha. Solo levanta la vista al oírnos entrar, sus labios entreabiertos y temblorosos como temiendo las palabras que podrían salir de ellos.

Carlos le da un trago a su botella. Sonríe.

—Cuánto tiempo. Creía que me odiabas.

—Queremos hablar contigo —dice Judith, dando un paso, y después se dirige a la pandilla—. Sin público.

Carlos nos conduce a la parte trasera de la iglesia, al jardín desde el cual se pueden escuchar las olas romper y donde el aire es tan frío y húmedo. Se apoya en la ventana, las manos en los bolsillos. No le doy tiempo a hablar.

—¿Cuál es tu jodido problema, Carlos?

Alza las comisuras de los labios.

—¿Qué pasa? —Se vuelve hacia Judith—. ¿Te ha ido llorando tu novio o qué?

No pienso en nada. Tengo la mente absolutamente en blanco y, a pesar del frío, mi piel arde y me abalanzaría sobre Carlos aquí y ahora si no estuviésemos bastante en la mierda ya.

Judith aprieta los labios.

—Chaim Péntek no es mi novio, y tú y tu hermano tampoco, así que aunque lo fuera no es asunto tuyo.

Se da una palmada en las pantorrillas.

—Entonces ¿para qué estáis aquí?

Soy yo la que contesta, mi pelo brillando rojo bajo la luna, mis labios apretados y salpicados de blanco.

—Casi has matado a alguien hoy.

—Ojo por ojo y diente por diente.

Chasco la lengua. Ahora mis manos están sobre los hombros de Carlos.

—Estévez solo le dio un susto a tu hermano. Tú casi lo matas. ¿Es que no te importa?

—No es la primera vez que hace una salvajada —sisea Judith—. ¿Héctor Montoya?

Las cejas de Carlos caen primero y se alzan después, con comprensión, al escuchar el nombre de Héctor.

—Ya sabéis cómo es el barrio.

Lo empujo contra la pared.

—No le echas la culpa al barrio —escupo— cuando quieres hablar de ti. Antes no eras así.

El pasado sangra en su piel tanto como en la nuestra.

—Vosotras tampoco sois las mismas. Antes os importaba la familia.

Judith sacude la cabeza.

—Tú no eres nuestra familia.

—Entonces sigo sin saber muy bien qué haces aquí. Nada de esto habría pasado si hubieses sabido ser leal a los tuyos.

Judith se acerca a Carlos y, como en un baile, yo me aparto.

Hoy Carlos aprenderá que la guerra tiene nombre de mujer.

No sé cómo, Judith se lanza sobre él, y tal vez sea por la sorpresa, pero Carlos no hace ningún movimiento. Judith lo coge por el cuello del jersey y la espalda de Carlos se estampa contra la ventana.

Arquea una ceja.

—¿Vas a pegarme? No creas que no voy a devolvértela porque seas una chica.

Camino hacia ellos, una leona defendiendo su territorio. Pero esto es algo entre Carlos y Judith, aunque haya un mar rojo en mis venas en plena ebullición.

—Bien, porque si te parto la cara, quiero que sea de manera justa.

—Vamos, hazlo, ya verás lo bien que te sientes.

Apoyo la mano en el hombro de Judith.

—No le des el gusto. No merece la pena.

Pero yo le clavo las uñas en el cuello a Carlos.

Odio que Saulo fuese su amigo.

Odio que Saulo fuese *mi* amigo.

Odio que su nombre sepa a sangre en mi lengua.

Odio que haya roto tantas cosas dentro de Judith y dentro de todos nosotros.

Arremeto contra él con toda la fuerza de mi cuerpo y lo empujo contra la pared.

—Espero que te lo pases bien en el reformatorio.

Cojo aire, entrelazo mis dedos en los de Judith y empezamos a caminar.

—Sois unas zorras.

La voz de Carlos es un silbido frío en mis oídos. Me vuelvo hacia él.

—A lo mejor sí, pero tú no eres mejor que nosotras.

Chaim

Jacobo y yo dormimos en la sala de espera, la cabeza contra la pared, los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas estiradas. Cabeceamos con los ojos cerrados, más en el hospital que en el sueño por si pasa algo.

Al final nos despertamos a eso de las seis, cuando la luz fuera es tan fría y tan blanca, y nos ponemos a hacer los deberes de lengua en parte porque acabamos de acordarnos de que los teníamos y en parte por hacer algo para no pensar. Tenemos planeado quedarnos aquí hasta que Andy se despierte o hasta que nos dejen verlo otra vez, pero su madre nos pide que vayamos a clase, y ninguno de los dos encuentra las fuerzas para decirle lo contrario.

Ocurre lo que tiene que ocurrir. Cuando llegamos al insti es imposible no reparar en Carlos Ferrán y su particular banda de bravucones. De hecho, viene él hacia nosotros y se sienta en el pupitre de delante, y no nos importa mucho que Judith y Reyes nos digan que no le hagamos caso y que solo quiere provocar.

—Tenéis cara de haber dormido poco —dice, una sonrisa en su cara, y esta vez ni siquiera sus amigotes le ríen la gracia—. ¿Algún problema?

Jacobo, que hasta ahora ha permanecido muy quieto y en silencio, se remueve en su asiento.

—Ya no soporto más a este gilipollas —musita, más para sí mismo que para cualquiera de nosotros—. El problema lo vas a tener tú, capullo, ¿me oyes? Me importa una puta mierda que entres y salgas del reformatorio como de una discoteca. A donde te voy a mandar vas a entrar con los pies por delante, y te juro que de ahí no sale nadie.

—¡Jacobo Herrero!

Jacobo se levanta, y soy muy consciente de lo que va a hacer a continuación, porque yo soy el que salta, coge a Carlos por detrás y lo inmoviliza. Quiero que el primer puñetazo le pertenezca a Jacobo.

Y al final parece que no hace falta ni un golpe para que nos echen a patadas de este antro, porque la señorita Muñoz, que estaba preparando las diapositivas, viene corriendo hacia nosotros. Temblando, pero sin cambiar la expresión, pone su mano nudosa en mi brazo hasta que reduzco la presión sobre Carlos. Luego mira a Jacobo, muy fijamente, hasta que él nos enseña las palmas, en señal de rendición, y da un paso atrás.

La puerta del despacho de la señorita Muñoz se cierra con un crujido.

—Tomad asiento, por favor —nos dice a Jacobo y a mí.

Se deja caer sobre el sillón sin parar de suspilar ni de señalar las dos sillas frente a su escritorio. Su mirada es indescifrable.

Intento intercambiar una mirada con Jacobo, pero él solo saca su batido de la mochila y empieza a beber, sus labios fruncidos en una línea muy fina.

—Me sabe mal que te volvamos a molestar...

La señorita Muñoz, por descontado, no me deja terminar.

—Quiero que sepáis que lo que habéis hecho hoy ha sido una irresponsabilidad y...

Jacobo chasca la lengua.

—¡Venga ya, seño, pero si no le hemos hecho nada a ese capullo!

Según mi experiencia, la señorita Muñoz no es una persona a la que un impropio o una falta de respeto causen demasiada impresión. Hoy, sin embargo, apoya una mano en el borde de su escritorio y se inclina más hacia nosotros.

—Esto no es un juicio. No os he llamado para discutir si intentar darle una paliza a un compañero es justo o no. Os he llamado porque este centro tiene unas normas, normas que desgraciadamente os habéis saltado en más de una ocasión, y también unos procedimientos que indican qué se debe hacer en casos como el vuestro y que están por encima de mí y de *mi opinión*.

Arquea las cejas por encima de la montura de sus gafas de media luna al decir estas últimas dos palabras, sus ojos centelleando grises sobre nosotros.

Jacobo baja la vista.

—Disculpa, seño, pero...

—No quiero oír excusas. Os dije a principio de curso que pretendo que todos mis estudiantes se gradúen. Sigue siendo así. Pero me temo que el director Sotomayor y la normativa de conducta están por encima de mí y que, por lo tanto, deberéis graduaros en otro centro. —Abre el primer cajón de su escritorio—. Hay un instituto que quiero recomendaros...

—¡Pero esto es muy injusto! —Jacobo se pone en pie y, al hacerlo, su batido cae al suelo—. Ni siquiera nos peleamos y, en todo caso, tendríais que expulsarme solo a mí.

Algo frío y húmedo me aprieta el estómago. Sé que debería sentirme peor porque me estén largando de aquí, pero lo único que tengo en la cabeza es a Ira y lo decepcionado que se sentirá, y también a mamá y a papá y todas las discusiones sobre dinero y antisemitismo que tuvieron antes de que nos mudáramos aquí. Pero sobre todo pienso en Andy, claro, en Andy y nada más, y por mucho que me esfuerce no me puedo sentir ni un poco culpable por haber saltado sobre Carlos.

La señorita Muñoz coge aire.

—Me temo, Jacobo, que tanto yo como vuestros compañeros hemos visto *vuestras* intenciones. Las de los dos.

Jacobo se vuelve a sentar. Todo su cuerpo se agita como aquella noche en el hospital, sus ojos de nuevo con ese brillo tan especial, sus mejillas teñidas de un poderoso rojo.

—Bueno, pues es una mierda. ¿Sabes lo que ha hecho ese cabrón de Carlos Ferrán? Pues casi

mata a un chico, y si te has fijado en el pupitre que estaba vacío, a lo mejor adivinas a quién me refiero.

—Jacobó, por favor, cálmate. Estoy intentando ayudaros.

—Entonces no me digas que me calme, seño, no me digas que me calme porque esto es una puta mierda. ¿Por qué estas cosas solo pasan en barrios como el nuestro, eh? Si dos chavales se pegan en el centro de la ciudad son solo cosas de niños y todo el mundo a casa, pero si lo hacen aquí son rollos de bandas y ya viene la pasma a meter las narices.

—Jacobó, por favor...

La señorita Muñoz se levanta e intenta ir hacia él, pero Jacobó se aparta, los ojos rojísimos y llenos de lágrimas.

Me muerdo el labio inferior.

—La culpa siempre es de chavales como Jacobó y como yo, ¿sabes? Porque si dices que un negro y un húngaro le dieron la paliza de su vida a un chico blanco, a la gente *sí* le importa, pero si un chico blanco deja a un latino medio muerto delante de sus hermanos pequeños, bueno, ahí todo el mundo callado, porque seguro que son rollos de bandas. Si nos queréis ayudar, primero os tendrían que importar también las cosas que pasan en la calle, no solo lo que hacemos aquí. —Trago saliva—. Si vais a expulsarnos, deberíais echarle un vistazo a lo que han hecho Carlos y su pandilla también.

La señorita Muñoz se sienta de nuevo. Mejor dicho, todo su cuerpo se desploma sobre la silla, como si hubiese agotado sus energías solo hablando con nosotros. Su boca se abre en forma de O.

—¡Chaim Péntek! —Contengo la respiración; es la primera vez que la oigo gritar—. Todo lo que les ocurre a mis alumnos, ¡todo!, fuera de estas aulas me importa, como profesora y como persona. Sin embargo, como profesora, no puedo ayudaros de otra manera que no sea esta. *Como profesora...* —Abro la boca para contestar, pero ella me calla alzando el índice—. Todavía no he acabado. ¿Creéis que no le importáis a nadie aquí? Bueno, pues yo os aseguro que os equivocáis, y perderíais el tiempo tratando de discutirlo. Nos importáis, a mí y a otros de vuestros profesores, pero las cosas que podemos hacer un puñado de personas son limitadas. Ya os he dicho que quiero que os graduéis, y este centro...

Jacobó, que ha empezado a respirar con más normalidad, cruza las piernas.

—¿Por qué iban a cambiar las cosas en ese centro? Sigue estando en el barrio, y aquí todo está muy crudo.

—Es un centro especializado para alumnos que... que no lo han tenido fácil.

Frunzo el ceño.

—Eso suena como un reformatorio, y ya ves cómo quedan los que salen. Metes a un chico un poco violento y sacas a un delincuente profesional.

La señorita Muñoz sacude la cabeza y nos entrega los panfletos.

—Es un buen centro. Lo conozco personalmente. No os lo recomendaría de no ser así.

Unos pasos. La puerta vuelve a crujir y al abrirse podemos ver en el umbral la cabeza calva

del director Sotomayor.

Sotomayor parece contento de darnos la patada al fin. Toda su cara resplandece de alegría, e incluso la luz del sol se refleja en su cabeza como la corona de un santo, solo que él está tan cerca de ser santo como yo de graduarme en Ingeniería Aeroespacial.

Muñoz se vuelve hacia él, muchas más preguntas reflejadas en su rostro arrugado de las que podría pronunciar con palabras.

—Solo quiero hablar con los chicos, Muñoz.

Ella se quita las gafas.

—Y yo solo quiero que entiendan bien sus opciones. Enviaré a los chicos a tu despacho enseguida, pero antes me gustaría terminar nuestra conversación. Este podrá ser tu instituto, pero este es mi despacho y estos todavía son mis alumnos, de modo que te agradecería que nos concedieras un par de minutos.

Con esa sentencia lapidaria, Sotomayor asegura que pretende vernos en su despacho a y media y cierra la puerta.

Jacobo y yo miramos a Muñoz, los brazos cruzados y las cejas alzadas.

—Bueno, eso sí que ha sido echarle ovarios —digo yo.

Y Jacobo:

—¿Y ahora qué?

La señorita Muñoz vuelve a ponerse las gafas.

—Ahora os escucho. Creo que ya es hora de que alguien lo haga.

Chaim

Andy está sentado sobre su camilla, de cara a la ventana, envuelto en un grueso jersey del color de la miel. Hay vendas en sus manos, y vendas en su cuello y vendas en sus brazos. La humedad vela el cristal de la ventana y la luz, casi opaca, refulge sobre su pelo rojizo como un halo.

—Eh, cabronazo, tu madre nos dijo que estabas despierto.

Sin duda, Jacobo es una persona a la que le gusta causar una buena impresión cuando entra en un sitio.

Andy nos sonríe. Su piel está blanca y parece tan fina como el papel vegetal. Una constelación de venas azules le recorre el rostro.

—Debo de tener un aspecto de mierda.

Me inclino para revolverle el pelo.

—Bueno, sí, pero sigues siendo el más guapo del grupo.

Una sonrisa se arrastra por sus labios.

—¿Era difícil? —Se recuesta, tomando el vaso de agua de la mesilla—. ¿Qué estáis haciendo aquí, de todos modos? Ni siquiera es la hora de comer.

Miro a Jacobo, y Jacobo me mira a mí. Nos medimos mentalmente el uno al otro, podría decirse, y no nos hace falta separar los labios porque Andy, de alguna manera, ya lo sabe todo.

Deja de nuevo el vaso. Se humedece los labios. Las palabras salen lentas, como pidiendo permiso.

—¿Qué habéis hecho?

Jacobo se sienta en el borde de la camilla.

—No tienes por qué preocuparte de eso ahora.

—Desde luego que sí. ¿Os... os han echado?

—Podríamos decirlo así, pero no te preocupes. Tengo un plan.

Andy se lleva una mano a la frente.

—No me gusta la dirección que está tomando esta conversación...

Me siento junto a ellos y, con todo el cuidado del mundo, paso mi mano por detrás de la espalda de Andy.

—Pero sí es cierto que tenemos un plan. Un buen plan. Y no es idea de Jacobo, qué va, sino de la señorita Muñoz. Verás, hay este instituto... este instituto para chavales en riesgo de no terminar los estudios, y vamos a matricularnos en él. La señorita Muñoz dice que pueden traspasar nuestros expedientes.

Jacobo acaricia el brazo de Andy.

—Que tampoco son una maravilla. ¡En fin! Ya puedes ir pensando en hacer algo para que te echen a ti también porque las clases van a ser un bodrio sin ti.

Las comisuras de Andy tiemblan.

—Más bien van a ser una pesadilla para cualquiera que os rodee. Falto un día y ya conseguís que os expulsen.

—Para que veas cuánto nos haces falta. —Jacobó lo abraza; es uno de esos abrazos largos en los que hundes tu cabeza en el hombro del otro y no lo dejas ir, como si temieras que de alguna manera ese momento mágico fuese a desaparecer—. Me has dado un susto de muerte, chavalín. Si no hubiese sido por Chaim, habría ido a partirle la crisma a ese malnacido.

—Pues me alegro. La violencia no soluciona nada... —susurra con la voz velada.

Andy está otra vez de cara a la ventana, tan cargado de luz como antes.

Jacobó le da una palmadita en el brazo, sus ojos de nuevo con un brillo misterioso, su nariz salpicada de rojo.

—Claro que no, tío, claro que no. Ya sabes que no tengo mucho coco. Pero voy a intentar hacer las cosas bien. De verdad. Por ti, tío, por ti. Por ti cualquier cosa.

La mirada de Jacobó permanece sobre la de Andy unos cuantos segundos más. Después la desvía y se concentra en el reloj de su muñeca, claro, porque hay palabras y sentimientos tan pesados que ni siquiera una habitación de hospital puede contener. Es un poco como en la cárcel, supongo.

Eso es lo que pasa aquí. Da igual en qué parte del barrio te encuentres o lo que estés haciendo. Encestando triples o haciendo grafitis en las paredes. Uno vive y le reza a cualquier dios en el que crea para no meterse en líos, pero al final los líos siempre vienen a ti.

Y el cielo sigue siendo el cielo. Y la luz sigue filtrándose fría a través de una ventana. Otras muchas vidas se rompen ahí fuera por la misma violencia que te quema la piel, y lo más probable es que nunca sepas nada de ellas.

De todos modos, no tenemos mucho más tiempo para charlar con Andy. Tras un rato se queda dormido, y Jacobó y yo le hacemos compañía hasta la una, más o menos. Después dejamos sobre la mesa las cosas que le hemos traído (su jersey de Altuve de los Astros de Houston, el libro de Richard Siken que estaba en su mesilla, su PSP y unos cuantos videojuegos) y nos vamos.

Judith

Cuando Reyes y yo llegamos a mi casa, Carlos está allí y habla con mi padre como si cosiera palabras en su piel para que no se le olviden jamás. Cuando papá me ve, lo primero que dice no es «buenos días» o «te he echado de menos», sino:

—Ese chico con el que viniste el otro día, ese Chaim, es un delincuente. No quiero volver a verte con él, ¿me oyes? No es una buena influencia.

Mira a Reyes de arriba abajo, desde su pelo que brilla como el oro ardiendo hasta las puntas destrozadas de sus mocasines.

—Y tú tampoco —dice, a pesar de que conoce al padre de Reyes desde siempre, a pesar de que van a ver el partido y a beber juntos todos los domingos—. Mira dónde acabó tu hermano, con las amistades que se traía. ¿Crees que voy a permitir que te pase lo mismo? Sé que a veces soy duro, Judith, pero lo hago porque te quiero, ¿de acuerdo? Porque te quiero. Quiero a mis hijos más que nada en el mundo.

Me gustaría decirle que el amor no debería hacerte sentir como si estuvieses corriendo, desesperada por encontrar el oxígeno. Que el amor no debería hacerte sentir como si fueses la última persona en la Tierra y te murieses de sed. Pero al mismo tiempo quiero abrazarlo y decirle que yo también lo quiero y preguntarle por qué ha tardado tanto tiempo en decírmelo.

—¿A qué has venido? —pregunta al fin, su cuerpo como una torre oscura en el hueco de la puerta.

Reyes lo fulmina con la mirada.

«Para irme», pienso, pero las palabras son afiladas y me cortan la piel.

—A coger algunas cosas.

Y me escabullo a tu habitación antes de que pueda decir o hacer nada más. Al cerrar la puerta oigo, muy ahogada, la voz de Reyes: está hablando con papá y con Carlos, dándome tiempo.

De todos modos, no necesito demasiado. Meto en mi mochila tus libros y algunos de tus cuadernos (los que cubriste). Luego echo un último vistazo a la habitación, el silencio haciéndome daño en los oídos, y salgo.

Papá casi salta sobre mí cuando me ve.

—¿Otra vez a casa de tu abuela? ¡Ya me dirás qué se te ha perdido ahí! Esto no se le hace a un padre, Judith, ¡esto no se le hace a un padre! Mira que querer a esa vieja más que a la persona que te crio...

Cojo aire. Expulso aire. Papá me roba todas mis palabras y me quedo callada, mi corazón latiendo muy fuertemente contra mi pecho, mi cuerpo temblando de la cabeza a los pies.

Reyes me saca de allí, creo, y cuando llegamos a casa de la abuela cojo las tijeras de mi neceser y le pido que me corte la trenza.

Reyes traga saliva, sus ojos fijos en la hoja primero y en mi pelo después.

—¿Estás segura?

—Sí.

Quiero empezar de cero. Quiero dejar de intentar ser la Judith que conociste y empezar a vivir como la Judith que, en contra de todo pronóstico, ha sobrevivido a tu suicidio.

Un corte. Los mechones oscuros se rizan en el suelo del baño. Cuando me miro al espejo, mi pelo acaricia mis hombros.

—¿Cómo lo quieres?

—Corto. Muy corto.

Reyes sacude la cabeza.

—¿Es un buen momento para decirte que puede salir muy pero que muy mal?

Me encojo de hombros.

—¿Qué más da? Con lo rizo que es no se va a notar.

Toma las tijeras de nuevo.

—¿Todo fuera?

Sonrío.

—Todo. Fuera.

Lo primero que hago al mirarme en el espejo es tocarme la cara: recorrer el puente de mi nariz, acariciar el contorno de mis labios. Así, con unos cuantos rizos cayendo sobre mi frente, con el pelo tan corto por detrás, me parezco mucho a ti.

Judith

Vamos a ver a Andy por la tarde, después de la comida, y después del mate y después de jugar al corazones con mi abuela (ella siempre nos gana).

Andy está en la cama, con las rodillas flexionadas y un fino libro negro sobre ellas, y Jacobo y Chaim arrellanados en el sofá de las visitas sin preocuparse mucho de dónde ponen los pies o de si lo están ensuciando.

Al entrar, Chaim, que estaba mirando a Jacobo, se vuelve hacia mí. Sus cejas se alzan y sus labios se separan. No dice nada.

—¡Vaya, tío, tienes un aspecto de primera! —dice Reyes, y se inclina para darle un abrazo a Andy.

Los ojos de Chaim siguen sobre mí. Me llevo una mano a la nuca.

—¿Cómo estoy?

Parpadea.

—De fábula. Como una artista de cine. Eartha Kitt, o Audrey Hepburn, o Katharine Hepburn o Mia Farrow.

Sonrío.

—No conozco a la mitad de esas personas.

—De... fábula. En mi humilde opinión, más chicas con el pelo rizado deberían llevarlo corto. Me vuelvo hacia Andy. Alzo mi mochila por encima de mi cabeza.

—Eh, ¿puedes tomar comida de fuera?

Hace una mueca.

—Probablemente no, pero si me has traído algo, será un secreto entre nosotros cinco.

Le guiño un ojo y abro la mochila sobre su camilla. Lo que cae en la sábana es un caos multicolor: envoltorios lilas, rojos, azules y plateados que dibujan el arcoíris en la pared cuando les da la luz del sol.

—Entonces es tu día de suerte. Reyes y yo nos acordamos de que te gusta el chocolate y prácticamente vaciamos el veinticuatro horas de chocolatinas.

Jacobo pasa las manos por detrás de su nuca y se estira.

—Perfecto para el maratón de *Stranger Things* que pensábamos darnos. ¿Os hace?

Reyes lo mira de reojo.

—Solo si prometes estarte calladito.

Apagamos las luces y bajamos las persianas. La habitación queda iluminada por el resplandor de la pantalla del portátil de Andy y de esa suave luz azulada que siempre acecha los hospitales.

No sé cómo, al final logramos sentarnos los cinco de modo que podamos ver la serie: Andy en la camilla, claro, el portátil sobre la mesita plegable; Jacobo a su lado, con las piernas cruzadas, y Reyes, Chaim y yo apretujados en el sofá de las visitas.

Reyes arruga la nariz.

—Me siento como si fuese de carabina por partida doble.

Jacobo, que mordisquea el cordón de su sudadera, pone los ojos en blanco.

—Yo me siento como si estuviésemos en el principio de una porno.

—Faltan las enfermeras —dice Andy, que sube la sábana hasta su barbilla.

Chaim asiente.

—Y Jacobo y yo no estamos lo suficientemente buenos.

Le doy un codazo en las costillas.

—Va, siempre hay un par de tíos feos en las porno.

—Tu fe en mí es espantosa, Salazar.

Después de eso nos quedamos muy callados, muy quietos, fijos en la pantalla. No hacemos casi nada, excepto comer chokolatinas y soltar algún «guau» de sorpresa (aunque sospecho que todos ya hemos visto *Stranger Things* antes). En algún momento del tercer episodio siento ese calorcito tan agradable de la mano de Chaim cerca de la mía, y no sé cuál de los dos empieza, pero enseguida tenemos los dedos entrecruzados, su pulgar haciéndome cosquillas en la muñeca.

Y no hemos vuelto a hablar del beso. Y no le he preguntado por su expulsión ni por lo que va a hacer ahora, porque me da un miedo terrible descubrirlo. Y no puedo parar de pensar que me gustaría vivir en un momento así, nosotros cinco muy quietos y callados, Chaim acariciándome tan suavemente, como si tú no te hubieses ido.

Judith

Chaim me acompaña a casa de la abuela cuando salimos del hospital. Las enfermeras nos echan a la hora de la cena, que es indiscutiblemente temprano, sobre las siete, pero estamos en esa época del año en el que el cielo ya sangra naranja y púrpura a esa hora, y no nos importa.

Vamos por la altura de la estación de metro elevada. El puente de metal está bañado por esa luz dorada tan cálida. Es entonces cuando lo vemos. Las manos en los bolsillos, la cabeza gacha, los zapatos levantando gravilla mientras camina. Me doy cuenta de qué manera Santa Ana agota sus energías.

—Héctor.

Da un respingo. Se detiene. Al volverse hacia nosotros reparo en lo oscuras que son sus ojeras, como marcas de café en una mesa.

—Eh, Jud, a ti te estaba buscando.

—¿A mí?

Pero Héctor ya no me está haciendo caso. Ha volcado toda su atención en Chaim.

—Eh, tú debes de ser el hermano pequeño de Ira, ¿no?

—El mismo que viste y calza.

Héctor sonrío.

—Un gran tipo, tu hermano, sí, señor.

—Lo sé.

—Un gran tipo. —Héctor alterna la mirada entre Chaim y yo—. Oye, quería hablar con vosotros. Me he enterado..., bueno, me enterado de lo que le ha pasado a vuestro amigo y venía a ver si necesitabais..., bueno, a ver si necesitabais ayuda o algo.

Chaim da un paso hacia él, y Héctor apoya el codo en el pasamanos de la escalera que da al puente.

—¿Para qué, para darle su merecido a Carlos de una vez?

Una risotada. El rostro de Héctor, de pronto, parece extremadamente viejo, pero hay algo en sus ojos grisáceos que me hace pensar en el chico que era hace mucho tiempo, cuando organizaba fiestas contigo que duraban hasta la mañana del día siguiente.

—Preferiblemente, algo que no pueda acabar con ninguno de vosotros en un reformatorio. —Se pasa la lengua por el labio superior; ahora sus ojos están fijos en mí—. Oye, nena, en realidad quería..., bueno, hay muchas cosas que todavía tengo que contarte. No sé, ¿te apetece tomar algo en un sitio más tranquilo y..., bueno, y hablar? Solo si tú quieres, claro. No es nada importante, únicamente cosas que creo que te gustaría saber.

—Claro.

Lo digo sin pensar, como si me ahogase y al fin encontrase oxígeno.

Tú y yo solíamos pasar por esta estación de metro muchas veces. Puedo verte perfectamente, con tu chándal Adidas y tus Jordans y la mochila a la espalda, cargada de tus materiales para tatuar. Venías mucho por esta zona porque Leo Montiel no vive muy lejos de aquí y siempre le gustaron tus diseños.

—Perfecto. Bonito corte de pelo, por cierto. Ahora sí que eres toda ojos verdes.

Empezamos a caminar hacia la cafetería de la estación, pero Chaim duda. Héctor, sin dejar de andar, se vuelve hacia él.

—Venga, pequeño Péntek, te invito a una hamburguesa o algo. Los boxeadores tenéis que tomar mucha proteína, ¿no?

Héctor

Todo el mundo en Santa Ana sabía que yo paseaba por ambas aceras, por decirlo de algún modo. No es que hubiese tenido que decirlo ni nada, simplemente era algo que la gente asumía. Solo sé que un día dejé de cortarme el pelo y empezó a darme igual llevar la vieja cazadora de mi madre o que me viesan con chicos. Había pocas personas que me atacasen por ello, realmente, en primer lugar porque a nadie le apetecía tener una bronca con Saulo, y en segundo lugar porque tengo una baja tolerancia a los idiotas en general y a los idiotas homófobos en particular.

Casi nadie en Santa Ana es de la acera de enfrente. Yo, por lo menos, no conozco a ningún marica. Los únicos chicos que miran a otros chicos son como yo, de los que juegan para ambos equipos, y me decían cosas como que soy más guapo que ninguna de las chicas con las que habían estado, o que soy su mejor fantasía porque puedo parecer un hombre un minuto y una mujer al siguiente. Eso nunca me ha importado mucho. Ahora que me he cortado tanto el pelo supongo que solo parezco un hombre, pero entonces me llegaba hasta más abajo de los codos, y mi padre no paraba de darme la murga para que me lo cortase.

Saulo era distinto. A veces me daba la sensación de que no pertenecía a ninguna acera en absoluto.

Me di cuenta de cuánto me equivocaba una noche de verano. Estábamos en el parque de *skate*, hablando de las chicas del barrio, Saulo específicamente de Milena Torres, que trabajaba con él en la gasolinera.

—Así que quieres hacértelo con Milena Torres —le había dicho yo.

Él sacudió la cabeza.

—Nah, solo digo que es muy guapa. Ya sabes, lo que tú no desaprovechas ocasión de decirme a mí.

—¿Y quién te dice que no esté ligando contigo? *Eres* muy guapo.

—Corta el rollo, Montoya.

Una sonrisa se deslizó por mis labios.

—Simplemente me gusta admirar la belleza, Adonis. Algo que en mi humilde opinión tú deberías hacer más.

Me dio un codazo. Tenía las cejas alzadas y un temblor muy peculiar en las comisuras de los labios.

—¿Y quién te dice que no lo haga? No sé, tío, es más difícil cuando de verdad te gusta alguien. Si estoy pillado de una persona, jamás me atrevería a decirle que me parece guapa. No sé, soy vulnerable de esa manera.

Asentí.

—Creo que sé a lo que te refieres.

—¿Iba en serio lo que dijiste antes? —le pregunté después, cuando volvíamos a casa.

Era una de esas noches tan oscuras, sin luna, y si mirabas arriba, las estrellas parecían polvillo plateado. La calle estaba desierta, además. Era como si fuésemos los dos últimos hombres del mundo.

Saulo se volvió hacia mí.

—Todo lo que digo va en serio —dijo, caminando de espaldas.

—Así que... —buceé en las palabras, las conté mentalmente una a una; aunque conocía a Saulo más que a ninguna otra persona, todavía había aspectos que no lograba entender de él—. ¿De verdad no le dirías a alguien que te gusta que es guapo?

Saulo se encogió de hombros, y al bajar los brazos sus palmas golpearon contra sus pantorrillas.

—Nah, tío. Soy vulnerable de esa manera. Necesito saber que la gente me quiere, ¿sabes?

—No se me ocurre nadie que pudiese no corresponderte.

Podía nadar en todo lo que decía. Era esa hora mágica. A las dos o a las tres de la madrugada sientes como si estuvieses en un sueño y nada fuese a importar demasiado a la mañana siguiente.

Saulo se paró en seco.

—Yo sí —dijo—. Yo sí puedo imaginarme a alguien que no me corresponda.

—¿Ah, sí? ¿Y quién?

Se quedó callado mucho rato. Había dejado de caminar, y sus ojos, totalmente negros en la penumbra, estaban clavados en los míos. Tenía una sonrisa de medio lado, de esas que hacían aparecer un hoyuelo en su mejilla izquierda, bajo aquel cúmulo de pecas espolvoreadas por sus pómulos.

Dio un paso adelante, su mano derecha extendida hacia mí, y se humedeció los labios.

—De aquí a la iglesia. Un paquete de cigarrillos a que llego antes que tú.

—¿Dónde está la trampa?

Saulo podía ser más fuerte que yo, pero muy pocos en Santa Ana eran capaces de ganarme en una carrera.

—No hay trampa. De aquí a la iglesia.

Era un amor ciego, como besar a una estatua y esperar que se haya convertido en hombre cuando abras los ojos. Un amor afilado, abrumador y salvaje; catedrales enteras no podrían contenerlo. Ahora que lo pienso, en el fondo, quizá no se le pueda llamar amor. No sé si hay una palabra para describirlo. Era como una locura, y creo que ninguno de los dos llegó a conocer

realmente al otro. Nos enamoramos de una idea y no de una persona; nos enamoramos de nuestras ilusiones y, al final, acabamos borrachos de nuestro propio amor imperfecto.

Cortamos por WhatsApp.

Yo estaba cansado de tener que hacer el amor en la trastienda de la gasolinera, fuera de horas, cuando nadie pudiera vernos. Saulo estaba cansado de que yo le pidiera más y más y más. Para él la vida entonces era una fiesta infinita, y estoy bastante seguro de que estaba convencido de que yo sería el mayor bufón.

No sé. Llevábamos varias semanas sin vernos cuando pasó aquello. Él estaba saliendo con Ira, creo, más o menos. Cuando eres como nosotros y te crías en un barrio como este es fácil obligarte a encontrar afinidad con la otra persona; dudo que Ira y Saulo estuviesen entusiasmados con lo suyo, pero por lo menos no se hacían daño el uno al otro como nos había pasado a nosotros.

No recuerdo mucho aquel día, pero, al mismo tiempo, lo recuerdo todo. Es difícil de explicar. Sería incapaz de relatar los acontecimientos cronológicamente, y de hecho tengo varias lagunas que no sé muy bien si son una putada o una bendición. Sin embargo, podría describir con todo lujo de detalles ciertos momentos y ciertas imágenes. Cómo me había despedido del chico con el que estaba antes (cómo había agarrado su cuello y cómo lo había besado en la mandíbula, convencido de que estábamos a salvo en la boca del metro de la calle Praga); la mirada de uno de los gemelos Ferrán (luego me enteré de que era Carlos, claro, pero en aquel momento no habría podido estar seguro); su camiseta blanca, también, y el modo en el que se pegaba a su espalda y a su pecho; las gotitas de sudor en su cuello y en el puente de su nariz, y la manera en la que sus ojos, tan oscuros, no parecían tener pupilas.

No sé qué me dijo, o si me dijo algo en absoluto. Sé que estábamos solos en la calle y que, estúpidamente, le ofrecí un cigarrillo. No sé si aceptó. Después pasé de Carlos y él pasó de mí. Me había quedado sin papel de liar, de modo que fui a la tienda veinticuatro horas y, como de costumbre, me tomé mi tiempo en volver a casa.

Cuando regresé, Carlos se iba. Todavía con la capucha de la sudadera puesta, todavía con las manos salpicadas de pintura. En la pared de mi edificio, justo al lado del portal, para que todo el mundo lo viera, había escrito siete palabras. Solo siete palabras.

HÉCTOR MONTOYA ES UN MARICÓN DE MIERDA

No recuerdo muchas cosas más, pero sí sé, sin embargo, cuánto me sorprendió verlo allí, tanto que no reaccioné, e incluso cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, por algún motivo, me sentí incapaz de decirle algo. En fin, ya sabes cómo es este barrio. No tardé mucho en sumar dos y dos y comprender por qué había reaccionado así al verme, y a pesar de eso no pude defenderme, porque seguía siendo mi hermano y las cosas son como son, y tal vez era mi culpa por no haber sido más cuidadoso.

Solo lo dejé ir y luego intenté borrar aquella pintada, estúpidamente, con mi botella de agua y mi propia sudadera. Pero la pintura, claro, ya estaba seca.

Mi padre me descubrió entonces. No sé si esas siete palabras fueron suficiente para convencerlo o si él ya lo sabía y podía vivir con ello, pero no con la certeza de que mi sexualidad estuviese, también, en la boca de todos en el barrio.

No sé. No me pegó. Sí me gritó, tanto que las luces de varias ventanas se encendieron, pero soy incapaz de recordar qué me soltó. Cogió todas mis cosas y las tiró a la calle mientras mi madre lloraba y le pedía que me dejase entrar en casa. Él me dijo que no volviese, que ya no era su hijo, de eso no me he olvidado, y yo cogí todo lo importante, me lo guardé en la mochila y me fui porque, después de todo, estaba acojonado por lo que podría hacerle a mi madre si yo me quedaba.

Judith

Rasco la pajita con las uñas hasta que la destrozo. He comido por puro nerviosismo, una patata tras otra, sin molestarme en añadir salsas ni más sal, y ahora siento el estómago revuelto. Chaim, a mi lado, está muy quieto, las manos cerradas en dos puños y perfectamente colocadas sobre sus muslos en tensión.

Héctor se humedece los labios. Me doy cuenta de lo marrones y arrugados que son sus párpados superiores, y de lo consumidas que tiene las uñas de tanto mordérselas. Se lleva su Coca-Cola a los labios.

—Tu hermano me ayudó a encontrar una habitación en un hotel y se quedó conmigo. Todo el tiempo. Incluso se enfrentó a mi padre. Solo que yo ya no podía perdonarlo. No sabría explicarlo muy bien, fue un poco como cuando te desenamoras de repente, solo que yo lo hice del barrio entero y supe que en cuanto encontrase otro curro y un lugar que pudiese permitirme, no volvería atrás. Es divertido, ahora lo echo de menos a veces. A tu hermano, claro, pero también el barrio. También tiene cosas bonitas.

—Sí que las tiene —dice Chaim, sacando un paquete de chicles de su chaqueta.

Nos ofrece, pero ni Héctor ni yo cogemos ninguno.

Comprendo muy bien lo que quiere decir. Cómo un momento yo podría haberlo dejado todo si Néstor me hubiese dicho cualquier tontería, y cómo su frialdad y su hipocresía, al segundo siguiente, me hicieron aborrecerlo.

—Vino a mi casa también unos días antes de..., bueno, de acabar con todo. —Héctor se pasa una mano por los rizos, que son espesos y oscurísimos—. Pero no lo dejé entrar. Fui muy egoísta, pero llevaba un par de meses con Víctor y lo *adoro* tanto y... El Héctor que salía con tu hermano es una persona que ya no existe, y tenía miedo de que, de alguna manera, saliese a la superficie de nuevo. No sé, creo que hay personas que nos tocan de una manera especial o que tal vez llegan en el momento apropiado, y siempre va a haber un yo nuestro del pasado irremediamente enamorado de ellas. —Otro sorbo de Coca-Cola; bebe como si hubiese pasado semanas sin ver el agua—. Estaba pensando en eso, y también en todo el daño que me había hecho tu hermano y en cómo no lo perdonaría jamás. Él me estaba pidiendo ayuda, pero yo prácticamente lo eché a patadas. Luego, unos días después, me enteré de que había muerto... —Parpadea; sus ojos ahora están húmedos y brillantes—. En fin, me arrepiento de haberle fallado de esa manera. Pero ahora que sé la verdad también lo odio un poco por haber reaccionado a *todo* con algo tan definitivo e irreversible como la muerte. Eso no me hace muy buena persona, pero ya ves...

—No —lo interrumpo, mi mirada fija en la mesa de plástico verde, y en las gotas de refresco y

en las manos de Chaim, ahora junto a las mías—. Yo también..., a veces yo también siento lo mismo. Porque ahora daría cualquier cosa por ayudarlo, claro, pero entonces solo quería que me dejase en paz. Solo... —me seco la nariz con el dorso de la mano— solo que no sabía lo que eso significaba.

—No siempre se puede ayudar a todo el mundo —dice Chaim, suavemente; él es el único que no ha tocado su comida—. O a lo mejor sí, pero... pero ¿de qué sirve que os angustiéis por algo que ya ha pasado? No sé, a mí nunca me ha sucedido nada parecido, gracias a Dios, pero... pero creo que lo importante es pensar en qué podéis hacer ahora. Por él. Por su memoria.

Me gusta cómo pronuncia esa palabra, memoria; como si algo gigantesco y difícil de explicar naciese en sus labios y muriese al llegar a nuestros oídos.

Lo cierto es que nunca he pensado en ti en presente y mucho menos en futuro. Para mí siempre estarás en el pasado, y no creo que nada de ti haya sobrevivido, aunque me gusta pensar que Chaim con toda probabilidad sí lo cree, y me gusta imaginarme cómo serán ese tú del presente y ese tú del futuro en los que Chaim tiene tanta fe. Tu memoria, sin embargo, sí es absolutamente real, y vive en el pasado, y en el presente y en el futuro.

Y ahora tengo poder sobre ella.

Y ahora tengo poder sobre las palabras.

Y las palabras *son* memoria.

Y nunca había sentido esta ansia insaciable por escribir, como si el mundo fuese a terminarse si no cojo un bolígrafo, y lo único que me impide abalanzarme sobre el servilletero para encontrar una superficie sobre la que escribir sobre ti es la mano de Héctor.

—Quería darte esto —dice, y deja caer una cuartilla de papel sobre la mesa—. Es una carta que tu hermano me dejó en el hospital. Me ha costado un poco desprenderme de ella, pero al fin he comprendido que debes tenerla tú. Me gusta mucho mi vida ahora, afortunadamente, y creo que este es el último paso que necesitaba para dejar el pasado atrás.

La cojo.

La carta parece
un mar sin calma
en mi puño.

Chaim

Me doy de bruces con Leo Montiel en la estación de metro, poco después de que Judith, Héctor y yo hayamos terminado de cenar. Está sudoroso y muy pálido, tanto que los tatuajes de Saulo en su piel parecen negrísimos.

—Te estaba buscando, viejo —me dice, dándome una palmada en la espalda.

—¿Y eso?

—Ezequiel ha oído a Carlos hablando con unos de su pandilla. Al parecer no va a dejar pasar lo de esta mañana. —Suspira, apartándose el pelo de los ojos—. Que también menudas ideas de bombero tenéis Herrero y tú. Solo a vosotros dos se os podía ocurrir...

—Va, Leo, ¿vas a seguir dándome la murga o vas a decirme qué pasa?

Los ojos de Leo no son precisamente amables.

—Pues pasa que Carlos y sus amigos os la tienen jurada, eso pasa. Si os ven el pelo por el barrio, se va a armar la de Cristo. —Baja la voz, por algún motivo—. Ya he hablado con Jacobo y se queda en mi casa, así nos ahorramos problemas.

Bufo.

—¿Y a Jacobo le ha parecido bien?

Me lo puedo imaginar poniendo los ojos en blanco y repitiéndole a Leo que no va a esconderse como un gusano.

Leo no le encuentra tanta gracia a la situación como yo.

—Bueno, no le ha quedado otro remedio. Bastante crudas están las cosas ya. Tú...

Héctor, que hasta ahora había estado a mi lado, da un paso hacia Leo.

—Puede quedarse conmigo. Fuera de Santa Ana, desde luego, no van a pensar que está conmigo.

Leo duda unos segundos, pero después le estrecha la mano a Héctor como si fuesen dos hombres de negocios cerrando un trato empresarial importantísimo.

—¿Cómo te trata la vida, Montoya?

Héctor tuerce el gesto.

—De lujo. ¿Tú qué tal?

—Como siempre. Bien. Como siempre. —Se vuelve hacia Judith—. Va, te acompaño a tu casa.

Judith arquea una ceja.

—A mi casa no, a casa de mi abuela.

Héctor separa los labios pero no dice nada. Después nosotros cogemos la línea roja del metro y ellos la verde, y, claro, aquí es donde nos separamos.

La quinta carta de Saulo

Héctor:

Lo siento mucho si te lo he puesto todo patas arriba. Lo siento si he metido más la pata y si te he jodido las cosas. Es cierto que quizá ahora no te conozco demasiado, pero cuando vi a tu padre al final del pasillo del hotel, pretendiendo venir a visitarte, me acordé de todas aquellas veces en el solar en las que habías llorado porque él te había echado de casa, y de todas aquellas otras veces en las que las marcas de sus golpes parecían los puntos del mapa de tu piel. Lo repudio tanto que podría haberlo matado allí mismo, con mis propias manos, y lo único que me detuvo fue pensar que entonces sí te estaría metiendo en un buen apuro a ti, porque a fin de cuentas es tu viejo y sigues queriéndolo. Mi viejo a veces también es difícil de querer, de una manera completamente distinta del tuyo, y lo comprendo.

No sé qué clase de burradas nos dijimos el uno al otro, pero al final tuvieron que venir dos trabajadores a recordarnos que esto es un hotel y no un circo. Sí recuerdo, sin embargo, una de todas las cosas que me dijo tu padre, esta en voz baja, muy cerca de mí, de modo que nadie más pudiera escucharlo.

—¿Crees que no sé lo que mi hijo y tú hacíais cuando nadie más os veía? Marica de mierda.

Después se alejó, caminando por ese mismo pasillo, en sentido contrario, y yo le grité:

—¡Maricón! Con acento en la o.

Fue la primera vez que alguien me dijo algo así, y la primera vez también que yo lo admitía en voz alta.

Sé que piensas que me avergüenzo de quién soy o de lo que me gusta, y no es cierto. No me avergüenzo, pero estoy bastante cómodo en mi vida ahora y supongo que me da miedo que la imagen que los demás tienen de mí cambie.

Ayer, cuando te despertaste, después de pedirme que me fuera, dijiste:

—Crees que estás muy mal y que te odias tanto porque eres gay, y quiero que sepas que no es así. Estás tan mal y te odias tanto porque la vida que llevas y la manera en la que te comportas han hecho daño a mucha gente, y a lo mejor estás empezando a caer en la cuenta.

Ahí sí tienes razón.

Me gustaba el barrio y me gustaba la pandilla, porque estaba convencido de que significaban otra cosa. Adoraba esa sensación de que los chicos de la calle eran mis hermanos de algún modo, y de que siempre íbamos a cubrirnos las espaldas pasase lo que pasase, incluso cuando uno de ellos hiciese algo horrible. Creía que era noble, Romántico

con erre mayúscula como esos tipos deprimentes de tus libros de poesía. Creía que nuestros nombres sonaban como los de un justiciero o un guerrillero, o tal vez del intrépido líder de un grupo de resistencia. Solo que no hay nada noble en ser el abogado del diablo, y la violencia por la violencia es la ley de las bestias.

Supongo que esto es todo. Lo único que quiero en la vida ahora es que seas feliz, y te ayudaré a largarte de aquí si es necesario.

No soy la mejor persona. Siempre estoy hablando de que quiero cambiar las cosas y mejorar, pero lo cierto es que no sé ni por dónde empezar y sigo estando bastante cómodo donde estoy. Sigo dándole oportunidades a gente que no lo merece, porque las imágenes que tengo de ellos en mi cabeza son demasiado atractivas, como sacadas de un sueño o de una película. Sigo haciéndole daño a la gente que quiero y sigo comportándome como un capullo, y de verdad que me gustaría encontrar una salida a mí mismo. A mi cabeza. A las cárceles que construyo yo mismo.

Lamento no haber estado ahí cuando más me necesitabas. Lamento no haber sido la persona que esperabas.

A veces hago las cosas bien, y me doy cuenta de lo atado que estoy a la parte más tóxica y cruel del barrio y de cómo más allá de mi esquina hay mucha más vida. Es como ver esos cuadrados de luz a través de un cristal roto, ¿sabes? Y pienso que podría vivir así, en esa luz, siendo la persona que me gustaría ser, pero al final, no sé por qué, acabo volviendo a mi comportamiento de siempre.

A veces me gustaría ser un poco más como tú. Quiero que lo sepas. Porque tal vez tú admirabas una versión de mí que solo existía en tu cabeza, pero yo te admiro a ti tal cual eres.

Con cariño,

SAULO

14 de diciembre de 2018

Saulo:

Cuando éramos pequeños nos repartimos un par de cosas. En particular, a ti te tocaron las imágenes y a mí las palabras.

Desde que te has ido, sin embargo, el papel y la tinta asfixian más que sanan. Pero creo que hay un tiempo para todo. Y a veces, de la nada, me siento un poco como «antes». O tal vez me siento un poco como «después», cuando pasen los días y tu cicatriz se difumine en mi piel. A veces se me llena la cabeza de palabras (palabras nuevas) y tengo que apurar a escribirlas antes de que me abandonen

*y algo
por fin*

*empieza a ordenarse
en este caos
que has dejado
atrás.*

Nunca te pregunté qué era el arte para ti. Si habría podido salvarte de Santa Ana y de todo, o si solo era un testigo de cada herida y cada golpe. Puedo decirte, sin embargo, lo que es escribir para mí:

*es coger el bisturí
con tu propia mano
y hacer uno de esos cortes
que curan.*

Con cariño y arrepentimiento,

JUDITH

Chaim

Héctor y Víctor viven en un barrio bonito. No lujoso ni bueno en ningún sentido; se mire como se mire, es un sitio bastante pobre y tosco, pero no es Santa Ana y eso es suficiente.

Los dos ven muchas películas o, por lo menos, eso es lo que nos pasamos toda la santa noche haciendo. Héctor idolatra a Kubrick, más o menos, mientras que Víctor, que es un año más joven que él y está en segundo de Derecho, prefiere a Wes Anderson.

Vamos por la mitad de *El Gran Hotel Budapest* (se parece bastante a Budapest a pesar de haberse grabado en Alemania) cuando me llama un número oculto.

Víctor, desviando la vista de sus palomitas, me recomienda que no lo coja (parece todavía un poco nervioso por tener en su sofá a un verdadero chico de barrio con toda la pinta de ser además un delincuente juvenil). Naturalmente, no le hago mucho caso. Me imagino que será Carlos o algún cabeza hueca de su pandilla, y si hay algo que no voy a hacer ahora es darles la satisfacción de creer que les tengo miedo.

—¿Diga?

—*Szia, Chaim.*

Parpadeo. No respondo al principio porque no se me ocurre quién podría estar hablándome en húngaro desde un número español. Cuando caigo en la cuenta (me sorprende lo tonto que soy a veces), la voz al otro lado añade:

—*Bandi vagyok.*

Casi me entra la risa tonta porque eso puede significar «soy Bandi» o «soy una banda», lo que viniendo de Santa Ana tampoco estaría tan fuera de lugar.

—¡Bandi, claro! Pero ¿de dónde has sacado mi número?

Suspira. Me lo imagino en la barra del Szputnyik, rascándose los párpados y preguntándose otra vez por qué insiste en tratar de comunicarse con este cabeza de chorlito.

—Oh, lo garabateaste en una servilleta una de las muchas veces que viniste a pedirme trabajo. ¿Sigues a ello?

Alzo las cejas. Tanto Héctor como Víctor han dejado de comer y están mucho más atentos a mi extraña conversación (el húngaro no es el idioma más fácil de interpretar) que a la película. Digo «bar Szputnyik» solo moviendo los labios, pero no creo que eso les haya dejado las cosas mucho más claras.

—¿A... a lo de buscar trabajo? Bueno, sí.

—He oído que te han echado del instituto.

Arrugo la nariz. Estoy sudando y temblando tanto que he subido los pies a la mesa de café, lo

cual es de una educación pésima, y al bajarlos casi se me escurre el teléfono de las manos.

—Pues has oído bastante. ¿Te has convertido en un acosador o qué?

Inmediatamente me arrepiento de haber dicho eso. Ya he mencionado que no se me da muy bien actuar bajo presión.

—Tu tío viene a veces a tomar un chupito de *pálinka*.

—¡Pero si es rabino!

—¿Y a mí qué me cuentas, Chaim? Yo no soy judío. En fin, lo he estado pensando y quizá tenga algo para ti.

Me muerdo el labio inferior.

—Sabes que sigo siendo menor de edad y que mi hermano continúa en la cárcel, ¿no?

—¡Mierda, Chaim! ¿Quieres el trabajo o no?

—¡SÍ! —digo, y es un grito tan improbable, un *igen* tan ensordecedor que Héctor y Víctor no pueden seguir fingiendo que no me están mirando.

Pienso en el grafiti de Saulo en la calle Nomeolvides.

Yo emito mi alarido por los techos de este mundo...

Cojo aire.

—Perdona, Bandi, pero me has cogido por sorpresa. ¡Creía que no querías saber nada de mí!

—Pues ya ves que sí.

Me pongo de pie, no sé por qué. Siento la cabeza muy caliente y estoy empezando a marearme.

—¿Cuándo quieres que empiece? Me estoy dando cuenta de que no estoy dando muy buena impresión, pero te juro que voy a ser el mejor camarero que hayas visto en tu vida.

—¡Para el carro, Chaim! No he dicho que quiera un camarero atolondrado y menor de edad. Estaba pensando en otra cosa...

—Pues ya me dirás.

—Bueno, eres un chico del barrio, sabes lo que le gusta a la gente, parece que tienes muchos amigos...

Me tapo la boca para ahogar una risotada, pero no me sale muy bien y casi se escucha una pedorreta.

—¿Quieres que le haga chantaje a la gente para que vaya a tu local?

—No, quiero que me ayudes a organizar eventos para que la gente *quiera* venir al Szputnyik.

—Bueno, Bandi, pues en contra de lo que pueda parecer por Twitter, hay menos adolescentes comunistas de lo que crees, así que a lo mejor esa obsesión con la URSS...

—¡Chaim!

—Vale, vale, no he dicho nada. Así que organizar eventos, ¿eh? ¿Has oído hablar de la poesía callejera? Porque conozco a una chica que es la mejor en eso y está buscando un nuevo local...

Judith

Lllaman a la puerta en el momento preciso en el que la abuela nos sirve una tortita de plátano más a mamá y a mí. Aunque me levanto, ella ya está de pie, llega antes que yo y abre.

El rostro enrojecido y sudoroso que veo en el umbral es el de mi padre. Y apesta. Puedo olerlo desde aquí.

Mamá se incorpora también.

—Solo quiero hablar con mi mujer y mi hija —dice, y la abuela, que extiende los brazos, le bloquea la entrada.

—Entonces es una suerte que haya una cabina justo al final de la calle, ¿no? Puedes llamarlas cuando quieras.

Es en momentos así en los que, a pesar de su fragilidad y de los espacios vacíos de su memoria, puedo ver a mi abuela como realmente es: la revolucionaria, una pancarta siempre en la mano y un plan entre ceja y ceja; la universitaria que creció entre interrogatorios y que dio a luz en una cárcel de la dictadura brasileña.

—Solo quiero hablar con ellas —repite.

La abuela separa los labios, pero no es su voz la que escucho. Es la de mamá, serena y venenosa.

—Está bien. Podemos hablar. Pero no entres.

Sacude su paquete de cigarrillos en el aire y señala con un movimiento de cejas a la calle. Papá, que lo comprende, solo asiente.

No sé cuánto tiempo pasan hablando, pero soy incapaz de ocupar la mente con otra cosa. No puedo verlos desde ninguna de las ventanas (probablemente estén ahí mismo, apoyados a la puerta de entrada, o quizá en el bar al otro lado de la calle), pero me siento en la lavadora igualmente y miro al patio (al jardín lunar de la abuela, al cielo oscuro y gris, a los edificios amarillos a lo lejos).

Cuando mamá regresa, envuelta en su chaqueta marrón de cuero, es evidente que ha estado llorando, pero por lo demás sigue tan calmada como antes. Suspira, sentándose en el reposabrazos del sofá.

—Se ha acabado.

Al principio solo dice eso. Unos segundos más tarde, después de que la abuela le haya puesto entre las manos una tacita de café, añade:

—Hacía tiempo que no estábamos bien, y cuando Saulo... —traga saliva, su labio inferior en constante temblor—, cuando Saulo murió fue la gota que colmó el vaso. Creo que ninguno de los

dos tiene fuerzas para seguir luchando por esto, y él... él se ha vuelto una persona difícil. —Le da un sorbo a su café—. Ha aceptado recibir ayuda.

—Me alegro —se me escapa de los labios, y nunca ha habido dos palabras más honestas, más reales.

Ojalá hubiera podido ayudarte como a papá.

Ojalá él deje de hacerse daño a sí mismo y a los demás.

Ojalá hubiese pasado lo mismo contigo.

Mamá esboza una sonrisa.

—Estas cosas van a llevar un tiempo, pero supongo que tarde o temprano uno de los dos tendrá que mudarse.

—Yo me voy contigo —aseguro, y mamá sacude la cabeza.

—No. Tú irás a la universidad, me cueste lo que me cueste, y de ahí a donde tú quieras.

Chaim

Cuando le dan el alta a Andy todos estamos allí: su familia (que no son pocos), Jacobo y yo. Supongo que eso es lo que ocurre si te crías en un barrio como el nuestro: tus mejores amigos se convierten en tu familia también, y si esa no es una razón para quedarse aquí, no hay ninguna.

Total, que estamos todos recogiendo las cosas de Andy (él lleva puesto su jersey de Altuve) y quejándonos de este frío puñetero del demonio (así lo describe el señor Estévez) cuando uno de los gemelos, que estaba ocupado con los libros sobre la repisa de la ventana, grita:

—¡Mirad! ¡Venid y mirad! ¡Está nevando!

Jacobo, a su lado, pone los ojos en blanco:

—¿Tan joven y ya empujando el codo?

—Que te den, ¿quieres? ¡Está nevando, mira!

Todos, naturalmente, nos apiñamos en la ventana.

Ahí, entre la penumbra del atardecer y los árboles del patio, lenta pero inequívocamente, están empezando a caer los copos de nieve. Verde moteado de blanco.

Salimos afuera. A Andy ya le han dado el alta, a fin de cuentas, y lo único que queda ahora por hacer es recogerlo todo y montarnos en la furgoneta.

—¡Chico, esto no se ve todos los días! —chillo.

Los copos de nieve caen en mi pelo, y en mis hombros y en mi nariz. Quedan pegados a mi sudadera y a mi cazadora. Si me diera la vuelta, la nieve giraría conmigo y me cubriría como una gigantesca manta blanca.

Andy está detrás de mí, sus brazos extendidos hacia el cielo, sus manos cubiertas de invierno. Su cara, sobre la que caen los rayos dorados del sol, brilla con una sonrisa que silencia las peleas, y el barrio y la violencia.

—¡Es como estar dentro de una nube! —dice Jacobo, que baila, y ríe, y salta y grita.

Andy, a pesar de las muletas, da un paso adelante. Su pelo y su jersey de Altuve están espolvoreados de blanco. Los copos de nieve empapan su sonrisa y hacen temblar la punta de su nariz.

—Huele como el cielo —dice—. ¿Os acordáis de mi primo Antonio, el que se unió al Ejército de Aire? Siempre decía que la nieve huele exactamente igual que estar ahí arriba.

Jacobo chasca la lengua.

—Tío, es como las plantaciones de algodón que se ven desde el tren, solo que en el cielo.

Arriba todo es pálido. Parece como si alguien hubiese hecho un agujero en una nube, desde la cual cae la nieve.

Todavía tenemos el sabor de los copos en la lengua, y los pómulos salpicados de polvo de nieve, cuando nos apretujamos todos en el interior de la furgoneta de los Estévez. Aún faltan unos minutos para que oscurezca, y el barrio está pintado de violeta y azul cobalto.

—¿Os veré en el Szputnyik dentro de un rato? —le pregunto a los chicos cuando doblamos mi calle.

La madre de Andy, en el asiento del copiloto, se vuelve hacia nosotros y tuerce el gesto. Ya está abriendo la boca para decir algo cuando Jacobo pasa su brazo por detrás de la espalda de Andy y asegura:

—Yo cuidaré de él. No voy a dejar que se meta en ningún lío, te lo aseguro.

—Viniendo de ti, no sé si eso es muy reconfortante.

Como puede, Andy inclina un poco el cuerpo hacia el de su madre.

—Venga, Chaim lleva cuatro meses pidiéndole trabajo al tipo del bar. ¿De verdad esperas que me quede en casa ahora que lo ha conseguido?

La madre vuelve a clavar la vista en la carretera.

—Hacía por lo menos veinte años que no veía nevar —dice, y todos interpretamos eso como una capitulación.

Judith

Bandi, el dueño del Szputnyik, me dice que Chaim está en la trastienda y que puedo esperar junto a él si quiero. Me insinúa que llego temprano. Me pregunta si quiero probar el micro y le digo que no, porque las palabras más afiladas son las que suenan por primera vez. Porque mis poemas no son una oración que puedas repetir hasta olvidarte de lo que querías decir.

Suena *Native New Yorker*, de los Odyssey, y el Szputnyik parece, de hecho, una combinación de los sueños más descabellados de alguien.

La bañera convertida en banco.

La pared cubierta de pósits.

El altar a los cosmonautas soviéticos.

Y las luces de Navidad que al reflejarse en el suelo parecen los copos de nieve que caen en la calle.

La trastienda es el único lugar del Szputnyik con demasiada luz y muy poca locura. A medida que me acerco a ella, la canción de los Odyssey se va difuminando y en su lugar puedo escuchar, muy tenuemente al principio, los acordes de una guitarra.

Abro la puerta. Chaim está dentro, sentado al estilo indio sobre la neverita, tocando la guitarra. A pesar de que canta tan bajito que parece estar dedicándole la canción a los cordones de su sudadera, reconozco la canción al momento. No podría haber sido de otra manera.

Dearest, though you're the dearest to my heart

Please don't ever

Ever say we'll part

Dearest, de Buddy Holly. Pienso en aquella tarde en la que vi al fantasma de mi abuelo cantarla, y en cómo me da la sensación de que han pasado cientos de años desde entonces.

Chaim no me oye pasar, de modo que me apoyo a las cajas de cervezas Leffe y lo escucho tocar. Veo sus manos acariciar las cuerdas de la guitarra y uno de sus rizos soltarse del moño y caer hasta su barbilla. Cuando Chaim sacude la cabeza para apartarlo, abre los ojos y me ve a mí también. Se pone rojo hasta las orejas.

—No sabía que estabas aquí.

—Yo no sabía que tocabas la guitarra.

Se encoge de hombros.

—Solo unos cuantos acordes. Andy me está enseñando. —Deja la guitarra a un lado—. ¿Qué? ¿Preparada para esta noche?

—¡Sí! —digo, aunque no tengo nada preparado.

Quiero volver a enfrentarme al silencio. Esta Judith sola en el escenario, frente al micrófono, buceando por las palabras.

Y son otras palabras (mucho más peligrosas) las que golpean ahora contra mi pecho.

—Quería darte las gracias —digo, mis ojos fijos en la mano de Chaim y en cómo el espacio entre ella y la mía es cada vez más pequeño—. Por esto. Por estar ahí. Por todo.

Se pasa la otra mano por el pelo.

—No es para tanto.

—Sí, sí que lo es —digo, y noto cómo pitan mis oídos y cómo un sudor frío baja por mi cuello y por la línea de mi espalda.

Preferiría estar sola en el escenario, frente a una multitud de gente expectante, antes que aquí. Preferiría tener que improvisar cincuenta rimas en dos minutos antes que ordenar todo lo que quiero decir ahora.

—Te... has convertido en alguien muy importante.

Aparto la mirada porque ahora soy *yo* la que siente cómo se pone colorada hasta las orejas.

Una parte de mi cerebro desearía volver a ser la Judith de «antes», que no sentía vergüenza de nada. Otra parte, sin embargo, está agradecida de haberse convertido en *esta* Judith, vulnerabilidades y todo.

—Tú también te has convertido en alguien muy importante —responde, de nuevo hablando más para los cordones de su sudadera que para ninguna otra persona—. Mierda, vamos a tener que hablar del beso, ¿verdad?

Por el rabillo del ojo veo cómo le tiemblan las cejas. Me muerdo el labio inferior.

—Supongo que sí.

—Vale.

—Vale.

Y nos miramos muy fijamente, los dos sin decir nada, nuestras bocas temblando, como dos boxeadores antes de una pelea. Hasta que la comisura izquierda de Chaim empieza a temblar, y después a mí me empieza a picar la nariz y a los dos nos entra la risa.

—Mierda —repite Chaim, tapándose la cara con las manos—. Vale, supongo que ahí va: eres fabulosa, Jud, de verdad, y no voy a decirte que no me importa lo que vayas a soltarme porque sí me importa, naturalmente, pero quiero que sepas que me basta con que estés ahí, sea como sea, y...

—Y me gustas.

Las palabras se escapan de mi boca como si fuesen a ahogarse de seguir más tiempo dentro de mí. Chaim, que contiene la respiración, arquea las cejas.

—¡Gracias! Es decir..., buah. —Se aprieta los mofletes—. Buah, Salazar. Es decir, tú..., bueno, que tú también me gustas a mí. Mucho. Eres guapa, inteligente y graciosa, y siempre vamos a ser amigos, pase lo que pase.

Vuelve a entrarme la risa tonta. Chaim, sin dejar de temblar, coge uno de mis rizos y se lo

enrosca en el índice.

—¿Puedo besarte?

Pongo mi mano en su nuca (donde su pelo es tan claro que parece blanco) y me adelanto. Siento sus labios tan suaves contra los míos y el sabor de su chicle, y me pregunto cómo es posible que algo pueda saber a frío y cómo tantas cosas terribles pasan ahí fuera, pero que por un minuto o dos me permito sentir miedo por que Chaim me rechace.

Pienso que si estuvieras aquí te diría
que el amor no tiene que ser una daga
como la de Néstor.

Que todavía no sé muy bien
lo que siento por Chaim o
adónde nos llevará esto,
pero que no tengo miedo.

Judith

Doy un paso hacia el micrófono, la luz azul cobalto del foco brillando sobre mi cabeza como un halo. Reyes, Chaim, Andy y Jacobo me sonríen desde la bañera volcada. El Szputnyik, con su gloriosa rareza, está llenísimo y, a pesar de las penumbras, puedo fijarme en los rostros de la gente si me concentro lo suficiente.

Bajo la vista. Cojo aire. Levanto la cabeza para clavar los ojos en el público de nuevo.

—Esta chica es una pistola —empiezo, y es como si el mundo entero contuviese el aliento para escuchar mi rugido.

Esta chica es una pistola.

Hay pólvora

en vez de médula

en estos huesos.

Llamadme rabia.

Llamadme ira.

Llamadme hija única

y llamadme luto y

llamadme todas las cosas

que me enseñaron a temer

pero no temo.

Mi nombre es guerrilla.

Mi nombre es resistencia.

Un día dije que

la muerte se llevó a mi hermano,

pero ahora

solo voy a decir la verdad.

Sus manos cogieron la pistola.

Y sus dedos apretaron el gatillo.

Porque había más oscuridad

dentro de él

que luces ahí fuera.

Porque la desesperación

*es un arma que tarda
una vida en accionarse.*

¿Cómo sobrevivir al duelo?

Uno: toma tu desayuno.

Dos: traga tus pastillas.

Tres: sal por esa puerta.

Cuatro: sigue adelante.

La muerte no espera

por nadie

y el mundo

no deja

de girar.

Y un día verás

que su último mensaje

en la pizarra

y sus Jordans en

la alfombra

no son un santuario

en el que

escondese.

Judith

Cuando salimos a la calle, las luces de neón del Szputnyik bañan el asfalto. Carlos está esperando, apoyado en su coche, y me parece mucho más delgado y ojeroso de lo que recordaba.

—¿Puedo hablar contigo un momento, Judith?

Da un paso hacia mí, pero yo me aparto, y Reyes deja caer su mano en mi hombro.

—¿Por qué iba a querer hablar contigo?

Carlos relaja los músculos, y al hacerlo sus manos golpean sus pantorrillas.

—Vengo a bien —asegura—. Vengo solo.

Jacobo, apoyado en la pared y tan tenso que se abalanzaría sobre Carlos si Chaim y Andy no lo estuvieran agarrando, pone una mueca.

—¿Ah, sí? Y ya ves que nosotros tenemos el detalle de no asaltarte aunque seamos tres contra uno.

Solo que Andy, tan pálido, con las muletas y el rostro cuajado de cicatrices, difícilmente parecería capaz de pegarle a un muñeco.

Carlos coge aire; puedo ver las aletas de su nariz temblar.

—Ahora estamos en paz.

Andy mete las manos en los bolsillos delanteros de sus vaqueros. Sus ojos, de un castaño rojizo muy particular, están fijos en Carlos.

—Cada uno jugó según sus propias reglas.

—Si a casi matar a alguien puede llamársele eso... —dice Jacobo, y por el modo en el que su cuerpo tiembla sé que cada una de esas palabras le ha ido haciendo arañazos hasta que las ha expulsado.

Carlos desvía la mirada.

—Solo quiero arreglar las cosas.

—¿En serio? —dice Chaim, que baja las cejas—. Porque lo último que he oído es que tú y los tuyos buscáis pelea.

Los ojos de Carlos siguen sobre mí.

—Por favor —dice, un hilillo de voz que de algún modo me recuerda a mí.

Expulso todo el aire que he estado conteniendo.

—¿Está bien! Pero si dices una sola cosa que me moleste, me largo. Y quiero que me des las llaves del coche.

Extiendo la mano hacia él. Un momento de silencio, tan denso que podríamos hundirnos en él. Carlos, sin decir nada, se lleva la mano al bolsillo trasero del chándal y deja caer las llaves sobre

mi palma abierta.

—Voy de legal —dice, y yo aprieto los labios.

—Viniendo de ti me resulta difícil de creer.

Me siento en el asiento del copiloto. Carlos, frente al volante, pone un disco de Rebel Diaz y pienso que tal vez no seamos tan distintos después de todo; pienso en los puntos que nos unían antes de que todo se complicase tanto, y en las veces en las que él y tú caminabais juntos como si fueseis hermanos.

Carlos traga aire, se pasa una mano por el pelo y se lleva el vaso de papel de café a la boca.

—Va a haber una pelea esta noche. —Se humedece el labio inferior—. Yo no voy a ir.

Intento concentrarme en mis manos.

En las luces de neón del Szputnyik.

En la carretera oscura y desierta.

—¿Y por qué me lo cuentas?

Estira los puños de su sudadera hasta conseguir cubrir sus manos con ellos.

—No lo sé. Quiero hacer lo correcto por una vez. —Vuelve la cabeza hacia la ventanilla—. Joder, Jud, solo estoy muy harto de todo esto, ¿vale? De las peleas. De la violencia. De... de todo, joder. Este barrio puede sacar lo mejor y lo peor de ti, y mira en lo que me he convertido. No quería hacer ni la mitad de las cosas horribles que he hecho, ¿y eso qué más da? A la gente a la que he hecho daño no le importa un carajo.

Me concentro en mis manos, y en las luces y en la carretera mientras tus palabras salen de la boca de Carlos.

Carlos. Perdido, ojeroso, temblando como un niño. No se diferencia tanto del Carlos de tu funeral.

—Voy a entregarme por lo que le hice a Andy. —Un escalofrío le recorre el cuerpo—. Quiero largarme de aquí, Jud, y no me importa cómo. Me da igual acabar en la cárcel como Ira. Y, mira, sé que las cárceles no hacen desaparecer los problemas, sino a las personas, pero a lo mejor yo quiero desaparecer, ¿de acuerdo?

Le da una patada al suelo, y su cuerpo parece tan frágil que podría, de hecho, romperse y desaparecer con cualquier movimiento.

—A lo mejor solo quiero desaparecer por un tiempo, ¿vale? Y, además, probablemente me lo merezco.

—Por lo que le hiciste a Andy y por lo que le hiciste a Héctor.

Carlos, que hasta ahora había mantenido la mirada fija en algún punto entre sus rodillas y el volante, se gira para mirarme. Separa los labios sin decir nada, las pupilas agitándose en el interior de los iris oscuros.

—Jesús, Jud, ¿puedo contarte algo? Siento que explotaré si no se lo digo a alguien, y sé... sé que no tienes ningún motivo para guardarme el secreto, pero a lo mejor una parte de ti sigue preocupándose un poco por mi hermano y todo lo que ha pasado es mi culpa, como siempre, y...

Otro escalofrío
y veo en sus ojos
tu desesperación
con las mismas garras
y los ojos inyectados
en sangre.

—No fui yo el que hizo la pintada en casa de Héctor. Fue él, Néstor, pero es como si su mano hubiese sido la mía porque no deja de ser por mi culpa.

Se frota los ojos y no sé si el peso de sus propias palabras lo ha hecho callar o si yo no soy capaz de oírlo porque de pronto
tantas cosas
cobran sentido
y otras tantas
no tienen sentido en absoluto.

—Es culpa mía porque yo le enseñé a ser así —insiste Carlos, su voz densa y pegajosa—. Porque ya sabes cómo es mi hermano en realidad, y no es como nosotros. Es más sensible, más inteligente, más... más como deberíamos ser el resto, probablemente.

—Educado y callado —pienso, y no me doy cuenta de que esas palabras han abandonado mi boca hasta que las siento acariciar mis labios.

Educado y callado. Por eso me había gustado tanto. Por eso sentía que las piernas me fallaban cuando lo veía, y por eso cuando me besó por primera vez no pude dejar de sonreír en dos semanas. Por eso, Néstor era la única persona ante la cual la Judith de «antes» se quitaba la coraza.

—Sí —dice Carlos—, pero esas no son cosas que te lleven muy lejos aquí. Debes tener algo de lucha dentro de ti también, y mi hermano no es así. Simplemente no lo es, y siempre le hemos hecho la vida un infierno por ser tan débil. No sé, supongo que cuando se enteró de que Héctor es marica..., no sé, nunca le he preguntado por qué lo hizo y tampoco quiero que él vuelva ahí.

Se detiene un minuto para tomar aire. Sus mejillas están hundidas y sus ojos parecen enormes y febriles, y solo se parece al Carlos que siempre he conocido de la manera en la que su reflejo en la ventana podría hacerlo.

—Estaba *muy* asustado cuando vino a pedirme ayuda, Jud, asustado de verdad.

—Pero lo que le hicisteis no lo excusa. Lo explica, pero no lo excusa.

Tuerce la boca.

—Lo sé, Jud. Mierda, lo sé muy bien. Pero es mi hermano, joder, y no quería perderlo.

—Lo sé —le digo, y dejo que se desahogue conmigo

porque perder a un hermano
es como empezar a caer
y no dejar nunca de hacerlo;

es sentir que algo falta en tu cuerpo
y no poder encontrar esa parte jamás.

—Quiero hacer las cosas bien por una vez. —Suspira al fin—. Y Néstor ya se atormenta él solo, pero yo..., bueno, si el reformatorio no consiguió cambiarme, a lo mejor nada lo hará. A lo mejor estoy podrido por dentro.

Se estira y abre la puerta del coche. El aire frío nos hace cosquillas en los tobillos. Me levanto y, antes de irme, con un pie en la carretera y otro todavía en la alfombrilla, me vuelvo hacia él y le digo:

—Sois más parecidos de lo que crees tu hermano y tú. Para lo bueno y para lo malo.

—No creo que haya mucho bueno aquí, Jud —dice, y cierra la puerta.

Lo veo arrancar e irse, su coche haciéndose más y más pequeño en la carretera hasta que dobla la esquina en la calle Ancla y desaparece.

Judith

No miro a nadie al bajar del escenario. Mis rodillas tiemblan, y mis manos tiemblan y hasta los dedos de mis pies tiemblan. Voy directamente al baño y, cuando llego, me da la sensación de que acabo de arrojar algo muy pesado por el retrete.

Empiezo a llorar. Más que «aquella noche», las frases al otro lado de la línea telefónica todavía arañándome los oídos por dentro. Más que «aquella noche» cuando descolgué el teléfono y me encerré en tu habitación, examinando cuidadosamente cada una de las palabras que me habían dicho hasta que desnudé los sonidos de significado.

Lloro hasta que siento que te has ido, y luego abro el grifo y me lavo la cara con agua fría.

Un golpe en la puerta.

—¿Todo bien, nena?

Le abro a Reyes. Se ha deshecho la trenza que recogía su melena rojiza, que ahora cae salvaje y enredada sobre sus hombros y sobre su pecho.

—Todo bien —digo, mojándome la cara por última vez—. Creo que necesitaba desahogarme del todo y al fin lo he hecho.

Me abraza, y siento la cremallera de su anorak haciéndome cosquillas en la punta de la nariz.

—Ese poema que recitaste fue la hostia.

—No rima. No he sido capaz de rapear desde que Saulo murió.

—¿Y eso qué más da? La verdad puede contarse de muchas maneras, y lo que has dicho tú hoy ha sido algo muy cierto. Tienes talento, Jud. Jacobo tenía razón; no puedes simplemente dejarlo atrás. Mira, Saulo y tú sois las personas con más talento que conozco, y el mundo necesita vuestro arte.

Sonrío, y me da la sensación de que es la sonrisa más real que he tenido en mucho tiempo.

—Habló la otra gran artista de Santa Ana. ¿Cuándo vas a dejar *tú* que el mundo descubra de lo que eres capaz?

Hunde las manos en los bolsillos de sus vaqueros de Mickey Mouse.

—Pronto. Estaba pensando en ello, de hecho. Le he estado dando vueltas y... y creo que voy a empezar a tatuar. —Desvía la mirada hacia el lavabo—. ¿Te parece bien?

—¿Que si me parece bien? Pues claro que me parece bien. —Le cojo las manos—. Creo que vas a ser maravillosa, Reyes, y me encantaría que fueses la primera persona en tatuarme.

Frunce el ceño.

—A ti no te gustan los tatuajes. Saulo siempre decía que antes te morirías que dejar que él se te acercase con una aguja.

Me muerdo el labio inferior.

—Bueno, la gente cambia.

—Te recordaré eso cuando tengas un diseño mío en tu piel para el resto de tu vida.

Inclinándome hacia ella, le doy un beso en la mejilla.

—Te quiero muchísimo, Reyes. Tú sí que eres como una hermana.

Chaim

Judith sale del coche de Carlos, sus ojos fijos en las puntas de sus Jordans.

Jacobo tira el cigarrillo al suelo, lo apaga de un pisotón y vuelve a apoyar la espalda en la pared.

—Bueno, ¿y qué quería ese gilipollas?

Judith levanta la vista y empieza a hilar las palabras. Nos lo cuenta todo, empezando desde el principio.

Cómo la pandilla de Carlos *sí* quiere enseñarnos, y bien, lo que nos merecemos por enfrentarnos a ellos y cómo el barrio es más suyo que nuestro porque está escrito en su idioma.

Cómo él se va a mantener al margen.

Cómo, en lugar de venir a por nosotros, irá a la policía a entregarse.

Cómo fue Néstor (el callado, tímido y poca cosa de Néstor) el que hizo esa pintada en el edificio de Héctor.

Y cómo él lo encubrió porque es su hermano pese a todo, y no puedo juzgarlo porque si yo hubiese tenido una oportunidad de que Ira se librara del trullo, no me lo habría pensado dos veces.

Jacobo estira los tirantes de sus pantalones, porque es la única persona que en 2018 sigue llevando pantalones de tirantes, y porque le gusta dar una buena impresión incluso en los momentos más tensos.

—No me lo trago.

Bajo las cejas.

—Entonces ¿por qué iba a decirle que fue Néstor el que le dio la paliza a Héctor?

Jacobo empieza a arrancarse las pielecillas del labio inferior, de modo que insisto:

—¿Tú harías lo mismo si estuvieses encubriéndome a mí, por ejemplo?

Sacude la cabeza.

—No, joder. Supongo que tienes toda la razón, viejo. —Se estira los puños de la chaqueta—. ¡En fin! Al grano.

Al grano significa prepararse, y prepararse significa:

1. Asegurarte de que tu chaqueta sea lo suficientemente gruesa (lo es) y de que está perfectamente abrochada, cubriendo la mayor parte posible de tu torso y tus brazos (lo está).
2. Asegurarte de que tus pantalones son lo suficientemente duros o, preferiblemente, vaqueros (lo son).
3. Asegurarte de que llevas el calzado adecuado (lo llevo) y de que ni siquiera tus tobillos

quedan al descubierto (no lo están).

Prepararse, en otras palabras, significa estar listo para cualquier cosa que pueda pasar, porque en una pelea sabes lo que vas a hacer tú, pero nunca puedes estar seguro de por dónde puede salir el otro.

—Tú no vienes —dice Jacobo, que señala a Andy con su teléfono.

Andy arquea una ceja.

—Como si os fuera a dejar solos...

Pero, como de costumbre, ninguna excusa es lo suficientemente convincente para Jacobo Herrero.

—Por favor —dice, las dos únicas palabras que harían cambiar de opinión a Andy ahora.

Judith da un paso hacia nosotros. Está muy pálida, y aprieta tanto los labios que la carne se le ha teñido del color de la leche agria.

—Vosotros dos tampoco iréis, ¿no?

Me encojo de hombros.

—Bueno, ¿y qué quieres que hagamos? No *vamos* a escondernos de ellos toda la vida. ¡Como si pudiéramos! Vivimos en el mismo barrio, y si voy a acabar enfrentándome a ellos de todas maneras, quiero que sea cuando me han avisado.

—¿Y cuál es vuestra opción? —bufa—. ¿Andar pegándoos semana sí y semana también?

—Zanjar el asunto de una vez por todas —dice Jacobo mientras se anuda de nuevo los cordones de sus botas—. Mierda, Jud, ¿de qué lado estás?

Judith estrecha los ojos hasta que parecen dos rendijas muy verdes y delgadas.

—¿Lado? Espero que de ninguno, porque no debería haber lados.

Hundo las manos en los bolsillos y de verdad espero que Néstor y los demás sean más de fiar de lo que aparentan, porque lo único que tengo para defenderme son mis puños y las llaves de casa.

—Pero sí que hay lados —le digo, todavía hurgando en los bolsillos como si esperase que apareciese algo en ellos—. Ese es el problema.

Suspira.

—Mira, Carlos nos ha avisado de lo que va a pasar y además va a entregarse a la policía. Néstor..., bueno, a Néstor ya lo castigan bastante en la pandilla y ya se atormenta él mismo, además de que lo que pase con él es una decisión que debe tomar Héctor y no vosotros dos. ¿Por qué no vais a casa y...?

—¿Y llamamos a la policía? —termina Jacobo por ella, su voz incluso más nasal y aguda que de costumbre—. Eso no va a ayudar a nadie, y menos en un barrio como este. Ya sabes cómo son las cosas. Lo más probable es que la poli se meta en la pelea también y que luego nos enchironen a todos, solo que los que nos llevaríamos la peor parte somos nosotros dos —nos señala con el pulgar—, porque no estamos precisamente en el lado en el que se corta el bacalao, ¿comprendes?

—Perfectamente —dice ella, arrastrando las sílabas—. Igual que comprendo que esta parte del

barrio fue la que acabó con mi hermano. *Es* la que saca lo peor de Carlos y, por lo que veo, lo peor de vosotros.

—Por eso queremos acabar con ello —repongo suavemente, y luego me inclino hacia Judith y añado en voz más baja—. Oye, ¿te importaría acompañar a Andy? La casa de tu abuela queda cerca, y no quiero que él venga con nosotros. No quiero que le vuelvan a hacer daño.

La mirada de Judith es dura, un centelleo verde y venenoso. Aprieta los labios. Traga saliva.

—Eso está hecho —dice al fin, y entonces me vuelvo hacia Jacobo y le doy una palmadita en el hombro.

—¿Todo listo, jefe?

—Todo listo.

—No todo.

Reyes, que hasta ahora había estado apoyada a la pared del Szputnyik y muy callada, recoge su mochila del suelo y se la cuelga a un hombro.

—¿Te importa dejar esto en tu maletero? —le dice a Jacobo—. Me voy con vosotros. Estoy tan harta de lo que está pasando como vosotros.

Jacobo me mira, la mira a ella, y finalmente saca las llaves de su bolsillo trasero y se las lanza.

—Búscate un sitio entre toda mi mierda y adelante, pero no me responsabilizo de lo que puedas encontrar ahí. Mi filosofía es no vaciar nada del coche hasta que algo empiece a oler mal.

Carlos

Es de madrugada. Conduzco por las calles como si pudiese partir el viento a mi paso y, cuando llego a la altura de la comisaría, freno y aparco. Me bajo del coche. En cierto modo, entro ahí como en una fiesta a la que hace tiempo que he sido invitado.

Los policías de guardia se vuelven al verme, pero no hacen nada. Por supuesto, trabajan en el barrio, aunque no *son* del barrio. Para ellos no soy más que un número, una estadística, un desastre siempre amenazando con estallar.

—Vengo a entregarme.

Arquean una ceja, y sé perfectamente lo que ven. A un pandillero en la peor forma posible, un malote de boquilla, un tarado al que le han volado los sesos a base de puñetazos y sustancias ilegales. Para ellos nunca somos personas.

—¿Qué hay que hacer por aquí para que a uno le enchironen, eh? Porque yo tengo una lista de un kilómetro de largo, y toda la noche para revisarla.

Decido contarles toda la historia desde el principio. Desde que era un crío un segundo y un adulto al siguiente. Desde que comprendí lo que significaba la lealtad. Desde la pintada, y desde la paliza a Andy, y desde todas esas cosas que a veces me hacen sentir como Saulo debió de haberlo hecho antes de acabar con todo.

Chaim

Llegamos a la iglesia abandonada de la calle San Pedro a eso de la una y media de la madrugada y caminamos hacia Néstor y los suyos con las manos hundidas en los bolsillos, endureciendo particularmente la mirada.

Ya hay algunos de los nuestros esperando: Leo Montiel (al que por alguna razón caemos en gracia), Ezequiel Cruz (que iba a la misma clase que Ira), algunos de los primos de Andy (incluido Nico Arias, tan escurridizo y paliducho como lo recordaba) y Benja.

—¿No eres un poco joven para andar metiéndote en peleas, chiquitajo? —le pregunta Jacobo al verlo.

Benja arrastra las palabras al hablar.

—Solo soy tres años más joven que tú, gilipollas, y dos más que este. —Me señala con esa mirada tan fría y tan vieja que tiene a pesar de sus quince años—. Además, que yo sepa, mi hermano y vosotros dos ya os metíais en faena a mi edad.

Sacudo la cabeza.

—Solo Jacobo y yo. Tu hermano es el que siempre intenta sacarnos de todos los fregados.

—Y mira adónde lo llevó eso.

No tiene mucho sentido discutir con Benja cuando se pone así, de modo que el resto intentamos organizarnos.

Los otros han parecido designar a Fernando Perea, un pelirrojo muy alto de la edad de Ira, como su líder. Nosotros intentamos elegir a Leo Montiel como el nuestro, aunque solo sea por mantener la cordura y las buenas formas, pero Benja replica que, a fin de cuentas, él es el hermano de Andy, y contra eso no tenemos nada que objetar.

Durante una fracción de segundo más lo único que podemos oír son jadeos, risitas y las espiraciones calmadas de Benja. La tensión en el ambiente es máxima y enrarece el aire que respiramos cuando Benja se levanta, tira la colilla al suelo, la pisa y se saca la pitillera del bolsillo. Al encenderse el cigarrillo le tiende uno también a Fernando Perea, que se lo devuelve con un par de movimientos esquematizados.

—No deberías fumar tanto, chavalín —se atreve a replicarle.

Alejandro Cortes, otro de los chicos de su pandilla, arquea las cejas. Una persona medianamente inteligente debería saber que, con Benjamín Estévez, el tabaco y la estatura son un tema tabú.

—Es más barato que comer —bromea Benja, que parece estar divirtiéndose de lo lindo, y Fernando no se ríe del chiste porque no lo entiende—. Tú también deberías hacerlo. Digo, fumar

más. Hace que parezcas menos desesperado cuando intentas pedirle algo a alguien.

Con todas sus cosas, hay que admitir que Benja habla de maravilla. Fernando, sin embargo, no parece estar demasiado impresionado.

—¿Qué te hace pensar que voy a pedirte algo?

—Que queréis una pelea justa. Que vosotros seáis unos gusanos que no le hacen ascos a atacar por las espaldas no quita que nosotros tengamos más motivos que vosotros para querer vengarnos.

Fernando se detiene un momento para humedecerse los labios e intercambiar un par de miradas con Alejandro Cortes, Néstor Ferrán y todos los demás.

Néstor, tan blanco y asustado, que asiente cuando el resto también lo hace. Dios, él no quiere estar aquí. ¿Qué estamos haciendo todos aquí?

—¿Y lo va a ser? —sisea Fernando, inclinándose más hacia Benja—. ¿Una pelea justa?

—Seremos justos si vosotros también lo sois —le responde Reyes, que da dos zancadas hasta quedar a su altura.

Alejandro, que tiene toda la pinta de acabar de reparar en ella ahora, la señala con un dedo regordete.

—No voy a pegarle a una chica.

—Bueno, mala suerte, porque esta chica sí va a pegarte a ti.

Fernando, que tiene todo el aspecto de no querer estar aquí tampoco, pone los ojos en blanco y le tiende su mano blanca y delgada a Benja.

—¿Una pelea justa?

Benja escupe su cigarrillo.

—Si sabéis lo que eso significa...

—Cuerpo a cuerpo, sin armas.

—Cuerpo a cuerpo, sin armas —repite Leo, que separa a Benja de Fernando.

Como siempre, la pelea sencillamente empieza. Ni unos ni otros estamos pendientes del momento exacto en el que comienza, pero cuando me doy cuenta ya me están golpeando por la espalda, y luego me doy la vuelta y me abalanzo sobre alguien (un grandote con acné), y no puedo estar muy seguro de lo que está pasando porque me pitan los oídos y lo único que veo a mi alrededor es el asfalto y el cuerpo del grandote.

Judith

Andy y yo estamos frente al portal de su casa (donde «aquello» ocurrió, donde la sangre se seca en el pavimento como un moratón demasiado fresco). Él con las llaves en la mano y yo con el móvil en la mía, fingiendo que compruebo el horario del último tranvía.

Él no abre la puerta y yo no me muevo.

—Creo que debería ir a la pelea —decimos a la vez, y luego yo añado:

—No puedes.

En parte porque no quiero que le hagan daño y en parte porque no quiero que Chaim y Jacobo se hagan daño.

Andy se aparta el flequillo, que es muy fino y rojizo, de los ojos.

—Bueno, no puedo simplemente quedarme aquí tampoco, así que... —Baja las cejas—. ¿Y qué me dices de ti? Creí que detestabas las peleas.

—Y las detesto, pero no soporto estar aquí sin saber qué demonios está pasando. —Me muerdo una uña—. A lo mejor aún estamos a tiempo de pillar el último tranvía.

Andy ladea la cabeza.

—Bah, tengo una idea mejor. Creo que conozco a un tío que nos llevará sin hacer muchas preguntas. —Arruga la frente—. Bueno, probablemente *sí* haga un par de preguntas incómodas, pero es nuestra única carta.

No decimos nada más.

Andy tenía razón en una cosa y es lo siguiente: Bandi *hace* preguntas, bastantes además, y nunca parece demasiado convencido con nuestras respuestas.

—Recuérdame por qué debería ayudaros —dice, entre dientes, mientras tantea su altar a los cosmonautas soviéticos hasta encontrar las llaves de su Seat.

Andy y yo intercambiamos una mirada.

—Porque es lo correcto.

—Porque esperamos que Chaim y Jacobo te importen aunque sea un poco.

—Porque Chaim es la única persona que trabaja para ti, y por una vez tu local ha estado hasta los topes.

Bandi se vuelve hacia mí. Me señala con el mando del garaje.

—Ese es un buen motivo.

Nos conduce hasta su coche, que está descolorido y es más o menos tan viejo como Matusalén, y que además se parece bastante al tipo de coche que utilizaría un gángster de los años ochenta.

—¿Y por qué debería llevaros? —insiste mientras arranca—. ¿No sería más fácil...?

Andy pone los ojos en blanco.

—¿Llamar a la policía?

—Más bien estaba pensando en lo que tendría que decirles *yo* si me pillan con dos delincuentes juveniles en el asiento trasero.

La comisura derecha de Andy tiembla.

—Si todo va bien, no tendrás que preocuparte por la pasma, Bandi...

Chaim

El cielo es rojo y la arena es roja, y la tranquilidad en mitad de una pelea, si pudiese otorgársele un color, sería roja también.

Cuando la pelea se va calmando, poco a poco, gotita de sudor a gotita de sudor, el rojo palidece, pero sigue siendo rojo. Es difícil de explicar.

Es el grito de Jacobo en el patio de la iglesia, y es el crack, y son las tres gotitas de sangre y soy yo incorporándome pero sintiéndome tan febril que cuando alguien más se me abalanza por la espalda no sé muy bien dónde estoy. Son mis nudillos tan secos, en carne viva, y es el hecho de que este es un ring demasiado pequeño para tantas personas. Es cómo una buena pelea puede parecer un baile si la miras bien, y es la mezcla de todos esos olores y todos esos sonidos, y es la manera en la que este caos de piernas y brazos tiene un orden pese a todo.

Es el silencio que reptaba y poco a poco lo va cubriendo todo hasta que solo quedan un par de personas peleando en el suelo.

Me levanto. Frente a mí veo unas rodillas temblorosas, y después una barbilla blanquísima y finalmente unas cejas oscurísimas que se sacuden en una frente cuajada de arrugas. Néstor Ferrán me mira como esperando a que me mueva, pero me duele la cabeza y no tengo ganas de pegarle.

—¿No quieres hacerme daño?

Incluso su voz tiembla con él, y a cada segundo que pasa y cae sobre nosotros me arrepiento más y más de haber venido aquí.

Me froto los ojos. Dentro de la iglesia solo quedamos él, Reyes, un individuo muy rubio al que llaman el Felino y yo.

—¿Por qué no te vas a casa? La pelea ha terminado.

Intento salir de la iglesia para ver cómo está Jacobo, respirar algo de aire fresco y echarle un vistazo al corte del pómulo que Alejandro me hizo con uno de sus anillos, pero Néstor se interpone entre la puerta y yo y me lo impide.

—¿Piensas que no soy suficiente para ti?

Lo miro de arriba abajo y recuerdo lo que le hizo a Héctor. Suficiente es una palabra demasiado pequeña para describirlo.

Me seco el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Solo pienso que nadie aquí quería pelear, y que no sé por qué sentimos la necesidad de hacerlo.

Néstor se sorbe los mocos, sus hombros crispados y descarnados.

—No soy débil —susurra.

Intento sortear su cuerpo para salir.

—No creo que seas débil, pero *yo* estoy acostumbrado a comer cada dos horas y siento que mis piernas...

Me detengo porque noto algo frío en mi cuello. Me detengo porque veo un brillo plateado por el rabillo del ojo.

Cojo aire.

—Calma, Néstor. Ten calma, hombre.

Néstor vuelve a sonarse los mocos. Su mano, la que está sujetando la navaja, no deja de temblar. Su piel parece de plástico e irreal.

—¿Calma? Estoy tragando mierda por un tubo, Chaim.

No sé por qué el hecho de que pronuncie mi nombre me relaja. Sabe que estoy aquí, sabe que soy una persona y que estoy aquí. No es un mal tipo y no quiere hacer nada de esto, y eso es lo más terrible de todo.

—No soy débil —repite.

Reyes y el Felino dejan de pelear, se separan y se ponen en pie.

—Nadie piensa que seas débil —dice Reyes suavemente—. Baja la navaja, Néstor.

El Felino alza las manos. Da un par de pasos calculados hacia nosotros.

—¿Qué está mal en tu puta cabeza, tío? Quedamos en que esto sería una pelea justa.

Néstor aprieta más la navaja. Sus nudillos están amarillentos, la piel tan fina que me parece que podría ver el hueso si me concentrase.

—¿Qué está mal en mi puta cabeza? ¿Qué está mal en la vuestra?

—Muchas cosas —digo, tan rápido que las palabras se atropellan las unas a las otras para salir—. Muchas cosas, y no somos conscientes ni de la mitad. Vamos, tío, tú puedes romper con todo eso.

El Felino se agacha, lentamente, coge una de las botellas de cerveza del suelo, que está pegajoso y empapado del alcohol, la rompe y me la lanza, porque esta es una pelea justa.

Un escalofrío recorre el cuerpo de Néstor.

—Vamos. Hazlo.

Miro la botella rota, fría entre mis manos. No podría atacar a Néstor con ella. No podría hacer nada con ella, y hoy no debería haber salido de casa, y me pregunto qué pensará mi madre cuando se entere de lo que ha pasado y de lo que va a pasar hoy.

—No puedo hacerlo —digo, y tiro la botella al suelo—. No voy a hacerlo.

Pero si hay algo que Néstor no hace es apartar la navaja.

Judith

Parece que la mitad de los chicos de Santa Ana se hayan convertido en un eclipse, tapando toda la luna del mundo.

La pelea se ha ido tranquilizando, y ahora solo da la sensación de que la vemos a través de una televisión analógica.

Salimos del coche. Puedo ver a Jacobo sentado en el bordillo de la acera, una manga empapada de sangre tapándole la nariz, un pómulo rojo e hinchado. El chico a su lado se limpia la herida sobre la ceja.

—Mierda, mi hermano —musita Andy, casi demasiado bajo para oírlo, y lo siguiente que veo es su muleta en el aire y a él golpeando en la espalda a Fernando Perea, que está arrodillado sobre Benjamín Estévez—. Déjalo en paz, ¿quieres?

Benja aprieta los párpados y escupe en el suelo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Jacobo, alertado por esa pregunta, tuerce la mirada sobre nosotros y se reincorpora.

—Sí, ¿qué mierda *estáis* haciendo aquí?

Andy pone los ojos en blanco.

—Perdernos toda la diversión, por lo visto.

Jacobo vuelve a llevarse el brazo a la nariz.

—Claro que sí. Tío, esto no ha tenido ningún sentido. Solo nos hemos dado cuenta de lo cansados que estamos de esta porquería. —Examina la manga sanguinolenta—. ¡Ese bruto me ha jodido la nariz!

Sacudo la cabeza, buscando a Chaim y a Reyes con la mirada.

—No te angusties, que antes tampoco era una maravilla —sisea Andy, sus labios torciéndose poco a poco en una sonrisa—. Al menos ahora tiene algo de estilo.

—Sí, ahora tengo casi tan mal aspecto como tú, cabronazo.

Chasco la lengua.

—Oye, ¿ya se ha acabado la pelea?

—Prácticamente. He oído que Chaim, Reyes, Néstor y ese tipo tan rubio siguen ahí dentro — señala la iglesia con un gesto de la cabeza—, pero no tienen pinta de estar pegándose. Escucha, Andy...

Me alejo y, mientras lo hago, puedo oír —cada vez más ahogadamente— cómo Andy le dice a Jacobo que se alegra de que no le hayan hecho daño «más allá de tu estúpida nariz».

Judith

Veo el pálido brillo plateado nada más entrar. Y el brazo de Néstor, que se agita con violentas sacudidas. Y a Chaim, respirando con mucha tranquilidad, evitando mirarlo a los ojos. Y a Reyes y al Felino como estatuas de sal, incapaces de moverse.

Doy un paso hacia Néstor y Chaim. Luego otro. Extiendo la mano.

—Néstor —susurro—. Néstor, déjalo estar. Tú no eres así. Tú no *tienes* que ser así.

Aunque uniendo los puntos y las líneas de todo lo que sé ahora, la imagen que me había formado de Néstor se convierte en ruinas. Aunque sí sea así, de algún modo. Aunque su cobardía pese más y haga más daño que la violencia de Carlos.

Néstor está repentinamente calmado, sus ojos como los de un vagabundo que ha encontrado una casa en la que refugiarse.

—No soy un cobarde —musita, cada palabra goteando de su boca con lentitud.

Acerco más mi mano a él.

—No tienes que hacer esto para demostrarlo. No has tenido que hacer *nada de esto* para demostrarlo.

Mis frases son balas, frías y directas. Un último temblor recorre el cuerpo de Néstor. No me entrega la navaja y tampoco la arroja al suelo, sino que la va bajando hasta que está mucho más cerca de su cadera que del cuello de Chaim.

—Cla-claro que tenía que hacerlo. Tú no sabes lo que es. *Vosotros* no sabéis lo que es. —Se muerde el labio inferior hasta que palidece tanto que no puedo distinguirlo de la carne—. ¡Sentir que *nunca* vas a ser suficiente! ¡Que las personas a las que respetas *nunca* van a respetarte a ti!

Todos miramos a Néstor. Nadie se mueve.

—Vamos, eh, Néstor, tú eres uno de la pandilla —dice el Felino, arrastrando las sílabas—. Somos tus hermanos, ¿vale? Carlos... Carlos siempre ha dado la cara por ti. *Todos* hemos dado la cara por ti. Porque eres uno de los nuestros...

Un sollozo.

—*Ahora* soy uno de los vuestros porque sabes que puedo hacerte daño. —Intenta volver a levantar la navaja, pero su cuerpo se agita tanto que no logra flexionar el brazo del todo—. No te preocupas por mí. Nunca os he importado una mierda. ¡Y qué sentido tiene nada!

Se lleva la navaja a su propio cuello y la aprieta hasta hundir la carne.

Otro sollozo. Vuelvo a extender el brazo hacia él.

—Vamos, Néstor, dame la navaja.

—¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué mierda le va a importar a nadie?

Chasco la lengua porque todas las personas de esta habitación podrían haber sido tú si tú no te hubieses ido.

—¿Qué mierda? ¿Crees que con eso vas a acabar con todo? Pues voy a decirte lo que pasa. Si te matas, todo el dolor que sientes ahora no va a desaparecer. ¿Sabes quién va a sentirlo? Tu hermano. Una y otra vez. ¿Crees que eso está bien? Todo lo que podrías ser después de esto, que es mucho, desaparecerá, pero tu ausencia va a quedarse y va a quemar a todas las personas que alguna vez se han preocupado por ti. Eso es lo que pasa. Y no es justo, y lo peor de todo es que, incluso si te matas, no vas a ser culpable del duelo que sientan los demás. Pero eso no va a hacer que desaparezca.

Siento las lágrimas bajando por mis mejillas, abrasándome la piel.

Podría ser el Vesubio

si el Vesubio

fuese una chica

entrando

en erupción.

—Y no es tu culpa. Uno de nosotros se cansa. Uno de nosotros se vuelve perezoso. Uno de nosotros baja la guardia. Y esto es lo que pasa: un chaval como tú cree que el mundo se reduce a esto y que no hay salida. ¿Y crees que esto está bien?

Golpeo la repisa de la ventana con el brazo, todavía llorando, todavía tan roja, todavía asustada.

La historia está llena de guerras, libradas por un centenar de razones, pero quiero pensar que esta guerra sí tiene sentido.

Oigo el sonido de dos objetos que caen al suelo. Uno metálico, el otro rompiendo y estallando contra el suelo.

Bajamos la vista. Ahí está la navaja de Néstor, sí, pero también otra cosa más: la lámpara de gasolina que Carlos había improvisado, junto a una de las botellas rotas de cerveza.

Y prendiendo fuego

con tan solo

una

mísera

gota.

—¡Mierda!

Chaim rompe la ventana con el brazo, y en una fracción de segundo puedo ver los cristalitos incrustados en su chaqueta.

—¿Qué cojones está pasando?

Fuera los chicos se agolpan a la ventana. Veo las manos de Jacobo, Fernando y Leo ayudándonos a salir, y también a Bandi saliendo de su coche y corriendo hacia nosotros.

Todo a mi alrededor son ascuas y polvo en llamas.

—Vamos, vamos, vamos.

Chaim se sienta en el alféizar, ayudándonos a salir.

—¡Deja de hacerte el héroe y sal tú también! —brama Jacobo, y puedo ver esa sombra de terror en sus ojos rasgados.

Pero Chaim no se mueve hasta que Néstor ha salido también. Entonces salta, cayendo hecho un ovillo en la hierba, y luego corre al otro lado de la calle.

—Tengo pulmones de atleta. —Se ríe al llegar a nosotros.

Jacobo lo abraza.

—No vas a tener pulmones de nada como no cierres el pico, capullo.

La iglesia es casi todo cenizas. Un par de vigas. Algo de la estructura. Un esqueleto a lo bonzo.

Mierda, ¿qué he hecho?

Aceptación

Hoy dejo de apuñalarme con una flecha
y empiezo a quererme en su lugar...

VIBHA R. SHUKLA

Chaim

¿Está mal que diga que el hospital me recuerda a una de las fiestas que Héctor y Saulo organizaban? Todos los muchachos están aquí, haciendo bastante más ruido del que sería socialmente aceptable en un lugar como este; puesto que nadie está herido de gravedad, hablan a gritos de una camilla a la otra en la sala de urgencias, estallando en unas carcajadas que hacen que los enfermeros alcen las cejas.

A los que estuvimos dentro de la iglesia nos dan más la lata, naturalmente. Quieren comprobar que no hayamos inhalado el humo. Nos hacen radiografías y exámenes del funcionamiento pulmonar, y solo nos dejan tranquilos cuando comprueban que todo está bien.

—He oído que has ayudado a tus amigos a salir de esa iglesia —dice el doctor Arras, un individuo joven de profundas arrugas y cejas pobladas, mientras me ausculta—. Eres una especie de héroe, chico.

—La mayoría de las personas dirían que soy una especie de delincuente juvenil. —Sonrío—. Pero puedo ser Superman si quieres. ¿Sabías que también era judío? Bueno, más o menos. Fue escrito por inmigrantes judíos, eh, como yo. Es decir, que yo soy un inmigrante judío, no que me hayan escrito...

El doctor Arras se cuelga el estetoscopio del cuello y con un gesto me indica que me vista.

—Jesús, ¿siempre hablas tanto o tengo que preocuparme?

—Lo difícil es hacerlo callar —dice Judith desde la camilla de al lado.

Cuando el doctor Arras desaparece para ocuparse de otros pacientes, cojo una bolita de algodón del carrito y se la tiro a ella a la cabeza para captar su atención.

—Eh, Jud, sé que este es un sitio un poco raro para preguntarlo, pero ¿qué me dices de una cita?

Por algún motivo estoy temblando de las muñecas a los tobillos, pero ella tiene el detalle de fingir que no se ha dado cuenta.

—Tú y yo —insisto.

Judith arquea una ceja.

—Ah, bueno, creí que éramos el vecino y yo. ¿Por qué debería tener una cita contigo?

—Porque soy irresistiblemente sexy. Y también porque hace un par de horas, aunque parecen semanas, la verdad, me dijiste que te gusto, y *no* voy a dejar que lo olvides tan fácilmente, señorita.

Baja los párpados. Ahí está otra vez la sonrisa del millón de dólares.

—Me encantaría. ¿Qué tienes en la mente?

—Bueno, recuerdo claramente que te gusta bailar y, entre nosotros dos, en la pista no hay quien me iguale. No es por fardar.

—¡En absoluto! Dios libre a Chaim Péntek de fardar aunque sea un poquito.

Me siento al estilo indio sobre la camilla y me inclino más hacia ella.

—Un día vas a tener que enseñarme a encantar pájaros, Peggy Carter.

Se retira un rizo de los ojos. Me gusta la manera en la que su pelo se enreda salvaje, y también como bajo ciertos tonos de luz parece estar hecho de cobre.

—No creo que pueda enseñarte mucho. Es solo una cosa que Saulo y yo hacíamos.

Me humedezco el labio.

—¿Quieres que volvamos a echarle un vistazo a sus grafitis? Con todo este lío no hemos...

—No. —Vuelve a apartarse el mismo mechón de la cara—. Mira, las cosas que Saulo escribió..., bueno, digamos que no estaba en su mejor momento, y me he dado cuenta de que no quiero recordarlo así. Además, no es como si hubiese escrito todo eso para mí. Era para él, y que esté muerto no significa que no tenga que respetar su privacidad. —Baja la vista; toma aire—. Voy a dejarlo descansar.

Asiento.

—Eso está bien.

—Solo espero que sea lo correcto. Ahora que mis padres van a separarse..., bueno, supongo que nos quedaremos en casa de mi abuela, y entonces necesito cerrar este capítulo. Quiero seguir con mi vida siendo la persona que soy ahora y no soñando que puedo vivir en mis recuerdos. —Se lleva una mano a la cabeza—. No sé si lo que estoy diciendo tiene mucho sentido.

—No, no, no. Tiene todo el sentido del mundo. Ojalá mi padre dejase de vivir en el Budapest de su cabeza, y ojalá mi madre dejase de vivir como si Ira anduviese por casa. No sé. A mí me gusta donde estamos ahora, aunque por un tiempo Ira no pueda estar con nosotros. A pesar de ciertas cosas, me gusta el barrio.

—Ya. A mí también —dice, y me coge la mano.

Nos pasamos mucho tiempo hablando. Vamos hasta la ventana, porque es todo lo lejos que uno puede llegar en un sitio como este mientras espera a que le den el alta o a que vengan sus padres, y nos sentamos en el sofá y hablamos. En un hospital siempre es la hora mágica, la madrugada en la que puedes confesar los secretos más oscuros sin que el mundo deje de girar.

Le pregunto cuál es su pájaro favorito, porque me gusta esa sensación de quererlo saber todo sobre la otra persona.

—Mmmm..., no sé, quizá las gaviotas.

—¡¿Qué?! ¿Por qué? Esas cosas tan feas tienen una mala leche que te cagas.

Judith sube los pies desnudos al sofá.

—Oh, bueno, no son solo las gaviotas. Me gustan todos los pájaros acuáticos.

—¿Por qué?

—Porque pueden ir a donde se propongan. Que yo sepa, son los únicos animales que han

conquistado el cielo, la tierra y el agua. Pueden marcharse a cualquier parte.

Me incorporo. Sin dejar de mirarla, apoyo los codos en la repisa.

—¿Tú crees que esa familia de gaviotas —señalo el tejadillo de la cafetería del hospital, donde puedo ver un par de esos animalejos del diablo— ha abandonado alguna vez Santa Ana?

—No. No son aves migratorias. Creo que siempre han estado en casa.

—¿Aunque pudieran marcharse a cualquier parte?

—Ajá. Aunque pudiesen marcharse a cualquier parte, han elegido este lugar.

Judith

Una agente de policía viene a la sala de espera y pregunta si puede hablar conmigo.

Sé lo que quiere decirme, y me pregunto si puede leer el incendio en mi piel, si algo en el olor a cenizas de mi pelo revela que fue mi mano la que golpeó la lamparita de gasolina que provocó un infierno rojo.

Camino con ella y ninguna de las dos abre la boca demasiado. Me pregunta cómo estoy, y si me siento cansada, y si tengo hambre y si quiero tomar algo. En el barrio aprendes un par de cosas interesantes sobre la poli, entre ellas que cuando aseguran que puedes contarles lo que sea, esto no es necesariamente verdad, de modo que solo me encojo de hombros.

La agente me conduce a una habitación privada y me pide que me ponga cómoda. Puesto que ella se sienta a mi lado y no quiero mirarla, fijo la vista en la ventana.

El cielo está teñido de violeta y de dorado; está empezando a amanecer.

—Judith Salazar Soares, ¿verdad? —me pregunta la policía.

Es una mujer menuda, más bien joven, con pecas y el pelo oscuro y casi tan rizado como el mío.

Asiento con un movimiento de la cabeza.

—Sí.

—Quiero hablar contigo de la iglesia de la calle San Pedro. Tengo entendido que estabas allí cuando empezó a arder, ¿verdad?

Siempre me habías dicho que un policía es menos intimidatorio en cualquier lugar que no sea una comisaría, del mismo modo en el que alguien solo puede ser completamente él mismo en su habitación, y ahora veo que tenías razón. Pero ser amable no significa ser inofensivo.

—Sí.

Estira los labios.

Veo la pregunta y la acusación antes de que las pronuncie. El fuego está dentro de mí, y ella puede olerlo, y él la conducirá hacia la verdad.

Estúpida, estúpida, estúpida.

Me pregunto qué harán conmigo por quemar una iglesia, porque sé que nadie me creerá si digo que no ha sido a propósito. No viniendo de donde vengo. No cuando las llamas fueron el punto final de una pelea.

Me pregunto si me llevarán al reformatorio por esto, y si mamá, papá y la abuela estarán al tanto y si alguno de ellos se culpa por lo que ha pasado.

—He hablado con uno de tus amigos, Néstor Ferrán Gómez, y dice que sufrió un ataque de

pánico antes del incendio, un diagnóstico que ha sido corroborado por los médicos, y que tú estabas allí con él. ¿Puedes verificar este dato?

Lo que acaba de decirme y la pregunta que acaba de hacerme son tan inesperados, tan improbables, que me quedo callada durante un par de segundos más. Después parpadeo, me humedezco los labios y vuelvo a decir que sí, porque si es por mí, no tendré que compartir más palabras con la policía.

—Néstor Ferrán Gómez también ha confesado que, debido a su estado anímico, provocó el incendio al arrojar una lámpara de gasolina sobre el suelo empapado de alcohol, ¿es eso cierto?

Vuelvo a parpadear. Mis ojos pasan de mis manos al rostro de la agente y a la ventana, y de nuevo a mis manos, porque nada de lo que me está diciendo tiene sentido y porque todavía puedo ver el miedo de Néstor como una imagen que arde tras mis párpados.

Néstor, por fin siendo valiente. Néstor, haciendo lo correcto y pagando por lo que hizo a su manera.

—Judith..

Detengo mi mirada en la agente.

—S-sí. Lo siento. Sí.

Y cada una de esas cuatro palabras suena como unas cadenas que se rompen.

Judith

Decido escribirte después del interrogatorio, cuando la agente llama a Chaim y mientras mamá y la abuela hablan con los señores Péntek. Papá, que está en uno de sus días buenos, le hace mil preguntas al doctor Arras.

Me siento en la sala de espera, con los pies sobre el sofá y el móvil sobre las rodillas, y abro la última conversación de WhatsApp que tuvimos.

Saulo: Eres una floja.

Supongo que tendré que pasarte el Dark Souls.

Como te pasé el Pokémon amarillo cuando
éramos críos, no sé si te acuerdas.

Y supongo que no me agradecerás mi
inestimable ayuda, pero sé que me quieres.

No te había contestado entonces. Ojalá lo hubiese hecho. Ojalá te hubiese repetido tantas veces que te quiero y que te echaría de menos si te fueses que las palabras hubiesen quedado tatuadas en tu piel.

Última carta de Judith a Saulo

Te quiero. Debería habértelo dicho más veces cuando estabas vivo, pero como no puedo volver al pasado te lo digo ahora. Te quiero en presente, porque no creo que se deje de querer a alguien solo porque haya muerto.

Te quiero, te quiero, te quiero.

Cada cuarenta segundos se produce una muerte por suicidio. Todavía no sé por qué decidiste acabar con tu vida, y quizá nunca llegue a comprenderlo, aunque empiezo a ver algunos de los motivos por los cuales te sentiste tan desesperado. Y aunque sé que en un suicidio no hay culpables, también sé que quizá habrías podido ver la salida si todos te hubiésemos escuchado más, si te hubiésemos creído cuando nos lo pediste, si hubiésemos estado más atentos a las señales que nos mandabas, si te hubiésemos dado más esperanzas, de modo que también quiero decirte que lo siento.

Lo siento porque nunca te expliqué cómo me gustaban nuestras «citas en el coche». Así las llamabas porque sabías que lo odiaba. Me gustaba sentarme en el coche contigo, escuchando a nuestros cantantes favoritos (Frank Ocean, Saul Williams, Rebel Diaz, Lauryn Hill y Akala) y poniéndonos al día con nuestras vidas mientras tú conducías a través de la ciudad. Nunca te dije lo importantes que esas noches (porque casi siempre eran noches) fueron para mí, especialmente porque entonces sentía que yo te gustaba como persona y no solo porque era tu hermana, y, bueno, estabas obligado a soportarme.

Eras mi mejor amigo. Junto con Reyes, eras la persona que más me conocía y con la que podía contar siempre, incluso al final cuando todo estaba tan enredado en tu cabeza y muchas veces no te comportabas como tú mismo.

Todo el mundo nos decía siempre lo mucho que nos parecíamos. Los mismos ojos verdes (aunque los míos también tienen algo de marrón), el mismo pelo rizado (aunque el tuyo era más oscuro, casi negro), la misma nariz larga y la misma sonrisa de dientes torcidos.

Te gustaban las iglesias, pero solo cuando estaban desiertas. Una vez me contaste que había un santo para todo, y cuando te pedí que lo probases me dijiste que san Jorge es el patrón de la sífilis, que san Drogo es el patrón de la gente fea y que san Jesús Malverde es el patrón de los narcos.

Siempre estabas de broma, incluso en los peores momentos. Tenías una carcajada de campeonato. Podía oírla desde cualquier rincón de la casa y entonces sabía que estabas ahí. A veces entro en casa y me parece raro no oír esas risotadas tuyas o los pasos de tus pies descalzos (siempre andabas descalzo; decías que era bueno para el coco).

Dejaste mucho dolor al irte. Un dolor inmenso, pero quiero que sepas que no te culpo por lo que hiciste. No tuviste la culpa de los moratones y las cicatrices en tu piel. Solo me habría gustado que hubiésemos sido capaces de dejar que te curases. Ojalá estuvieras aquí para que pudiera decirte que la vida sin ti sería muy pesada, y que incluso cuando te gritaba o te pedía que me dejaras en paz te quería más que a nadie en este mundo. Eras mi persona favorita, desde que era niña, aunque a veces no me gustaras y aunque a veces te odiara, al final siempre hacías algo que me arrancaba una sonrisa o que me hacía sentir especial, y volvías a ser mi persona favorita.

Muchas cosas han cambiado. Te lloré mucho. Aprendí a caminar sin ti incluso cuando mis pasos parecían demasiado pesados y, si te digo la verdad, todavía estoy aprendiendo. El barrio no es el mismo sin ti. Parece el mismo, pero no lo es. Nadie entiende cómo una vida puede acabar así; cómo el infinito dentro de ti pudo desaparecer en solo un segundo.

Todavía te necesito. Todavía me quedan muchas cosas por vivir, y ojalá tú estuvieses aquí para ayudarme. Tengo un miedo terrible al día en que sea mayor que tú, porque tú siempre vas a ser joven, y es horrible que la muerte pueda tocar a las personas a las que quieres, pero es más horrible aún cuando las personas a las que quieres se convierten en la muerte.

Me acechas cada día, Saulo, pero estoy encontrando la paz, y la paz se parece mucho a esas noches en el coche escuchando a los grandes y hablando, solo hablando, y con eso ya me basta.

Si pienso en ti, te veo en la parte trasera del gimnasio, encestando triples, de noche. Detrás de ti está la puerta trasera, en la que pintaste una luna hace mucho tiempo.

Decías que, al igual que hay flores nocturnas (como las del jardín de la abuela) y pájaros nocturnos, también hay personas nocturnas. Decías que la gente como tú y como yo pertenecemos a la luna y a la noche. Que nuestros huesos están hechos de oscuridad. Que nuestra parte favorita de una fiesta es salir al balcón y respirar la noche mientras escuchas las risas y las voces y la música en off. Decías que la luna cambia el color de las cosas, y que tus grafitis y tus tatuajes de color solo llevaban los tonos del anochecer y las sombras.

Te fuiste de noche. A lo mejor, en mitad de todo tu miedo y todo tu dolor, te detuviste un par de segundos para disfrutar del silencio y del frío y de esa sensación de que bajo la luna uno es capaz de hacerlo todo.

Muchas cosas importantes me han pasado de noche. Te perdí de noche, sí, pero también encontré mi voz de noche. La iglesia ardió de noche y todo pareció acabarse por un minuto, pero también fue de noche cuando Chaim y yo visitamos tus grafitis y dimos vida a tus palabras por un momento más.

El escozor de tu muerte no va a abandonarme jamás, pero ahora sé también, con una certeza incalculable, que te agradezco haberte quedado con nosotros todo el tiempo que

podiste. Sé que puedes sobreponerte a las grandes pérdidas, pisando las cenizas a tu paso, aunque las personas se vayan y dejen un agujero del tamaño de un dios tras ellas.

Eras importante. Lo eras y siempre lo serás, como todas esas vidas que se cortan cada cuarenta segundos. Cada uno de esos infinitos es importante, y quiero que sepas que tu suicidio significa algo. Porque ahora voy a luchar por ser más compasiva, más paciente, más atenta, para evitar en la medida de lo posible que los infinitos a mi alrededor dejen de hacer ruido.

*Eras una buena persona. Al final fuiste una buena persona. Y siempre te voy a querer.
Con cariño,*

JUDITH

Agradecimientos

He escrito muchas veces sobre la salud mental, pero, hasta ahora, nunca sobre el suicidio. Es difícil escribir sobre esa desesperación, ese terror, esos granitos de arena que se convierten en un pozo negro que te hacen preguntarte cómo has llegado hasta aquí y si la vida está hecha para las personas como tú.

Todos los datos mencionados por Judith son ciertos. Las probabilidades de que hayas nacido y seas tú, exactamente tú, son de una entre 102.685.000, y para mí esa es razón suficiente para creer que perteneces a este mundo y tienes derecho a vivir en él. Y cada cuarenta segundos muere una persona en el mundo por suicidio; de esas muertes, el noventa por ciento se podrían haber diagnosticado y tratado. Uno de cada siete estudiantes de secundaria admite haber contemplado el suicidio alguna vez. En las personas jóvenes, el suicidio es la tercera causa de muerte. Y hay más: es cuatro veces más probable que un hombre se suicide a que lo haga una mujer, pero también es más probable que una mujer busque ayuda psicológica a que lo haga un hombre. De los hombres, es más probable que los homosexuales y los bisexuales padezcan una enfermedad mental que derive en el suicidio. Debemos empezar una conversación sobre esto. Debemos ser la generación que inicie el cambio que evite que tantas vidas valiosísimas terminen abruptamente debido al suicidio. Por este motivo, me veo en la obligación de dar las gracias, en cierto modo, a todas las personas que han sufrido un suicidio, directa o indirectamente, porque cada vida es valiosa y debe ser recordada.

Quiero agradecerle este libro también a los de siempre, por estar siempre ahí e inspirarme para convertirme en una mejor persona.

Gracias también al equipo del Grupo Planeta por confiar en mí.

Y gracias a todas las personas que me habéis arropado en Londres; esta es la primera novela que termino aquí y en parte os lo debo todo. En especial a Vibha, por prestarme dos de tus poemas para este libro; a Violeta, por leerme y por dejar que te lea; a Joop, por apoyarme siempre; a Claire, por preguntarme por lo que escribo; a Akshi y a Ebru, por ayudarme a encontrar rincones escondidos; a Léo, por hablar conmigo del miedo; a mi clase de escritura creativa, por el entusiasmo y los consejos.

Gracias a los lectores, a los que me habéis seguido desde el principio y a los que cerráis la primera novela mía que leéis; vosotros hacéis todo esto posible.

Quiero cerrar esta novela diciendo que, si padeces depresión e ideas suicidas, hay una gran red de personas dispuestas a ayudarte. Siempre puedes llamar al Teléfono de la Esperanza (717 003

717) en momentos de crisis. Si no te ves preparado para realizar una llamada telefónica, puedes charlar online con alguien dispuesto a ayudarte en <www.7cups.com>. Y, si solo necesitas una persona que te escuche, mis perfiles en las redes sociales (@andreatome_) siempre están abiertos.

Notas

1. Hay una grieta en todo / así entra la luz (*Anthem*, Leonard Cohen).

La luna en la puerta
Andrea Tomé

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del texto: Andrea Tomé, 2019
© de la imagen de cubierta: Idea Trader/Shutterstock, 2019
© Editorial Planeta, S. A, 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
CROSSBOOKS
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-08-20631-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

ANDREA TOMÉ

LA LUNA EN LA PUERTA

